UNIV. OF ARIZONA
862.59 A47 1910 mn
Alvarez Quintero, Ser/Comedias escogidas
3 9001 03944 0113

COMEDIAS ESCOGIDAS

I

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LOS GALEOTES
:: EL PATIO ::
LAS FLORES

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COM.ª, EDITORES
Pontejos, 8.
1910.

ES PROPIEDAD

862.59
A47
1910
V.1

LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 20 de Octubre de 1900

Á LA SAGRADA MEMORIA

DEL SEÑOR

DON JOAQUÍN ÁLVAREZ HAZAÑAS

SUS HIJOS,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARITA	Rosario Pino.
GLORIA	Concha Catalá.
CATALINA	Matilde Rodríguez.
LA SEÑÁ PEPA	Emilia Domínguez.
LA RICITOS	Carmen Tejada.
LA SEÑORA GERVASIA	Pilar Hornero.
MANUELA	Elisa Mendizábal.
DON MIGUEL	José Vallés.
DON MOISÉS	José Rubio.
MARIO	Francisco García Ortega.
JEREMÍAS	Arturo La Riva.
PEDRITO	Javier Mendiguchía.
VICTORIANO	Salvador Mora.
EL MEMBRILLO	Manuel Martínez.
EL OJERAS	Agustín del Valle.
UN ESTUDIANTE	Gloria Bittini.
OTRO	N. N.

ACTO PRIMERO

Librería de viejo de don Miguel, en Madrid. Local de poco fondo. A la derecha del actor un hueco de puerta con cortina de lienzo, que conduce á la trastienda y á las habitaciones interiores de la casa. En el foro, á la izquierda, puerta vidriera que da á la calle, y que a' abrirse y cerrarse hace sonar un timbre; á la derecha, el escaparate de la librería. Las paredes, llenas hasta el techo de anaquelerías con libros de todos tamaños y clases. A la izquierda de la puerta de entrada, y paralelo á la pared del mismo lado del actor, un mostrador que llega al primer término, y cuyo extremo opuesto, cerrado por una barandilla de madera, sirve de escritorio. Colgado entre el escaparate y la puerta de entrada un cartel que dice: «Compra y venta de libros usados.» Delante una mesa y un sillón viejo de gutapercha, que ocupa Jeremías. Hacia la derecha de la escena, una tarima con brasero. Junto á ella un sillón, grande y cómodo, y una silla de enea. En el suelo, donde menos estorben y arrimadas á las anaquelerías, pilas de libros, colecciones de periódicos ilustrados, etc., etc. En un rincón, una escalerilla de mano. Sobre la mesa de Jeremías está Rodríguez en su jaula. Rodríguez es un loro.—Es de día. A través del escaparate y de la puerta del foro se ve la calle, solitaria y sombría.

DON MIGUEL, sentado en el sillón inmediato al brasero, lee el *Quijote*. Viste traje negro de americana, capa vieja y gorra, y usa quevedos, que se pone en la punta de la nariz. Es hombre de unos cincuenta y tantos años. JEREMÍAS, algo más viejo que él, aparece sentado á su mesa de frente al público. En la mesa no hay libro, papel, tintero ni pluma: nada que revele el menor quebradero de cabeza. Nuestro hombre se entretiene en chocar por las yemas, voltear y enredar los dedos de ambas manos en todas las formas y combinaciones imaginables. Usa gafas de armazón gruesa y fuerte, gorro calado hasta las orejas, manguitos (sin justificación) y traje oscuro y raído de chaqué del año de la nana.

DON MIGUEL. Leyendo en voz alta. *Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones...* A Jeremías, que está canturreando algo de «La canción de la Lola». Hombre, atiende á esto y no seas botarate. Jeremías no le hace caso. Don Miguel continúa leyendo. *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los ár-*

bles formaban sus repúblicas las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques... Sale CARITA, que viene de la calle. Don Miguel se vuelve al oir el timbre de la puerta. ¿Quién?

CARITA. Buenos días.

Habla con voz desmayada. Cubren pobre y malamente su cabeza bonita y su cuerpo gracioso, toquilla celeste de pelo de cabra, abriguito corto y falda lisa.

DON MIGUEL. Buenos días, joven. ¿Qué queremos?

CARITA. Mire usted esto, á ver... Le da un libro pequeño en deplorable estado.

JEREMÍAS. Atento á sus combinaciones de dedos, pero queriendo influir en el lance con sus pullas, que dice siempre en tono sentencioso. Se compra mucho y no se vende nada.

DON MIGUEL. Examinando el libro. Método de Ahn...

JEREMÍAS. Ocho hay.

CARITA. Es de inglés éste.

JEREMÍAS. De inglés hay nueve.

CARITA. Vaya por Dios.

DON MIGUEL. Lo peor es el estado en que está.

JEREMÍAS. No tomamos más que basura.

DON MIGUEL. ¿Y la clave?

CARITA. ¿La clave?... No sé de ella... A mí no han dado más que esto...

DON MIGUEL. Hija, pues bien quisiera; pero la clave...

CARITA. ¿Sin la clave no le conviene?

DON MIGUEL. No, hija, no puedo.

CARITA Va á irse y vuelve. Le advierto á usted que

lo dejo por cualquier cosa... por lo que usted me dé...

DON MIGUEL. Ablandándose un punto, pero conteniendo su arranque generoso ante un gruñido de Jeremías. El caso es que tenemos tantas... Y luego, sin la clave... Lo siento mucho, pero me es imposible...

CARITA. Bueno; usted dispense. Queden con Dios.

DON MIGUEL. Adiós.

CARITA. Yéndose. No sé por dónde vamos á salir hoy. Deja la puerta abierta.

DON MIGUEL. ¡Pobre muchacha! Volviendo á su lectura. ... *la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques...*

JEREMÍAS. ¡Valiente alcornoque estás tú!

DON MIGUEL. Déjame en paz. Leyendo. *Los valientes alcornoques...*

JEREMÍAS. Ahora va por la clave, y viene con ella y se la tienes que comprar.

DON MIGUEL. Mejor.

JEREMÍAS. Ah, si es mejor, te felicito. Llegándose á la puerta y cerrándola. Lo que lamento es que esa niña no se haya educado con los frailes. Vuelve á su sillón.

DON MIGUEL. Leyendo. *Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas...*

Viene CATALINA del interior de la casa. Es criada antigua de la de don Miguel, andaluza tirando á gitana, muy vieja y en extremo cariñosa y solícita. Sale en traje de faena: falda y blusa de percal oscuro, delantal oscuro también y toquilla grande de lana negra, cruzada por el pecho y sujeta á la cintura.

CATALINA. Escúcheme usté, don Migué: ¿va

usté á vení ayá dentro á tomá er chocolate, ó quié usté que ze lo traiga aquí?

DON MIGUEL. No; voy allá dentro.

CATALINA. Zi quié usté que ze lo traiga, ze lo traigo.

DON MIGUEL. No, mujer, no.

CATALINA. Miste que no me cuesta trabajo ninguno.

DON MIGUEL. ¡Dale!

CATALINA. ¿Y la niña, ha zalío?

DON MIGUEL. Sí; creo que ha ido á misa con la señora Gervasia.

CATALINA. Ay, por Dios, don Migué—er Patriarca me perdone er mar penzamiento,— miste que eza zeñá Gervazia no me paece güena mujé pa acompañá á la niña.

DON MIGUEL. Quita allá, tonta, si es una infeliz.

JEREMÍAS. ¡Fíate del agua mansa!...

CATALINA. Ya usté ve que yo no vi á echarme na en er borziyo... Zi ze lo digo á usté, ze lo digo por lo que ze lo digo... ¿Usté va á dezayunarze, don Jeremías? Jeremías no contesta. Don Jeremías, va usté á dezayunarze?

JEREMÍAS. ¡No!

DON MIGUEL. Levantándose y riéndose. Todavía no ha tomado el *vermut*. ¡Ja, ja, ja! Deja el «Quijote» en el escritorio.

JEREMÍAS. Mira, si lo dices por el aguardiente, te equivocas.

DON MIGUEL. Ah, ¿lo has tomado ya?

JEREMÍAS. ¡Ni lo tomo! Cabalmente hace un siglo que no lo cato.

DON MIGUEL. Sí, sí; no hay más que verte las narices... Recuerdan las de Tomé Cecial.

CATALINA. Ay, don Jeremías, eza zí que es la pura; ze le están poniendo á usté las narices que paece que yevan una luz por dentro: como los faroliyos á la veneciana.

DON MIGUEL. ¡Ja, ja, ja!

JEREMÍAS. ¡Ríele el chiste, hombre!

CATALINA. Por la Virgen der Carmen, no ze me enfade usté; pero no beba usté aguardiente. Miste que el aguardiente fué la perdición de mi Diego. Murió de treinta años lo mismito que un chicharrón. ¡Qué doló de hombre!

DON MIGUEL. Bueno, tú, deja la palabra y vente á darme el chocolate.

CATALINA. ¿Y Pedrito?

DON MIGUEL. Lo he mandado á la calle de la Ventosa.

CATALINA. A la caza, ¿eh?

DON MIGUEL. Sí; vamos á ver si cobra algunos alquileres de los rezagados. Ocho ó diez ciudadanos no quieren pagar...

CATALINA. ¡Ay, qué doló de caza, entregá á eza gente! ¡Zi viviera doña Lorenza!... Eya zí que zabía ponerze er mantón y er velo—¿ze acuerda usté?—y plantarze ayí, y cobrá pezeta zobre pezeta á to er mundo. Pero el arma mía de Pedrito, como es tan güeno, no zirve pa ezos pazos: yega, ve muchas lástimas, mucha mizeria, mu poco dinero, ze le encoge er corazón, ze apoca... y ze güerve lo mismo que ze fué: con er borzo vacío.

DON MIGUEL. Sin embargo, hoy espero yo que nos traiga...

JEREMÍAS. ¡Hoy vendrá sin un cuarto!

DON MIGUEL. Pero, hombre, ¿por qué?

JEREMÍAS. ¡Vendrá sin un cuarto!

DON MIGUEL. Pero, ¿quieres darme una razón siquiera?

JEREMÍAS. ¡Sin un cuarto!

DON MIGUEL. ¡Bueno va! Mira, cuando te pones así, me me me... Vámonos, Catalina, vámonos, porque me me me... (¡Y lo malo es que acierta siempre!) Se va al interior.

CATALINA. Siguiéndolo. ¡Jozú, Jozú! ¡qué doló de caza esta! Ayí no ze cobra, aquí no ze vende... y er pan zube, y er vino zube, y la carne zube, y to zube... ¡Jozú, Jozú, Jozú!...

JEREMÍAS. Dice... *son pláticas de familia*, dice, *de las que nunca hice caso*... Al loro, en tono jovial. Vamos á ver, Rodríguez: de ti para mí, y con toda franqueza, ¿eh? Como nos tratamos nosotros. Nada de cumplimientos, ni de panemas, ni de... Nada, nada: al pan, pan, y al vino, vino: ¿qué opinas tú de que yo me tome ahí enfrente una copita de Monóvar? ¿Eh? Te sonríes... No esperaba yo menos Esa sonrisa me autoriza para dos *latigazos*. Rodríguez, tú eres de mi cuerda: choca ahí. Hace que le da la mano y se levanta. Gracias por tu beneplácito, y cuenta que te corresponderé con chocolate. Va á irse y vuelve. Oye, y chitón; que parece que no está bien visto... A GLORIA, la SEÑORA GERVASIA y MANUELA, que llegan á tiempo que él abre la puerta de la calle, para ir á complacer al loro. ¡Hola! ¿ya por aquí? ¡El don de

la oportunidad anda caro! ¡Pero, hija, eso no habrá sido un sermón; eso habrá sido un chascarrillo!

GLORIA. Si hoy no ha habido sermón.

MANUELA. Usted no piensa más que en sermones.

SRA. GERVASIA. ¿Qué sabes tú en lo que piensa él? Vaya, ahí queda la chica. Nosotras seguimos para casa. ¿Quiere usted algo?

JEREMÍAS. Nada, señora mía. (Que la parta á usted un rayo cuanto antes.)

SRA. GERVASIA. Pues hasta luego. Se va con Manuela.

GLORIA. Adiós.

JEREMÍAS. Asomándose á la puerta y gritando. ¡Muchas expresiones á su señor esposo!

GLORIA. ¡Tío Jeremías, por Dios; si su esposo no vive!...

JEREMÍAS. ¡Ah, caray! Voy á rectificar. Estáte aquí un momento. Se va.

Gloria viste traje negro muy sencillo, velito y capa.

GLORIA. Mientras se quita la capa y el velo. No es mala rectificación la tuya... Y lo dejan solo, sabiendo cómo las gasta. Si no llego á tiempo... ¿Dónde andará mi padre? ¿Y Pedrito? ¡Válgame el Señor, en qué abandono tenemos la tienda!... Sentándose junto al brasero. Y es que papá el pobre no sirve para este teje maneje... Ni yo tampoco. Y el buenazo de Pedrito es un cero á la izquierda... Mi tío Jeremías más vale que no esté: si algo hace, es ahuyentar á los parroquianos... ¡Ay, Dios mío de alma! Cada día notamos más la falta de mi madre.

Llega CARITA de la calle con el método de Ahn y la clave de temas en la mano.

CARITA. Muy buenos días. Observando la ausencia de Jeremías. (Me alegro de que no esté aquí el *pajarraco.)*

GLORIA. Hola, muy buenos días.

CARITA. ¿Sigue usted bien? Ya he tenido el gusto de ver tan bueno á su papá...

GLORIA. ¿Ha estado usted aquí antes?

CARITA. Sí, señora; vine con esta gramática inglesa á ver si servía. Pero me dijo su papá de usted que no podía tomarla sin la clave de temas. He ido á casa, me he puesto á revolver papeles y trastos, y en un montón de cosas inútiles, vea usted, la he encontrado. Donde menos se piensa... Mírela usted.

La charla de Carita es ingenua, espontánea, algo infantil, sin el menor asomo de afectación ni de pedantería.

GLORIA. Llamaré á papá.

CARITA. Sentiría molestarlo.

GLORIA. No. Llamando desde la puerta que comunica con el interior de la casa. ¡Papá! ¡Papá! Ya viene.

CARITA. Ay, muchísimas gracias.

GLORIA. Siéntese usted un momento. Y arrímese al brasero, si quiere, que hace una mañana muy fresca.

CARITA. Sentándose. Con permiso de usted. La verdad es que da gloria venir á esta casa.

GLORIA. Usted viene con bastante frecuencia.

CARITA. Por desgracia es así—aparte el gusto que me proporciona el ver á ustedes. Lo digo de verdad. Crea usted que en algunos sitios la reci-

ben á una con unas caras... ¿Usted no se sienta?

GLORIA. No.

CARITA. Pero lo que es aquí, es una bendición del cielo. Su papá de usted es tan amable, tan considerado... Tiene cara de ser muy buen señor. A mí me recuerda mucho al mío, cada vez que lo veo. Hasta en la costumbre de usar capa en casa se le parece... Coincidencias, que son las que engendran la simpatía. Como digo una cosa digo otra, porque yo soy muy franca: á ninguno de mi familia me recuerda ese otro señor de las gafas y el gorro que se sienta ahí. ¿Es pariente de usted ese caballero?

GLORIA. Hermano de mi madre, que en gloria esté. (Me encanta la charla de esta chica.) Se sienta en el sillón de don Miguel.

CARITA. ¿Hace mucho que perdió usted á su madre?

GLORIA. Cerca de año y medio.

CARITA. Suspirando. ¡Ay! A qué pruebas nos somete la vida. Yo perdí á mi papá cuando tenía ocho años... Cuando los tenía yo, como usted comprende... Y á la pobrecita de mi mamá no la he conocido: esa sí que es tristeza. No tengo de ella más que un perfil, recortado en un papel á la luz. Algún día he de traerlo para que usted lo vea. Nunca se quiso retratar. Le daban miedo los retratos... creía que iba á morirse... Rarezas, debilidades que tenemos todos y que se deben respetar. ¿Quién está libre de ellas? Mire usted: sin ir más lejos, una buena señora que vive en mi casa tiene el capricho de lavarse la cara y las manos con agua de Seltz...

GLORIA. ¡Jesús, qué extravagancia!

CARITA. Eso digo yo: pero no lo critico. Cada uno que se lave con lo que quiera. Mucho peor sería que no se lavase Porque para mí la limpieza es lo primero. En teniendo salud, una pastilla de jabón y agua clara á mano, vengan penas. ¿Querrá usted creer que yo no tengo más que unas enaguas blancas? Bueno; pues mírelas usted. Alzándose la falda y mostrándolas. Como la nieve las llevo siempre. Y soy más pobre que una escoba. Y esto no es alabarme: porque una debe alabarse, en todo caso, de lo que se deba á sí misma; pero la limpieza es cosa de la educación; y á mí la educación me la dió muy buena mi papá el pobrecito, en los ocho años que tuve la suerte de que me viviera. Hay quien cree que la educación no consiste más que en «¿Cómo está usted?» «Bien, ¿y usted?» «¿La familia buena?» «A los pies de usted» «Beso á usted la mano» y «*Au revoir*». Y es algo más que eso. Yo, lo primero en que me fijo cuando conozco á una persona es en la educación y en la dentadura. Dígame usted, antes que se me olvide: ¿usted es madrileña?

GLORIA. Por los cuatro costados.

CARITA. Yo también; pero por un costado nada más. Verá usted por lo que digo esto: yo nací en Sevilla, y me bauticé—bueno, me bautizaron, porque yo no había de bautizarme — en San Isidoro, patrón de la ciudad, como usted sabrá seguramente. A los cuatro días de nacida me trasladaron á Madrid, donde he vivido desde entonces y de donde me considero en realidad. Sería una ridiculez que yo dijese que soy andaluza. Mamá sí lo era:

mamá era de Palos de Moguer, provincia de Huelva. De allí salió Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo. En cambio, papá era de Quel, provincia de Logroño; paisano de Bretón de los Herreros. Mi abuelita paterna era de Alcolea: usted habrá oído nombrar el Puente de Alcolea. Y mi abuelito de Grajanejos, provincia de Guadalajara. De mis abuelos por parte de madre nunca he tenido noticias. Sí sé que él era republicano y ella beata y armaban unas trifulcas muy grandes, pero nada más. ¿Y usted, no dice nada?

GLORIA. Estoy entretenida oyéndola á usted.

CARITA. La verdad es que no la dejo á usted meter baza. ¿Me hace usted el favor de decirme su nombre?

GLORIA. Gloria, para servir á usted.

CARITA. Gloria: ¡qué bonito! El mío es Caridad; pero todos me dicen Carita. Carita para arriba, Carita para abajo... ¿Su papá de usted se llama Cirilo?

GLORIA. Miguel, Miguel. Por cierto que no sé lo que hace.

CARITA. Andará ocupado. ¿Qué hora será ya, sabe usted?

GLORIA. ¿Tiene usted prisa? Deben de ser las nueve y media. Deje usted; voy á llamarle. Se levanta.

CARITA. No, no; si no lo he preguntado por eso...

GLORIA. De todos modos... ¡Papá! Vase al interior.

Llega JEREMÍAS de vuelta de su visita á la taberna, frotándose las manos de gusto.

JEREMÍAS. ¡Bah! Es tontera: no hay mejor remedio contra el frío.

CARITA. Levantándose. (¡Dios mío de mi vida! Ya está aquí el dichoso *pajarraco.)*

JEREMÍAS. Tornando á su sillón. (La niña de marras. Apuesto cualquier cosa á que trae la clave de temas.) Al loro. Miserias de la vida, Rodríguez. No te ocupes tú de eso. A ver qué te parece el que me han dado hoy. Le echa el aliento al loro. ¡Creo que se puede beber! Reanuda sus combinaciones de dedos.

Salen DON MIGUEL y GLORIA.

DON MIGUEL. Hola, joven. ¿Otra vez aquí?

CARITA. Sí, señor. He tenido la fortuna de encontrar la clave...

DON MIGUEL. ¡Ah, caramba! ¿Encontró usted la clave?¡

JEREMÍAS. Subrayando con el canticio su acierto.

Con el capotin, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

DON MIGUEL. (Ya está aquél con la musiquita.) Bueno, pues hija... por esto no le puedo dar más de una peseta.

CARITA. Corriente... ¿qué le vamos á hacer? Buscaremos por otro lado... Ya ve usted, necesito comprar una medicina que cuesta seis reales...

GLORIA. ¿Tiene usted enfermos en casa?

CARITA. Mi hermano Mario: y probablemente será una pulmonía.

GLORIA. ¡Vaya por Dios!

JEREMÍAS. ¡Nos las tragamos como el puño, Rodríguez!

CARITA. He dicho mi hermano y no es mi hermano; pero, al fin, como á hermano lo trato, ¿sabe usted?

DON MIGUEL. Ea, pues tome usted los seis reales... Que no quede por mí.

CARITA. Ay, no sabe usted cuánto se lo agradezco.

JEREMÍAS. ¡Vamos allá!

GLORIA. ¿Qué gruñe usted, tío?

JEREMÍAS. ¡Nada!

DON MIGUEL. A Gloria. Déjalo, mujer. El mejor día se va á encontrar con un diccionario en la cabeza.—Bueno, joven; celebraré que no sea nada lo del hermano.

CARITA. Mil gracias. Ya le digo á usted que no es mi hermano.

DON MIGUEL. Bien, es igual.

CARITA. Es hijo de un señor, que es como si fuera mi propio padre. Porque cuando mi padre pasó á mejor vida, este señor de Galeote me recogió en su casa, y con él y con sus hijos vivo desde entonces. Suspirando con pena. ¡Ay, Dios mío de mi alma!

DON MIGUEL. ¿Galeote ha dicho usted? Un compañero Galeote tuve yo...

CARITA. ¿En dónde?

JEREMÍAS. En galeras, sería.

DON MIGUEL. Hombre, no seas necio.—En la Administración de Hacienda de Córdoba. Por supuesto, de esto hace ya... ¡friolera! Aún no había usted venido al mundo.

CARITA. Pues, oiga usted, este señor también ha sido empleado.

DON MIGUEL. Mi compañero se llamaba Moisés Galeote.

CARITA. ¡Moisés Galeote! ¡El mismo! ¡Mire usted que es casualidad! Mi padrino mismo. Don Moisés Galeote y Chorro.

DON MIGUEL. Justamente. Pues lo más salado del lance es que anoche soñé yo con Moisés. Una de tonterías... ¡qué sé yo!

CARITA. Es muy particular lo que sucede con los sueños.

JEREMÍAS. ¡Muy particular!

CARITA. Calderón decía que sueños son; pero á pesar de Calderón, en muchas ocasiones se acierta. Cuántas veces se dice: esta noche he soñado con Fulano. ¿Se acuerdan ustedes de Fulano? Hombre, ¿qué habrá sido de Fulano, aquel que se fué á América?... Y de pronto, ¡pun! Fulano. ¿No es verdad que ocurre? Yo como sueño tantísimo... Rara es la noche que no sueño. La otra noche soñé que me quedaba muda, y si vieran ustedes con qué angustia tan grande me desperté...

JEREMÍAS. Lo creo.

CARITA. ¿Qué dice usted?

JEREMÍAS. ¡Que ha tenido ya tiempo de morirse el hermano de la pulmonía!

GLORIA. Sí, sí, vaya usted pronto.

CARITA. Ay, es verdad. Me domina el vicio de la conversación. Ustedes perdonen. Hasta otro ratito... Y tantísimas gracias por sus bondades...

GLORIA. Que se alivie el enfermo, ¿eh?

CARITA. Gracias.

DON MIGUEL. Y muchos recuerdos á Galeote.

CARITA. De su parte de usted, don Cirilo. Se alegrará muy de veras de saber de usted. ¿Qué botica es mejor: esta de la esquina ó la de la vuelta de la calle?

JEREMÍAS. ¡Qué se va á morir ese hombre!

CARITA. ¡No me lo diga usted!... ¡Pícara charla!... Ay, hasta ahora no me había yo fijado en el loro... Lorito real, para España y no para Portugal... Vaya, que ustedes sigan bien. Se va á la calle apresuradamente.

DON MIGUEL. Riéndose. El enfermo lo que tendrá será jaqueca... Digo yo. Voy á anotar la compra. Va al escritorio y lo hace, mientras habla con Gloria y Jeremías.

GLORIA. Es muy simpática esa muchacha, ¿verdad?

DON MIGUEL. Sí, pero habla demasiado, hija mía.

JEREMÍAS. ¡El que habla demasiado eres tú!

DON MIGUEL. ¿Yo? ¿Por qué?

JEREMÍAS. Porque antes de cinco minutos tienes aquí á Galeote á darte un sablazo.

DON MIGUEL. ¡Vamos, hombre!

JEREMÍAS. Antes de cinco minutos...

GLORIA. ¡Siempre pensando mal!

JEREMÍAS. Tienes aquí á Galeote...

DON MIGUEL. ¡Ya lo hemos oído!

JEREMÍAS. A darte un sablazo.

DON MIGUEL. ¿Sí, eh? Pues te advierto que como aciertes y me cantes el *Capotín, tín, tín, tín*, vamos á venir á las manos. ¡Es mucha impertinencia!

GLORIA. Tiene razón papá: sabiendo usted que le mortifica...

JERÉMÍAS. Levantándose y yéndose por la puerta que da al interior. Dice, *me hacéis «de» reir don Gonzalo*, dice, *pues venirme á provocar...*

Aparecen en la calle y se detienen á mirar el escaparate de la librería dos ESTUDIANTES. Tras breve disputa entra uno de ellos en el establecimiento, según se indica más abajo.

GLORIA. Hay que armarse de paciencia con el tío.

DON MIGUEL. Cuéntamelo á mí, que estoy aguantando sus pullas desde que me casé.

GLORIA. Y luego, si sirviera de algo...

El Estudiante es un mocito de unos quince abriles. Viene muy decidido, fumando un pitillo y tarareando un canto popular. Al reparar en Gloria se corta un poco.

ESTUDIANTE. Muy buenos días.

DON MIGUEL. Muy buenos. ¿Qué desea usted?

ESTUDIANTE. A don Miguel al oído. ¿Tiene usted *Las...?*

DON MIGUEL. Mirándolo de arriba abajo No, señor; no.

ESTUDIANTE. ¿No?

DON MIGUEL. No.

ESTUDIANTE. Lo mismo que antes. ¿Y *Los...?*

DON MIGUEL. Tampoco.

ESTUDIANTE. ¿Tampoco?

DON MIGUEL. Tampoco.

ESTUDIANTE. ¿Y...?

DON MIGUEL. Sin dejarlo acabar. Tampoco: no se moleste usted.

ESTUDIANTE. Usted dispense... (¡Vaya una librería!) Se va.

DON MIGUEL. Adiós, caballero. ¡Está buena la juventud dorada!

GLORIA. ¿Por qué ha venido ese chico, papá?

DON MIGUEL. ¿Ese? Por un libro de texto.

JEREMÍAS. Volviendo á salir. Gloria: Catalina te necesita.

GLORIA. ¿A mí?

JEREMÍAS. Está sobre el tapete un plato del almuerzo de hoy. Que si huevos fritos, que si tortilla...

GLORIA. Voy allá, voy allá.

JEREMÍAS. Habrá huevos fritos, en la seguridad de que á mí me molestan.

GLORIA. Pues pondremos tortilla.

DON MIGUEL. ¡No! ¡Huevos fritos!

JEREMÍAS. ¡Ya, ya lo he dicho yo! Se sienta á su mesa.

GLORIA. ¡Qué demonio de hombre! Se va al interior, llevándose su velo y su capa.

JEREMÍAS. Al loro. Oído, Rodriguez. Vamos á dar la lección.

LORO. Dame chocolate.

JEREMÍAS. ¿Chocolate, eh? No, señor. Hay que alternar los placeres con el estudio.

LORO. Dame chocolate.

JEREMÍAS. Fíjate bien, que estás muy torpe: «¡No te tires, Reverte!» ¿Lo has oído? «¡No te tires, Reverte!» «No-te-tires Reverte.» A ver si te lo estudias: «No-te-tires-Reverte.»

DON MIGUEL. Pero, hombre, ¡qué cosas le en-

señas al loro! «¡La mare e Dios!» «¡Pa mí que nieva!» «¡No te tires, Reverte!»

JEREMÍAS. ¡El otro! ¿Pues qué le voy á enseñar, majadero? ¿el discurso sobre las armas y las letras?

DON MIGUEL. ¡Anda y que te emplumen! A PEDRITO, que llega en este momento de la calle, mustio como un lirio tronchado. Hola, Pedrito.

PEDRITO. Hola, don Miguel.

Pedrito viste como cualquier escribiente de poco sueldo.

DON MIGUEL. ¿Vienes de la casa?

PEDRITO. Sí, señor.

DON MIGUEL. ¿Y qué hay?

PEDRITO. Que no traigo un cuarto.

JEREMÍAS. Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

DON MIGUEL. ¿Otra te pego? ¿Cómo voy á decirte que me molesta...? Pero ven acá, Pedrito de mis culpas: explícame... ¿No te parece á ti que ya es un abuso...?

PEDRITO. Oigame usted, don Miguel de mi corazón.

DON MIGUEL. Habla.

PEDRITO. A mí puede usted redoblarme el trabajo en la librería, ponerme horas extraordinarias, mandarme con un baúl á la estación, si es preciso, engancharme á un carro, si fuere menester, todo lo que usted quiera; pero por la gloria de sus difuntos, no vuelva usted á encomendarme el cobro de los alquileres.

DON MIGUEL. Chico, me gusta la salida. ¿Quie-

res que me encasquete yo el sombrero y coja los recibos y vaya por ti? ¡Pues, hombre!

PEDRITO. Es que usted no sabe lo que yo sufro. Y luego, ya ve usted, siempre me vengo con las manos en los bolsillos.

DON MIGUEL. Ahí tienes lo que yo no acabo de comprender. Porque buena está la falta de carácter, la delicadeza... hasta la compasión, si se quiere; pero... Vamos á ver: ¿qué te ha dicho el sacristán del 5? Ocho meses debe.

PEDRITO. Pues me ha dicho que no cree en Dios desde que lo echaron de la Parroquia.

DON MIGUEL. ¿Y eso qué significa? ¿Por qué no paga?

PEDRITO. Porque confiesa que si antes pagaba era sólo por temor de Dios, pero que ahora que no cree, que le entren moscas.

DON MIGUEL. ¿Habrá descaro igual?

PEDRITO. Pues la del 15 también es de oro y pedrería, no crea usted. Dice que no da un céntimo mientras no se le ponga otra chimenea.

DON MIGUEL. ¡Caray con la mujer! El mes pasado que ladrillos nuevos, el anterior que zócalo, ahora que chimenea... Oye, ¿y el del 23, que debe ya cerca de un año?

PEDRITO. ¿Cuál? ¿Ese á quien le llaman el *Tuétanos?* Ese es un animal de bellotas. Imagine usted que á tiempo de ir yo á empujar la puerta del cuarto, oí como rumor de gritos y bofetadas, y clara y distinta la voz del *Tuétanos,* que decía poco más ó menos: «¡Grandísima...—bueno, aquí un adjetivo fuerte; bastante fuerte—al primer tío

ladrón que vea yo entrar por esa puerta, le doy dos patás en las mandíbulas!»

JEREMÍAS. ¿Y entraste?

PEDRITO. ¡Un demonio!

DON MIGUEL. Pues, hijo, unos por fas y otros por nefas... el resultado...

JEREMÍAS. Por fas es que no hay vergüenza en la reunión... y por nefas lo mismo.

PEDRITO. Luego, esta es otra: Perico, el del 14, se ha caído de un andamio... y tiene cuatro criaturitas... la mayor así... y hay que ver aquel cuadro... ¿y quién presenta allí el recibo?... Los chicos herreros del 31 están sin trabajo desde hace quince días. Esos son buena gente, ¿sabe usted? Poco menos que se me hincaron de rodillas... usted calcule... ¿Quién es capaz de presentarles el recibo? Al ciego del 13 se le ha muerto la perra que lo acompañaba... y es un dolor oir al pobre viejo... ¿Cómo se le presenta el recibo? El armero del 24 me recibió apuntándome con una escopeta de dos cañones... ¿Usted cree que yo presento allí el recibo?... En fin, así todos.

DON MIGUEL. ¡Pues estamos frescos! Vaya por Dios, hombre, vaya por Dios...

JEREMÍAS. Con lamentos es como no se adelanta nada.

DON MIGUEL. ¿Le parece á usted? Tú dirás, hombre, tú dirás lo que hacemos. Habla: expón tus planes redentores. Y si no, escríbeme tus consejos en un papel, como Don Quijote á Sancho cuando se fué á gobernar la ínsula.

JEREMÍAS. Si mi hermana levantara la cabeza...

DON MIGUEL. Cállate, Jeremías. Calla, por Dios, que me traes á la memoria dos amarguras: la de que ella falta, y la de que yo no sé sustituirla. ¿Me vas á enseñar á mí que á su inteligencia, á su actividad, le debo yo el bienestar de que disfruto, los ochavos que tengo, tú el pan que comes, éste lo que cobra, mi hija lo que sabe?... ¿Me lo vas á enseñar á mí? Pero ¿es mía la culpa de haber nacido tonto de capirote, vamos á ver? ¿Cómo he de remediar yo al cabo de mis años el no entender lo que son negocios, ni lo que es la gente, ni lo que es la vida?

JEREMÍAS. Ese lenguaje es inverosímil en un casero. Se levanta.

DON MIGUEL. Bueno, sí; bien está... Ya veremos lo que se ha de hacer. Vosotros también sois para el avío. Tú, Pedrito, ten la bondad de tomar con más fuego las cosas de la casa y más en frío el estudio de esos dramas y comedias que has dado en representar de algún tiempo á esta parte. Mira que está la librería manga por hombro... Es una compasión.

PEDRITO. Descuide usted: en lo que de mí dependa yo he de procurar... Sentiría que usted creyera que no me intereso...

DON MIGUEL. ¿Cómo he de creer, si te conozco demasiado?

PEDRITO. Le juro á usted que para mí las cosas de ustedes...

DON MIGUEL. Sí, hombre, sí; no vayas á llorar. ¡Era lo único que nos faltaba!

DON MOISÉS, que momentos antes de salir aparece detrás del escapa-

rate y desde allí mira al interior de la librería para cerciorarse de que es la de don Miguel, se cuela de rondón y cae sin que Dios lo remedie sobre Jeremías, que á la sazón se calienta al brasero, y al cual abraza muy estrechamente con muestras de la más viva emoción. El pelaje de don Moisés es de lo más sobrio: zapatos de lona, muy viejos; pantalón de color indefinible; gabán de entretiempo abrochado y con el cuello en pie, y sombrero de paja, muy tostado del sol y con las alas caídas en orma de pantalla. El pantalón y el gabán en ese lastimoso estado en que ya no los toman en las casas de préstamos.

DON MOISÉS. ¡Ah!

JEREMÍAS. ¡Eh! ¡hombre!

DON MIGUEL. ¿Quién es este loco?

JEREMÍAS. ¡Que me tritura usted, compadre!

DON MOISÉS. ¡Miguel! ¡Miguel!

JEREMÍAS. ¿Qué Miguel? ¡Si yo no soy Miguel!...

DON MIGUEL. Si Miguel soy yo...

DON MOISÉS. ¡Ah! ¡tú! ¡Miguel!

DON MIGUEL. Reconociéndolo. ¡Galeote! Se abrazan fuertemente.

JEREMÍAS. ¡Galeote! Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

PEDRITO. (Debe de ser amistad muy antigua.)

DON MIGUEL. Chico, cuánto me alegro; la verdad es que no te esperaba.

JEREMÍAS. Yo, sí.

DON MOISÉS. ¡Quita allá, por Dios! Me ha faltado tiempo... A Pedrito. ¡Ven á mis brazos tú! Y permíteme que te tutee... Lo abraza. ¡Tienes toda la cara de tu padre! A don Miguel. Eres tú mismo, cuando estábamos allá en Córdoba...

DON MIGUEL. ¿Qué dices, hombre?

DON MOISÉS. La mirada, la sonrisa... ¡Tú, tú!

PEDRITO. Dispense usted, pero...

DON MIGUEL. Te advierto que este no es mi hijo.

DON MOISÉS. ¿No?

JEREMÍAS. ¡Ni le toca nada!

DON MOISÉS. Chico, ha sido una ofuscación... Lo declaro. ¡Porque es que no he visto dos caras más distintas! No sé por dónde... Nada, una ofuscación. A Pedrito. Bien, y usted me dispensará el tuteo...

PEDRITO. Calle usted; no vale la pena...

DON MIGUEL. Siéntate, siéntate.

JEREMÍAS. (Estamos enfrente de un gran peligro. Voy á prevenir á Gloria y á Catalina.) Vase al interior.

Pedrito corre de aquí para allá y se sube á la escalerilla, arreglando las anaquelerías y trasladando pilas de libros de un lado á otro. Don Moisés y don Miguel se sientan al brasero.

DON MOISÉS. Quitándose el sombrero y descubriendo una calva ignominiosa. ¿Me encuentras muy viejo, no es verdad?

DON MIGUEL. Avejentadillo te encuentro, sí... Pero has de ver que ya no somos chicos de la escuela.

DON MOISÉS. ¡Ah! Tú estás hecho un pollo. ¡Qué brillo en la mirada! ¡Qué colores!...

DON MIGUEL. Je, je...

DON MOISÉS. Dime, ¿qué es de tu vida? ¿Al fin te casaste?

DON MIGUEL. Suspirando. ¡Ay! Sí, hombre, sí: me casé... y he enviudado ya.

DON MOISÉS. ¡Cómo vuelan los años!

DON MIGUEL. Por mi mujer llevo este luto.

DON MOISÉS. ¡Pobre Nicolasa!

DON MIGUEL. ¿A quién te refieres?

DON MOISÉS. A tu mujer: ¿no era Nicolasa?

DON MIGUEL. No, hijo, no: Lorenza.

DON MOISÉS. Perdóname, Miguel; estoy empecatado. Es que como mi pobre Elvira se llamaba Nicolasa...

DON MIGUEL. ¿Qué dices?

DON MOISÉS. ¡Jesús! Desvarío... Concluirás por no hacerme caso. Padezco distracciones horribles; equivoco las palabras, trueco los conceptos... Las zarzas del camino, chico.

DON MIGUEL. ¡Pobre Moisés!

ON MOISÉS. ¿Tienes algunos hijos?

DON MIGUEL. Una hembra: Gloria.

DON MOISÉS. Gloria será, en efecto.

DON MIGUEL. Es buena, es buena: no puedo quejarme. ¿Y tú, Moisés? Cuéntame tu vida.

DON MOISÉS. No deseo otra cosa. Es un barco de penas: estoy en alta mar... y no veo tierra por ninguna parte. Cogiéndole una mano á don Miguel. ¿En ti tengo un amigo, verdad?

DON MIGUEL. No me lo preguntes.

DON MOISÉS. ¿Puedo abrirte mi pecho?

DON MIGUEL. Sí.

DON MOISÉS. Pues mira. Se pone de pie de espaldas al público, y desabrochándose el gabán, le muestra el pecho á D. Miguel. En seguida vuelve á abrocharse y se sienta.

DON MIGUEL. ¡Ave María Purísima!

DON MOISÉS. Esto te dirá mejor que palabra

ninguna, en qué terrible situación *hame* colocado el infortunio.

PEDRITO. (Sí, lo que es nadando en la abundancia ya se ve que no está.)

DON MOISÉS. Después que nos separamos en Córdoba, la desventura me hizo su hijo predilecto... y todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, fueron crisálidas de desengaños...

PEDRITO. (Hombre, eso está bien.)

DON MOISÉS. Dame un pitillo.

PEDRITO. (Eso no está tan bien.)

DON MOISÉS. Quiero ver si se me quita con el tabaco este amargor de lágrimas que me viene á la boca. Don Miguel le da un cigarrillo y ambos fuman. ¡Ay, Miguel, Miguel; cuánto he padecido, cuánto he sufrido! No encontrarás un dolor en el mundo que no me sea tan familiar como el abrir y cerrar los ojos. ¿Ves cómo estoy de canas? Pues cada una es una herida, cada una es un desengaño, cada una es un amigo que he perdido.

PEDRITO. (¡Caramba! ¡pues ha debido de tener muchas relaciones!)

Don Moisés quiere sollozar y no le sale.

DON MIGUEL. Vamos, tú, ¿qué se le ha de hacer? No te apures.

DON MOISÉS. ¿Tú conociste á mi segunda mujer?

DON MIGUEL. Sí, hombre, sí: María.

DON MOISÉS. Pues bien, llora conmigo: ¡ya no vive!

DON MIGUEL. ¿No?

DON MOISÉS. Rompiendo á llorar al fin. No. ¡Ni mi primera mujer tampoco!

PEDRITO. (¡Naturalmente!)

DON MOISÉS. Enjugándose el llanto. ¿Te acuerdas de mi Baldomero?

DON MIGUEL. ¡Vaya!

DON MOISÉS. ¡El rey de la casa! ¡la alegría del mundo!... Permíteme que vuelva á llorar al calor de su querido recuerdo. Suelta el trapo otra vez.

PEDRITO. (Pues, señor, nos va á meter el corazón en un puño.)

Pasa CATALINA con una alcuza desde la puerta del interior á la de la calle, por donde se va santiguándose y sin quitarle ojo á don Moisés mientras pasa.

DON MIGUEL. Moisés, querido Moisés, sosiégate. No te falte el valor á última hora.

DON MOISÉS. Serenándose. Dispensa: dices bien. Con la muerte de mi chico, la noche tendió su manto en mi casa: me dejaron cesante. Uno de esos ministros sin conciencia que de una plumada se comen el pan y se beben el agua de una familia. Hice los imposibles por lograr mi reposición: inútil. Trabajé en otras cosas: inútil. Descendí de clase: quise ser cobrador de tranvías: inútil. Me fuí á América, la tierra de los desesperados: padecí y padecieron los míos hambre y sed. Volví á España. Nuevamente procuré ser de todo; lo intenté todo, lo palpé todo, y lejos de encontrar la ansiada aurora no hallé sino nuevas penas, nuevos dolores, nuevas amarguras, nuevos desengaños...

PEDRITO. (¡Se nos viene con *latiguillos* el buen viejo!)

DON MIGUEL. ¿Cuántos hijos te quedan?

DON MOISÉS. Sollozando antes de contestar. Dos.

DON MIGUEL. ¿Alguna hija?

DON MOISÉS Vuelta á los pucheros. Ninguna. (No se lo digo.)

DON MIGUEL. ¿Y esa chicuela por quien he sabido de ti?

DON MOISÉS. ¡Ah! ¡Carita! ¡Pobre ángel de Dios! Huérfana y sola desde muy niña, yo la recogí en mi hogar humilde.

DON MIGUEL. Parece muy buena muchacha.

DON MOISÉS. Es tan buena como bonita... y tan bonita como desgraciada. La risa huyó de sus labios cuando aún no contaba ocho primaveras. Unida á nuestra suerte la suya, hoy también llora con nosotros.

DON MIGUEL. Pero ¿tan triste es tu situación actual?

DON MOISÉS. ¡Desesperada, chico! Es la de aquel que está en la barandilla del Viaducto dispuesto á arrojarse de cabeza, y no espera otra cosa que la mano de un guardia que lo sujete. Mira: mi hijo Calixto, harto ya de sufrir penalidades, hace tres meses que voló de mi hogar: *fuése* á correr fortuna. No sé de él. Mi hijo Mario, en quien—¿á qué voy á ocultártelo á ti?—tengo puestas todas mis esperanzas y todas mis ternuras... postrado está en la cama del dolor. Se me muere, Miguel, se me muere en aquella fétida guardilla. No tengo recursos, no tengo medios... ¿qué hago? Parece imposible que haya desventura mayor. Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: el casero me ha dicho que nos va á plantar en la calle. Ahí tienes una desventura mayor: ahí la tienes.

PEDRITO. (¡Corcho! ¡eso es del *Drama nuevo*! ¡Si lo estoy ensayando yo!...)

DON MIGUEL. ¡Jesús, Jesús, Dios mío!

DON MOISÉS. Y lo hará, Miguel; créeme que lo hará. Nos pondrá enmedio del arroyo sin consideración al enfermo ni á nada. Los caseros son unos animales.

DON MIGUEL. Hombre, hay de todo... Ya tú ves, yo también soy casero... Je...

DON MOISÉS. Recogiendo velas. Chico... perdona... he dicho animales... en el buen sentido de la palabra.

PEDRITO. (¿Cuál será el buen sentido ese?)

DON MIGUEL. Pues nada, no te apures...

DON MOISÉS. ¿No he de apurarme, si tendré que llevar al hospital á mi pobre hijo?

DON MIGUEL. Para algo vivo yo en el mundo. No hables de eso siquiera.

DON MOISÉS. ¿Eh? ¿qué dices?

DON MIGUEL. Que tu hijo no irá al hospital, ni por pienso...

DON MOISÉS. Estrechándole las manos. ¡Miguel! ¡Miguel!

DON MIGUEL. Que se remediará en lo posible tu situación, porque todo tiene arreglo en el mundo, en no siendo la muerte...

DON MOISÉS. ¡Miguel!

DON MIGUEL. Y que adonde nos vamos ahora mismo los dos es á tu casa. Levantándose. Anda, que ya tardamos.

DON MOISÉS. ¡Miguel! Se le echa encima llorando á moco y baba, y lo estrecha y lo moja que es una bendición.

PEDRITO. (Este don Miguel es un bizcocho de canela.)

DON MIGUEL. Vaya, no llores más... no seas niño... que vas á contagiarme.

DON MOISÉS. Lloro, sí, lloro. Son tus palabras benditas las únicas gotas de rocío que desde hace muchos años han caído sobre mi corazón. ¡Dios querrá que algún día pueda pagarte!

DON MIGUEL. Vamos, calla ó me enfado. No se hable más del particular. Tranquilízate... Verás: antes de irnos vas á conocer á mi hija.

DON MOISÉS. ¡Sí, hombre, sí!

DON MIGUEL. ¡Gloria! ¡Gloria! Vase al interior de la casa llamando á Gloria.

Don Moisés se deja caer sollozando en la silla en que estaba. Pausa.

PEDRITO. (Diablo, parece que tiene hipo.) Acercándose á don Moisés. ¿Quiere usted un poco de agua, caballero?

DON MOISÉS. Estrechándole una mano sin mirarlo. Gracias, noble pollo.

Sale D. MIGUEL del interior de la casa con GLORIA. Se ha quitado la gorra y trae el sombrero en la mano.

DON MIGUEL. Aquí la tienes.

DON MOISÉS. Levantándose de un salto. Señorita... ¡Dios Todopoderoso! Chico, si parece que estoy viendo á Nicolasa...

GLORIA. ¿A quién?

DON MIGUEL. A tu madre, dice.

DON MOISÉS. Ay, es verdad: he vuelto á confundir el nombre.

Sale JEREMÍAS también del interior, receloso como un gato arisco, y se sienta á su mesa.

GLORIA. ¿Me encuentra usted parecido á mi madre?

DON MOISÉS. ¡Una estampa! ¡una estampa! Desde luego es usted tan bonita, y seguramente será usted tan buena.

GLORIA. Mil gracias, señor.

DON MOISÉS. ¡Es ella, Miguel, ella misma! ¿Recuerdas cuando la conocimos?

DON MIGUEL. Figúrate si me acordaré.

DON MOISÉS. Las veces que paseamos juntos la calle... lo colorado que tú te ponías á cualquier novedad...

DON MIGUEL. El miedo que le teníamos los dos al abuelo de esta...

DON MOISÉS. ¡Qué tiempos aquellos!... ¡Ay, Miguel, me parece que respiro de otra manera!... El recuerdo de nuestra juventud, esta casa, tu hija, el cariño con que me tratas, el noble amparo que me ofreces...

JEREMÍAS. (¡Ya pareció aquello!) Como si le hubieran puesto una banderilla, se levanta y empieza á pasearse por el foro.

DON MOISÉS. Anda, vamos á llevarles á los míos estos rayos de sol.

DON MIGUEL. Vamos, sí; vamos en seguida. Hasta luego. Echa á andar hacia la puerta, la abre y aguarda á don Moisés, que se despide.

DON MOISÉS. Cogiéndole las dos manos á Gloria. Niña, aunque se le muera á usted su padre, no se apure usted...

PEDRITO. (¡Atiza!)

GLORIA. Por Dios...

DON MOISÉS. Usted perdone... he querido de-

cir... que no importa nada que él se muera...

DON MIGUEL. ¡Hombre! ¡hombre! Déjate ahora de...

JEREMÍAS. (¡Qué estúpido!)

DON MOISÉS. Vamos, que en mí tiene usted un segundo padre.

GLORIA. Ah; muchísimas gracias.

DON MOISÉS. Saludando á Jeremías. Caballero...

JEREMÍAS. ¡Abur!

DON MIGUEL. Acaba, hombre.

DON MOISÉS. Tropezando con Pedrito, á quien le echa al suelo una pila de libros que lleva en la mano. Joven...

PEDRITO. ¡Eh! ¡cuidado!

DON MOISÉS. Usted me dispense.

GLORIA. (Va loco.)

Don Moisés, aturdido ya, tropieza también con CATALINA, que llega de la calle cuando él se marcha.

CATALINA. ¿Ande yeva usté loz ojos, zeñó?

DON MOISÉS. ¡Fijos en el cielo de la dicha!

DON MIGUEL. Anda, anda. Deja pasar á don Moisés.

CATALINA. Llevándose las manos á la cabeza. (¡Ze van los dos juntos!)

JEREMÍAS. Refunfuñando. ¡Lo engañan! ¡lo explotan!

DON MIGUEL. Vuelvo en seguida, ¿eh? A Jeremías. ¿Qué te sucede á ti, que así bufas?

JEREMÍAS. ¿No lo ves? ¡Que estoy muy contento!

DON MIGUEL. Pues mira, no lo estarás tanto como yo. Hasta luego A don Moisés, echándole una mano por la espalda. ¿Vamos?

Jeremías y Catalina hablan en voz baja escandalizados, y Gloria auxilia á Pedrito en la tarea de recoger los libros del suelo. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Trastienda de la librería de don Miguel. A la izquierda del actor el hueco de puerta que comunica con el establecimiento. La pared de la derecha se une á la del foro formando chaflán. En medio de éste, una puerta que conduce á las habitaciones interiores. Ambas paredes laterales cubiertas por completo de anaquelerías llenas de libros. En la del foro, hacia la derecha, una ventana grande con reja, que da al patio de la casa y cuyas puertas aparecen cerradas en este acto. Cerca de la ventana una máquina de coser. Arrimados á la pared montones de libros y una escalerilla de mano. En el centro de la escena una mesa-camilla. En torno varias sillas finas de enea y dos butacas de gutapercha. Estera de pleita. Es de noche. Pendiente del techo una lámpara de luz eléctrica encendida.

DON MIGUEL, sentado á la camilla en una butaca, lee un periódico. Tiene puestas la capa y la gorra, como en el primer acto. Poco después de levantarse el telón sale PEDRITO de la tienda con un libro en la mano.

PEDRITO. Oiga usted, don Miguel.

DON MIGUEL. ¿Qué quieres?

PEDRITO. ¿Se puede dar esto por diez reales?

DON MIGUEL. Examinando el libro. ¿Esto? ¿Quién lo pide?

PEDRITO. Ese muchacho de la barba negra y los lentes, que se llevó el otro día la *Historia de las ideas estéticas...*

DON MIGUEL. Ah, sí, hombre: es parroquiano asiduo. Dáselo.

PEDRITO. Le diré que por ser para él... Echa á andar y á la mitad del camino se detiene y suelta un suspiro que parte el alma. ¡Ay!

DON MIGUEL. ¿Qué te pasa, Pedrito, que andas hoy así como tonto y das unos suspiros...? ¿Tienes amores imposibles?

PEDRITO. No son flojos amores.

DON MIGUEL. ¿Algo, quizás, del teatro de doña Guadalupe?

PEDRITO. Pues ¿qué ha de ser? Calcule usted que ya no hacemos el *Drama nuevo*.

DON MIGUEL. ¡Diablo de contrariedad! Pero anda, anda, que espera ese señor.

PEDRITO. Está muy entretenido viendo unas láminas... Baja la voz como si temiese ser escuchado. Mire usted, don Miguel: cometió doña Guadalupe la torpeza—ya se lo advertí yo,— de repartirle el papel de Alicia á la hija del sastre del portal, y ahora no sabe cómo quitárselo.

DON MIGUEL. ¡Jesús qué desatino! Mira tú que á la hija del sastre... ¿Estaría la pobrecita para matarla?

PEDRITO. Para matarla, no; pero para herirla gravemente, desde luego. Y quien paga los vidrios rotos soy yo.

DON MIGUEL. ¿Por qué?

PEDRITO. ¡Ahí es nada! Figúrese usted que

para el martes quieren que me estudie *La esposa del vengador* y *El nudo gordiano*.

DON MIGUEL. ¡Aprieta! Estos aficionados las gastan así. ¡Buena va á andar la librería de aquí al martes!

PEDRITO. Eso no, don Miguel: primero es la obligación que la devoción.

DON MIGUEL. Bueno, pues véte á demostrarlo; no te detengas más.

PEDRITO. Ya, ya me voy. Se asoma á la librería. Ese caballero sigue distraído con las láminas. — Lo que iba á decirle á usted, don Miguel: en *La esposa del vengador*, que ya he hecho otras veces, estaré... vamos... En fin, no es que yo me alabe, pero... las personas que me la han visto hacer, se han quedado con la boca abierta. En cambio, en *El nudo gordiano*, me van á dar dos tiros.

DON MIGUEL. ¿Por qué, simple?

PEDRITO. Porque yo no siento los dramas de levita; eso es.

DON MIGUEL. ¡Ja, ja, ja!

PEDRITO. No se ría usted, no, señor, que no los siento. Puede que sea porque no tengo levita, pero no los siento.

DON MIGUEL. ¿De manera que todo tu equipaje es de capa y espada?

PEDRITO. ¡Quiá! ¡Si tampoco tengo equipaje! Pero los trajes de capa y espada me los presta Roquete, un cómico muy amigo mío.

DON MIGUEL. Tonto, pues que te preste la levita Roquete.

PEDRITO. Es que las levitas de Roquete... también son de capa y espada.

DON MIGUEL. Vaya por Dios. Y basta de palique, ¿eh? A cumplir tus obligaciones.

PEDRITO. No me reprenda usted, don Miguel; póngase en mi caso... Yéndose á la librería.

Aquí mi padre expiró,
aquí morirá Pacheco.

DON MIGUEL. Ese va á perder la cabeza con los dramas.

Viene GLORIA del interior de la casa con una labor, que deja sobre la camilla.

GLORIA. Ay, qué demonio de muchacha.

DON MIGUEL. ¿Quién?

GLORIA. Carita. No hay modo de hacer carrera de ella. Ha simpatizado con Catalina, que charla más que ella todavía, y allí las tienes á las dos fregando platos y dorando peroles.

DON MIGUEL. Déjalas. Esa Carita es una joya. Mira que se mete por el corazón.

GLORIA. Carita y todos ellos.

DON MIGUEL. Ah, sí. Mario es la misma flor de la simpatía.

GLORIA. ¿Verdad que sí, papá? ¡Pobre chico! Aún está muy débil.

DON MIGUEL. Muy débil, sí.

GLORIA. La que ha pasado ha sido buena. Una pulmonía doble no la cuentan todos. Se acerca á don Miguel y baja un poco la voz. Por cierto, papá, que tengo que pedirte una cosa. Haz el favor de decirle al

tío Jeremías que no sea tan imprudente con ese chico. Le suelta unas pullas y unas indirectas que encienden lumbre.

DON MIGUEL. Disgustado me tiene eso, no creas tú. El domingo tuve con él unas palabrillas á cuenta de la ropa que les hemos sacado del Monte. ¿Qué quería? ¿que anduvieran en cueros por la casa? La ha tomado en una forma tan grosera con toda la familia...

GLORIA. Pero principalmente con Mario. (¿Qué hará que no viene?) Debía bastarle el considerar que están amparados aquí, para tratarlos de otro modo...

DON MIGUEL. Claro es.

Sale paseando JEREMÍAS del interior de la casa y se va á la librería. Trae en la mano una copita de aguardiente, en la que mete las narices como si se las quisiera bañar.

JEREMÍAS. Dice, *tiempo libre, bolsa llena,* dice, *buenas mozas y buen vino;* dice, *¡cuerpo de tal, qué destino!* dice, *y todo ello á costa ajena.* Vase. Se va en efecto.

GLORIA. ¿Ves tú?

DON MIGUEL. Ya, ya veo. Te digo que me ha faltado poco...

GLORIA. Sí, tú también gastas una calma... Siempre te falta poco.

DON MIGUEL. Ente ruín, incapaz de querer á la camisa que lleva puesta... Lo que tiene entre cuero y carne es el escozor de lo que yo he hecho con esa pobre gente; cosa que á él le parece inverosímil.

GLORIA. Si todos fuésemos á pensar como él...

Pero tú, papá, no has hecho más que lo que has debido, y allá cada uno con su conciencia.

DON MIGUEL. Levantándose. Ahí está el toque. Yo tengo mi alma en mi cuerpo y mi libre albedrío como el más pintado, y estoy en mi casa, donde soy señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sé...

GLORIA. Bueno, déjate ahora de *Don Quijote*.

DON MIGUEL. Es que me indigna ese Jeremías. Quisiera yo que hubiese venido él conmigo á casa de esa buena gente y hubiese visto el cuadro que yo vi. ¡Qué alcoba, hija, qué alcoba! Un tugurio de lo más miserable. El pobre Mario tendido en un jergón, medio muerto de frío, porque allí entraba el viento por donde le daba la gana; el padre casi en cueros; Carita llorando en un rincón; la cocina sin lumbre; la despensa sin pan... ¡qué sé yo! No pude, ni quise contenerme... Fué aquello un impulso invencible de todo mi ser. «¡A mi casa!—les dije—. Allí, hasta que pase la nube». Y hubieras tú visto, Gloria, hubieras visto entonces qué llanto de gratitud, qué besarme las manos, qué extremos... Me avergonzaron y tuve que escaparme, no te digo más... Para que se nos venga ahora ese brujo de Jeremías con pullas y más pullas, enderezadas á amargarme esta satisfacción que yo tengo, sin duda porque él no la puede sentir igual en los días de su vida. Vuelve á sentarse.

GLORIA. Ni más ni menos. Y sobre todo, papá, que es lo que yo digo: en los veinte que llevan aquí, ¿han hecho algo que justifique esa ojeriza?

DON MIGUEL. Al contrario. Si se pasan las horas queriendo agradar...

GLORIA. La pobre Carita se desvive... á todo atiende...

DON MIGUEL. Y Moisés lo mismo.

GLORIA. Ah, ese buen señor no sosiega.

Sale JEREMÍAS del establecimiento con la copita de antes apurada, y se detiene un punto oyendo la conversación de don Miguel y Gloria.

DON MIGUEL. Allá veremos si en eso de los retratos al carbón le sopla la fortuna.

GLORIA. En su cuarto está ahora dándole los últimos toques á ese que le encargaron el domingo.

DON MIGUEL. Como que es su obsesión: aportar algunos cuartos al gasto de la casa. Yo ya le he dicho que no piense que voy á aceptar... Pero me ha contestado que por fuerza tomaré lo que él gane mientras viva aquí con nosotros.

JEREMÍAS. Sentenciosamente. Cobrará el retrato y no veréis un perro chico.

GLORIA. ¿Usted qué sabe?

JEREMÍAS. Cobrará el retrato...

DON MIGUEL. ¡Calla, majadero!

JEREMÍAS. ¡Y no veréis un perro chico!

GLORIA. ¡Dale!

JEREMÍAS. Viendo venir á DON MOISÉS por la puerta que da al interior de la casa y yéndose por ella después de saludarlo. Nuestro hombre se acerca. A sus órdenes, querido Van Dick.

DON MOISÉS. Más decentito que en el primer acto. Trae un rollo grande en la mano y el sombrero puesto. ¡Je, je! Van Dick me dice... Tu cuñado me hace mucha gracia.

DON MIGUEL. ¿Sí?

DON MOISÉS. ¡Mucha! (La misma que si me afeitaran en seco.) Conque, yo voy á entregar este mamarracho.

DON MIGUEL. Déjalo para mañana, bobo. ¿Qué prisa te corre?

DON MOISÉS. Ninguna. Pero me conviene entregarlo de noche, porque la luz artificial *le va* mejor que la febea. Volveré antes que cerréis. Mirad cómo ha quedado. Desenvuelve el rollo y enseña su obra, que es un retrato de busto de tamaño natural, menos que medianamente dibujado al carbón.

GLORIA. A ver, á ver...

DON MIGUEL. ¡Bravo, chico! ¿Sabes que me gusta?

GLORIA. Está admirablemente.

DON MOISÉS. ¿Sí, eh?

DON MIGUEL. Nuestra opinión no vale, pero...

DON MOISÉS. ¿Cómo que no vale? Un hombre de tu gusto, y de tu cultura, y de tu...

DON MIGUEL. Me estoy fijando... y no sé qué le encuentro á la boca.

DON MOISÉS. No me toques á la boca, por Dios. La boca es la misma. Mírala así. Guiña un ojo y se pone delante del otro una mano á guisa de anteojo.

DON MIGUEL. Imitándolo. ¿Así? Chico, ciertamente.

GLORIA. Yo á lo que le noto algo raro es á las narices...

DON MOISÉS. No me toques á las narices. Míralas así. Como á don Miguel.

GLORIA. Ay, es verdad; así se salen del papel.

DON MIGUEL. Oye, pues no dejes de decirle al dueño que lo mire así.

DON MOISÉS. Enrollando el retrato. ¡Ja, ja, ja! No estaría de más, no te creas. Vaya, vuelvo al instante. Fijándose en una solapa de don Miguel. ¿Qué tienes tú aquí?

DON MIGUEL. No sé...

DON MOISÉS. Una mancha de... de... ¿de qué es esto? Grasa, grasa parece. Mañana te daré con tierra de vino. ¿Tú no querías botones, Gloria?

GLORIA. Me los ha traído ya Carita, don Moisés. Se sienta á hacer labor.

DON MOISÉS. Corriente.

DON MIGUEL. Oye, por si tardas un poco y hemos cerrado cuando vengas, ¿tú conoces la entrada del portal?

DON MOISÉS. Sí. Lo que no sé es la gracia del sereno.

GLORIA. La gracia del sereno es no venir cuando se le llama.

DON MOISÉS. ¡Ja, ja, ja! ¡Los mismos golpes de su madre!

DON MIGUEL. Bartolo es la gracia.

DON MOISÉS. Bartolo: no se me olvida. Como Murillo. Conque, soy de ustedes. Se marcha á la calle.

DON MIGUEL. Adiós.

GLORIA. Adiós.

Sale MARIO de las habitaciones interiores. Viste traje de americana en no mal uso.

MARIO. ¿Qué hacen tan calladitos el padre y la hija?

GLORIA. (Ya está aquí.)

DON MIGUEL. ¿Y usted, qué hacía por allá dentro, perdido?

GLORIA. ¿Ayudarle á Carita á fregar peroles?

MARIO. No, por cierto. He estado embromando un rato á don Jeremías.

DON MIGUEL. ¡Duro, duro en él!

MARIO. Es delicioso. Acabo de decirle que hace vida de pisapapeles. Sueltan la risa Gloria y don Miguel. Y se me ha puesto por las nubes.

DON MIGUEL. Eso prueba lo atinado de la comparación.

MARIO. A mí me divierte muchísimo. Le cuento unas patrañas sólo por oirle... Tuvo que ver anoche cuando le juré que hace seis años fuí vendedor de babuchas en Egipto.

GLORIA. ¡Ja, ja, ja!

MARIO. Porque, eso sí: no me paro en barras. En mis conversaciones con él ya le he dado tres ó cuatro vueltas al mundo.

GLORIA. Lo va usted á matar á berrenchines.

DON MIGUEL. No, hija, no: descuida, que á ese no lo mata nadie.

MARIO. (Se hará lo que se pueda. Y veremos quién puede más.) Se sienta junto á Gloria.

DON MIGUEL. Bien pronto ha recobrado usted el buen humor, amigo Mario.

MARIO. En cuanto he visto asegurado el pellejo, que fué lo que me preocupó algunos días.

GLORIA. ¿Le tiene usted cariño á la vida?

MARIO. Más que nadie. Y mire usted que la mía no ha sido hasta el presente ningún caminito de flores; pero eso mismo ayuda á quererla...

Cuanto más desgraciada es una persona, más se la quiere, ¿no es verdad? Pues lo propio me ocurre conmigo: cuanto peor lo paso en más me estimo y me creo más digno de pasarlo bien. Y como tras unos días vienen otros, y hay más días que longaniza, según dicen, y longaniza me consta que hay mucha, ¡adelante! ¡á vivir!

DON MIGUEL. Filosofía de hombre sano que recobra la fuerza perdida.

MARIO. Es cierto. Estoy mucho mejor. Hace tres días, apenas podía tenerme en pie. Pero desde ayer noto que la salud entra en mi cuerpo sin pedir permiso, despreciando papelillos y píldoras, de rondón, libre, franca, lo mismo que entra en mi alcoba la luz del día cuando abro las ventanas al levantarme.

GLORIA. Gracias á Dios.

MARIO. Justo; gracias á Dios, que los puso á ustedes en la tierra. Tengo un presentimiento que me hace feliz...—bueno, yo soy más supersticioso que una gitana.—Digo que tengo el presentimiento de que, merced á la casualidad que aquí me ha traído, desde esta fecha va á tomar mi vida rumbo más próspero.

GLORIA. Candorosamente. Oiga usted; y yo que, sin saber por qué, he pensado lo mismo...

DON MIGUEL. Hombre, es muy natural que suceda. No es cosa de que estén ustedes toda la vida tragando rejalgar. Dios aprieta, pero no ahoga.

GLORIA. Mirando al interior de la casa. El tío Jeremías viene ahí. Cambiemos de conversación.

DON MIGUEL. Sí, sí: doblemos la hoja.

Vuelve JEREMÍAS del interior chocando y enredando los dedos como de costumbre, y pasa hacia la tienda. Al oir á Mario se detiene á escucharlo con muy mala intención.

MARIO. Van ustedes á oirlo. Precisamente en aquella época, querido don Miguel, era yo cervecero en Alemania...

GLORIA. (¡Virgen!)

DON MIGUEL. Sí, sí; si hablamos de eso el otro día...

JEREMÍAS. ¿En qué época era eso, puede saberse?

DON MIGUEL. (Ya, ya...)

MARIO. Sí, señor; eso era... en Agosto del 95.

JEREMÍAS. ¡Alto el carro! ¡No aguanto más bolas!

MARIO. ¡Don Jeremías!

Gloria y don Miguel contienen la risa.

JEREMÍAS. ¡Tengo apuntadas en un papel todas las cosas que ha sido usted en Agosto del 95! Se ríen los tres. No hay que reirse... Aquí está. Saca de un bolsillo un papel y lee con fruición. Este caballero ha sido en Agosto del 95: «Pastelero, en Valladolid; sereno, en Badajoz; Don Miguel, Gloria, y el propio Mario, ríen de muy buena gana. jefe de *claque*, en Bélgica; equilibrista, en Rusia; peluquero, en el Cairo; litógrafo, en el Canadá; Judas, en una procesión, en Estepa; recaudador de contribuciones, en la Patagonia; vendedor de arropías, en Sevilla; cajero, en el Banco de Londres, y capitán de un globo, en mitad de la atmósfera.» Decidme si hay manera de creer...

MARIO. Levantándose. ¡Ah! Todo es rigurosísima-

mente histórico. Como que en Agosto del 95 era yo...

JEREMÍAS. ¿Otra cosa además?

MARIO. Sí, señor; primer actor de una compañía dramática, donde cada noche representaba un tipo distinto.

DON MIGUEL. Te ha reventado, Jeremías.

GLORIA. Lo ha reventado á usted.

JEREMÍAS. ¡Un cuerno!

MARIO. No tiene usted más que fijarse: pastelero, en Valladolid: *Traidor, inconfeso y mártir.* ¿Ha visto usted *Traidor, inconfeso y mártir?* ¡Pero si usted no ha visto más que el *Tenorio* y *La canción de la Lola!*

JEREMÍAS. No he visto tanto como usted... Sin embargo, le reconozco sin reservas muy felices disposiciones de comediante.

MARIO. (No me inmuto, no.) ¡Oh! ¡Usted no sabe la de laureles que he conquistado! Fué aquella una época de gran ventura para mí. Todavía me entusiasmo á veces. Declama con énfasis.

Grajos viles que espanta mi bandera
son los reyes de Córdoba y Sevilla:
y yo haré con sus reinos una hoguera...

¿A que no acierta usted de dónde es eso?

Sale PEDRITO oportunamente de la tienda.

PEDRITO. De *Sancho García.* Don Miguel, aquí lo busca á usted un caballero. Se va.

GLORIA. Vamos, que ese también...

DON MIGUEL. Yéndose tras Pedrito. Si le digo á usted que en esta casa el que no se ríe...

JEREMÍAS. Siguiendo á Don Miguel. ¡Ah, sí! ¡Todo esto tiene muchísima gracia! Se va diciendo «ja, ja, ja», sin reirse. Ja, ja, ja... No te pongas malo de reir, Jeremías. Ja, ja, ja...

GLORIA. (Solos otra vez.)

MARIO. Soltando la carcajada. ¡Va que echa bombas!

GLORIA. A mí lo que me admira es que no comprenda que son bromas de usted. ¡Porque mire usted que la lista que ha hecho!

MARIO. Es que la ha tomado conmigo sin saber por qué causa. Vuelve á sentarse junto á Gloria.

GLORIA. Yo sí lo sé, Mario.

MARIO. Y yo.

GLORIA. Porque con todos hace igual.

MARIO. No es por eso.

GLORIA. Le aseguro á usted que es insufrible: á todas horas pensando mal, de un humor endiablado... Para él no hay persona buena en el mundo... ¡Jesús!

MARIO. ¿Y ha vivido siempre con usted?

GLORIA. Siempre.

MARIO. Pues ha tenido tiempo de cambiar de opinión.

Pausa.

GLORIA. (Cuando me quedo sola con este hombre, no sé adónde mirar.)

MARIO. (Creo que no le parezco saco de paja.)

Nueva pausa. Mario contempla á Gloria fijamente.

GLORIA. (Debe de estar mirándome: siento sus ojos en mi cara.)

MARIO. (Vamos á ver si es verdad eso del nuevo rumbo de mi vida.) ¡Qué callados estamos!

GLORIA. Se conoce que no tenemos nada que decirnos.

MARIO. O que tenemos mucho... y no sabemos por dónde empezar. Pausa. (Como una amapola se ha puesto. Es una sensitiva.)

GLORIA. (¡Qué simple soy! ¿Pues no me he puesto colorada?) Dicen que cuando hay estos silencios es que pasa un ángel.

MARIO. Pues como pase por aquí va á morirse de envidia.

GLORIA. Riendo. ¿De mí?

MARIO. No: de mí. Creo que por bien que le vaya al angelito allá arriba, mejor que al lado de usted es muy difícil que le vaya.

GLORIA. Bueno, ¿quiere usted que hablemos de otra cosa?

MARIO. ¿No le gusta á usted la conversación?

GLORIA. Sí me gusta...

MARIO. ¿Entonces á qué variarla?

GLORIA. He dicho una simpleza. Me gusta como gustan las galanterías, pero por lo mismo no está bien que yo quiera oirlas...

MARIO. ¿Pues no confiesa usted que le gustan?

GLORIA. ¡Ay, qué hombre de Dios! Es que hay cosas que aunque le gusten á una, una no debe decir que le gustan... Y yo ya lo he dicho, que es lo malo...

MARIO. Y le ha costado á usted ponerse otra vez como una cereza. ¡Ja, ja, ja!

GLORIA. (Me vió antes.) Por Dios, Mario, no se ría usted de mí.

MARIO. Esta risa no es burla: es alegría.

GLORIA. Menos mal si está usted alegre.

MARIO. Ya sabe usted que sí. Y á su lado de usted... más alegre que nunca. (Ahora se ha puesto pálida.)

Pausa breve.

GLORIA. (¡Jesús! no veo la labor...)

MARIO. Gloria, ¿quiere usted mirarme un momento?

GLORIA. Muy turbada. Si lo estoy viendo á usted todo el día...

MARIO. Viéndome, sí; pero mirándome, no. Por lo menos, mirándome como yo quisiera que me miraran esos ojos... esos ojos tan...

Sale PEDRITO de la tienda buscando como loco un libro por las anaquelerías de uno y otro lado, y recitando, casi maquinalmente y muy aprisa, mientras lo busca, los versos que siguen.

PEDRITO.

... Y el puño de mi tizona
libre de pliegues molestos
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos...

MARIO. (¡Qué oportuno es este pájaro frito!)

Se separa de Gloria y finge distraerse.

GLORIA. (¡Ay, ya puedo respirar!...)

PEDRITO. ¿Dónde estás, hombre, dónde estás tú?... Balmes... «Criterio»...

A una esquina di la vuelta...
di la vuelta... di la vuelta...

¿Cómo es, Perico? Saca del bolsillo interior de su americana la obra, y busca rápidamente lo que no recuerda.

MARIO. A Gloria. (¿Pero ese va á ensayar aquí todo el drama?

GLORIA. Capaz es.)

PEDRO. *¡Y á mi pesar!...* Ya decía yo.

A una esquina di la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso...

DON MIGUEL. Dentro, gritando. ¡Pedrito!

PEDRITO. ¡Voy! Pero, ¿para qué tendría criterio Balmes? Este es. Coge un libro, lee el lomo y se encamina á la librería, sin dejar *La esposa del vengador.*

... seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre están gavilanes
de palomas en acecho!

Hojeando el libro, se detiene antes de meterse en la tienda.

Dió un grito y yo la miré:
alzó sus ojos de cielo...

Me parece que le falta una hoja.

Rasgó el tul y huyó ligera;
no la vi más... ¡y aún la veo!

No, no le falta.

¡Malhayan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!

Le pido dos pesetas. Que no diga don Miguel que no me intereso por la casa. Se va.

MARIO. ¡Gracias á Dios que nos deja solos! Se sienta otra vez al lado de Gloria. Llegó á interrumpir nuestro palique en un momento en que yo creía que no habitábamos este mundo más que usted y yo.

GLORIA. Y resultó que también lo habitaba Pedrito.

MARIO. En un momento en que yo le pedía á Dios que hubiese á nuestro alrededor un silencio muy grande...

GLORIA. ¿Y para qué tanto silencio?

MARIO. Para que pudiese usted oir cómo saltaba mi corazón dentro de mi pecho, alborozado con la idea de que usted, á ruego mío, me mirara... de que usted me mirara con esos ojos tan negros... tan dulces... tan hermosos... ¿No me mira usted, Gloria?

Vuelve á salir PEDRITO á escape por otro libro. Mario le echa una mirada fulminante y se separa de Gloria de nuevo.

PEDRITO.

Cerca un coche; en él su amante;
ella hacia él; la vi; cegué...

MARIO. (¡Maldita sea tu estampa!)

GLORIA. (Este tontaina de Pedrito...)

PEDRITO.

Tiré, cayó, la besé,
y, en mis brazos expirante,
la satisfacción primera
de mis celos vi pagada...

Cogiendo el libro que buscaba, que es voluminoso.
Aquí está. «La cebolla.—Su historia y su cultivo.» Unos, «El criterio» de Balmes, y otros, «La cebolla.» Entienda usted á la humanidad.

¡Que así su última mirada
fué para mí toda entera!

¡Bravo! Vase.

MARIO. Parece que se ha propuesto impedirnos hablar. Se sienta junto á ella otra vez.

GLORIA. (¡Es mucha desgracia!)

MARIO. Y si al menos pudiéramos entendernos, como aseguran que se entienden los enamorados...

GLORIA. Con viva emoción. ¿Los enamorados?

MARIO. Sí; son los únicos seres que se entienden por medio de los ojos.

GLORIA. ¿Dice usted que los únicos?

MARIO. Los únicos. Por eso usted y yo estamos... á media inteligencia.

GLORIA. No comprendo...

MARIO. ¿No? Peor para mí. Pausa breve. Gloria, antes que vuelva á salir ese titiritero de Pedrito, quiero preguntarle á usted una cosa. Me ha dicho usted que coincide conmigo en imaginar que, de aquí en adelante, se ha de trocar en próspera mi adversa fortuna. ¿En qué se funda usted para imaginarlo?

GLORIA. En nada...

MARIO. En nada, no es posible.

GLORIA. Pues y usted, que piensa lo mismo, en qué se funda?

MARIO. ¿Yo? En un sentimiento... En el de que al lado de usted, que es la bondad misma, nada

malo puede pasarme. Creo más: creo que esta sana alegría que usted derrama sobre todo lo que la rodea, ha impregnado mi alma para siempre. Y aun cuando yo me aleje de usted...

GLORIA. No hable usted de eso ahora...

MARIO. ¿No he de hablar, Gloria, si es mi pesadilla?... Yo sé que la bondad de usted y de su padre para con nosotros no ha de tener más límite que aquel que le ponga nuestro decoro, nuestra delicadeza...

GLORIA. (¿Pues no se me han saltado las lágrimas?)

MARIO. Ese límite ha llegado ya. Recobrada mi salud merced á ustedes, no debemos permanecer más tiempo en esta casa.

GLORIA. ¡Vaya una tontería!

MARIO. Tontería, no, Gloria. La verdad, que tiene bromas muy pesadas. Debo marcharme, y me iré, ¡quién lo duda! ¿Adónde? ¡quién lo sabe! Con pasión y en voz baja, acercándose mucho á ella. Pero quiero que sepa usted que adonde quiera que la fortuna guíe mis pasos, su recuerdo de usted iluminará mi pensamiento, alentará mi corazón y alegrará mi alma. Le coge una mano, que ella, conmovida, le abandona.

Llega CARITA del interior de la casa á tiempo de oir las últimas frases, y no puede reprimir un grito de sorpresa. Gloria, sobrecogida y llena de turbación, se separa violentamente de Mario y se pone de pie. Mario permanece sentado.

CARITA. ¿Qué?

MARIO. ¿Quién?

GLORIA. (¡Jesús! ¡Carita!)

MARIO, (¡Carita ahora!)

CARITA. ¿Qué os ocurre?

MARIO. ¡Nada!

GLORIA. Nada... sino que... como has entrado tan de pronto... y no te esperábamos... y... Yo te confieso que me he asustado... Voy á beber un poco de agua. Yéndose al interior con los ojos bajos. (¡Qué vergüenza, Dios mío!)

Carita y Mario se contemplan. Pausa.

MARIO. ¿Qué miras?

CARITA. ¿Qué miras tú?

MARIO. Tranquilo. Te miro á ti, que tienes mucho que mirar.

CARITA. Y yo á ti... que no tienes menos. ¿Quieres decirme por qué se ha turbado Gloria?

MARIO. ¡Ay qué gracia! ¡Pregúntaselo á ella!

CARITA. Se lo preguntaré.

MARIO. Bueno; que te aproveche.

CARITA. Mario... ¡qué mal haces en lo que haces!

MARIO. ¿Y qué sabes tú lo que yo hago, infeliz? ¡Es una desgracia haber nacido tonta de capirote!

CARITA. Pues no la cambio por la de haber nacido...

MARIO. ¿Qué?

CARITA. Nada.

MARIO. Pues nada: bien está.

CARITA. Bien está, sí.

MARIO. Encaminándose hacia la tienda. Le voy á revolver la bilis á don Jeremías... Carita no deja de mirarlo. (Alégrate, Mario; el triunfo es tuyo. Tiene razón Pedrito:

...siempre están gavilanes
de palomas en acecho!)

Desde la puerta de la librería. Carita, adiós. Ya sabes que te estimo en cuanto vales y que vales mucho. No te enfades conmigo, tonta. Se va.

CARITA. ¿Le parece á usted por dónde sale ahora ese bribón? Ya me estaba yo temiendo alguna miseria. Llevan hijo y padre muchos días de personas decentes. Pero, vamos, esto de Mario clama al cielo. ¿Mire usted que atreverse á enamorar á Gloria? No puedo, no puedo acostumbrarme á las acciones de esta gente... ¿Por qué Dios me habrá puesto entre ellos á mí, que en mi pobreza soy tan distinta? A DON MOISÉS, que sale de la tienda como perseguido. ¡Ay padrino; cuánto me alegro de que llegue usted!

DON MOISÉS. ¿Sí? Pues ¿qué sucede? A fe que vengo yo...

CARITA. Mario...

DON MOISÉS. No me toques á Mario, que es el talento de la casa.

CARITA. A pesar de eso, Mario...

DON MOISÉS. ¿Mario, qué?

CARITA. En voz baja, con pena. Mario está haciendo una cosa muy fea.

DON MOISÉS. ¿También Mario? ¡Pero estos hijos míos van á sacarme el sol de la cabeza!

CARITA. Estoy más disgustada... Porque, créame usted, la cosa es de las que no tienen nombre... A mí que no me digan... Hay circunstancias en la vida, en que no vale la disculpa del amor... Y eso

de que el amor entra así, de repente, como un dolor de muelas, y que no se puede contener, no pasa más que en las novelas y en los dramas, donde sabe una que todo es mentira... Pero voy al grano. Apartándose un poco de él con cierta repugnancia. Usted también trae un pestazo á aguardiente...

DON MOISÉS. ¡Al grano, por Dios! ¡No mezcles el aguardiente con nada!

CARITA. De esta casa van á echarnos á puntapiés. ¿Qué cree usted que se le ha ocurrido á Marito?

DON MOISÉS. Alguna tontería. A veces el talento que tiene se nubla como el sol. Un poco alarmado. Oye, ¿huelo mucho? Le echa el aliento.

CARITA. No: á distancia, no. Pues verá usted: se va usted á quedar con la boca abierta. En voz muy baja. ¡Le está haciendo el amor á Gloria!

DON MOISÉS. Lo mismo. ¡Ya lo sé! Se lo he propuesto yo.

CARITA. ¿Usted?

DON MOISÉS. Sí. Me explico tu extrañeza, porque no conoces ciertos detalles. Con gran misterio y regocijo. Aquí hay *guita* larga.

CARITA. ¡Padrino! (¡Qué asco de gente!)

DON MOISÉS. Así, así... No son cuentos de las mil y una noches... He oído hablar de papel del Estado, de una casita en la calle de la Ventosa... ¿Tú sabes dónde está la calle de la Ventosa? Pasada la Fuentecilla, conforme vamos al Matadero...

CARITA. ¡Déjeme usted á mí de ir al Matadero! ¿Usted no comprende que eso es ruín?

DON MOISÉS. ¡Muchacha! Te advierto que él

va por todo lo fino. Nada de pringarla á última hora, como otras veces... Petición de mano, bendición del cura, etc., etc. Todos los requisitos.

CARITA. Pero ¿quién es él para poner los ojos en Gloria? ¿Usted no ve eso? ¿usted no ve que aquí estamos recogidos por caridad? ¿usted no ve que en esta casa debiéramos andar todos de rodillas? ¿usted no ve que el amor de Mario es una ofensa? ¿usted no ve que ofender á quien nos salva es una villanía muy grande?...

DON MOISÉS. Mira, mira, mira, Carita: odio al par que desprecio el género trágico, ¿te enteras? ¡*Vade «ratro»!* Además, pamplinosa, el amor es libre, no respeta leyes ni conveniencias, une príncipes y pastoras, tumba monarquías, funde religiones contrarias...

CARITA. Y averigua si hay papel del Estado.

DON MOISÉS. Eso lo primero. La época de la cebolla *fuése*. Hay que vivir, hay que vivir... ¡Pues digo! El día que mi pobre Mario adquiera bienes de fortuna, ¿qué vuelos no tomarán sus alas de águila imperial? ¡Ah! ¡si el otro fuera lo mismo!

CARITA. No nombre usted al otro, que bastante tenemos con éste.

DON MOISÉS. Bien á pesar mío lo nombro, no te creas. Está otra vez aquí.

CARITA. ¿Calixto? ¿Ha parecido?

DON MOISÉS. No levantes la voz. He tenido con él un mal encuentro.

CARITA. ¡Virgen María! ¿Sabe que estamos en esta casa?

DON MOISÉS. Lo sabe.

CARITA. ¡El Señor nos valga!

DON MOISÉS. Creo que se ha ido á vivir con...

CARITA. ¿Con quién?

DON MOISÉS. Con... con la otra.

CARITA. ¿Con su hermana?

DON MOISÉS. ¡Cállate, por Dios! Eso dice él: que vive con Adela. Capaz es de todo... Me ha dicho también que es apoderado del *Microbio Chico*.

CARITA. ¿Y quién es el *Microbio Chico?*

DON MOISÉS. ¡El colmo de la insignificancia, tú calcula! Un torerillo de mala muerte. Y será verdad que es su apoderado... Cuando yo lo vi iba con dos tipos... que si me los encuentro de noche en una calle sola, me encomiendo á Dios. Bueno, pues el señor ha tenido la avilantez de amenazarme: ¡á mí! ¡al padre que lo ha echado al mundo!

CARITA. Padrino, vámonos de esta casa antes que él venga... Que siquiera esta vez no dejemos triste recuerdo de nosotros.

DON MOISÉS. ¿Estás loca, criatura? Si nos vamos de aquí, ¿de dónde voy yo á sacar los veinte duros que me pide?

CARITA. ¡Madre mía! La historia eterna... Llorando. Si parece que estamos malditos...

DON MOISÉS. ¡No llores, mujer!... ¡Pues está la Magdalena para tafetanes!

PEDRITO se asoma á la puerta de la librería con capa y hongo.

PEDRITO. Muy buenas noches.

CARITA. Hasta mañana si Dios quiere, Pedrito.

Vase Pedrito.

DON MOISÉS. ¿Van á cerrar la tienda?

CARITA. Sí.

DON MOISÉS. Pues, oye: antes que vengan esos. Yo he dicho que no he cobrado el retrato... pero lo he cobrado...

CARITA. ¿Eso más? ¿Y la promesa que le ha hecho usted á esta familia?...

DON MOISÉS. Descuida, que la cumpliré sin falta; pero más adelante. Ahora necesito algunas perras para taparle la boca á ese temerario de Calixto...

CARITA. Bueno, sí: calle usted, calle usted... (Yo soy la que se va de aquí.)

DON MIGUEL sale de la librería charlando con MARIO. Trae en la mano un tomo del «Quijote». Carita, abstraída y triste, se sienta junto á la camilla, á la izquierda. A poco vuelve GLORIA del interior de la casa y se pone á la derecha á seguir su labor. Carita y ella se miran. Gloria baja los ojos turbada.

MARIO. Y esta noche, ¿en qué vamos á pasar la velada, señor don Miguel?

DON MIGUEL. Mire usted: aquí traigo el libro dispuesto.

MARIO. ¿El *Quijote?*

DON MIGUEL. Mi libro.

DON MOISÉS. ¡El de todos! Ya sabes tú que yo me pego por Cervantes.

Se sientan, mientras hablan, en torno de la camilla don Miguel, don Moisés y Mario. Don Miguel en medio.

DON MIGUEL. A no ser que ustedes prefieran jugar á la lotería ó las cartas.

DON MOISÉS. ¡Ca!

MARIO. ¡De ninguna manera!

DON MIGUEL. ¿Dónde quedamos? Hojeando el libro. ¿En la aventura de los ejércitos?

MARIO. No, señor: en la de los batanes.

DON MOISÉS. Avanzamos más: si se leyó la del yelmo de Mambrino...

Sale JEREMÍAS de la librería con las de Caín.

JEREMÍAS. Llegamos hasta el final de la aventura de los galeotes.

DON MIGUEL. Hombre, tienes razón: alguna vez habías de tenerla.

DON MOISÉS. Justo. Recuerdo que Mario jugó del vocablo con nuestro apellido.

MARIO. Es verdad.

JEREMÍAS. Precisamente. A don Miguel, poniéndole una mano en la espalda. Dejaste la lectura, ¿sabes? cuando el Caballero de la Triste Figura les da la libertad á los galeotes... y ellos le pagan á pedrada limpia.

DON MOISÉS. ¡Qué humano es eso! ¿eh?

MARIO. ¡El pan nuestro de cada día!

DON MIGUEL. Pues empezamos capítulo. Oigan ustedes.

CARITA. (Me iré, me iré.)

GLORIA. (¿Qué tendrá Carita?)

DON MIGUEL. Leyendo. *Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar...*

JEREMÍAS. ¡Esa es una verdad como el puño!

DON MOISÉS. (¡Este tío!...)

MARIO. (¡Este zorro viejo!...)

DON MIGUEL. Hombre, ¿quieres no interrumpir? Ya sabes lo que me incomoda...

CARITA. Levantándose. Yo aprovecho la interrupción para irme á la cama. Estoy rendida. Hasta mañana, si Dios quiere.

DON MIGUEL. Adiós, hija.

DON MOISÉS. Adiós.

MARIO. Adiós.

CARITA. Besando á Gloria. Hasta mañana, Gloria.

GLORIA. Hasta mañana, Carita. A dormir.

CARITA. Yéndose. (A llorar.)

DON MIGUEL. Continuando la lectura mientras baja lentamente el telón. ... *que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco...* Sigue leyendo hasta que el telón acaba de caer.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día. En la camilla una servilleta extendida y sobre ella un cubierto. Al lado una botella de vino y una copa. A través de la ventana del foro, que aparece abierta, se ve el patio de la casa.

Don Miguel pasea preocupado. Sale Pedrito de la tienda, preocupado también, y en extremo afónico á consecuencia de la representación de dos dramas en que ha tomado parte activa.

Pedrito. Sin gota de sangre vengo, don Miguel de mis culpas.

Don Miguel. ¿Qué ocurre?

Pedrito. La edición de lujo de las obras de Larra, ¿la ha vendido usted?

Don Miguel. No.

Pedrito. Pues ayúdeme usted á sentir: no la encuentro por ninguna parte.

Don Miguel. Busca, busca bien; porque venderse no se ha vendido. Y dime, muchacho, ¿tú de qué tienes esa voz?

Pedrito. ¡Toma! De la función de anoche, que fué *función monstruo*. Hicimos *Consuelo* y *El Trovador;* y suspendimos *Los amantes de Teruel* y *La campanilla de los apuros,* para no quedar-

nos todos sin campanilla. Lo último es perder las facultades, don Miguel.

DON MIGUEL. Bueno, sí; véte á buscar eso...

PEDRITO. Metiéndose en la librería. Ya, ya...

Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero...

DON MIGUEL. Cierto que es extraño eso de las obras de Larra. No es el primer libro que se pierde... A buen seguro que si se entera Jeremías les echa la culpa á los Galeotes... Pero yo no—Dios me libre;—no me atrevo á tanto. Y eso que han hecho cosas tan feíllas, tan poco decorosas... ¡Todo sea por Dios! Luego, ese Calixto que se ha presentado á última hora me da muy mala espina...

Por la puerta que da á la tienda llega JEREMÍAS. Habla en tono zumbón

JEREMÍAS. Querido Miguel: vengo absorto.

DON MIGUEL. ¡Hombre!

JEREMÍAS. Acaban de entrar en la librería una dama y dos caballeros, que sin duda son gente gorda.

DON MIGUEL. ¿Gente gorda aquí?

JEREMÍAS. Como lo oyes. El propio Rodríguez, á quien yo le estaba enseñando el «¡No te tires, Reverte!» se quedó al verlos mudo de sorpresa.

DON MIGUEL. ¿Y qué es lo que quieren?

JEREMÍAS. No lo sé. Vienen preguntando por don Moisés Galeote, y, en su defecto, por don Miguel de Cañas.

DON MIGUEL. ¿Por mí? Vaya, pues que entre quien sea y no me canses más.

JEREMÍAS. Desde la puerta que da á la librería les dirige la palabra á los que están dentro. Adelante, señores.

Recoge á un lado la cortina y salen el MEMBRILLO, el OJERAS y la RICITOS. Don Miguel se queda estupefacto. El Ojeras y el Membrillo son toreros de invierno y la Ricitos grande amiga suya.

DON MIGUEL. (¡Le parece á usted!)

MEMBRILLO. Güenas tardes.

DON MIGUEL. Dios guarde á ustedes. ¿En qué puedo servirles?

OJERAS. ¿Es ust...?

MEMBRILLO. Adelantándose al Ojeras. ¿Es usté el padre de don Calixto por casualidaz?

DON MIGUEL. No, señor.

OJERAS. Por muchos años.

MEMBRILLO. Bajo al Ojeras, de cuya boca no espera que salgan flores. Cáyate, Ojeras. A don Miguel. ¿Entonces es usté Leyendo en un sobre. don Miguel de Cañas?

DON MIGUEL. El mismo.

RICITOS. Por muchos años.

MEMBRILLO. Al Ojeras, por la Ricitos, de cuya boca tampoco espera milagros. Que se caye esa, hombre.

OJERAS. (¡Gachó con este!)

MEMBRILLO. Güeno, pos mire usté: nosotros semos...

JEREMÍAS. Somos, hubiera dicho yo.

MEMBRILLO. ¿Sí, eh? Lo mira y se rasca.

OJERAS. Pero, Membriyo, ¿tiés más que entregarle la carta de don Calixto al señor y así concluyes antes?

MEMBRILLO. ¿Te quiés cayar, Ojeras? A don Miguel. Tome usté la carta. Refunfuñando. (¡Tié narices la cosa!)

DON MIGUEL. Vamos á ver la carta... La abre y lee. «Mi querido padre: no extrañes que te escriba desde la prevención, porque estoy preso.» ¡Caramba! «Los dadores de la presente sabrán explicarte el cómo y cuándo de mi desgracia y el medio mejor de librarme de ella, tú mismo ó tu generoso protector. Te idolatra, Calixto.» ¡Demonio! ¡demonio!

JEREMÍAS. Lo que te dije: ¡gente gorda!

DON MIGUEL. Calla. Pero ¿qué diablura ha cometido ese chico para verse así?

MEMBRILLO. Verá usté, señor; la cosa fué anoche en el *Brivante*. Por cierto que tomemos tos el primer disgusto.

JEREMÍAS. Corrigiéndole. Tomamos, se dice.

MEMBRILLO. Volviendo á mirarlo y á rascarse. (¿No tendrá ese tío na que hacer por ayá dentro?) A don Miguel. Resultó que estando aquí la señora...

JEREMÍAS. La señora no ha estado nunca aquí.

Los tres de la comisión se lo quieren comer con los ojos.

OJERAS. Si aquí es azjetivo, cabayero.

JEREMÍAS. ¡Ah!

MEMBRILLO. Dispuesto á que no lo corrijan más. Estando, coma, aquí la señora, coma, con aquí el amigo y un servidor, dos comas — porque paece que estamos en el Ataneo, — en el café del *Briyante* con don Calixto, se presentó de golpe la Adela del brazo del Galápago. Ver don Calixto á su hermana...

DON MIGUEL. ¿A qué hermana?

OJERAS. Al Membrillo, tirándole de la chaqueta. (Que te vas á colar, Membriyo; tanto como presumes...)

MEMBRILLO. (¡Que me he colao ya! ¡Maldita sea!... Lo primero que me encargaron...)

DON MIGUEL. ¿Quién es esa hermana, diga usted? ¿Quién es esa Adela?...

MEMBRILLO. Pos esa Adela es una hermana...

RICITOS. ¡Si no es hermana, hombre!

OJERAS. ¡Si no es hermana!

MEMBRILLO. ¡No me atorruyéis! Cualquiera se equivoca, señor. Es una amiga de don Calixto, usté me comprende?... que tiene simpatías personales por el Galápago.

DON MIGUEL. (¡Qué extraño es todo esto!)

MEMBRILLO. Y como el Galápago está así con don Calixto, Juntando los índices por las puntas. lo mismo fué verle que le estreyó un sifón en la cabeza. Lo demás no hay pa qué repetirlo: son hechos consumaos. Y á mí se me ocurre que la mejor manera de arreglar eso—salvo el parecer de tos ustedes—es untarle la mano á quien yo me sé... y en paz y pagando.

JEREMÍAS. Dando una vuelta en torno de don Miguel, de modo que le dice una frase por cada oído. (Esto es un timo: no vayas á escurrirte.)

DON MIGUEL. A Jeremías. (Descuida.) ¿Usted opina eso, verdad?

OJERAS. A la Ricitos. (Pa mí que *Salmerón* va al *rule*, tú.)

RICITOS. Al Ojeras. (Es que la comisión se las trai un poco.)

DON MIGUEL. Bueno, pues... contra la respetable opinión de usted está la mía: yo no gusto de comprar á nadie, y á la justicia menos.

MEMBRILLO. Profundamente convencido. (¡Vaya! ¡hemos acabao!) ¿De modo que usté... *nequáquan?*

DON MIGUEL. Según lo que usted entienda por *nequáquan*.

OJERAS. *Nequáquan* es que usté no afloja ni pa Dios.

JEREMÍAS. Traducción literal.

MEMBRILLO. ¡Te veo sin mantón, Ricitos!

RICITOS. ¡Pa chasco! Lo que es éste no lo suelto yo tan fácil...

MEMBRILLO. ¡Eso será ú no será! Miá esta ahora...

DON MIGUEL. Bien; la calle es el mejor sitio para ventilar esas cuestiones... Yo, por mi parte, ya he dicho cuanto tenía que decir.

MEMBRILLO. Usté dispense, cabayero...

RICITOS. Queden ustés con Dios...

MEMBRILLO. En la cuadriya del *Microbio Chico* me tiene usté de banderiyero de confianza, pa lo que se ofrezga.

OJERAS. En la misma cuadriya, de puntiyero, pa servir á usté.

DON MIGUEL. ¡Canario! Muchas gracias. Adiós.

JEREMÍAS. Ofréceles la casa, si te parece.

MEMBRILLO. Yéndose á la calle tras la Ricitos y el Ojeras. (¡De güen humor van á ponerse el padre y el hijo!)

JEREMÍAS. Asomándose á la misma puerta y gritando. ¡Pedrito! ¡ojos hasta en las uñas!

DON MIGUEL. Chico, estoy perplejo: no sé qué pensar.

JEREMÍAS. Yo, sí. ¿Qué te dije ayer? Les has

egado dinero dos veces, ¿verdad? ¡Pues aguarda l timo!

DON MIGUEL. No, no, no... yo no creo... Digo, e me figura á mí que no es posible... ¿O es que yo stoy viviendo en las estrellas?

Llega CATALINA de la calle con varios paquetes de una tienda de ultramarinos.

CATALINA. Ave María, don Migué, ¿qué genuza ez eza que ahora zalía? Desde que eza tropa stá aquí, vienen á esta caza unos tipos que yo no e visto nunca.

DON MIGUEL. Mira, véte á la cocina y no hales más.

CATALINA. Al istante me voy. Pero ¿pa qué, no adelanto na hasta que no armuerce er demo-o'er viejo? Y miéntras la candela encendía, y ze asta carbón y ze gasta leña y ze conzume una... ozú, Jozú! ¡zi doña Lorenza viera este dezarreo!...

DON MIGUEL. Cierto que eso de presentarse á morzar cuando les da la gana...

JEREMÍAS. ¡Ah, eso es muy cómodo!

CATALINA. Como que aquí loz amos paecen os ahora... Don Migué, don Migué, eche usté á a gente á la caye.

DON MIGUEL. Pero, mujer, por los clavos de isto, ¿cómo los voy á echar?... Si les hubiéramos scubierto una maca gorda...

CATALINA. Pero ¿quié usté más que tos los necios que inventa er padre—¡mala perdigoná le n donde yo diga!—pa zacarle á usté cuartos? o ha visto usté que ha hecho zeis retratos, y loz

ha cobrao tos er grandízimo tuno, y aquí no ha traío una pezeta?

DON MIGUEL. El dice que no los ha cobrado.

JEREMÍAS. ¡Pues los ha cobrado!

CATALINA. Y venga dinero pa papé, y dinero pa cisco, y dinero pa barniz, y dinero pa to, y pan pa borrá, que ze yevaba toa la miga, como zi hubiera patos en la caza...

JEREMÍAS. ¿Y los libros que se han perdido? ¿Y la cría de gallinas y palomos, dónde me la dejas?

CATALINA. ¡Aplique usté er cuento! La cría de los palomos... Puzo la caza como si fuea un corrá: plumas por tos laos... Hacía usté azín, respiraba fuerte... y ze le yenaba la boca e plumas.

DON MIGUEL. No, si yo reconozco que son molestos... y que me he equivocado al juzgarlos—Carita aparte, ¿eh?...—pero se me arde la cara sólo de pensar que tengo que decirles, sin aguardar á que resuelvan su situación, que están demás aquí. Yo no hago eso: no sé, no sirvo... no quiero, tampoco.

JEREMÍAS. Pues mal que te pese lo vas á hacer en cuanto sepas lo que voy á decirte.

DON MIGUEL. Habla.

JEREMÍAS. Mario Galeote está enamorando á tu hija.

CATALINA. Horrorizada. ¡Jozú!

DON MIGUEL. Vamos, Jeremías, no inventes, en tu deseo de que los ponga en el arroyo.

JEREMÍAS. No invento, Miguel. Ni es eso lo peor. Tu hija está enamorada de Mario Galeote.

DON MIGUEL. ¿Quieres callar? ¡Tonto de mí, ue te hago caso sabiendo quién eres!

JEREMÍAS. ¿Pero no crees lo que te he di- ho?

DON MIGUEL. ¿Cómo he de creerlo, majadero? No lo conozco á él? ¿no la conozco á ella?

CATALINA. Ay, ezo no, don Migué de mis cur- as; miste que en las cuestiones der queré ze ven ozas mu raras... Cuántas veces no dice una: pero eza arrastrá mujé, ¿qué le habrá gustao de eze ombre? Y una no ze lo explica; pero argo tendrá l hombre cuando á la mujé le ha gustao. ¡Ay don ligué, don Migué, no juegue usté con ezo! ¡Ay qué ló de hija, en podé de eze piyo! ¡Ay, miste que zo ya no es azunto de ochavos, miste que ezo es u zerio!...

DON MIGUEL. Pero ¿quieres dejarme? ¿O es que habéis propuesto volverme loco?

CATALINA. ¡No ze ciegue usté, don Mi- ué!...

DON MIGUEL. ¡Que me dejes, te digo!

JEREMÍAS. ¿Es que no atiendes á razones?

DON MIGUEL. ¡Y tú también, agorero del dia- o!

JEREMÍAS. Basta. Cierro mi pico. Yo ya he umplido con mi deber. Al ir á entrar en la librería llega DON OISÉS, con quien se cruza y á quien hace una reverencia, sin perjuicio la inevitable cita del Tenorio. Dice, *señor Capitán Cen- llas, ¿vos por aquí?* Beso á usted la mano. va.

DON MOISÉS. De mal talante. Hola.

DON MIGUEL. Hola. ¿Eres tú?

DON MOISÉS. Yo mismo: ¿no me ves?

CATALINA. ¡Vaya unaz horas de vení á armorzá!

DON MOISÉS. *Hame* sido imposible venir más temprano. Si molesto, con no almorzar estamos al cabo de la calle.

DON MIGUEL. Hombre, eso es una pata de gallo... porque otros días...

DON MOISÉS. Es que llueve sobre mojado, ¿te enteras? Y quede esto aquí. Se sienta con mal humor delante del cubierto.

DON MIGUEL. Sí; será lo mejor. Sírvele el almuerzo á don Moisés, Catalina.

CATALINA. (Carita ze lo traerá; lo que es yo... Contemplándolo con desdén. Míalo: don Rodrigo en la jorca. Ya no ze acuerda de que entró aquí con un trapo atrás y otro alante... y la barriga pegá al espinazo.) Se va al interior.

DON MOISÉS. Soltando un resoplido de rabia. Está buena la cosa.

DON MIGUEL. (Contento viene éste.) Dándole la carta de Calixto. Toma: esta carta han traído para ti.

DON MOISÉS. Sí. La coge, la hace dos pedazos y la tira. Ya he visto á esos señores. Lo sé todo. Sé que mi hijo se queda en la cárcel.

DON MIGUEL. ¿Es culpa mía que haya entrado en ella?

DON MOISÉS. Bien, bien, bien... También prefiero que quede esto aquí.

DON MIGUEL. Y yo. Peor es meneallo, amigo Sancho. Don Moisés empieza á tararear una musiquita juguetona. Sale CARITA del interior y le sirve un trozo de tortilla.

CARITA. Padrino, buenas tardes. ¿Por qué no ha venido usted á almorzar á tiempo?

DON MOISÉS. ¿Por qué te metes tú en lo que no te importa?

CARITA. ¡Qué manera de contestar!

DON MIGUEL. Mala yerba has pisado, Moisés.

DON MOISÉS. Reflexionando sobre la tortilla. (Cualquiera le hinca el diente á esta tortilla después de haber almorzado con Calixto. ¡Vengo hasta la nuez!) Come algunos bocados con gran esfuerzo, y los echa para abajo á fuerza de vino. Tortilla de patatas... sin patatas... ¡Y fría!

CARITA. Con haber estado á su hora se evitaba usted eso. Tampoco me muerdo yo la lengua cuando hace falta.

Vuelve JEREMÍAS á salir de la librería, y se dirige á D. Miguel con la misma zumba que antes.

JEREMÍAS. Chico, ¿tenemos hoy besamanos? ¿Tú sabes?

DON MIGUEL. ¿Otra te pego?

JEREMÍAS. Después de los diplomáticos que acaban de irse, se presenta ahora un matrimonio de alto copete.

DON MIGUEL. ¡Vamos, hombre!

JEREMÍAS. ¿Lo dudas? A los de dentro. Pasen, pasen... (Yo los meto aquí.)

En efecto, salen VICTORIANO y la SEÑÁ PEPA, gente bien acomodada del pueblo de Madrid. El viene de hongo y chaqueta de terciopelo. Ella de mantón de espuma lujoso. Trae en la mano un rollo grande, que es un retrato de su suegra, debido al cisco de don Moisés. Victoriano no trae ningún rollo, pero en cambio trae un bastón que lo parece.

VICTORIANO. Güenas tardes, señores y la compañía.

SEÑÁ PEPA. Güenas tardes.

DON MIGUEL y CARITA. Muy buenas...

DON MOISÉS. (¡Adiós! ¡La carnicera del retrato!)

SEÑÁ PEPA. Señalando á don Moisés. Ese cabayero es el retratista.

VICTORIANO. ¿Sí, eh? Pos me alegro de verle á usté regular.

DON MIGUEL. (Aquí vamos á tener otra escena desagradable.)

DON MOISÉS. Ustedes dirán lo que desean.

SEÑÁ PEPA. Tres días con hoy yevamos buscándole á usté, y usté invisible: como si fuea un pantasma.

VICTORIANO. Reconviniéndola. Expresiones, no.—Güeno, pos yo soy el marido de la señora, que tuvo la debilidá de encargarle á usté un retrato de mi señora mamá, que esté en gloria, pa darme á mí una sorpresa el día e mi santo. ¡Mechachis en la sorpresa! Deslía, tú.

La señora obedece.

CARITA. (Dios mío de mi alma, qué malas pulgas debe de tener este tío... ¡Qué ojos me echa!)

VICTORIANO. Señalando el retrato. ¿Le paece á usté? Si me dice usté que ese muñeco es mi señora mamá, se ha acabao el almuerzo.

DON MOISÉS. Ante todo, á mí pocas bravatas. Yo he copiado eso de una fotografía y respondo del parecido exacto. ¡Y hemos concluído!

VICTORIANO. Llegándose á él con mucha sorna. ¿Que hemos concluído?

CARITA. (¡Ay, Jesús! Se lo come.)

SEÑÁ PEPA. Pero si entoavía no hemos empezao; ¿será usté pampli?

VICTORIANO. ¡Te he dicho que expresiones, no!—¿Usté ha reparao bien en lo que ha hecho? ¡Si paece un Rey Mago! Mi señora mamá, como tener algo de periya, sí la tenía; pero, compadre, ahí se le fué á usté el carbonciyo una miaja.

DON MOISÉS. Bueno, bueno, basta de historias: ¿qué hay? Se levanta. (Si no la echo de guapo, estoy perdido.)

VICTORIANO. ¿Que qué hay? Pos yo no veo más que una de dos: Dando un bastonazo en la camilla. ó me devuelve usté el dinero...

DON MIGUEL. (¡Hola!)

Don Moisés empieza á sonarse con gran estrépito en vista de que la tierra no se lo traga.

JEREMÍAS. Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

DON MIGUEL. Pero, ¿qué dice usted de dinero, si este señor no ha cobrado el retrato?

Don Moisés continúa suena que suena, cada vez más fuerte.

CARITA. (¡Virgen María!)

SEÑÁ PEPA. ¿Cómo que no ha cobrao, si le pagué yo *macho* sobre *macho* los seis cabales? ¡Miá San Roque!... ¡Que no ha cobrao!... ¡que no ha cobrao!...

DON MIGUEL. Moisés, ¿has cobrado en efecto?

DON MOISÉS. Te diré, hombre: verás lo que pasó. Cobrar he cobrado, pero escúchame...

SEÑÁ PEPA. ¿Ve usté, cabayero?...

JEREMÍAS. Cantando otra vez.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

VICTORIANO. ¿No tiene más que esa pieza ese aristón?

SEÑÁ PEPA. Por to paso yo menos por que me yamen á mí tramposa. Y si ese tío ha dicho que no le he pagao...

VICTORIANO. Dando otro bastonazo en la camilla. ¡Expresiones, no!

DON MIGUEL. Ni expresiones ni bastonazos, amigo.

VICTORIANO. Porque vas á perder la fuerza moral... Aquí no hay más que lo que yo digo: ó se nos devuelven los *machos*, ó le pongo yo al artista un carriyo como un queso e bola.

DON MOISÉS. Echando mano á la botella del vino. ¿A mí?

CARITA. ¡Padrino, por Dios!

VICTORIANO. ¡A usté!

DON MIGUEL. Basta. Vengan ustedes conmigo.

JEREMÍAS. ¿Qué vas á hacer?

DON MIGUEL. Lo que á ti no te importa. Vengan ustedes y se les pagará lo que sea.

DON MOISÉS. ¡No seas tonto, Miguel!

DON MIGUEL. No soy tonto, no. Pero no quiero presenciar en mi casa escenas que nunca he presenciado.

CARITA. (¡Qué bochorno tan grande!)

DON MIGUEL. A los del dibujo. ¿Vamos?

VICTORIANO. Vamos, sí. Usté se pone en la

razón, cabayero. A la señá Pepa. Tú, deja ahí eso, pa que se quite el hipo la familia.

DON MOISÉS. ¡El hipo!... ¡Lo que entenderá usted de dibujo!...

VICTORIANO. ¡Nos ha fastidiao éste! ¡Pos ni que fuea usté el *Graco!*

SEÑÁ PEPA. Dejando el retrato sobre la camilla y yéndose con don Miguel y Victoriano por la puerta del establecimiento. Güenas tardes.

JEREMÍAS. Siguiéndolos. Dice, *y el plazo de tu sentencia fatal, ha llegado ya...*

DON MOISÉS. Arrojando á un rincón el retrato, lleno de ira. ¡Maldita sea la hora en que nací!

CARITA. Padrino, hay para morirse de vergüenza.

DON MOISÉS. ¡Hay para darte á ti un bofetón si no te quitas de mi lado!

CARITA. Muy pronto me quitaré, no se apure. Y puede que no me vuelva usted á ver en su vida.

DON MOISÉS. ¡No caerá esa breva!

CARITA. Sí caerá.

DON MOISÉS. ¡Pues cuanto antes, mejor! ¿A mí qué? Se sienta agitadísimo. Pausa.

CARITA. ¿Va usted á seguir almorzando?

DON MOISÉS. Levantándose de pronto. ¡Que almuerce el Nuncio!

CARITA. ¿Quiere usted unas sardinitas en aceite?

DON MOISÉS. ¡Lo que yo quiero son pepinillos en vinagre! Vase de estampía al interior de la casa.

CARITA. Cada momento que pasa me aseguro más en mi idea. Me voy, me voy de aquí, no se

figure ese señor, no se figure Gloria que soy de la calaña de esa gente. Ni siquiera sé cómo he vivido tanto tiempo con ellos... Pero ya se acabó; hoy mismo... ahora mismo hablo con don Miguel.

Sale DON MIGUEL de la librería.

DON MIGUEL. Lo he visto y no lo creo. Por supuesto, que ese me va á escuchar cuatro verdades.

Va hacia el interior de la casa. ¡Engañarme así!...

CARITA. Deteniéndolo. Don Miguel.

DON MIGUEL. ¿Qué quieres, Carita?

CARITA. Si va usted á hacer algo, nada.

DON MIGUEL. Lo que iba á hacer no me corre prisa: de todos modos he de hacerlo. Dime lo que deseas.

CARITA. Hablar con usted dos minutos.

DON MIGUEL. Como si quieres que hablemos dos horas. Ya sabes que me encanta oirte.

CARITA. Muchísimas gracias... Es usted muy bueno conmigo... es decir, conmigo y con todos... demasiado bueno para vivir en este mundo tan ruín.

DON MIGUEL. Demasiado bueno no se es nunca; demasiado simple en todo caso es lo que yo soy.

CARITA. Principiando á gimotear. ¡Ay, Dios mío!...

DON MIGUEL. ¿Qué es eso, chiquilla? ¿Qué significan esos pucheros? Vaya, no seas tonta; siéntate aquí y cuéntame tus penas.

Se sientan los dos.

CARITA. Ay, señor don Miguel de mi alma; esto no es para mí. Mire usted que á mí me liaron al nacer en unos pañalitos muy decentes, porque

la pobreza y la decencia no están reñidas, y que mi papá, que en paz descanse, era como usted: ni una mala acción, ni una mala cara para nadie, ni una palabra fea. Hasta de los mosquitos y las pulgas se dejaba picar por no causarles daño. ¡Así acabó sus días!... Los pocos cuartitos que me dejó al morir se los llevó el viento .. Digo, el viento; á cualquier cosa le llama una el viento... Ya comprenderá usted que el viento es mi padrino. ¡Vaya un viento fresco!...

DON MIGUEL. Pero ¿adónde vas á parar, muchacha? Déjate de preámbulos, que te conozco lo suficiente para que no los necesites conmigo.

CARITA. Bueno, don Miguel; oiga usted lo que tengo que decirle. Pero en Dios y en mi alma que si digo alguna mentira me condene.

DON MIGUEL. No te condenas, no; pierde cuidado.

CARITA. Usted, por su buen natural, nos recogió en su casa á mi padrino, á su hijo Mario y á mí, y nos sentó á su mesa, y nos dió cama donde dormir, y nos trató como á los suyos...

DON MIGUEL. Sí es cierto, mujer: pero en valiente cosa reparas...

CARITA. Sin duda pensaría usted de todos nosotros que éramos personas regulares, capaces de comprender y de estimar y de agradecer como es debido su generoso comportamiento, ¿verdad que sí? Pues desgraciadamente, ya está usted viendo el desengaño—echándome yo fuera, ¿eh? limpia de toda culpa como entré en esta casa.—Ya no caben disimulos ni componendas, señor don

Miguel; ya no hay sino ver las cosas á su luz, por triste que esto sea. Mario y mi padrino se están conduciendo aquí como unos cocheros, según se dice vulgarmente, sin que yo sepa por qué razón, pues entre los cocheros los habrá con vergüenza y sin ella, como pasa en todas las clases de la sociedad... Y bastante tienen con ser cocheros para que... Pero, en fin, esto no es del caso. A lo que iba. Yo no quiero partir con mi gente—de alguna manera he de llamarlos—la carga de sus malas acciones. ¡Bastantes vergüenzas he pasado por ellos! ¡Bastantes lágrimas me han costado ya! Yo soy otra cosa: yo soy aparte... Y si usted me lo permite, señor don Miguel, esta misma tarde me iré de su casa, bendiciendo á usted y á su hija; pero yo sola, sola, sin ellos, con mucha tranquilidad en mi conciencia.

Don Miguel. Vamos, muchacha, no digas disparates. ¡Jesús qué locura! ¿A dónde vas tú á ir?...

Carita. Dios me abrirá camino: estoy segura de ello, porque no soy mala. Luego, á mí no me asusta ni me pesa el trabajo: yo sé coser, yo sé guisar, yo sé lavar la ropa, que mire usted cómo la llevo siempre; Enseñándole las enaguas blancas. yo sé todo lo necesario para no morirme de hambre. Y sin llegar al último extremo, de doncella en una casa rica creo que encontraría colocación. Porque mala fachita no tengo—puede que yo me haga ilusiones. El amor propio á veces engaña tanto... Para acompañar á las señoritas aquí y allá, á misa y á compras, me parece que bien serviría... Pero ¿se ríe usted?

DON MIGUEL. ¿No quieres que me ría, muchacha?

CARITA. Pero ¿es de risa lo que estoy diciendo?

DON MIGUEL. ¡Y tanto! Yo, por lo menos, te aseguro que ya salto de gozo ante la idea de echar por tierra todos tus planes.

CARITA. ¿Sí?

DON MIGUEL. Sí.

CARITA. ¿Pues cómo?

DON MIGUEL. Porque tú no te vas de mi casa: los que se van son ellos.

CARITA. Con infantil espontaneidad. ¡Quiá! No los conoce usted.

DON MIGUEL. Es que si no se van yo sabré arrojarlos. Aunque tarde, me he convencido ya del error en que estaba... No sabes el sentimiento que me cuesta esta convicción. Hubiera dado yo lo que no tengo por que esa gente fuera gente honrada, Carita. Conque dime: ¿te quedarás de buena gana aquí con nosotros?

CARITA. Don Miguel, no es posible... Y no porque yo no esté segura de portarme bien. El pan que ustedes me dieran procuraría recompensarlo con mi trabajito, y el cariño, que con nada se paga, sabría pagarlo en la misma moneda; pero marcharse ellos y quedarme yo, ¿no ve usted que es cosa imposible? Lo atribuirían todo á mis maquinaciones y artimañas, porque, como son malos, de noche y de día no tienen más que malos pensamientos; le armarían á usted la escandalosa; darían un espectáculo reclamándome violentamente...

DON MIGUEL. Nada de todo eso me importa un

ardite. Derecho sobre ti no pueden alegar ninguno: aquí no hay más leyes que tu voluntad y la mía. Sin contar con que en último resultado yo sabría taparles la boca. A los tunantes se les convence pronto... Y ahora vas tú á hacerme un favor á mí.

CARITA. Todo lo que usted guste.

DON MIGUEL. Contestar á una pregunta nada más. Ya ves qué poco. Pero no has de engañarme... ¿eh? Cuidado.

CARITA. ¿Engañar yo á usted? No cabe en mí semejante cosa.

DON MIGUEL. Pues entonces, dime, si es que lo sabes: ¿quién es la Adela? Carita baja los ojos sin contestar. ¿No sabes tú quién es la Adela?

CARITA. Sí, señor.

DON MIGUEL. Pues dímelo.

CARITA. La Adela... es una hermana de Mario y de Calixto...

DON MIGUEL. Ya, ya...

CARITA. Más bonita que un sol, y no tan mala como pudiera usted imaginarse... Lo que tiene que es así algo ligerilla de cascos... Eso por una parte... Luego... ¿sabe usted?... vinieron días de mucha necesidad... El padre... el padre...

DON MIGUEL. Basta. No sigas. A ti te cuesta mucha violencia decirlo, y á mí me duele más escucharlo. Ya sé bastante. Déjame. Se levanta.

CARITA. Por Dios, que no se enteren... Se evanta también.

DON MIGUEL. Descuida.

CARITA. A no ser porque me lo ha pedido usted, yo nunca hubiera dicho...

DON MIGUEL. Tranquilízate: no estés pesarosa. Descubrir las bellaquerías siempre está bien hecho. Anda, déjame.

CARITA. Bueno, señor... Me llevaré estas cosas... Mientras recoge parte del cubierto de don Moisés. A mí me parece que lo mejor es que yo me vaya, y así se ahorrará usted nuevos disgustos... Pero al fin y al cabo no haré más que lo que usted me mande. Yéndose al interior de la casa. (¡Qué malitas entrañas hay que tener para pagarle mal á este caballero!)

DON MIGUEL. Es una desgracia pensar que todo el mundo es como yo. ¡Qué desengaño este! Pausa. Hoy mismo, hoy mismo se concluye todo. Yo veré la manera de...

De la librería sale GLORIA.

GLORIA. (¡Ya viene!)

DON MIGUEL. Sin reparar en Gloria. Son unos canallas, unos canallas.

GLORIA. ¿Quiénes, papá?

DON MIGUEL. Esos... los Galeotes... Vase al interior de la casa.

GLORIA. Atónita. ¿Los Galeotes? Pero ¿también mi padre piensa de ellos?... Es la primera vez que le oigo calificarlos de esa manera... Todas estas son artes del tío Jeremías, egoistón del demonio, que desde que llegaron está procurando que se vayan. ¿Le habrá metido en la cabeza á mi padre sus malas ideas?... ¡Ay, no quiero pensarlo! ¡Qué días llevo!... Dios me los tome en cuenta.

Viene MARIO de la calle. Al ver á Gloria se acerca á ella con pasión.

MARIO. ¡Gloria!

GLORIA. ¡Mario! ¡Cuánto has tardado!

MARIO. ¿Estamos solos?

GLORIA. Solos... como siempre, pero inquietos, como siempre también. Esto es menester que concluya: nuestro cariño no es un crimen.

MARIO. A nuestros ojos, no; pero á los de tu padre, á los de tu familia, mi conducta pudiera parecerlo.

GLORIA. ¿Por qué?

MARIO. Cien veces te lo he dicho, tonta. Porque en el alma de un enamorado nadie penetra; porque mi situación en tu casa no me autoriza... ¿Cómo entré yo aquí, Gloria de mi alma? Por caridad. ¿Cómo continúo? Por caridad también. Hasta que no me vaya y vuelva á entrar de otra manera, no debo dignamente... Compréndelo. Mi cariño, hoy por hoy, no tiene más disculpa que el tuyo.

GLORIA. Es que mi padre se parece mucho á mí y sabría comprenderte.

MARIO. No lo creas. Un viejo y una niña, aunque se parezcan como dos gotas, no pueden pensar lo mismo de un enamorado.

GLORIA. Mi padre de todo piensa como yo.

MARIO. De mí no pensaría...

GLORIA. (Eso que le he oído, ¿á qué obedecerá?) Se estremece súbitamente como si algo temiera.

MARIO. Alarmado. ¡Qué! ¿viene alguien?

GLORIA. Lo mismo. ¿Viene alguien?

MARIO. Cerciorándose de ello. No.

GLORIA. Lo mismo. No. ¿Ves qué suplicio? ¿No es un tormento no poder decirles á todos: Mario me quiere, yo quiero á Mario?

MARIO. Para mí, no. Ni para ti debe serlo tampoco. Con que nos lo digamos nosotros, basta. ¿Qué nos importa que los demás lo sepan? En este mismo misterio con que nos queremos, en esta misma soledad de nuestra alegría estriba su mayor encanto. Tu alma y mi alma se ven, se quieren, se hablan, se besan en silencio; no nos ve nadie, no lo sabe nadie; toda la dicha se queda entre los dos.

GLORIA. Mario, ¿no me engañas?

MARIO. ¡Qué pregunta! ¿Has dudado de mí alguna vez? ¿Dudas ahora?

GLORIA. No dudo, no: ya lo sabes. Te pido lo que siempre: lealtad.

MARIO. Lealtad y nobleza y cariño hasta que se me acabe la vida. Créeme. Deja correr el tiempo: quizás muy pronto podamos pregonar nuestro cariño á la faz del mundo.

GLORIA. ¿Sí?

MARIO. Sí.

GLORIA. Es mi único deseo: acabe esta zozobra constante, esta inquietud de la conciencia... ¿Por qué temo yo? ¿por qué temes tú?

MARIO. Porque ocultamos algo. Pero como lo que ocultamos es noble y el hecho de ocultarlo es más noble aún, nuestro temor es injustificado, pueril... de niños. Alégrate, vida: ten confianza en Mario, que te quiere con toda su alma. Ríete: que yo te vea reir y reiré también. Mi risa es el eco de la tuya. Tú no sabes las ilusiones que yo trabajo en esta cabeza de chorlito. ¡Hasta de presidente del Consejo me he visto ya! Al fin te ríes...

GLORIA. Me río, sí. Sugestionada por Mario, obedece ciegamente á sus palabras.

MARIO. Mírame ahora. Dime que esos ojos no han de mirar á nadie como á mí me miran.

GLORIA. Te lo digo.

MARIO. Júrame también que esos labios no le dirán á otro lo que á mí me han dicho.

GLORIA. Te lo juro.

MARIO. Cogiéndole las manos. Gloria... (Esta presa no se me va.)

GLORIA. Abandonándoselas. Mario...

MARIO. Separándose de ella violentamente. Silencio.

GLORIA. Sobresaltada. ¿Quién?

MARIO. Tu padre.

Sale DON MIGUEL del interior de la casa distraído, y al reparar en GLORIA y MARIO, los mira con sorpresa y recelo.

DON MIGUEL. (¿Eh? ¿qué es esto? ¡Juntos!... Como desechando un mal pensamiento. ¡Bah! ¡qué cosas pasan por la cabeza! Son el agua y el fuego...) Buenas tardes, Mario.

MARIO. Don Miguel, buenas tardes.

DON MIGUEL. No sabía que estaba usted aquí. Precisamente le esperaba... En tono cariñoso. Gloria, hija mía, vé y dile á don Moisés que tenga la bondad de venir acá.

MARIO. Escamado. (¡Hola, hola!)

GLORIA. Voy. (¿Qué será ello, Dios mío?) Entrase en las habitaciones interiores.

MARIO. ¿Ocurre algo, don Miguel?

DON MIGUEL. Con amargura. Extraordinario, nada: la cosa más natural del mundo.

MARIO. (Respiro.) ¿Y es ello?...

DON MIGUEL. Ahora, cuando salga su padre...

MARIO. (Malo. ¿Sabrá...? Por más que me lo diría á mí solamente.)

Pausa.

DON MIGUEL. ¿Se ha paseado mucho?

MARIO. Pasear, ni mucho ni poco; andar, alguna cosa.

DON MIGUEL. El día está bueno, ¿eh?

MARIO. Sí, señor, sí; muy bueno.

DON MIGUEL. Calor más bien que frío, ¿verdad?

MARIO. Justo.

DON MIGUEL. Yo he tenido que soltar la capa.

MARIO. Aquí está ya mi padre.

Sale, en efecto, DON MOISÉS.

DON MOISÉS. ¿Qué hay, Miguel; qué sucede? Me ha alarmado tu hija: la he visto descompuesta, pálida...

DON MIGUEL. No, hombre, no...

MARIO. Papá, tú ves visiones.

DON MOISÉS. Habrán sido mis ojos. Más vale así.

DON MIGUEL. Sí, más vale. ¿Quieren ustedes que nos sentemos?

MARIO. Sí, señor.

DON MOISÉS. ¡Tú mandas! A Mario. (Esto me huele á chamusquina, hijo.)

MARIO. A don Moisés. (Y á mí, papá.)

Se sientan los tres: don Miguel á un lado de la camilla; Mario y don Moisés al otro.

DON MIGUEL. (¿Por dónde empiezo yo, Virgen santa?)

DON MOISÉS. Sacando unas tijeras del bolsillo y cogiéndole un puño á don Miguel. Perdona: en este puño tienes una hilachilla: dame acá...

DON MIGUEL. Déjate ahora...

DON MOISÉS. Cortándole la hilacha, quieras que no. Pero ¿qué trabajo me cuesta, tonto? Chico, ¿sabes que estás temblando?

DON MIGUEL. Un poquillo nervioso estoy hace días... No es cosa mayor... Pausa. Mario y don Moisés se miran alarmados. Don Miguel hace esfuerzos para tomarle la embocadura al asunto. Bueno, pues... los he reunido á ustedes... porque... A mí me cuesta una violencia indecible... un trabajo tremendo...

MARIO. (¡Hum!...)

DON MOISÉS. (¡Ciertos son los toros!) Con resolución y frescura. Chico, sea lo que sea lo que á decirnos fueres, agrio, dulce ó agridulce, á nosotros, viniendo de ti, *parecerános* miel sabrosa. ¡Ah! ¡cuántas veces me habló de esa tu timidez infantil aquella santa que desde el cielo nos está mirando!

DON MIGUEL. Moisés: un favor antes de seguir adelante: no te acuerdes de mi mujer para nada.

MARIO. Que no la nombre querrá usted decir: que no se acuerde de ella es muy difícil.

DON MIGUEL. Eso: que no la nombre es lo que le pido.

DON MOISÉS. (Me falló el resorte de ultratumba.)

DON MIGUEL. Tenemos no poco de qué hablar. Cuando hace dos meses... ¿No hace dos meses que vinieron ustedes á mi casa?

MARIO. ¡Qué sé yo, don Miguel! ¿Quién cuenta las horas de la dicha?

DON MOISÉS. A mí me han parecido dos días... Pregúntale al pájaro que vuela...

DON MIGUEL. No, al pájaro no le pregunto nada. Te lo pregunto á ti, que es igual.

DON MOISÉS. (Me ha llamado pájaro.)

DON MIGUEL. Pero, bien; haga el tiempo que hiciere... El resultado es que yo, con harto dolor de mi alma, Dios lo sabe, me veo en el duro caso de decirles á ustedes que esta situación no puede prolongarse más tiempo.

Pausa. Los Galeotes se quedan cuajados.

DON MOISÉS. (No es lo mismo decir «Moros vienen», que verlos venir.)

MARIO. Levantándose de repente. Papá, vámonos.

DON MIGUEL. No, Mario, no... si no es eso...

MARIO. ¡Sí es eso, don Miguel!

DON MOISÉS. Este chiquillo tiene una idea tan exagerada del honor...

DON MIGUEL. (A mí no me parece tan exagerada.)

DON MOISÉS. Siéntate, Mario, siéntate. Vamos á explicarnos; vamos á medir el pro y el contra...

MARIO. Permaneciendo de pie. Se conoce, señor don Miguel, que lee usted con frecuencia el *Quijote*.

DON MIGUEL. Y eso, ¿á qué viene?

DON MOISÉS. Adulando. Lo mismo se me ocurre á mí: ¿á qué viene eso?

MARIO. A que no ha podido decirnos en un castellano más claro que nos vayamos á la calle.

DON MIGUEL. Ni lo he dicho así, ni soy capaz

de decirlo, ni es usted quién para darme lecciones de cortesía.

MARIO. Bien está. No he pretendido molestar á usted. Sé cuánto le debo y á lo que me obliga la gratitud. Mi padre y Carita podrán hacer lo que mejor estimen: yo, esta misma tarde me voy. Hasta después. Tomando su sombrero y marchándose por la puerta de la librería. (Me voy... pero *me quedo* en lo mejor de la casa, que es lo que no sabe este tonto.)

Don Miguel y don Moisés se levantan.

DON MOISÉS. ¡Su abuelo! ¡Idéntico á su abuelo!

DON MIGUEL. Pero, oiga usted, Mario...

DON MOISÉS. Es inútil; no volverá la cara.

DON MIGUEL. ¡Mario!

DON MOISÉS. ¡Te digo que es su abuelo!

DON MIGUEL. ¿Era sordo su abuelo?

DON MOISÉS. ¡Un verdadero caso de *estrabismo!* Míralo: se fué. ¡Galeote de pies á cabeza! Galeotti, mejor dicho, porque nuestro apellido es italiano. Galeotti, con dos tt. A principios del siglo pasado perdimos una t...

DON MIGUEL. (Y á fines de este la vergüenza.)

DON MOISÉS. Y ya con una t nada más, yo, español sobre todo, ni más ni menos que tú mismo, porque yo por Cervantes me dejo cortar las orejas, españolicé el apellido y convertí la i final en e. Y eso que un tío mío, repostero en Milán...

DON MIGUEL. Pero ¿crees tú que es esta ocasión oportuna para hablar del linaje?

DON MOISÉS. Dispensa, chico: ha sido una digresión... Vamos á ver si nos ponemos de acuerdo.

DON MIGUEL. No, no; si aquí no hay más acuerdo que el mío. Ciertas determinaciones las pienso mucho; tanto como dejo de pensar otras, ¿sabes? Y cuando tomo alguna de esas meditadas, es porque estoy seguro de que no puedo ó no debo proceder más que así.

DON MOISÉS. Con cara de vinagre. ¿Eso quiere decir que tiene razón Mario?

DON MIGUEL. ¿Cómo?

DON MOISÉS. ¿Que nos echas de tu casa á escobazo limpio?

DON MIGUEL. ¡Moisés!

DON MOISÉS. ¡Faraón, qué caray! Viéndose perdido la echa por la tremenda. ¡Hora es ya de que dé salida al surtidor de la fuente de mi indignación! No me coge de nuevas lo que me has dicho: ¡lo esperaba! ¡Es mucha presión la que noto hace días! ¡Por todas partes caras tiesas; en todas las conversaciones palabras duras; se me espían los pasos; se me mide el pan; se me tasa el vino; se me cuentan las croquetas porque me gustan!...

DON MIGUEL. ¡Moisés, no seas bajo!

DON MOISÉS. ¡Bien! ¡muy bien! ¡Los grandes hombres! ¡Los hombres de ancho espíritu! ¡Por tres indecentes días más que íbamos á estar en tu casa, la has querido pringar á última hora! Agarrándose á la retórica á la desesperada. Y mi comportamiento aquí, y el interés que por tu hogar *heme* tomado, y mis afanes por ganar dinero, y el cariño derramado como blando rocío sobre todos vosotros, nada significan, nada valen, nada pesan... ¡Viento que pasa por las cumbres sin dejar rastro! He dicho

antes que lo esperaba, y he dicho mal: te confieso que no esperaba esta ingratitud.

DON MIGUEL. Moisés, me estás haciendo temblar de ira. Agradece á Dios que tengo en cuenta quién eres y quién soy y lo que me debo á mí mismo, que si no... Pero bien está todo, con tal que acabemos.

DON MOISÉS. Abandonando definitivamente el estilo florido como cosa inútil. ¡Sí, hombre, sí, acabemos! ¡Me das una patada en la barriga y me echas á la calle! ¡Qué bonito! ¡Qué caballeroso!

DON MIGUEL. ¡Moisés!

DON MOISÉS. ¡Sí, hijo, sí; me echas á la calle! ¡La cosa no tiene otro nombre! ¡Me echas á la calle!

DON MIGUEL. ¡Bueno, sí; basta ya: te echo á la calle! ¡ea!

DON MOISÉS. ¡Así, así, sin eufemismos! ¡Con todas sus letras asquerosas! ¡A la cochina calle, á que me den morcilla!

DON MIGUEL. ¡A que no estés más tiempo en mi casa!

DON MOISÉS. ¡Descuida, hombre: no me lo repitas otra vez! ¡Ya me voy! ¡No te queda más que escupirme á la cara! ¡Escúpeme, si se te antoja! ¡Anda, hombre! ¡Y si quieres me tiraré en el suelo, para que me pises también! ¡Y que tu niña me registre el baúl, como á las cocineras!

DON MIGUEL. ¿Quieres irte?

DON MOISÉS. ¡Sí, hijo, sí! ¡Ya lo creo que me voy! ¡Vaya si me voy! ¡Y cuenta que sacudiré las botas al salir, como Santa Teresa en la Coruña!

Entrase hecho una fiera por la puerta que conduce al interior.

DON MIGUEL. ¡Jesús, Jesús, Dios mío! Me ha obligado á igualarme con él ese canalla...

De la tienda sale JEREMÍAS, y CARITA y GLORIA del interior.

JEREMÍAS. ¿Te han pegado ya?

GLORIA. Papá, por Dios, qué escándalo... Don Moisés va ciego... me ha dado un empellón...

CARITA. Y á mí un par de guantadas...

GLORIA. ¿Qué sucede?

DON MIGUEL. No sucede más sino que acabo de plantar en la calle al padre y al hijo.

GLORIA. Sin poder reprimirse. ¿A Mario también?

DON MIGUEL. ¡A los dos! ¡Miserables! ¡ villanos! ¡Y mientras el cuerpo me haga sombra no volverán á pisar el suelo de esta casa, donde no ha habido para ellos más que cariño y compasión!...

Acercándose á Gloria, que se ha dejado caer llorando en una silla.

Gloria, hija mía, ¿qué te pasa?

CARITA. ¿Qué te pasa, Gloria?

DON MIGUEL. ¿Qué es eso, hija?

CARITA. ¿Qué tienes?

DON MIGUEL. ¿Por qué lloras?

JEREMÍAS. Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín...

DON MIGUEL. Con profunda pena y energía. ¡Calla: no aciertes esta vez!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con loro y todo. Es de noche. Luces en el escaparate y en la tienda.

PEDRITO se pasea lleno de impaciencia recitando maquinalmente versos de *Don Alvaro*. GLORIA, nerviosa é inquieta, manifiesta impaciencia asimismo, y de vez en cuando mira por el escaparate y por la puerta hacia la calle.

PEDRITO. *Para Curra el overo,*
para mi el alazán gallardo y fiero...

GLORIA. Pero no seas tonto, Pedrito, ¿por qué no te vas?

PEDRITO. ¿Yo qué he de irme antes que vuelva don Miguel?

GLORIA. Te advierto que mi padre ha de tardar mucho.

PEDRITO. Pues me va á reventar, vive Cristo.

Para Curra el overo,
para mi el alazán gallardo y fiero...

Luego, como á don Jeremías le ha dado también la ventolera por largarse...

GLORIA. (Esa es mi fortuna.)

PEDRITO. *Para Curra el overo...*

La culpa de todo me la tengo yo por no haberle advertido á tu padre que esta noche hacíamos el *Don Alvaro* en casa de doña Guadalupe.

GLORIA. Pues por eso te digo que te vayas, inocente.

PEDRITO. No, no, no, no...

GLORIA. Si yo me quedo al cuidado de la tienda...

PEDRITO. No, no, no...

GLORIA. (¡Qué suplicio!)

Aparece MARIO en la calle por detrás del escaparate, y Gloria, sin que Pedrito la vea, le hace señas de que se vaya y aguarde un poco. Mario obedece.

PEDRITO. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero...

¡Y que no tengo nada que hacer; es broma! Tengo que ir á mi casa por alguna ropa; tengo que ir á casa de Roquete; tengo...

GLORIA. ¿Tienes más que tomar la puerta?

PEDRITO. Todavía puedo esperar un ratillo.

GLORIA. (¡No se irá!)

PEDRITO. Por supuesto, esta noche me juego yo la reputación.

GLORIA. Pero ¿tú tienes reputación?

PEDRITO. La tenga ó no la tenga me la juego esta noche. Imagínate que el mes pasado presentaron allí á uno de Cabra con muchas pretensiones, que me está minando el terreno y quiere quitarme los primeros papeles... Pero se la lía al dedo. ¿Tú no me has visto á mí el *Don Alvaro?*

GLORIA. Sí; lo haces muy bien. Véte aprisa á aplastar al de Cabra.

PEDRITO. ¡Qué versos tan hermosos tiene!

... La jaca torda,
la que cual dices tú los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para ti está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mi el alazán gallardo y fiero.
¡Oh, loco estoy...!

GLORIA. Sí, sí que estás loco de remate.

PEDRITO. Ya verá, ya verá el de Cabra lo que es canela fina.

GLORIA. (Nada, no me deja: no hablaré con él... Va á ser inútil cuanto he hecho.)

PEDRITO. Los aficionados, unos imitan á Calvo y otros á Vico. Yo, no. Mejor ó peor, yo tengo escuela propia. Mira, Vico, las noches de buena entrada decía esto así:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cuál atormentáis mi mente!...

Calvo era otra cosa: Calvo lo decía de esta manera:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cuál atormentáis mi mente!...

Pues mira cómo lo digo yo: verás qué diferencia:

Sevilla... Guadalquivir...
Cuál atormentáis mi mente...

Así, con naturalidad absoluta: sin darle importancia ni al Guadalquivir ni á Sevilla, ¿comprendes tú?

GLORIA. (¡Jesús, qué desesperación!)

PEDRITO. Mirando su reloj desasosegado. Y tu padre sin venir todavía... Como este otro detalle, que siempre me vale una ovación. Llega don Alfonso á la celda en que está don Alvaro, decidido á comérselo, y le pregunta con mucha fiereza: «¿Me conocéis?» Y don Alvaro le responde: «No, señor.» Bueno, pues este «No, señor» lo digo yo divinamente. «¿Me conocéis?» «No, señor.» Así, encogiéndome de hombros. Es como si le dijera: ¿sabe usted que no caigo en este momento? Naturalidad, hombre. La escuela moderna.

GLORIA. Te estás entusiasmando mucho y vas á llegar tarde. Y luego me echarás á mí la culpa.

PEDRITO. Volviendo á mirar el reloj. A la media me voy.

GLORIA. (Me consumo de impaciencia, Dios mío.)

PEDRITO. Pero mi escena, mi *clou*, está en la jaca torda. Cuando don Alvaro se quiere llevar á doña Leonor.

GLORIA. Muy turbada. ¿Qué dices?

PEDRITO. Sí, mujer; ¿no te acuerdas? En el primer acto. Ella duda, vacila, está temerosa, sobresaltada... Y él entra resuelto, con el ímpetu del amor...

Angel consolador del alma mia...

¿Qué tienes?

GLORIA. Nada... no tengo nada... (Se me figura que todo el mundo lee en mi frente.)

PEDRITO. *¿Van ya los santos cielos*
á dar corona eterna á mis desvelos?

Y le dice la mar de finezas para infundirle ánimos. Doña Leonor, la pobre, aunque está enamorada de él, no se decide, se acuerda de su padre...

GLORIA. Se acuerda de su padre, es verdad...

PEDRITO. ¡Qué escena más hermosa! Hasta que al fin y al postre llega el Marqués con la espada desnuda...

¡Vil seductor! ¡hija infame!

GLORIA. ¿Quieres dejarme en paz, Pedrito?

PEDRITO. Y hay que oirme entonces á mí; bueno, á don Alvaro: Como quien se bebe un vaso de agua. *Vuestra hija es inocente... más pura que el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha á que puede dar origen mi presencia aquí á tales horas, concluya con mi muerte...*

GLORIA. Pedrito, por Dios, que no tengo los nervios para dramas...

PEDRITO. Sí que te veo alteradilla esta noche. (A esta chica le pasa algo. Ese pícaro de Mario la ha vuelto del revés.)

GLORIA. Tú me has puesto así con tus versos y tus impaciencias. Echa á correr ya, y el diablo que te lleve.

PEDRITO. No voy á tener más remedio para no caer en falta.

GLORIA. Véte, véte; sí.

PEDRITO. Dile á don Miguel lo que hay.

GLORIA. Sí, hombre, sí; por mi padre no temas.

PEDRITO. Pues adiós: hasta mañana, si Dios quiere.

GLORIA. Adiós.

PEDRITO. Poniéndose sombrero y capa y yéndose escapado.

Al primer grande español
no le cedo en jerarquía:
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

GLORIA. ¡Ya quiso Dios! Al fin me dejan sola y podré hablarle... Le haré señas para que entre. Por fortuna, Carita, que es la única persona que queda en la casa, se ha echado un ratillo. Va hacia la puerta: se detiene de improviso azorada mirando aquí y allá: procura tranquilizarse, y al ir de nuevo á avisarle á Mario sale CARITA de la trastienda. ¿Eh? creí que venían... ¡Dios mío, qué trabajo me cuesta!

CARITA. Gloria, ¿qué haces?

GLORIA. ¡Carita!

CARITA. ¿Te has asustado, mujer?

GLORIA. Como pensé que estabas en tu cuarto... y me he quedado sola...

CARITA. ¿Se fué Pedrito?

GLORIA. Se fué... Lo vi tan impaciente que me dió lástima retenerlo... ¿Y tú, te has aliviado del dolor de cabeza?

CARITA. Sí; ya estoy bien. Sentándose. Te haré compañía.

GLORIA. Como quieras. (¿Será Dios quien me pone tantos obstáculos?)

CARITA. ¿No te sientas?

GLORIA. No. Los nervios no me lo permiten esta noche...

CARITA. ¿A ti tampoco? Pues júntate conmigo y vaya un par. Llevo unos días crueles. Ahora mismo me quedé traspuesta un instante y soñé que mi padrino era uno de esos tíos de las alcantarillas. Se acercó á mí con un farol y unas botas muy grandes que armaban ruido de cadenas, como en los cuentos, y me dijo, dice: «Mira á lo que me veo reducido por habernos abandonado tú.» Y lo bueno es que yo me eché á reir como una tonta y le contesté: «Padrino, usted y sus hijitos en la alcantarilla tenían que parar.»

GLORIA. Los disparates de los sueños. (Estoy volada.)

MARIO se asoma á los cristales del escaparate, mira hacia dentro, y al ver allí á Carita se retira contrariado.

CARITA. Como que no se me cae de la imaginación esa gente.

GLORIA. Hoy hace quince días que se fueron.

CARITA. Parece que sin ellos me falta algo.

GLORIA. (Y á mí también.)

CARITA. Y cuenta que no será por los buenos ratos que he pasado á la verita suya. Yo nunca te he hablado de estas cosas, porque ni siquiera de ellos me gusta hablar mal; pero, hija, me trataban lo mismo que á un perro. Bueno, lo mismo que á una perra. «Carita aquí» «Carita allá» «¡Carita, empeña esto!» «¡Carita, saca lo otro!» «¡Carita, busca dinero!» «¡Carita, á ver cómo almorzamos!» «Carita pun! ahí te va ese confite»: una bofetada. Porque

bofetada que se perdía y palo que no encontraba colocación, ya lo sabían mi cara y mis costillas: ¡á ellas iban derechos! Y yo, nada; resignarme y callar... Más tonta he sido...

GLORIA. Exageras mucho, Carita. Si eso fuera así, ¿cómo ibas á echarlos de menos?

CARITA. Muy sencillo, mujer... ¿Tú te has sacado alguna muela?

GLORIA. Sí...

CARITA. Pues así los echo yo de menos. Igual, igual. Noto vacío el sitio donde estaba una cosa que me ha hecho rabiar los imposibles. No puedes tener idea de dos *raigones* como el padre y el hijo. Hablo de Mario y don Moisés, que los otros son peores todavía. Don Moisés es un bellaco de lo más gordo que Dios se ha entretenido en criar, si es que Dios se entretiene en criar bellacos, que me parece muy bajo entretenimiento para Dios, y él me perdone si digo alguna herejía, aunque estoy en que no; pero, en fin, yo se lo consultaré al cura el domingo... Bueno, pues don Moisés, como te digo, es un bellaco, y Mario media docena de bellacos metidos en un solo cuerpo.

GLORIA. Con espontáneo arranque. ¡Mientes, Carita!

CARITA. Levantándose asombrada. ¿Qué?

GLORIA. ¡Mientes! ¡No conoces á Mario!

CARITA. ¿Que no conozco á Mario, infeliz? ¿Y tú sí le conoces?... Gloria, ahora veo claro lo que tanto temía. Te ha trastornado el seso ese bribón...

GLORIA. Con honda pena. ¡Cállate, Carita!

CARITA. ¡No quiero! Para algo estoy aquí.

GLORIA. Angustiada. Cállate, por Dios... Pero no,

no te calles... Habla, di lo que sepas... ¡Yo no puedo más con este secreto que me pesa como una montaña sobre el corazón! Tú eres buena, tú eres honrada, tú no me engañarás... Dime, dime cosas de Mario. No me dejes sola, no me abandones... Te confieso que estoy enamorada de él... no me dejes sola... que iré adonde él quiera llevarme... no te vayas tú... que no tengo más voluntad que la suya... no te apartes de mí.

CARITA. Descuida: aquí me tienes. Serénate un poco. ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!

GLORIA. Estoy aterrada, estoy loca...

CARITA. Tranquilízate y ven acá. Se sientan. ¿Tú has vuelto á hablar con Mario?

GLORIA. A hablarle... no.... á verlo... sí.

CARITA. ¿Te escribe?

GLORIA. Casi todos los días...

CARITA. Atando cabos. Ya decía yo... Espérate: ¿á que te trae las cartas el verdulero?

GLORIA. El mismo.

CARITA. La que á mí se me vaya por alto... Si lo vi yo un día... ¿Habrá tío sinvergüenza? Mañana se va á comer toda la verdura. Pedrito fué quien me puso sobre la pista... Observó que Mario pasaba con frecuencia por la calle, y el pobre se alarmó temiendo alguna fechoría. Como también ha sido víctima de ellos... Creo que le han sacado diez duros, un par de botas y una petaca de piel de Rusia.

GLORIA. Bueno, di...

CARITA. Di tú primero. ¿Qué intenta él? ¿Cuáles son sus propósitos? Tú, ¿qué le dices?

GLORIA. El... todo se vuelve querer sacarme de mi casa.

CARITA. ¡Bandido!

GLORIA. No; si yo no quiero...

CARITA. Pero él te lo propone.

GLORIA. Sus cartas me parten el alma...

CARITA. No lo creas.

GLORIA. Son tan sinceras, tan nobles, tan llenas de amor...

CARITA. No lo creas.

GLORIA. Sí lo creo, sí. El será muy malo contigo, con todos; pero conmigo es bueno... me quiere mucho... mucho...

CARITA. Lo primero que hace falta para querer es el corazón, y Mario no lo tiene. Gloria, abre los ojos: Mario es un miserable, un egoísta sin entrañas...

GLORIA. Con dolor profundo: resistiéndose á creer á Carita: levantándose. ¡No!

CARITA. ¡Sí! Perdona que te desgarre el alma. No eres tú la primera mujer á quien pretende embaucar y hacer suya.

GLORIA. ¿Qué?

CARITA. Lo que oyes. Con la mayor frescura se echa novias y novias en cuanto huele una buena presa.

GLORIA. ¡Ah! Déjase caer sollozando en la silla.

CARITA. Es un desalmado. Recuerdo que una vez que tenía ropa negra le hizo el amor á una marquesita muy linda; la marquesita se prendó de él—porque, eso sí, Dios le ha dado figura y labia y muchísima suerte, ¡parece mentira!—y otra vez

vuelvo á meterme con Dios, y esto va á acabar mal si Dios no tiene en cuenta mis intenciones... Ya he perdido el hilo: ¿en qué estaba yo? Ah, sí. Te contaba que la marquesita se prendó de él, que el señor marqués se enteró de quién era Mario, y que cuando menos lo esperaba se encontró con un pie de paliza de lacayos y cocineros, que me río yo. Es decir, no me río, porque á mí el mal de nadie me hace reir. Pero merecido, ¡vaya si lo tenía! Pues él, como si no: en cuanto se le quitó el dolor de los cardenales, tan fresco.

GLORIA. Me aterra el oirte, Carita.

CARITA. ¿Te aterra? No sabes... Si esa aventura no vale nada... Como que es de las pocas en que él ha salido con las manos en la cabeza. Yo quisiera ahora, para desengañarte de una vez, poder contarte en un momento todo lo que sé, todo lo que he visto, la historia negra de ese hombre. A mí no se me olvida un día en que llamó á la puerta de casa preguntando por él una muchacha con un niño en los brazos, y Mario salió y la tiró á empujones por las escaleras.

GLORIA. ¡Oh! Horrorizada, se cubre el rostro con las manos.

CARITA. De eso es capaz el hombre que dice que te quiere. No tiene conciencia. Si la tuviera, no podría con el peso de los remordimientos, yo te lo fío. Pero como la conciencia anda por las nubes, y él no se levanta un palmo del fango de la calle, ahí lo ves, intentando una nueva hazaña. Y mira á quién eligió como señora de sus ruines pensamientos: á la hija de quien le dió salud, sosiego,

cariño y un pedazo de pan para que no se muriera de hambre.

GLORIA. ¡Jesús! Me hablas de una manera que, á medida que te oigo, siento que se me llena el alma de una sombra muy triste... y aunque parezca absurdo, de una luz que si no es alegre es muy clara... Voy viendo dentro de mí cosas que nunca he visto; y es que el espanto me abre los ojos y veo... veo... ¡Qué horror!... ¡Júrame que no me mientes, Carita!

CARITA. Gloria, ¿mè supones capaz...?

GLORIA. No. Pero júramelo.

CARITA. Después de besar la cruz. Ya está jurado.

GLORIA. ¿Por quién?

CARITA. Por mi madre, á quien no conocí.

GLORIA. Verás entonces... Corre hacia la puerta.

CARITA. Corriendo tras ella. ¿Adónde vas?

GLORIA. A llamarlo.

CARITA. Pero ¿está ahí?

GLORIA. Ahí está.

CARITA. ¿Mario?

GLORIA. Mario. Me espera para hablar conmigo, para convencerme... Con invencible pena. ¡Ay!... Por eso he procurado quedarme sola...

CARITA. Felizmente estoy yo al lado tuyo. Llámalo.

GLORIA. Sí. Se asoma violentamente á la puerta y hace señas á Mario.

CARITA. Y ahora, véte.

GLORIA. No.

CARITA. Véte: no lo has de ver.

GLORIA. ¿Cómo?

CARITA. No quiero: no lo merece. Por mi madre te he jurado que no te engaño. Por la tuya te pido que me dejes con él.

GLORIA. ¡Carita!

CARITA. ¡Por tu madre, Gloria!

GLORIA. Quiero verlo de cerca, hablarle, leer en sus ojos...

CARITA. Leerás lo que tú quieras, no lo que digan.

GLORIA. Ya no.

CARITA. ¡Lo mismo! Entra ahí. Empujándola hacia la puerta de la trastienda, junto á la cual están. Véte lejos.

GLORIA. ¡Carita, por la Virgen!

CARITA. Conseguirás que entere de todo á tu padre.

GLORIA. ¡Eso no!

CARITA. Pues véte.

GLORIA. Ya me voy. Llorando. ¡Parece que me he quedado sin alma!

CARITA. La tiene él; pero yo la arrancaré de sus manos. Ahí viene: huye.

Vase Gloria corriendo, como horrorizada, pero mirando hacia la puerta de la calle, por donde llega MARIO.

MARIO. Con vehemencia. ¡Gloria!

CARITA. Volviéndose hacia él. No es Gloria: es Carita.

MARIO. ¿Qué? Pues ¿no fué Gloria quien me llamó?

CARITA. Justamente; pero la que va á hablarte es Carita.

MARIO. ¡Siempre tú! Yo no tengo nada que ver contigo. Adiós. Me voy.

CARITA. No te vas.

MARIO. ¿Cómo?

CARITA. Que no te vas.

MARIO. ¿Quién eres tú para impedírmelo?

CARITA. Escucha: Gloria te quería.

MARIO. ¡Y me quiere!

CARITA. Te equivocas: ya no.

MARIO. ¿Que no? Avanzando hacia ella. Pues ¿qué le has dicho?

CARITA. ¿Ves como no te vas?

MARIO. ¿Qué le has dicho, Carita?

CARITA. Poca cosa: nada: una pequeña parte de lo que eres.

MARIO. Lleno de ira. Si no me pareciera una cobardía, te cruzaba la cara.

CARITA. Hazlo, tonto; no será la primera vez.

MARIO. Merecías que lo hiciera. ¡Así pagas la hospitalidad que te hemos dado en mi casa tantos años!

CARITA. Mucho mejor que pagas tú la que te han dado aquí.

MARIO. (Me conviene más ir por las buenas.) Pero, vamos á ver: ¿es acaso un crimen enamorarse? ¿Qué mal hay en ello? ¿Quién ve á Gloria y no la quiere con locura? ¡Pues mi delito no es otro que haberla visto! Porque la vi la quiero.

CARITA. Eso del querer es muy complicado. Quererla... ¡ya lo creo que la querrás!... Pero no la quieres.

MARIO. ¿Qué sabes tú? A todos nos llega nuestra hora. Créeme, Carita: los hombres vamos dando tumbos por el mundo adelante, desorientados,

ciegos, caminando entre sombras, hasta que la luz de unos ojos nos detiene, nos encanta y nos sirve de guía... Siguiendo el rastro divino de los de Gloria he de ir yo donde ellos quieran llevarme... ¡Ay de aquel que me estorbe el paso!

CARITA. Yo: tan indefensa y todo: yo. Y no me asusto de arranques de guardarropía.

MARIO. Criatura... no hagas eso. No lo hagas, por lo que más quieras en el mundo. No es amenaza, es súplica. Mira que el amor de Gloria me ha vuelto otro. Yo no sé qué resplandor celeste ha metido dentro de mí, ni cómo explicar este cambio mío... Ello es que si tengo una mala idea, una mano suave y delicada viene y me la quita de la frente; y si en mi pecho arde una pasión indigna, la misma mano con sus caricias acude á apagarla...

CARITA. Pues trabajo le mando á la mano.

MARIO. ¡Carita, no te burles de lo que te digo!

CARITA. Cállate ya, hipócrita, declamador, farsante...

MARIO. ¡Carita!...

CARITA. Carita es una hormiga, pero no se asusta de ti por más que te las eches de león. Con Carita no te valen ni recursos de drama ni párrafos floridos; Carita se ha quedado en esta casa porque temía algo de esto; Carita quiere, ya que no borrar la huella de vuestra conducta, servir de barrera para que no paséis adelante... Así vuestro recuerdo no será tan amargo. Eso me tenéis que agradecer todavía.

MARIO. ¿Sí, eh? Con mucho énfasis. ¡Lo que por lo

visto quiere Carita es que yo pierda la cabeza y haga aquí un escarmiento terrible!

EL LORO. No te tires, Reverte.

MARIO. Sin darse cuenta de lo que ha oído. ¿Qué?

CARITA. Conteniendo la risa. Es el loro.

MARIO. ¡Pues á ver si empiezo por el loro!

EL LORO. No te tires, Reverte.

MARIO. (¡Se me ha venido el ridículo encima de golpe y porrazo!) ¡Carita, llama á Gloria!

CARITA. No quiero.

MARIO. ¿Que no quieres? La llamaré yo. Gritando. ¡Gloria!

CARITA. Es en balde, Mario: no vendrá.

MARIO. Lo veremos. Va hacia la trastienda llamando. ¡Gloria! ¡Gloria!

CARITA. Ahí tienes á su padre.

MARIO. Azorado. ¿Eh?

CARITA. El Señor nos valga.

Llega DON MIGUEL de la calle.

DON MIGUEL. ¿Qué es esto, Mario? ¿qué hace usted aquí?

MARIO. Don Miguel...

DON MIGUEL. ¿Qué hace usted en mi casa, le pregunto? Cuando salió de ella, le rogué á usted que no volviese. ¿Por qué ha vuelto?

CARITA. Don Miguel...

DON MIGUEL. Calla tú.

CARITA. Permítame usted que tome la palabra. Ha venido por mí.

MARIO. (Me ha salvado.) Justo... por ella...

DON MIGUEL. ¿Por ti, Carita? (Yo sabré la verdad.)

CARITA. Lo manda su padre... Dicen que no se acostumbran á mi falta...

DON MIGUEL. ¿Y tú que has respondido?

CARITA. Que no me voy: que también hago falta aquí.

DON MIGUEL. Ya lo oye usted. Yo no la violento: hace su voluntad.

CARITA. Ni más ni menos. Y será inútil que te empeñes, Mario. Cuantas veces vuelvas á lo mismo, te marcharás solo. ¿Te enteras bien? ¡Solo!

DON MIGUEL. Por eso lo mejor será que no vuelva. Carita se ha acostumbrado á nosotros, y nosotros á ella. Vivimos felices; nos estorba la gente, ¿entiende usted? Deja la capa y el sombrero que trae puestos y se pone la gorra.

MARIO. Entiendo, sí, señor, entiendo. No es la primera vez que le digo á usted que tiene unas despachaderas que dan gozo.

DON MIGUEL. Pues á ver si es la última. Se sienta al brasero.

MARIO. Lo será. (¡Lo he perdido todo! Procuraré caer gallardamente.) Carita... hermana mía... adiós. Juntos hemos crecido... juntos hemos reído... juntos... juntos... (No, no me sale el párrafo: es inútil.) ¿Para qué decirte lo que no has de entender? Adiós. Señor don Miguel, beso á usted la mano.

DON MIGUEL. Abur, amigo.

MARIO. Yéndose. (¡Con lo menos que se contenta mi padre es con volar la casa!) En la puerta tropieza con JEREMÍAS que llega, y le pisa un pie.

JEREMÍAS. ¡Ah!... Viendo que Mario no se disculpa. Se dice «Usted dispense».

MARIO. Parándose un momento. Eso es cuando se pisa á una persona.

JEREMÍAS. Ese pajarraco no ha venido aquí á nada bueno.

DON MIGUEL. Te diré.

JEREMÍAS. Ese pajarraco...

DON MIGUEL. Aguarda, hombre.

JEREMÍAS. No ha venido aquí á nada bueno.

DON MIGUEL. Como que ha venido por Carita.

JEREMÍAS. ¿Por Carita?

CARITA. Sí, señor; por mí... por mí...

JEREMÍAS. Miguel, mucho me escamo. ¡Ojo al Cristo, que asan carne! Soy contigo en seguida. Vase al interior de la casa.

CARITA. ¡Qué mal pensado es!

DON MIGUEL. Por eso acierta casi siempre. ¡Ojalá fuera yo lo mismo! ¿Y Gloria?

CARITA. Allá dentro está: ¿quiere usted verla?

DON MIGUEL. Levantándose. Espera un poco. Antes vas á darme una prueba de tu lealtad. ¿A qué ha venido Mario?

CARITA. Ya se lo he dicho á usted, don Miguel.

DON MIGUEL. ¿Te obstinas en eso?

CARITA. ¿Y qué quiere usted que le haga?

DON MIGUEL. Por Dios, Carita de mi vida, no me engañes tú; mira que si tú me engañas también voy á morirme de tristeza. ¿Ha venido Mario á ver á mi hija?

CARITA. Con timidez. Sí, señor... ha venido á verla...

DON MIGUEL. ¡Ah!

CARITA. Pero no la ha visto... Lo he impedido yo...

DON MIGUEL. Con ansiedad. ¿Y ella estaba de acuerdo?... ¿Tú sabes?...

CARITA. Todo. Todo me lo ha confesado la pobrecilla... hecha un mar de lágrimas.

DON MIGUEL. A ver... habla, cuéntame...

CARITA. Es más buena que el pan. Da lástima oirla. Ese bribón de Mario la ha traído engañada... la ha vuelto loca... Pero yo le he quitado ya la venda de los ojos. No tema usted. Si no se lo declaré así al principio, fué porque quise evitarle este nuevo dolor; pero como usted me lo ha rogado... No tema usted, no tema usted, vuelvo á decirle. Gloria sabe ya lo que es Mario, y basta. A Mario se le podrá querer viéndolo por fuera; pero cuando se conoce lo que lleva por dentro, ni el mismo amor halla disculpa á tanta ruindad... Ahora sólo nos queda un trabajo: consolar á Gloria y procurar que olvide pronto... ¡Pobrecita!

DON MIGUEL. ¡Pobrecita, sí! ¡Qué bien hice, criatura, al dejarte aquí con nosotros! Algún alivio había de hallar á mi desengaño. ¿Hasta dónde iba á llegar la maldad de esa gente, Dios mío? ¡Qué sé yo! ¡Sólo el imaginarlo me asusta!... No bastaba el burlarse de mí, el insultarme, el enlodar mi casa, el no agradecer el bien recibido... ¡Faltaban las pedradas!

CARITA. ¡Maldita sea la hora en que entramos todos aquí!

DON MIGUEL. Eso no: bien hecho está lo he-

cho. Se sienta en su sillón. Si al resultado vamos, dime tú á mí quién lleva la peor parte: nosotros los perdemos á ellos y ellos á nosotros. Ya ves qué diferencia. Pero esto no quita que duela, que lastime...

Sale JEREMÍAS por donde se fué.

JEREMÍAS. ¿Qué te ocurre, Miguel? Estás mustio, abatido... Déjate de sensiblerías y abre el ojo.

DON MIGUEL. ¡Ay, Jeremías de mis culpas!... Dichoso tú, que vives independiente y feliz, y no tienes más amigo que tu loro, y oyes llorar y te haces la ilusión de que llueve, y ves á quien padece hambre y te quitas las gafas... Préstame tu corazón y tus ideas para andar por el mundo, que yo cogeré las mías y el mío, y los colgaré en la pared de mi alcoba, junto á aquella espada vieja que tengo allí y que maldito de Dios para lo que me sirve...

CARITA. (¡Pobre señor!)

DON MIGUEL. Levantándose. Voy á ver á mi hija.

CARITA. ¿Para qué, don Miguel? ¿No vale más que lo deje usted para mañana?

JEREMÍAS. ¿Dónde está Gloria?

CARITA. En su cuarto; pero está llorando la pobrecilla...

JEREMÍAS. ¿Llorando?

DON MIGUEL. Por lo mismo quiero verla yo.

CARITA. Déjela usted que se serene, que pase el mal rato, y entonces...

Viene CATALINA de la calle, descompuesta, jadeante, escandalizada. Apenas puede hablar. Se sienta en una silla, llamando la atención de todos con sus aspavientos.

CATALINA. ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡ay, Dios mío de mi arma! ¡ay, Virgen del Amparo!

DON MIGUEL. ¿Qué es eso, mujer?

CARITA. ¿Qué sucede?

CATALINA. ¡Ay, qué zofocación! ¡ay, qué dijusto! ¡ay, qué bochorno!

DON MIGUEL. ¡Que nos tienes con el alma en un hilo!

CATALINA. ¡Ay, qué gente más mala! ¡ay, qué gente más pícara! ¡ay, qué gente más zinvergüenza!

JEREMÍAS. ¡Hola!

CATALINA. ¡Ay, qué arrastraos! ¡ay, qué *pajoleros!* ¡ay, qué retunantes!

DON MIGUEL. Pero ¿quiénes, por Dios...?

CARITA. Hable usted.

CATALINA. Eza gentuza... ezos tíos... ezos Galeotes...

DON MIGUEL. ¡Acabáramos! ¿Has visto al hijo?...

CATALINA. No, zeñó... He visto ar padre... ¡mala puñalá le den!... ¡mar tiro le peguen!... ¡ze vea más mardecío que la lista grande!

DON MIGUEL. Basta de maldiciones ya: ¿qué ha pasado?

CATALINA. Déjeme usté que me dezahogue, zeñó... ¿Habrá tío charrán? ¡Armanaque lo jagan, pa que tos los días le arranquen argo! ¡Jozú, Jozú, Jozú!... Se levanta. Me lo encontré en la esquina e la cayejuela, á la verita e un coche, cazi enfrente á la caza e Pedrito... y me fuí pa é como una loba á zacarle los ojos...—¿ustés no zaben que me dejó á

debé cuatro pezetas?—Lo mismo fué verme vení que me zaluó mu reverenciozo... Y zarto yo y le digo: «Más valía que en vé de tomá coche pagara usté las trampas.» Y zarta é y me dice: «¿Y usté pa qué quié ya er dinero, con loz años que tiene encima?» Y zarto yo y le digo: «Ezo no es cuenta de usté, zo pendón.» Y zarta é y me dice que zoy una bruja. Y zarto yo y le digo que ze yevó de aquí una cuchara. Y zarta é y me dice que ezo no es verdá. Y zarto yo y le araño en la jeta. Y zarta é y me da un bofetón—mardita zea zu casta.—Y zarto yo y le pongo un ojo como er faró de la botica. Y zarta er cochero der pescante, y ze mete por medio. Y principia á zalí gentuza e la taberna, y zale don Calixto con una lagarta, y ze ponen á reirze de mí, y me arranco á la lagarta y le trinco er moño, y eya me trinca er mío, y por poquito nos queamos carvas las dos; y ze para la gente á mirarnos, y á mí me da la razón to er mundo, menos los *guindiyas*, porque no había ninguno; y gracias á que estaba ayí zeñó Romuardo er de la tienda, que me trajo pa acá y me dejó en la esquina, no zalimos tos mañana en los papeles... ¡Jozú, Jozú, qué escándalo! ¡Ay, Virgen de los Reyes! ¡ay, Virgen der Pilá! ¡ay, Virgen de Utrera!...

CARITA. Sosiéguese, Catalina, sosiéguese.

DON MIGUEL. Vaya por Dios, mujer. Pero ¿hasta cuándo va á durar el rastro de esa gente en mi casa?

JEREMÍAS. A ver, á ver... Mario aquí... y su padre en la callejuela... y un coche... y... ¿Dónde está Gloria?

CARITA. Allá dentro, señor.

DON MIGUEL. ¿Qué temes tú? Voy por ella ahora mismo...

CATALINA. ¡Ay, no azustá!.

Llega PEDRITO despavorido con un palmo de lengua fuera. Trae un lío de ropas en la mano.

PEDRITO. ¡Gloria! ¡Gloria!

DON MIGUEL. ¿Qué pasa?

CARITA. ¿Qué es ello?

PEDRITO. ¿Y Gloria? ¿Y Gloria? ¿No está aquí Gloria?

CATALINA. ¿Ande ze ha metío Gloria?

PEDRITO. ¡Va en un coche con los Galeotes!

Grito de espanto; consternación: cada uno tira por un lado.

Las frases comprendidas en la llave son simultáneas. También lo son los ayes de Catalina y la descripción del suceso que hace Pedrito.

DON MIGUEL. ¡Mentira! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Hija mía! Entrase en la casa corriendo.

JEREMÍAS. ¡Se fué por el portal! ¡Son unos bandidos! Corre á la calle.

CATALINA. ¡Jozú qué infamia!

CARITA. ¡No es cierto! Si no puede ser... ¡Gloria! Sigue corriendo á don Miguel.

CATALINA. Muy acongojada. ¡Ay, Jozú! ¡ay, qué doló! ¡ay, qué pena de hija! ¡ay, qué desgraciaíta va á zé! ¡ay, que ya ze acabó la alegría en esta caza! ¡ay, eze padre ze va á gorvé loco! ¡ay, vaya por Dios! ¡ay, yo que la he criao en mis brazos! ¡que la he visto crecé! ¡que la quería como á la zangre de mis venas!... ¡ay, pobrecita mía, que la han engañao! ¡ay, qué picardía! ¡ay, qué doló! ¡qué doló! ¡qué doló!

PEDRITO. A Catalina, que maldito si le hace caso. La he visto... la he visto... no me cabe duda... Era ella... eran ellos... El coche pasó por delante de mí como un relámpago, cuando yo salía de mi casa... pero pude verlos... Grité... llamé al cochero... Inútil. Corrí... resbalé y di de bruces en las piedras... Perdí de vista el coche... ¿Qué hacer, Dios mío?... Volar... volar á su casa... Y en menos tiempo que lo digo me he plantado aquí. ¡Ay, Catalina! ¡Esto es horrible! ¡esto es cruel! ¡esto mana sangre!...

Sale DON MIGUEL con GLORIA y CARITA, y se encara con Pedrito, el cual al ver á Gloria enmudece de asombro.

DON MIGUEL. ¿De dónde sacas tú, majadero...?

CATALINA. ¡Pero zi está aquí la gloria e miz ojos! ¡Ven acá tú, arma mía! ¡ven acá tú! La abraza y la besa fuertemente, como si quisiera dejarle los besos señalados.

CARITA. Este Pedrito, con sus dramas...

PEDRITO. Perdón... perdón... mis intenciones... Yo juraría...

DON MIGUEL. Más vale que no jures.

CATALINA. Separándose de Gloria y abalanzándose sobre Pedrito, á quien pellizca. Ahora verás tú, mal ange, ezaborío, lombriz con capa... ¿Te paece bien er zusto que noz has metío en er cuerpo? ¡Toma! ¡toma!

PEDRITO. ¡Ay! Perdón otra vez... Pero cuenta que yo no estoy chiflado... que no he visto visiones... Con Mario y con Calixto iba una mujer...

CATALINA. ¡La lagarta con quien yo he peleao!

PEDRITO. Sí, pero... así de pronto... cualquiera se ofusca... y como yo estaba ya con la mosca en la oreja, por lo que yo me sé, y además me he pa-

sado todo el día recordando el rapto de doña Leonor...

DON MIGUEL. ¡El demonio del comiquillo este!... Véte, véte, que me has dado el susto más espantoso de mi vida.

Vuelve JEREMÍAS de la calle, y desde la puerta dice á grandes gritos y sin ver á Gloria, á quien tapa Catalina:

JEREMÍAS. ¡Miguel! ¡Miguel! ¡Ni sombra! ¡No parece! Avanzando hacia don Miguel con los brazos abiertos. ¡Qué tremendo golpe, hijo mío! ¡Te compadezco!... Lo abraza, quedando cara á cara con Gloria, la cual, adelantándose hasta él sonríe tristemente. Ah, ¿pero está aquí ésta? Pedrito suelta la carcajada, lo cual irrita á Jeremías. ¿Quién se ríe? ¡Yo te daré risa, taraimbana!

PEDRITO. Perdón, perdón, don Jeremías.

JEREMÍAS. ¿Qué perdón?

DON MIGUEL. Sí, perdonémoslo todos, ya que lo perdonamos mi hija y yo.

PEDRITO. Yo... la verdad... con la más sana intención del mundo...

DON MIGUEL. Sí, hombre, sí... Anda con Dios.

PEDRITO. Nunca me arrepentiré bastante, don Miguel. Viendo su reloj. Pues encima me voy á ganar un rapapolvo en casa de doña Guadalupe. Llego con una hora de retraso. Vaya, hasta mañana, si Dios quiere. Corre hacia la puerta y se va.

Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero.

CATALINA. Más loco está que un chivo.

JEREMÍAS. ¿Ves, Miguel? ¿ves qué drama si llegan á arrebatarte á tu hija?

DON MIGUEL. ¡No hables de eso, por Dios, que no es más que una locura tuya y de Pedrito!

GLORIA. Con profunda tristeza. No; eso no.

DON MIGUEL. ¿Qué dices, Gloria?

GLORIA. Digo que hay algo de verdad en todo esto. Yo quiero á Mario... Mario venía á llevarme.

DON MIGUEL. ¡Gloria!

GLORIA. He dicho mal: lo he querido... La mejor prueba de que he de olvidarlo es que confieso ahora.

JEREMÍAS. ¿Lo ves?

DON MIGUEL. ¡Jesús mil veces!

GLORIA. No ha sido culpa mía... Perdóname. Y nada temas. A Carita debo el haberme salvado.

DON MIGUEL. Que Dios te lo pague, Carita.

GLORIA. De los Galeotes no queda nada aquí: si algo quedara en mi corazón, yo sabría arrancarlo y echarlo en medio de la calle.

JEREMÍAS. ¡Y si hace falta romperle las muelas á ese mozo, aquí está Jeremías!

EL LORO. No te tires, Reverte.

JEREMÍAS. Con explosión de júbilo. ¡Ah, Rodríguez! ¡Lo has aprendido ya! ¡Me haces el más feliz de los hombres! ¡Mañana, chocolate con leche!

DON MIGUEL. ¡Pero qué infamia, qué infamia la de esos Galeotes!...

CATALINA. Escarmiente usté, zeñorito, escarmiente usté.

JEREMÍAS. Sí, sí; escarmentar... Ese verbo no está en su Diccionario... Si mañana vienen otros Galeotes...

DON MIGUEL. Oh, no; yo os aseguro...

CATALINA. No azegure usté na; zi vienen mañana, pué zé que no ze cuelen, pero como vengan pazao mañana...

JEREMÍAS. Y después de todo, ¿quieres decirme lo que has sacado en limpio con meter en tu casa á esa gente?

CARITA. Saltando con mucho salero. ¡Caramba! ¡conocerme á mí! ¿No valgo yo la pena?

DON MIGUEL. Es verdad: conocer á Carita, que no es poco.

GLORIA. No es poco, no.

CARITA. Y yo conocerlos á ustedes, que eso sí que es mucho.

Madrid, Setiembre, 1900.

FIN DE LA COMEDIA

EL PATIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO LARA el 10 de Enero de 1900

A NUESTROS QUERIDOS AMIGOS

EDUARDO NARBONA

Y

FRANCISCO BRAVO

Ustedes (no empleamos el vosotros *por temor de que esta carta no les parezca nuestra), ustedes mejor que nadie saben que* El Patio *es un pedazo de nuestra vida: ustedes que nos conocen desde la niñez, podrán advertir cómo nuestra alma se haya infiltrada en sus líneas, y palpita en todas sus escenas, en todos sus tipos, en todos sus detalles, ya que pudiera parecer hiperbólico decir en cada una de sus palabras.*

Hasta ahora sólo habíamos llevado al teatro cuadros populares de Sevilla, alentados en tan grata labor, á la par que por el aplauso del público, por muy queridos y respetados maestros. A lo que no habíamos tocado aún era á nuestra Sevilla, á la de nuestra clase, á la que conocemos y sentimos como ninguna, porque de

ella venimos, en ella nos hemos criado y llena de ella tenemos el alma.

EL PATIO *ha sido la primera obra que nos ha inspirado esa Sevilla: ¿á quién, sino á ustedes, nos correspondía dedicársela? Por mala que sea, á ustedes les parecerá excelente: y bien sabe Dios que si no vale más es porque nosotros valemos muy poca cosa. En ella están nuestros más queridos recuerdos, nuestro entusiasmo de jóvenes, nuestro amor á Sevilla y á las semidivinas sevillanas, avivado y enardecido por la nostalgia de la tierra.*

¡El patio! Delicioso y alegre recinto que parece ideado por el amor y para el amor, por amor á Sevilla y á él nos hemos atrevido á llevarlo á la escena, cuidando mucho de no desposeerlo en la copia del más poético de sus encantos, del que constituye su naturaleza y su espíritu, de ese suave ambiente amoroso que lo envuelve y que lo perfuma.

Si algún acierto hay á nuestro entender en esta comedia, estriba en haber imaginado para ella una acción sencilla y esencialmente amorosa. No hubiéramos tenido perdón de Dios ni de las sevillanas, si echamos por los cerros de Úbeda en lo que á la índole de la acción se refiere, y nos apartamos al idearla de los sabrosos y picantes temas del amor, favoritos de las tertulias de los patios.

Y aparte la alegría de ver que el público y la prensa nos manifiestan cada vez más cariño, y que un insigne maestro de la crítica nos estimula á seguir adelante, tenemos como sevillanos la satisfacción más íntima y pura que pudiera soñar nuestro deseo: la que nadie

puede quitarnos: la de llevar y mostrar por todos los rincones de España, como quien lleva y muestra su mejor tesoro, siquiera sea un pálido remedo de nuestra calumniada Sevilla: un puñadito de su sal, un trozo de sus calles, un rincón de sus casas, una flor de sus flores, un soplo de su ambiente, un girón de su cielo, un rayo de su luz y un manojo de sus mujeres y de sus hombres.

Perdonen ustedes, queridos amigos, este desahogo que con nadie más que con ustedes podíamos permitirnos. Y viva Sevilla para gloria de España y viva EL PATIO *en testimonio de nuestra antigua y estrecha amistad.*

Serafín y Joaquín.

Madrid, Enero 1900.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Nieves Suárez.
DOÑA ROSA	Balbina Valverde.
DOLORES	Clotilde Domus.
PETRILLA	Luz García Senra.
REPOSO	Rafaela Lasheras.
PEPITA	Josefina Mauri.
NIEVECITAS	Clotilde Feros.
MATILDITA	Antonia Plana.
CONCHITA	Concepción Aguirre.
DOÑA VICENTA	Victoria Grajera.
LOLA	Antonia García Senra.
PEPE ROMERO	Francisco Morano.
DON TOMÁS	Juan Balaguer.
DON CRISTINO	Mariano de Larra.
CURRITO	José Santiago.
VERJELES	Rafael Ramírez.
DON APOLINAR	Agustín del Valle.
ALONSO	Manuel Vigo.
DIEGO	Manuel Balaguer.
PLÁCIDO	Manuel Vigo.
JUANITO	Balbina González.
ROBERTO	Alfredo Barbero.
ANTONIO	Manuel Balaguer.
UN POBRE	Agustín del Valle.
VENDEDOR DE GAFAS	Aniceto Alemán.
VENDEDOR DE DULCE	Emilio D. Gambardela.
EL TÍO DE LOS PEJE-REYES	Agustín del Valle.

Todos los personajes, á excepción de Pepe Romero, Verjeles y el Vendedor de gafas, hablan con acento andaluz; pero llanamente, sin incurrir en la menor exageración, sobre todo por lo que respecta á los tipos que no son del pueblo.

ACTO PRIMERO

Patio de la casa de don Tomás, en Sevilla. Corredores al foro y laterales, con columnas. A la izquierda del actor, en primer término, cancela pintada de oscuro, que da al zaguán. A la derecha, también en primer término, el nacimiento de la escalera principal, que es de mármol blanco: en segundo término, una puerta vidriera, con medio punto de cristales de colores. Otra puerta igual á esta á la izquierda del foro. A la derecha una ventana sin reja. Entre una y otra un piano abierto, sobre el cual hay un jarrón con flores, libros y papeles de música y dos ó tres abanicos. Delante, un asiento giratorio de rejilla. Varias sillas y dos mecedoras. En el centro del patio un macetón con una planta grande, al cual rodean varias macetas con plantas más chicas. A los lados del piano y en otros huecos, maceteros de azulejos, también con plantas. A la izquierda de la cancela, el tirador para abrirla. Junto, un perchero. Delante de ella, á poca distancia, un biombo elegante de caña y tela fina de color claro. Suspendida del techo del corredor, y también delante de la cancela, una lámpara de cristal. Otro aparato de luz sujeto á la pared, entre la escalera y la puerta de la derecha. Las paredes blancas, decoradas con fotografías de cuadros modernos. Zócalo de azulejos árabes. Suelo de mármol blanco. Es de día. Luz muy igual: se supone que hay un toldo corrido.

DOLORES arrodillada á la izquierda del actor, sobre una almohadilla de cuero y con los brazos al aire, aljofifa.

DOLORES. Cantando.

Si er querer es güeno ó malo
á un sabio le pregunté;
er sabio no habia querío,
no me supo respondé.
¿Qué quieres de mí,
si hasta el agüita que bebo
te la tengo que pedí?

Canta PETRILLA también, desde dentro, hacia la puerta de la derecha.

Empecé por capricho,
zeguí por tema,
continué por desvelo
y acabé en pena.
Y de esta zuerte,
les temo á los caprichos
más que á la muerte.

DOLORES. Esa arrastrá Petriya no para en to er día. Entra un POBRE en el zaguán y llama. ¿Quién es?

POBRE. ¡Alabado sea Dios!

DOLORES. ¡Por siempre!... Un pobre.

POBRE. Hermanita, ¿no hay una limosnita pa este probesito bardaíto que está esmayaíto?

DOLORES. Dios lo socorra á usté, hermanito.

POBRE. San José bendito se lo pagará, hermanita... Ande usté, aunque sea un cachito e pan duro, pa una sardinita que me han dao aquí ar lao.

DOLORES. Espérese usté. Llamando. ¡Petriya! ¡Tráete un piasito e pan... pa la sardina de este hombre! Volviendo á cantar.

Ven aquí, serrano,
siéntate á mi vera,
que te tengo que contá
la má de cositas güenas.

Sale PETRILLA por la puerta de la derecha, con unos pedazos de pan en el delantal.

PETRILLA. ¡Jozú con los pobres! No me dejan hacé una faena zeguía. A DOLORES. Oye, á este ziempre le dan una zardina ahí junto.

DOLORES. Se conose que han comprao una lata e conservas na más e pa é.

PETRILLA. Dándole el pan al POBRE. Tome usté, hermanito.

POBRE. Dios se lo pague á usté y se lo aumente. Besa el pan. Con Dios, hermanita. Vase.

PETRILLA. Cierre usté la puerta ar zalí, que entra mucha caló.

DOLORES. Ahora va ar 34, y la sardina se la hemos dao acá.

PETRILLA. Escucha, Dolores: ¿á qué hora va á vení tu Esteban?

DOLORES. Ya está ar caé.

PETRILLA. ¿Zabe de zeguro zi ze va er zeñito Pepe?

DOLORES. Ayé no lo sabía.

PETRILLA. ¿Y zi ze va er zeñito, ze va con é?

DOLORES. Figúrate tú: como es moso suyo hase tanto tiempo...

PETRILLA. Pos miá que te hará una gracia que ze yeve á tu novio...

DOLORES. Esa es mi pena; porque como tome er tren... si te vide ya no me acuerdo.

PETRILLA. Mujé, ¿tan poca ley va á tenerte?

DOLORES. No, si la que no se acuerda soy yo. Me pasa eso, ¿sabes tú? Como no tenga á los novios elante no los pueo queré.

PETRILLA. Bajando la voz. Azina debía zé la zeñita Carmen; y no que está pazando las morás desde que la plantó er zeñito Pepe.

DOLORES. Bajando también la voz y levantándose. Y que no le vale disimularlo: le sale á la cara á la pobresita. Por supuesto que er señorito Pepe, guisao con arró no pagaba.

PETRILLA. ¿Tú zabes por lo que han reñío?

DOLORES. Porque ér se cansó de noviajo á los tres meses e relasiones. Y prinsipió á fartá á la ventana; y hoy no venía, y mañana le echaba un embuste, y pasao le escribía disiéndole que se iba á comé con unos amigos... que luego resurtaban amigas, y al otro gorvía mu enfadao pa que eya no le dijera na... y en fin, la de tos los hombres cuando se les pone rompé con una.

PETRILLA. Pos las relaziones laz empezó mu encandilao.

DOLORES. Y tanto. Como que no sabía apartarse un minuto de la casiya e la feria.

PETRILLA. Ayí ze conocieron, ¿no?

DOLORES. Cabalito. Er señorito es de Valensia. Vino aquí á Seviya á pasá la Semana Santa, y vió á la señorita Carmen y le gustó más que toas las cofradías. Se queó á la feria, se procuró conosimientos, lo trajo á la casa don Cristino... y entonses prinsipió á pasá fatigas.

PETRILLA. ¿Por qué, tú?

DOLORES. Porque la señorita Carmen, que paese que to lo echa á guasa, tocante ar queré es más formá que un número. Un mes anduvo er señorito detrás de eya. Quisiea yo que hubieras tú visto entonses á ese charrán: asina se queó de dergao: Mostrándole el dedo chico de la mano derecha. no podía comé más que fideos finos.

PETRILLA. Razón tenía la zeñita Carmen pa no hacerle cazo.

DOLORES. ¿Sabes tú quién hiso que se arreglaran? Su tía.

PETRILLA. ¿La zeñita Roza?

DOLORES. No pué viví más que componiendo noviajos: el aqué de toas las sorteronas.

PETRILLA. Pos mira, pué zé que lo arregle otra vé.

DOLORES. Esas sí que están verdes. ¿No ves tú que la señorita Carmen está picá en su orguyo y que er señorito don Tomás tampoco quié ese noviajo ni á tres tirones?

PETRILLA. ¡Claro! Después de la mala partía der zeñito Pepe...

DOLORES. A mí me da más pena, porque la señorita Carmen yegó á cobrarle cariño... Y aunque dise que no, yo sé que pasa mu malitos ratos por é.

PETRILLA. ¡Probe zeñita Carmen! No quiziea yo más que zé hombre, y zé zeñorito, y no zé de la Argaba, pa zacarla e penas.

DOLORES. Cáyate, que ahí viene.

PETRILLA. Miala, qué bonita.

DOLORES. Se le pué resá un Padrenuestro.

Por la escalera llega CARMEN.

CARMEN. ¿Quién era antes, tú?

DOLORES. Er pobre de la sardina, señorita Carmen.

PETRILLA. Con demostraciones de admiración. ¡Ay, zeñita Carmen!

CARMEN. ¿Qué te pasa?

PETRILLA. ¡Ay, qué reprecioza está usté hoy!

CARMEN. ¿Sí, eh? ¡Pues ya verás mañana!

PETRILLA. Con formalidá. ¡Ay, qué rebién le zienta á uzté eze vestío!

DOLORES. Es verdá que le sienta mu rebién.

CARMEN. Cuando se casen ustedes, le regalo uno igual á cada una.

PETRILLA. ¡Déjeme usté que le dé un bezo, zeñita Carmen!

CARMEN. ¡En eso estoy pensando! Con lo cochambrosa que estás.

DOLORES. Como que se ha peleao con er jabón.

PETRILLA. ¡Miá qué gracioza! ¡En la cocina quiziea yo verte!

CARMEN. Y yo á ti: conque anda ligera.

PETRILLA. Güeno. A Dolores. ¿Tú haz acabao ya con este cubo?

DOLORES. Sí; pués yevártelo to.

Petrilla recoge la almohadilla, la aljofifa y el cubo.

CARMEN. Pero ¿todavía estabas aljofifando?

DOLORES. No, señora; sino que han venío unos parientes de esta calamidá y me han puesto er patio perdío con las botas.

CARMEN. Temprano han empezado las visitas...

PETRILLA. Cuando va á irse, en un nuevo arranque de admira-

ción. ¿Zabe usté lo que le digo, zeñita Carmen? Que zi la viera á usté azín, no ze iba de Zeviya.

CARMEN. Vamos, esta chiquilla es tonta.

PETRILLA. Zí, zí; me chupo er deo. Vase por la puerta de la derecha.

DOLORES. Pos sí que tiene rasón Petriya, señorita Carmen: si la viera á usté asín...

CARMEN. Bueno, pero como no me verá... Y sobre todo, ¿te importa á ti algo?

DOLORES. ¿No quié usté que me importe, señorita? Lo uno, porque es una picardía lo que ha hecho er señorito Pepe...

CARMEN. Deja eso.

DOLORES. Y lo otro, porque con ér se me va mi Esteban.

CARMEN. Mejor. Así puede que te salga un novio con más cuerpo.

DOLORES. Ave María, señorita; no es tan chico mi Esteban...

CARMEN. No: media vara. Con el sombrero ancho parece un velador.

DOLORES. Miste que tiene usté unas cosas...

CARMEN. Oye, ¿y es verdad que duerme en un cajón de la cómoda, junto á las tirillas del amo?

DOLORES. Vaya, señorita Carmen... No se burle usté del infelí... Ya se ve, como er señorito Pepe tiene tan güen cuerpo...

CARMEN. Algo bueno había de tener.

DOLORES. Cuando yo digo...

CARMEN. No digas nada: véte á arreglar tus cosas.

DOLORES. Si estoy aquí aguardando á mi Esteban, que va á vení á desirme si se larga ó no...

CARMEN. Pues eso es importante.

DOLORES. Como que yevamos tres días con el arma en un hilo, señorita: tan pronto nos vamos como nos queamos.

CARMEN. ¿Sí, eh?

DOLORES. Dise mi Esteban que er señorito Pepe está *guiyao*. Saca la ropa der ropero y la mete en er baú como si fuera á irse; luego se pasea por er cuarto, la saca der baú y la güerve á meté en er ropero. Y asín to er santo día.

CARMEN. Le habrán mandado que haga gimnasia.

DOLORES. Sí; échelo usté á broma.

CARMEN. Eso debías hacer tú, inocente... Al fin y al cabo ¿qué vas á perder? ¡Media libra de novio!

DOLORES. Vamos, le ha caío á usté en grasia la estatura.

Suena dentro, hacia la izquierda, un silbido intenso y prolongado.

CARMEN. En nombrando al ruin de Roma...

DOLORES. Ahí está ya. Va hacia la cancela.

CARMEN. Y que trae pulmones de persona mayor.

Sale DOÑA ROSA por la puerta del foro, vestida de hábito del Carmen y con gafas de oro. Trae en la mano una canastilla de costura.

DOÑA ROSA. Oye, Dolores.

DOLORES. Deteniéndose. ¿Qué quié usté, señorita?

DOÑA ROSA. Dile á tu novio que para llamarte se ponga cejuela, como las guitarras.

DOLORES. Güeno, se lo diré.

DOÑA ROSA. ¡Me ha asustado el demonio del hombre!

Suena otro silbido.

CARMEN. Y trae prisa.

DOÑA ROSA. Corre, corre á verlo... no vaya á silbar otra vez.

Vase Dolores corriendo por la cancela, que deja entornada.

DOÑA ROSA. Sentándose á coser en una silla baja. Hija, no sabe una dónde ponerse. ¡Qué calor hace hoy!

CARMEN. Sentándose al piano y jugueteando con las teclas, mientras habla con doña Rosa. Calor de Agosto, tía Rosa.

DOÑA ROSA. Es verdad: de mañana en ocho, San Lorenzo. Pausa. ¿Tú sabes quién está arriba con tu padre?

CARMEN. Sí; Verjeles. Ya creo que se va. ¡Qué fastidio de pretendientes!

DOÑA ROSA. No lo deja ni á sol ni á sombra. ¿Qué dices tú á eso?

CARMEN. Que hoy al sol sí lo dejaría. ¡Ja, ja, ja!

Breve pausa.

Un VENDEDOR DE DULCE se asoma á la cancela.

VENDEDOR. Gritando. ¿Se quiere güen durse de sidra?

DOÑA ROSA. No se quiere.

VENDEDOR. ¡No se puede! Se va.

DOÑA ROSA. ¿Digo, eh? ¡Pero qué descarado es ese tío!

Nueva pausa.

DOÑA ROSA. Pues para mí que tu padre...

CARMEN. ¿Qué?

DOÑA ROSA. Digo que para mí que tu padre no hace bien en alentar á Verjeles... sabiendo que á

ti no te gusta... y que puede que todavía el otro... ¿no?

CARMEN. No, tía, no.

DOÑA ROSA. (Sería el primer noviazgo que yo no arreglara.) ¿Y por qué no, vamos á ver? Desde que tengo uso de razón he visto que todos los novios riñen para hacer las paces... Luego se pelean otra vez, si á mano viene, pero las primeras paces no faltan nunca.

CARMEN. Dejando el piano y sentándose junto á su tía. Pues ahora faltarán, tía Rosa. Con firmeza. Ni él quiere hacerlas, ni yo tampoco.

DOÑA ROSA. El sí quiere.

CARMEN. ¡Qué ha de querer, por Dios! Parece mentira que usted, que dice que conoce el mundo... Pepe llegó á Sevilla á divertirse, á pasar una temporada alegre y de fiestas... Y lo que él se diría: para que no me falte nada, necesito una novia... ¿Cuál? La primera que pase.

DOÑA ROSA. Y pasaste tú. Estaba escrito.

CARMEN. Pero tachado luego. Se acabó la temporada de fiestas... y ahí te quedas, niña. Ahora ríe, llora ó haz lo que más coraje te dé. Yo no tengo corazón y me voy tan fresco; si tú lo tienes, que lo dudo, porque ¿cómo has de tener tú lo que á mí me falta? sufre un poco, echa unas lagrimitas, que eso es muy sano, y ya se te pasará la rabieta... No estoy por que me amanezca más charlando en la ventana contigo... Aquellas cosas que yo te decía como si me salieran del alma, son mentira; mentira también las excusas para disculpar mi tardanza en ir á verte; mentira los pretextos para de-

jarte pronto... Todo mi cariño es mentira: ¿lo será el tuyo? ¡Me tiene sin cuidado! Adiós: ahí te quedas. Se levanta.

DOÑA ROSA. Eso debía yo decirte: adiós, ahí te quedas... ¡Qué torbellino! ¡qué manera de desbarrar!

CARMEN. Pero, ¿no es esa la historia, tía?

DOÑA ROSA. Según y conforme, mujer.

CARMEN. La prueba es que dicen que se va á su tierra... Buen viaje.

DOÑA ROSA. ¿Qué se ha de ir, muchacha? Si creo que lleva un mes haciendo y deshaciendo mundos... Le ha ganado á Dios, que no hizo más que uno y tuvo que descansar el domingo...

CARMEN. Se habrá impuesto esa penitencia.

DOÑA ROSA. ¿Y si yo te dijera que Pepe está arrepentido de lo que ha hecho?

CARMEN. No lo creería.

DOÑA ROSA. ¿Con que no? Se conoce que no lo has visto como yo, pasar de noche, ya muy tarde, por delante de casa; llegar á la reja donde hablaban ustedes; ponerse á escuchar; seguir andando; desandar lo andado...

CARMEN. ¿Y hasta ahora no se le ha ocurrido á usted decírmelo?

DOÑA ROSA. ¿Para qué atormentarte? Es más: la última noche que lo vi tuvo la paciencia de besar uno por uno todos los hierros de la ventana... ¡que son veintitantos!

CARMEN. Si lo llego á saber á tiempo les doy pintura á prima noche.

DOÑA ROSA. ¡Qué mala idea!

CARMEN. Riéndose. ¿Y no cortó una ramita de yerbabuena para la sopa del día siguiente?

DOÑA ROSA. Lo mismo. ¡Anda! Y una de perejil, y se la puso en la solapa. No sé cómo lo echas á broma.

CARMEN. Lo que yo no sé cómo usted quiere que vuelva á tomarlo en serio. Se aparta de su tía y se sienta á la izquierda en una mecedora.

DOÑA ROSA. Calla, que bajan ahí Verjeles y tu padre.

En efecto, así es. Por la escalera llegan DON TOMÁS y VERJELES.

DON TOMÁS. ¡A ver si aquí en el patio se respira un poco! Pasea agitado con demostraciones de mucho calor, abanicándose y secándose con el pañuelo constantemente el sudor del cuello y de la cabeza.

VERJELES. ¡Y tanto como se respira! ¡Este patio es un paraíso!

CARMEN. Sí, señor; encantado.

VERJELES. (¡Cada vez más bella... y más *sugestiva!)*

DON TOMÁS. ¡Uf!... ¡arriba es morirse!

DOÑA ROSA. Siéntese usted, Verjeles.

VERJELES. No puedo, señora. Con harto dolor me veo obligado á trocar este deleitoso paraje por la calurosa vivienda del señor Morrillo, mi amigo y dueño.

CARMEN. ¿Quién? ¿ese tan gordo? ¡Ja, ja, ja! ¡Mire usted que al diablo se le ocurre irse á estas horas á ver á un señor gordo!...

DOÑA ROSA. ¡Niña!

DON TOMÁS. ¡Dice muy bien! ¿Tú sabes el calor que despiden ahora los gordos? ¡Uf! ¡qué fati-

ga!... Tres amigos muy gordos tengo yo, y he reñido con ellos hasta el invierno. Y son personas excelentes, bien educadas, instruídas, de amenísima conversación... ¡pero que me resultan tres estufas!

VERJELES. Siempre tan propenso á la hipérbole.

DON TOMÁS. Es claro, usted, como no suda... Pero yo... Tóqueme usted aquí, verá usted cómo estoy... Presentándole un costado á Verjeles y haciendo que lo palpe, lo mismo ahora que en lo sucesivo.

VERJELES. No, si ya...

DON TOMÁS. Tóqueme usted, hombre...

VERJELES. Sí, en efecto...

DON TOMÁS. Pues esto no es nada: mire usted por la espalda... Tóqueme usted, tóqueme usted...

DOÑA ROSA. Tomás, no seas pesado.

DON TOMÁS. ¿Pesado? Tócame tú...

CARMEN. Ay, papá...

DOÑA ROSA. Vamos, quita.

DON TOMÁS. ¡Uf! ¡Qué barbaridad! Y con una pulga desde el lunes... Rascándose. Nada, que ha tomado la tierra y no hay quien la eche. Ya se ve: tiene casa, comida, horas de recreo... ¡Pica, hija, pica! Verá usted, Verjeles, verá usted cómo me ha puesto el pecho de ronchas.

CARMEN. Papá, por Dios...

DON TOMÁS. ¡Míralo tú!... Parece la fachada vieja del Ayuntamiento. ¡Oh, qué hermosura de verano! ¿No es verdad, Verjeles? Las noches... la luna... el aire el huerto orea... ¡Mucho, mucho! ¡Vamos, hombre! ¡hasta la vergüenza se pierde en este tiempo; para que usted se entere!

VERJELES. Y en invierno también.

DOÑA ROSA. ¡Toma! y hay quien no la tiene en las cuatro estaciones.

DON TOMÁS. Señor, no es eso; es que acabamos de ver á la gorda de ahí enfrente en camisa.

Doña Rosa y Carmen sueltan la carcajada.

DOÑA ROSA. ¡Qué cosas dices, hombre!

DON TOMÁS. Ah, ¿no lo creen ustedes? Verjeles, ¿no es verdad?... Pero, señor, no se ponga usted colorado... ¡Ni que fuera usted el que andaba en paños menores!

VERJELES. (¡También es gana de que se lo figuren á uno en calzoncillos!) Hoy está usted diabólico, don Tomás. Me retiro.

CARMEN. Está tremendo. Y usted toma tan en serio todo lo que dice...

VERJELES. ¿En serio? ¡Qué disparate! Yo no tomo en serio más que una cosa en este mundo.

CARMEN. Sí; las citas del señor gordo.

VERJELES. Carmencita...

CARMEN. La prueba es que nos deja usted y se va á verlo.

DOÑA ROSA. Eso está más claro que el agua.

VERJELES. ¿Usted también? Vaya, hoy no tengo aquí más que enemigos.

DON TOMÁS. Bueno, pues del enemigo el consejo. Deje usted á Morrillo, váyase usted á su casa, póngase usted en calzones blancos...

VERJELES. (¡Y dale!)

DON TOMÁS. Tiéndase á la larga, eche una buena siesta...

VERJELES. Sí, sí, y á la vida ideal que la par-

ta un rayo... Despidiéndose. Doña Rosa... A Carmen. Rosa... á secas...

CARMEN. ¡Huy, á secas!

VERJELES. ¡Qué mala es usted! Don Tomás... Le coge una mano entre las suyas.

DON TOMÁS. Adiós, amigo, adiós.

VERJELES. No me olvide usted.

DON TOMÁS. Pierda usted cuidado. Pero no me pase usted la mano por agua.

VERJELES. ¿Cómo? (¡Qué grosería!) A los pies de ustedes... (¡Parece mentira que de un escarabajo haya salido una mariposa!) Vase por la cancela.

DON TOMÁS. ¡Caray, qué cataplasma de hombre! Se pega más que un parche poroso. Ya le temo tanto como á Currito. ¡Y mira que Currito!...

CARMEN. Pues tú tienes la culpa, papá. Se levanta de la mecedora en que estaba y se sienta en otra junto á doña Rosa.

DOÑA ROSA. Si no le dieras alas...

DON TOMÁS. ¡Che, che, che, che! Me opongo á toda discusión. Verjeles me ha quitado media hora de siesta y no estoy por perder más tiempo. Déjase caer en la mecedora que ocupaba Carmen. ¡Ah, qué ganitas tenía de cogerla hoy!

DOÑA ROSA. ¿Vas á dormir ya?

DON TOMÁS. ¿Cómo ya, si hace tres noches que no pego los ojos? Entre el calor y los mosquitos... ¡Otra delicia del verano! Todas las noches se me cuela uno dentro del mosquitero. No marra. Y es el mismo: lo conozco en la voz. Para mí que tiene una puerta secreta.

CARMEN. Yo también llevo dos ó tres noches desvelada.

DON TOMÁS. Poca conversación, ¿eh? que quiero dormirme.

Se balancea en la mecedora y Carmen también. Pausa. Aparecen tras la cancela ALONSO y DIEGO.

ALONSO. A voz en grito. ¡Petraaa!

Todos se estremecen.

DON TOMÁS. ¡Maldito sea el demonio! ¿Una visita de la Algaba?

CARMEN. Con seguridad.

DOÑA ROSA. Y es la cuarta de hoy.

DON TOMÁS. Hombre, pues que señale Petra un día de recepción.

ALONSO. Como antes. ¡Petraaaa!

DON TOMÁS. Imitándolo. ¡Ya vaaaa!

CARMEN. ¡Qué voz más agradable tiene!

Sale PETRILLA por la puerta de la derecha muy corrida y va á abrir la cancela.

PETRILLA. Es mi hermaniyo Alonzo, zeñito Tomás.

CARMEN. Hija, pues llévalo á casa del afinador.

DOÑA ROSA. No quedarse ahí á la puerta, ¿eh? Entrar en la cocina.

Entran en el patio Alonso y Diego. Alonso sigue á Petrilla, que va hacia la cocina, y se detiene á saludar á los señoritos: Diego, que viste uniforme de soldado de infantería, se queda detrás del biombo.

ALONSO. Tengan ustés mu güenas tardes.

CARMEN. Buenas tardes.

ALONSO. Me alegro de verlos á ustés tan güenos.

DON TOMÁS. Gracias.

ALONSO. ¿Están ustés güenos?

DON TOMÁS. Pues, hombre, ¿no acaba usted de decir que se alegra?...

ALONSO. ¿Cómo está usté, don Tomás?

DON TOMÁS. ¿Yo? Deseando dormirme, hijo de mi alma.

PETRILLA. Impaciente. Vente, Alonziyo.

ALONSO. Ya á la zeñita Carmen y á la zeñita Roza las veo tan güenas...

DOÑA ROSA. Sí; vamos tirando.

ALONSO. ¿Zigue usté güena, doña Roza?

DON TOMÁS. (¿Otra vez?)

ALONSO. Ya á don Tomás y á la zeñita Carmen los veo tan güenos...

CARMEN. Sí, hombre; todos bien.

ALONSO. ¿Y usté está güena, zeñita Carmen?

DON TOMÁS. (¿Querrá un certificado del médico?)

ALONSO. Ya á la zeñita Roza y á don Tomás...

CARMEN. Sí, los ve usted tan buenos...

DOÑA ROSA. Andar, andar á la cocina.

ALONSO. A Petra. Oye, tú, que entre eze.

DON TOMÁS. ¿Cómo ese? Pero ¿viene otro?

ALONSO. ¡Dieguiyo!

DIEGO. ¡Eh!

ALONSO. ¡Entra!

PETRILLA. Ez un paizano... que es melitá...

DIEGO. ¿Dan ustés zu permizo?

DON TOMÁS. ¡Adelante, hombre! ¡Y dejadme dormir con cien mil de á caballo!

DIEGO. Presentándose. Tengan ustés mu güenas tardes. Me alegro de verlos á ustés tan güenos...

DON TOMÁS. (¡Adiós! ¡Trae el mismo estilo!)

DIEGO. ¿La familia güena?

DOÑA ROSA. Sí, señor, sí.

DIEGO. ¿Y por caza?

CARMEN. ¿Por qué casa?

DON TOMÁS. ¡Anda! Pues si le objetas, no acaba en un mes.

PETRILLA. ¿Queréis venirze?

ALONSO. Mujer, déjalo que zalude.

DIEGO. ¿Tienen ustés argo que mandá á zu zervidó?

DOÑA ROSA. Nada, nada; que se vayan ustedes.

DIEGO. Pos que no haiga ninguna novedá.

ALONSO. Me alegro de verlos á ustés tan güenos.

DIEGO. Expreziones.

Entran en la cocina con Petra.

CARMEN. Y luego dirán que no son finos en la Algaba.

DON TOMÁS. ¡Jesús, qué desesperación! Basta que uno quiera dormir...

Un VENDEDOR DE GAFAS grita desde la cancela, con voz gangosa y grave, y acento catalán.

VENDEDOR. Gafas de cristal de roca.

DON TOMÁS. Fuera de sí. ¡Vaya usted á paseo!

VENDEDOR. Imperturbable. Quevedos baratos.

DON TOMÁS. ¡No se quiere nada!

VENDEDOR. Anteojos, lentes...

DON TOMÁS. ¡Pero, hombre!

VENDEDOR. Gemelos de teatro...

DON TOMÁS. Levantándose desesperado y yendo á la cancela. ¿Cómo se le va á decir á usted que vemos todos bien?

VENDEDOR. Usted perdone. Vase.

DON TOMÁS. ¡Qué *tostón* de tío! ¡Voy á poner un guardia civil detrás de la puerta!

CARMEN. Papá, no es para tanto...

DOÑA ROSA. El pobre señor tiene que ganarse la vida.

DON TOMÁS. ¡Que se muera! Soplando fuerte. ¡Yo ya estoy loco de calor! Llamando y sentándose. ¡Petra! ¡Uf! ¡cómo sudo!... ¡Petra!

DOÑA ROSA. ¿A qué la llamas, hombre?

Sale PETRA.

DON TOMÁS. ¡Tráeme una talla de agua hasta arriba!

Vase Petra.

CARMEN. ¿Más agua, papá?

DOÑA ROSA. Tomás, por Dios, que luego sudas doble...

DON TOMÁS. ¡Pero si estoy seco, señor! ¡Si estoy abrasado! Vuelve PETRILLA con una talla de agua que le da á don Tomás. Trae acá, Petrilla... Después de beber un poco. ¡Qué rica está! Continúa bebiendo largo rato.

DOÑA ROSA. Vas á criar ranas en el estómago.

DON TOMÁS. Mientras bebe. Mejor.

CARMEN. Papá, me da fatiga verte.

DON TOMÁS. Con satisfacción ¡Ay!... Ten ahí...

Le devuelve la talla á Petrilla y ésta se va.

CARMEN. ¿Te la has bebido toda?

DON TOMÁS. ¡Toda! Y ahora es peor, lo verán ustedes.

DOÑA ROSA. Ya te lo dije.

DON TOMÁS. ¡Míralo! ¡Ya estoy sudando á cho-

rros! En fin, con tal de quedarme dormido... ¡Uf! No puedo aguantar ni la americana. Se la quita y la tira lejos.

CARMEN. La verdad es que hoy hace un día de calor...

DOÑA ROSA. Estamos aclimatándonos para el Purgatorio.

DON TOMÁS. Callarse ya.

DOÑA ROSA. Ya nos callamos, á ver si callas tú.

Don Tomás y Carmen tratan de dormirse. Pausa.

DON TOMÁS. ¡Qué siestecita más hermosa voy á echar hoy!

CARMEN. ¡Jesús!

DOÑA ROSA. Cabeceando. Me parece que yo también la entrego.

Pausa. Los tres se van quedando dormidos. Hablan entre dientes, á media voz y sin abrir los ojos.

CARMEN. Tosiendo levemente. Ejem, ejem...

DON TOMÁS. No tosas, hija.

DOÑA ROSA. ¡Qué fastidioso te pones, Tomás!

Nueva pausa.

DON TOMÁS. Rosa, Rosa...

DOÑA ROSA. Qué.

DON TOMÁS. ¿Estás ya dormida?

DOÑA ROSA. Sí.

DON TOMÁS. Mujer, me extraña mucho la respuesta...

DOÑA ROSA. Hijo, pues más me extraña á mí la pregunta...

Pausa.

DON TOMÁS. Carmen.

CARMEN. ¿Qué, papá?

DON TOMÁS. Si te duermes antes que yo, me lo avisas, para que no haya luego discusiones.

CARMEN. Bueno.

Pausa.

DON TOMÁS. Dándose una bofetada de repente. ¡Ladrón! Condenados mosquitos... Se le sale del pie una zapatilla.

Pausa.

DOÑA ROSA. A Carmen, despabilándose un poco. Oye, no vayas á soñar en alta voz con Pepe Romero, como ayer. Advirtiendo que no la oye y tornando á dormir. A la otra puerta.

Pausa larga. Se oye en la calle, un poco lejos, el pregón lento y cadencioso del TÍO DE LOS PEJE-REYES.

TÍO. *¡Y... qué... vivos... los... peje... reyes!*

DOÑA ROSA. Las cuatro.

TÍO. Algo más lejos. *¡Pe... je... re... yes... y... qué... vi... vos!...*

Don Tomás empieza á roncar. Poco después llega CURRITO á la cancela y llama. Al sentir el timbre se despiertan los tres sobresaltados y se miran con estupor. PETRILLA sale á abrir.

DON TOMÁS. ¡Por vida del diablo!

CARMEN. ¿Será visita?

DON TOMÁS. Mujer, por Dios, ¿á estas horas?

CURRITO. A Petrilla, que le abre la cancela. ¿Están los zeñores?

CARMEN, DOÑA ROSA y DON TOMÁS. Llevándose las manos á la cabeza. ¡Currito!

PETRILLA. Zí, señó; paze usté.

Pasa Currito, y mientras deja en el perchero el sombrero y el bastón, Carmen, Doña Rosa y Don Tomás se arreglan precipitadamente maldiciendo de él. Petrilla se va.

DON TOMÁS. Buscando y poniéndose su americana y la babucha que se le salió. ¡Mal rayo lo parta!

CARMEN. ¡Ay, qué sinapismo de niño!

DOÑA ROSA. ¡Mire usted que es mucha jaqueca!

DON TOMÁS. ¡Lástima de tabardillo pintado!

CARMEN. ¡Antipático!

DOÑA ROSA. ¡Burro!

Al presentarse Currito, cambia la decoración bruscamente y lo reciben con cara de Pascuas.

DON TOMAS. ¡Currito!

DOÑA ROSA. ¡Tanto bueno por aquí!...

CARMEN. ¡Dichosos los ojos!...

CURRITO. Un poco cortado. Buenas noch... digo días, ¡tardes! ¿Cómo zigue usted, doña Roza?

DOÑA ROSA. Bien, ¿y tú, hijo?

CURRITO. Yo bien, gracias. ¿Y usted, don Tomás?

DON TOMÁS. ¡Tan famoso! (Y dormido por dentro y por fuera.)

CURRITO. ¿Y usted, Carmencita?

CARMEN. Perfectamente, Curro.

DOÑA ROSA. ¿No te sientas?

DON TOMÁS. ¡Ya lo creo que se sienta, mujer! (¡Lo que no hará será levantarse en mucho tiempo!)

CURRITO. Sentándose junto á Carmen. Con permizo de ustedes. (Está la niña hoy que tira de *espardas*. Como pueda, me *arranco.)*

CARMEN. Vaya, vaya, con Currito.

DOÑA ROSA. ¿Qué hay, Currito?

DON TOMÁS. ¿Qué lo trae á usted por aquí, Currito?

CARMEN. Ya lo echábamos á usted muy de menos, Currito.

DON TOMÁS. ¡Mucho! Sobre todo hoy. No hace dos minutos que estábamos diciendo: pero, hombre, ¿qué hará Currito que no viene? ¿Verdad, tú?

CURRITO. Por lo visto ustedes no zaben que he estado fuera.

CARMEN. Ni una palabra.

DOÑA ROSA. Y ¿para qué has vuelto, hijo mío?

CURRITO. ¿Eh?

DOÑA ROSA. Con el calor que hace en esta Sevilla...

DON TOMÁS. Llevamos un verano horrible... Si sigue así yo no llego á la caída de la hoja. Invitándolo á que le toque la espalda. Mire usted, mire usted cómo estoy.

CURRITO. Pues no me lo explico... en este patio tan hermozo... ¡En la calle quiziera yo verlo á usted!

DON TOMÁS. (¡Toma! y yo á ti, ¡asesino!) Se sienta en la mecedora en que estaba.

CARMEN. (¡Ay, me pesa cada párpado una arroba!)

CURRITO. ¿Usted ziempre ha zentido mucho el calor, verdad, don Tomás?

DON TOMÁS. ¡Muchísimo! El calor... y sus naturales consecuencias...

CURRITO. ¿Y á usted, doña Roza, qué le gusta más, el verano ó el invierno?

DOÑA ROSA. El invierno. Se sale poco de casa... no hay que hacer visitas...

CURRITO. A Carmencita le agradará más el verano...

DON TOMÁS. (Pero ¿para esto ha salido un hombre de la fonda á todo sol y ha venido á despertar al prójimo?)

CURRITO. ¿Qué dice usted á ezo, Carmencita?

CARMEN. Que el verano me parecería adorable si no hubiese moscas...

CURRITO. Pues yo á las moscas no les temo.

DON TOMÁS. Como dándole mucha importancia al caso. ¡Caramba, hombre!

CURRITO. A las pulgas zí.

DON TOMÁS. (Si pudiera yo soltarte la que tengo abonada...)

DOÑA ROSA. A Carmen. (Que te duermes, niña: úntate saliva en las orejas.)

CARMEN. Obedeciéndola con disimulo y despabilándose. ¿Y qué tal le ha ido á usted por el pueblo, Currito?

DOÑA ROSA. No le habrá ido muy bien cuando ha vuelto tan pronto...

CURRITO. Es que hay cozas aquí que tiran de uno.

DON TOMÁS. ¡Hola, hola!

CARMEN. ¿Esas tenemos?

CURRITO. (Zi no estuvieran delante los viejos, me *arrancaba.)*

DOÑA ROSA. Pues á nosotros nos habían dicho que te había enganchado una de allí.

CURRITO. ¡En zeguida! No me *enrucho* yo tan fácilmente.

CARMEN. ¿Que no se *enrucha* usted? ¿Y qué es *enrucharse*, Currito?

CURRITO. ¡Como que no lo zabe usted mejor que yo!

CARMEN. ¡Yo qué he de saber eso!

CURRITO. ¡Guazona!

DOÑA ROSA. (¡Se anima el hombre! A Carmen. ¡Niña, no le des cuerda!)

DON TOMÁS. Desperezándose un poco y como quien no pregunta nada. ¿Qué hora será ya?

DOÑA ROSA. Lo menos son las cinco.

CURRITO. ¡Ca! A las cinco tengo yo que irme. Mirando su reloj. No zon más que las cuatro y cuarto.

DOÑA ROSA. ¡Jesús!

DON TOMÁS. (¡Ea! ¡Pues ya sabemos del mal que hemos de morir!)

CARMEN. (Yo voy á poner una escoba detrás de la puerta.)

Pausa. Don Tomás, Carmen y doña Rosa, hacen esfuerzos para no dormirse.

CURRITO. Queriendo reanimar la conversación. Bueno, bueno, bueno...

DON TOMÁS. ¡Je!

CURRITO. Anoche estuve en el teatro.

DON TOMÁS. ¡Je!

DOÑA ROSA. A Carmen. (Ya no sale tu padre del ¡je! hasta que se vaya.)

CARMEN. A doña Rosa. (Y hace bien: hay que apelar á los monosílabos.)

CURRITO. Pues zí; es buena compañía...

DON TOMÁS. ¡Je!

CURRITO. Y me gustó mucho la obra...

DOÑA ROSA. ¿Sí?

CURRITO. Zí. Y ezo que tuve que pagar revendedores... ¡Je, je!... Tiene, tiene gracia... Verán ustedes... Primero zale uno... y luego zale otro...

y cree que el otro ez otro... ¡Je, je! Ze arma un lío muy graciozo, y al final ze cazan y ze descubre *to*... ¿Ustedes no han ido?

DON TOMÁS. No.

CURRITO. ¿Todavía no?

DON TOMÁS. No.

CURRITO. Pero ¿irán ustedes?

DON TOMÁS. ¡Je!

Pausa.

CURRITO. Carmencita ze ha quedado dormida.

DOÑA ROSA. Sí.

CURRITO. No ez extraño...

DON TOMÁS. ¡Qué ha de ser extraño!

CURRITO. Con el calor que hace y la...

DON TOMÁS. Sí...

CURRITO. Porque está pezadillo el día...

DON TOMÁS. Sí...

Doña Rosa hinca el pico, don Tomás lucha en vano contra el sueño, y Currito, contagiado también, arrastra lánguidamente la conversación, hasta que se queda cuajado.

CURRITO. Doña Roza sigue el ejemplo de Carmen...

DON TOMÁS. ¡Je!

CURRITO. Y usted también tiene ojillos de zueño...

DON TOMÁS. ¡No!

CURRITO. Como es la hora de la ziesta...

DON TOMAS. ¡Je!

CURRITO. ¿Ustedes duermen ziesta?

DON TOMÁS. Si nos dejan, sí...

CURRITO. ¡Je!

DON TOMÁS. Lo que tiene que no nos dejan...

CURRITO. ¡Je!

DON TOMÁS. ¡Je! Pausa. Los cuatro duermen. De pronto don Tomás abre un ojo, ve á Currito dormido, se indigna y se levanta y llama á doña Rosa en voz baja. Rosa... Rosa...

DOÑA ROSA. Despertando. ¿Qué quieres?

DON TOMÁS. Señalando á Currito. Mujer, ¿tú no ves esto?

DOÑA ROSA. ¡Se ha dormido! ¡Qué poca vergüenza, señor!

DON TOMÁS. Llamando á Carmen lo mismo. Carmen... Carmen...

CARMEN. Despertando. ¿Qué ocurre?

DON TOMÁS. ¡Mira!

CARMEN. ¡Digo! ¿Le parece á usted?

DON TOMÁS. Amenazándolo con los puños cerrados. ¡Maldito sea!...

CARMEN. Ahora verás tú. Á dormir que se vaya á su casa. Se levanta, se sienta al piano y toca fuerte unas escalas.

CURRITO. espertándose sobresaltado. ¡Eh! ¿Quién toca?

DOÑA ROSA. Esta. Pero no te preocupes.

DON TOMÁS. Siga, siga usted.

CURRITO. Levantándose corrido. No... no... me voy ya... porque... porque ze están ustedes durmiendo... y yo también.

DON TOMÁS. (¡Gracias á Dios!)

CARMEN. Hay aquí tan pocas distracciones...

CURRITO. (¡Me la *zortó!)* Despidiéndose. Pues... doña Roza...

DOÑA ROSA. Adiós, hijo mío; que descanses.

CURRITO. Don Tomás...

DON TOMÁS. Adiós, pimpollo. (¡Me parece mentira que te largas!)

CURRITO. Carmencita... Hasta luego: vendré á la noche...

CARMEN. Ya más despabilado, ¿no?

CURRITO. ¡Je, je! Bajo á Carmen. Tengo que hablar con usted á zolas.

CARMEN. (¡Pues era lo único que me faltaba!)

DOÑA ROSA. Acompáñalo á la cancela, Tomás.

DON TOMÁS. Obedeciendo. Descuida, mujer. Eso es cuenta mía.

CURRITO. No ze moleste, no. Coge su bastón y un sombrero que no es el suyo.

DON TOMÁS. Me parece que se lleva usted mi sombrero...

CURRITO. Hombre, es verdad. Cambiándolo. El mío ez este. Usted perdone el *calambur*.

DON TOMÁS. Adiós, buen mozo.

CURRITO. Con Dios. Se va por la cancela.

Viene de la calle DOLORES, que habla primero desde dentro.

DOLORES. No sierre usté, señorito don Tomás.

Sale por la cancela, y la deja entornada.

DON TOMÁS. ¿Qué hacías tú en la calle? Volviendo al lado de Carmen y doña Rosa, seguido de Dolores ¿Han visto ustedes en su vida un paso por el estilo?

DOLORES. Muy afligida. Er señorito Pepe Romero viene ahí.

CARMEN. ¿Qué?

DON TOMÁS. ¿Otro? Pero, hombre, ¿es que la humanidad tiene empeño en que yo no duerma?

DOLORES. Viene á despedirse: creo que se va mañana.

DOÑA ROSA. Levantándose. ¿Que se va?

DOLORES. (¡Me deja sin novio!)

DON TOMÁS. ¡Pues que se despida de su abuela! ¡Se acabó! ¡Yo no quiero verlo! Vase refunfuñando por la escalera.

CARMEN. ¡Ni yo tampoco!

DOÑA ROSA. ¡Muchacha!

CARMEN. Déjeme usted, tía. Vase por la puerta del foro.

DOÑA ROSA. Se van los dos... ¿Qué dirá el otro al verme sola?... Después de todo, puede que no lo sienta.

PEPE ROMERO llega á la cancela y llama.

DOLORES. En voz baja. Er señorito es.

DOÑA ROSA. Abre y vété, Dolores.

DOLORES. Acercándose á la cancela primero, y yéndose después por la puerta de la derecha. Empuje usté, señorito; no está serrao. (Escuchando me queo detrás e la puerta.)

DOÑA ROSA. Impulsando violentamente una de las mecedoras y sentándose al lado en una silla. Que conozca que se acaba de ir.

PEPE. ¡Mi amiga doña Rosa!

DOÑA ROSA. ¡Pepe! ¿Cómo tú por aquí, perdido?

PEPE. ¿Y Carmen? Reparando en el movimiento de la mecedora. ¿Estaba en esta mecedora?

DOÑA ROSA. ¿Te importa á ti algo Carmen?

PEPE. Cuando le pregunto á usted por ella... cuando vengo...

DOÑA ROSA. Sí, sí... Pero siéntate, hombre. Pepe se sienta en la mecedora. Y dime, ¿á qué debemos el honor...? Yo estaba por mandar que repicaran gor-

do. Por lo menos que Petrilla arme ruido con el almirez.

PEPE. ¡Ja, ja! Veo que gana usted en buen humor con los años.

DOÑA ROSA. Vaya, hombre, te ha faltado tiempo para llamarme vieja. Bueno, bueno; yo me vengaré.

PEPE. Tiene que ser muy pronto.

DOÑA ROSA. ¿Pronto?

PEPE. Sí, señora; porque vengo de despedida.

DOÑA ROSA. ¿Adónde te vas?

PEPE. A Valencia.

DOÑA ROSA. ¿Cuándo?

PEPE. Mañana.

DOÑA ROSA. Pues si te vas mañana á Valencia, ¿á qué vienes aquí? ¿No has podido despedirte de otra manera?

PEPE. Despedirme, sí; pero como yo vengo á algo más...

DOÑA ROSA. ¿Tú?

PEPE. Sí, señora; vengo á saber si vuelvo muy pronto ó si me marcho para siempre.

DOÑA ROSA. Y qué serio lo dices, hombre. Cualquiera que no te conociese... te creería.

PEPE. ¿Usted no?

DOÑA ROSA. Yo no. Pero explícate: ¿cuál es tu plan? ¿de quién depende en esta casa...?

PEPE. ¿Quiere usted que le regale el oído?

DOÑA ROSA. ¿De mí, quizás?

PEPE. De usted... y de Carmen.

DOÑA ROSA. ¿Ahora estamos en eso?

PEPE. Por Dios, doña Rosa, sáqueme usted de dudas... ¿Se acuerda alguna vez de mí?

DOÑA ROSA. Muchas. Pero es para ponerte como un trapo. Por supuesto, yo creo que está benévola.

PEPE. Cierto; mi conducta... Pero, en fin, con tal que se acuerde...

DOÑA ROSA. Sí, aunque te llame perro judío... Lo que dice Verjeles:

Ya que así me miráis, miradme al menos...

La verdad es que te has portado como un gitano. Y ahora lo menos pretenderás...

PEPE. Hablar con ella... que me escuche...

DOÑA ROSA. ¡Hipocritón!

PEPE. No, doña Rosa: crea usted que soy sincero. Es que no puedo más; es que me abruma esta carga de remordimientos, de alfilerazos... ¡Cuidado que hace falta ser bruto para reñir con Carmen!

DOÑA ROSA. Muy bruto: en eso estaba yo.

PEPE. ¡Mucho más de lo que usted se figura!

DOÑA ROSA. Es que yo me figuro mucho.

PEPE. Mire usted, señora: yo he sido toda mi vida un botarate: palabra de honor.

DOÑA ROSA. Veo que hoy te has levantado conociéndote.

PEPE. He tenido novias por capricho, por pasar las horas... á veces por fastidiar á un pretendiente que me era antipático... por molestar á una mamá que no podía tragarme, y las he dejado como la cosa más natural del mundo... como se deja el paraguas para coger el bastón cuando ya no llueve.

Eso hice con Carmen... ¿Quiere usted más lealtad en mí? Pero ahora me encuentro con que ella es otra cosa...

DOÑA ROSA. Sí, lo que es un paraguas no ha sido nunca.

PEPE. Con que la dejé sin deber dejarla; con que la quiero olvidar y me acuerdo de ella á todas horas; con que estoy loco; con que no duermo; con que no vivo... Y á todo esto mi padre me manda llamar desde Valencia por un telegrama que arde en un candil... Y yo no me voy sin pedirle á Carmen que me perdone. Exaltándose. ¡Y si no me perdona me doy un tiro, y á ella dos, y tres al papá, y á usted seis!

DOÑA ROSA. ¡Jesús, hijo! Como vienes de despedida, vienes de tiros... largos.

PEPE. Bueno: déjese usted de bromas.

DOÑA ROSA. Ah, pero ¿eso de los tiros va en serio?

PEPE. Casi, casi. Yo necesito hablar con Carmen esta noche.

DOÑA ROSA. Pues ven y habla.

PEPE. No se haga usted la sorda... Ayúdeme usted...

DOÑA ROSA. No debía, porque no me gusta meterme en ciertos asuntos... Sin embargo, basta que se trate de mi sobrina, para que yo...

PEPE. Dios se lo pague á usted.

DOÑA ROSA. Acude esta noche á la reja á eso de la una.

PEPE. ¿Saldrá Carmen?

DOÑA ROSA. Si no sale ella, saldré yo.

PEPE. Ya comprenderá usted que no me da lo mismo.

DOÑA ROSA. ¿Y qué vamos á hacerle? Suponte que no la convenzo...

PEPE. ¡Por Dios, doña Rosa!...

DOÑA ROSA. No; y si no habéis de hacer las paces, más vale que no salga á la reja.

PEPE. Lo que es como salga, las hacemos. Me verá humilde, noble, franco, serio, leal, decidido á todo... ¡Yo soy hombre que se lleva un cura debajo del brazo... y nos casa allí!

DOÑA ROSA. ¡Qué loco!

PEPE. Levantándose y abrazándola. ¡Ay, tía!—porque usted ya es mi tía—¡me devuelve usted la tranquilidad! ¿A la una, eh? ¡Esto ya es vivir!...

DOÑA ROSA. Levantándose también. Baja la voz; que no se entere nadie. No quiero que se entere nadie.

PEPE. Ni yo tampoco. Nadie.

Sale DOLORES por la puerta de la derecha y se encamina á la escalera, por donde luego se va, mirando de reojo á Pepe. Trae en la mano una copilla con alhucema, humeando.

DOÑA ROSA. ¡Pero qué manía tienes tú de sahumerios á todas horas! ¿Adónde vas con eso?

DOLORES. Arriba, señorita; que ha hecho *Napoleón* una de las suyas...

DOÑA ROSA. Sí, para quien te crea... (Lo que tú quieres es ver si pescas algo.) Aguarda un momento. A Pepe en voz baja. Oye.

PEPE. Qué.

DOÑA ROSA. Tú, pase lo que pase, ¿te irás mañana?

PEPE. Creo que sí.

DOÑA ROSA. ¿Quieres despedirte de mi hermano Tomás?

PEPE. ¡Desde luego! Todo lo que sea suavizar asperezas...

DOÑA ROSA. Me parece muy bien. A DOLORES. Dile á mi hermano que baje, que el señorito Pepe quiere despedirse de él.

DOLORES. (¡Na, que *se las guiya;* que me deja er mu perro sin mi Esteban!) Sube.

DOÑA ROSA. Y tú espera un poco, que ahora salgo.

PEPE. ¿Adónde va usted?

DOÑA ROSA. También es mucha curiosidad...

PEPE. Usted perdone.

DOÑA ROSA. (A ver qué hace esa pobre muchacha...) Vase por la puerta del foro.

Sale PETRILLA por la puerta de la derecha con una botella en la mano, y se va por la cancela, dejándola entornada. Hasta que se va no le quita ojo á Pepe.

PEPE. Las criadas me miran como una cosa rara... Se conoce que les sorprende mi presencia aquí... Y la verdad es que hubiera sido una estupidez—¡la mayor de todas!—marcharme sin decir una palabra... sin intentar siquiera... ¡Qué contento estoy!... En este patio... que es el suyo... donde he entrado tantas veces como un animal... Sí, porque yo hasta ahora no he visto bien lo bonito que es este patio... ¡Cuidado que es bonito de veras!... ¡Y qué alegre!... ¡y qué limpio!... ¡y qué fresco!... Suspirando. ¡Ay!... Hombre, el piano abierto... El mismo de la casilla de la feria... Si este ha-

blara... Distraído pone una mano sobre las teclas y suenan. ¡Cáscaras! ¡que me pareció que iba hablar! Se acerca á ver los papeles que hay en el atril. ¡Qué gracia tiene! El vals que tocaba para darme á entender que iba á las *Delicias* sin su padre... Coge un abanico que hay sobre el piano. Este abanico es suyo... no hay más que verlo... Se hace aire con él. ¡Qué aire tan rico!... La verdad es que me estoy volviendo un poco poeta... De pronto deja de hacerse aire y principia á pasar una por una las varillas del abanico, hasta que lo cierra del todo. ¡Bah! ¡qué tontería! ¿Pues no dice el abanico que no me quiere? Lo deja.

Vuelve DOÑA ROSA.

DOÑA ROSA. Mira, Pepe, ahora mismo tomas el tren y te vas á Valencia.

PEPE. Alarmado. ¡Señora!

DOÑA ROSA. Es inútil cuanto se haga. He visto á Carmen... No quiere oirte, ni verte, ni entenderte.

PEPE. Pero ¿usted le ha dicho que yo...?

DOÑA ROSA. Inútil, inútil todo. Ah, y lo que es con la salidita á la reja no sueñes.

PEPE. Entonces, ¿qué vamos á hacer?

DOÑA ROSA. Ven luego á la tertulia... y ya veremos.

PEPE. ¿Cómo he de venir, doña Rosa, con la gente que aquí se reune? El moscón de Verjeles, el animal de Currito...

DOÑA ROSA. Pues, hijo, no vengas... Yo no puedo hacer más.

PEPE. Dice usted bien; vendré... ¿qué remedio? Y si no consigo hablar con ella esta noche, le escribiré á mi padre que me he roto el bautismo y

que me es imposible ponerme en marcha... Se acabó. Conque hasta la noche.

DOÑA ROSA. ¿Te vas sin ver á mi hermano? Ahí baja ya...

PEPE. ¿Y para qué, si he de volver luego? Lo saludaré, sin embargo.

Por la escalera llega DON TOMÁS, despeinado y con un lado de la cara muy rojo. Se conoce que dormía como un bendito y que lo acaban de despertar.

DON TOMÁS. (¡La despedidita de Dios!... Me ha cogido en lo mejor del sueño...)

PEPE. ¡Mi señor don Tomás! ¿cómo vamos?

DON TOMÁS. Así... medianamente... ¿Y usted? Va á darle la mano y se la lleva á una pierna antes de que Pepe la estreche. ¡Ay! Usted perdone: se me ha dormido esta pícara pierna...

PEPE. (¡Como que vienes tú dormido de arriba abajo!)

DOÑA ROSA. Hazte una cruz con saliva en la babucha.

DON TOMÁS. ¡Qué cruz ni qué...! A Pepe. ¿Conque á Manila?

DOÑA ROSA. ¡A Valencia, hombre!

DON TOMÁS. Digo, á Valencia... Estornudando. ¡Ah... chís!... Ya lo he pillado... ¡Ah... chís!...

PEPE. ¡Jesús!

DON TOMÁS. Otra hermosura de esta época... ¡Ah... chís!... Cojo los catarros al vuelo... ¡Ah... chís!...

DOÑA ROSA. ¡Vaya por Dios!

DON TOMÁS. ¡Ah... chís!... Así hasta nueve. Es una fatalidad... ¡Ah... chís!... Seis.

PEPE. ¡Pero, hombre!...

DON TOMAS. ¡Ah... chís!... Siete. Hasta nueve, ya digo. ¡Ah... chís!...

DOÑA ROSA. Ocho.

PEPE. (¡Me está poniendo más nervioso que estaba!)

DON TOMÁS. ¡Ah... chís! ¡Y nueve! ¡El último es atroz!

DOÑA ROSA. ¡Qué fastidio!

DON TOMÁS. Dándole la mano á Pepe. Bueno, pues... ya sabe usted donde nos deja.

PEPE. No, si á despedirme volveré luego.

DON TOMÁS. Estupefacto. ¿Cómo luego?

PEPE. A la noche... á la tertulia...

DON TOMÁS. Furioso. (Entonces ¿á qué porra me han despertado á mí?)

PEPE. Despidiéndose. Adiós, doña Rosa... Con sonrisa muy acentuada. Don Tomás...

DON TOMÁS. Fingiendo una sonrisa semejante. Adiós.. (¿Qué hago, lo ahogo?)

PEPE. Hasta la vista. Vase.

Momentos antes de irse Pepe, sale PETRILLA por la cancela y baja DOLORES.

PETRILLA. (¡Ze va er mu mala zangre!)

DOLORES. (¡Se fué er mardito!)

DON TOMÁS. A Dolores, hecho un energúmeno. ¡Tú! ¿por qué me has llamado?

DOLORES. La señorita Rosa me lo mandó.

DON TOMÁS. Dando una vuelta y encarándose con su hermana. ¿Tú?

DOÑA ROSA. Déjame ahora... Está tu hija llorando á lágrima viva... Vase muy aprisa por la puerta del oro.

DON TOMÁS. ¿Mi hija?

DOLORES. ¿La señorita Carmen?

PETRILLA. ¡Probe zeñita Carmen!

DON TOMÁS. ¿Y por ese pirata? ¡Bribón! ¡mala persona!

DOLORES. ¡Ande usté y que se vaya con viento fresco!

DON TOMÁS. ¿Qué viento fresco? ¡Con más calor que nunca!

PETRILLA. ¡Ajolá ze le pierda er baú!

DOLORES. ¡Ajolá escarrile!

DON TOMÁS. ¡Yo no le deseo más sino que se case con una gorda! Corriendo hacia la puerta del foro. ¡Pobrecita mía!

Petrilla y Dolores se miran consternadas.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche. Las luces del patio, encendidas. Luz también en el zaguán y en la escalera. La cancela está abierta durante todo el acto.

DON TOMÁS y VERJELES juegan al ajedrez en primer término de la derecha del actor. Junto á ellos, en segundo término, cuchichean DOÑA VICENTA y CONCHITA. Más allá PLÁCIDO y REPOSO bostezan y se aburren, el uno viendo un periódico ilustrado y la otra haciendo una labor de aguja. A derecha é izquierda del piano dos parejas formadas por ANTONIO y LOLA y PEPITA y JUANITO, charlan por los codos. En particular, ANTONIO y LOLA están como hipnotizados mutuamente. DON APOLINAR lee un periódico taurino de pie junto á la cancela. DON CRISTINO, CURRITO y ROBERTO van de aquí para allá. DOÑA ROSA no aparece en escena. Hombres y mujeres visten bien. Ningún detalle cursi. A telón corrido se canta y se baila con acompañamiento de piano y castañuelas, la siguiente seguidilla:

Me dijiste veleta
por lo mudable:
si yo soy la veleta
tú eres el aire.
Que la veleta,
si el aire no la mueve
siempre está quieta.

Se oyen algunos «¡oles!» y muchas palmas á la terminación de la copla, y entonces se levanta el telón. CARMEN y NIEVECITAS aparecen en medio del patio, como si acabasen de bailar. MATILDITA sentada al piano.

CARMEN. Quitándose las castañuelas de los dedos. Se acabó: ya no bailo más.

NIEVECITAS. Lo mismo. Ni yo tampoco.

DON CRISTINO. ¿Digo, eh? Ahora que se iba animando esto.

CARMEN. ¿Quién es el ama de estos palillos?

MATILDITA. Yo. Déjalos aquí sobre el piano.

Carmen lo hace.

NIEVECITAS. Toma tú los tuyos, Conchita. Se los da y se sienta á su lado.

CONCHITA. A doña Vicenta. Guárdatelos, mamá.

DON CRISTINO. Pues nos dejan ustedes con la miel en los labios.

ROBERTO. A Carmen. ¿Quiere usted que bailemos los dos?

CARMEN. Sentándose á la izquierda, en primer término. Ay, no, Roberto; si estoy cansadísima... Baile usted con Matilde.

MATILDITA. Entonces ¿quién va á tocar el piano?

ROBERTO. Dice usted muy bien. Bailaré con Concha.

CONCHITA. En tono de burla. Tendrás que quitarte el chaqué.

ROBERTO. Espantárame á mí que no se hablara del chaqué.

NIEVECITAS. La verdad que es un poquillo largo.

CARMEN. ¡Parece una casulla!

Todos se ríen.

MATILDITA. Pasando al lado de Conchita y sentándose. ¿Le ha costado á usted mucho, Roberto?

ROBERTO. Ya, ya está armada.

DON CRISTINO. ¡Lo trae como ventilador!

Nuevas risas.

CURRITO. ¡Valiente *pitorreo!*

CARMEN. Y hay que agradecérselo. Yo, cuando pasa por mi lado, siento un fresquito...

DON TOMÁS. Sí, sí; fresco esta noche... No se mueve una paja... ¡Maldito sea el calor!

Currito se dedica á rondar á Carmen, sin atreverse á sentarse junto á ella, y como pensando el modo de entrar en conversación. Verjeles lo mira con recelo de cuando en cuando.

VERJELES. A don Tomás. Usted juega.

DON TOMÁS. A Verjeles. Jaque al rey. Rey y reina, amigo mío. Lo he reventado á usted.

VERJELES. ¡Diablo! es verdad... ¿Y qué hago yo ahora?

ROBERTO. Por meterse en todo. Llevar el rey á la negra; no hay otra salida. A esta blanca no puede ir; y jugando lo que yo le digo á usted pierde don Tomás un caballo, porque...

DON TOMÁS. ¿Quiere usted callar? Si voy á jugar contra toda la tertulia...

DON APOLINAR. Con voz campanuda y tono solemne. ¡Caramba, caramba! Leyendo. «El cuarto saltó la barrera frente al uno...» ¡Demonio, demonio! Continúa leyendo entre dientes.

CURRITO. (Pues, zeñor, eze Verjeles no me quita ojo.)

NIEVECITAS. Oiga usted, don Cristino.

MATILDITA. ¡Don Cristino!

CONCHITA. ¡Don Cristino!

DON CRISTINO. Acercándose á ellas. Manden al viejo las rositas de Jericó. ¡Ay, qué veinte añitos me están haciendo falta!

NIEVECITAS. ¿Veinte más, don Cristino?

DON CRISTINO. No, hija de mi alma; cuarenta

menos. (¡Vaya un *saracatepeque* el de esta chispa!) Por el pecho.

NIEVECITAS. ¿Cómo ha dicho usted que es el tango de moda?

DON CRISTINO. ¿Cuál? ¿el de la «capucha y vente»?

CONCHITA. Sí.

DON CRISTINO. Hacedme un huequecito. Se coloca entre ellas.

MATILDITA. Vamos á ver, vamos á ver.

CONCHITA. Mamá, no te duermas; ya verás qué bonito es ese tango.

DON CRISTINO. Y que lo canto yo como los ángeles.

NIEVECITAS. Vamos allá.

Sale DOÑA ROSA por la puerta del foro y se detiene á oir á don Cristino.

DON CRISTINO. Cantando á media voz.

Si alguna vez tú riñeras
por causa mía
con toa tu gente...
¡Gracioso!
Por los ojos de tu cara
coge la capucha y vente...
¡Gracioso!
Tú eres la tonta inocente,
tú eres la tonta perdía,
que por estar con tu gente
no estás á la vera mía.
¡Los hombres!

DOÑA ROSA. ¡Qué mal lo hace usted, don Cristino!

DON CRISTINO. ¡Señora!

NIEVECITAS. Lo que lo canta es al pelo.

MATILDITA. Muy requetebién; diga usted que sí.

DON CRISTINO. Tomándole la cara. ¡Gracias, pimpollo!

DOÑA VICENTA. Pues yo le encuentro mucha guasa al tango ese. Tangos los de Cádiz.

ROBERTO. Para tango bonito aquel que dice: Cantando.

Jerez de la Frontera,
tuya es la fama...

DON CRISTINO. Huyendo. ¡Hombre, por Dios, si eso es más viejo que el cocido de papas y garbanzos!

ROBERTO. Bueno, pero...

DON CRISTINO. Nada, no le dé usted vueltas.

ROBERTO. ¡Qué famoso es este don Cristino!

Don Cristino se pone á hablar con doña Rosa, refiriéndose á Carmen. Roberto se queda en el grupo formado por las muchachas y doña Vicenta, donde se habla por los codos y se ríe sin cesar.

DON APOLINAR. ¡Caramba, caramba! Leyendo. «Lo alcanzó al rematar un quite...» ¡Demonio, demonio! «La herida es de pronóstico reservado...» ¡Mala cosa, *Lechuguita*, mala cosa!... Sigue leyendo.

DOÑA VICENTA. En voz baja. ¿Se han fijado ustedes en Carmen?

NIEVECITAS. Algo le ocurre.

MATILDITA. Está muy triste y muy parada.

CONCHITA. Parece otra.

ROBERTO. Yo les contaré á ustedes...

VERJELES. Que no cesa de volver la cabeza para mirar á Carmen. (¿Habla con ella ese animal de Curro?)

DON TOMÁS. Conste que me he comido este alfil con mi caballo, ¿eh? (¡Un salto de medio tablero! Para que te embobes.)

CURRITO. (Yo me *arranco* ahora mismo.) A Carmen. La encuentro á usted ojeroza...

CARMEN. ¿Sí? ¿Y qué?

CURRITO. Nada; que la encuentro á usted ojeroza...

CARMEN. Bueno.

CURRITO. O... ojeroza... Sin saber qué decir. Y... y... la... (Pues, zeñor, que me *atarugo* en habiendo gente. Me *arrancaré* cuando esté zola.)

DON CRISTINO. A doña Rosa. Descuide usted y déjelo á mi cargo.

DOÑA ROSA. En usted confío. Yo lo que quiero es que se arreglen.

DON CRISTINO. Eso queremos todos.

PEPITA. Riñendo con Juanito. ¡No, no y no!

JUANITO. ¿Vuelta á lo mismo?

PEPITA. Y me echaron á mí la culpa en tu casa de que te dieran calabazas en Francés.

JUANITO. ¿Quién te ha dicho eso?

PEPITA. Un pajarito que me lo cuenta todo. Y tu padre se ponía: «Tiene la culpa aquella muñeca.» ¡Y á mí no me llama tu padre muñeca!

JUANITO. Con mi padre no te tienes tú que meter.

PEPITA. Que no se meta tu padre conmigo.

JUANITO. Te estás volviendo muy tonta.

PEPITA. Más tonto eres tú.

JUANITO. Por eso me quieres.

PEPITA. ¿Yo á ti? Quítate de mi vista.

JUANITO. ¡Pues hemos concluído!

PEPITA. ¡Pero para siempre!

JUANITO. ¡Para siempre! Se vuelven bruscamente la espalda.

DOÑA ROSA. ¿Qué es eso? ¿Empezamos ya? Acercándose á Juanito y á Pepita.

JUANITO. Déjenos usted, doña Rosa.

DOÑA ROSA. Agarrando por una oreja á Juanito. Ven acá tú... A hacer las paces ahora mismo, pipiolos.

JUANITO. Es que ésta...

PEPITA. Es que éste...

DOÑA ROSA. ¡Chis! ¡á callar! ¡Vaya con los niños!... Juanito y Pepita al principio no se miran siquiera; luego comienzan á mirarse de reojo y acaban por hablarse y por entenderse. Currito y don Cristino se reunen y hacen comentarios. Doña Rosa se va al lado de Carmen. ¿Qué te pasa, mujer?

CARMEN. Nada, tía; que no tengo ganas de hablar...

DOÑA ROSA. Pues á ver si pones otra cara, que parece que te has tragado el molinillo. Véte allí con las niñas. Carmen se levanta. Y siento que no tengas ganas de hablar...

CARMEN. ¿Por qué?

DOÑA ROSA. Porque á nadie le gusta hablar sin ganas... y como luego tienes que hablar conmigo...

CARMEN. ¿Otra vez?

DOÑA ROSA. Otra vez. No te muevas de aquí aunque se vayan todos.

CARMEN. ¡Qué tontería!

DOÑA ROSA. Bueno; pero tú no te muevas.

Va de un grupo á otro, y en todos se detiene y charla un momento.

CARMEN. Dirigiéndose al grupo de muchachas. ¿De qué se ríen ustedes tanto?

NIEVECITAS. De tonterías... Oye...

Siguen cuchicheando y riéndose.

DON APOLINAR. ¡Caramba, caramba! Leyendo. «Tres estocadas, tres orejas...» Ese es el camino. ¡Bien, muy bien, me parece muy bien! Continúa leyendo.

DON TOMÁS. A grandes gritos. ¡Mate! ¡mate!

DOÑA ROSA. ¡Ay, Tomás, que me has asustado!

VERJELES. ¿En dónde está el mate, señor? Con poner aquí el rey...

DON TOMÁS. Es verdad; no había yo visto esta casilla... ¡Demonio, qué mal me ha sentado el gazpacho! No, y es que cargué la mano en el pepino...

VERJELES. Mirando á Carmen. (¡Ay! ¡Gracias á Dios que no estoy de espaldas al bien que adoro!...)

DON CRISTINO. A Currito. Fíjese usted, fíjese usted en aquellos dos. Por Antonio y Lola. No tienen nada que ver con nadie. Hace seis días que están en relaciones... Ya pueden tocar á su lado un organillo, que no lo notan.

CURRITO. ¡Je, je! ¡Qué don Cristino!

DON CRISTINO. Señalando á Plácido y á Reposo. Mire usted, en cambio, aquellos otros. Diez y seis años de novios llevan...

CURRITO. Ya, ya lo zé.

DON CRISTINO. Vamos á acercanos; verá usted qué conversación más animada.

Lo hacen.

PLÁCIDO. Conteniendo un bostezo mientras habla y bostezando al fin. Ayer compré un collar para el perro...

REPOSO. Lo mismo. ¿Sí?

PLÁCIDO. Sí.

REPOSO. ¿Te ha costado mucho?

PLÁCIDO. Siete reales.

REPOSO. Es barato.

PLÁCIDO. Sí.

REPOSO. ¿Tiene cascabel?

PLÁCIDO. Sí.

REPOSO. Me alegro.

PLÁCIDO. ¿Por qué?

REPOSO. Porque sí.

PLÁCIDO. Ya, vamos.

REPOSO y PLÁCIDO. ¡Aaaaaaah!

CURRITO. Bajo á don Cristino. ¡Ay, qué collera!

DON CRISTINO. Bueno; pues así toda la noche. Espérese usted un momento; verá usted...

REPOSO. Como antes. ¿Te he dicho que están adoquinando mi calle?

PLÁCIDO. No.

REPOSO. Pues sí. El trozo de casa.

PLÁCIDO. Falta le hacía.

REPOSO. ¡Ya lo creo!

PLÁCIDO. Como ahora vive allí un concejal...

REPOSO. Me alegro.

PLÁCIDO. Y yo.

REPOSO y PLÁCIDO. ¡Aaaaaaah!

Currito y don Cristino se apartan riéndose.

DON CRISTINO. Bostezando también como si se hubiese contagiado. Parece que se van á comer, ¿verdad?

CURRITO. Y puede que ze coman.

DON CRISTINO. ¡Calcule usted! ¡Diez y seis años abriendo el apetito!...

CURRITO. ¡Je!

Sale DOLORES por la cancela y se va por la puerta de la derecha, después de hablar un instante con don Cristino.

DON CRISTINO. Oye, Dolores.

DOLORES. ¿Qué quiere usté?

DON CRISTINO. Me han dicho que se te va tu novio.

DOLORES. Vaya con Dios.

DON CRISTINO. Bueno; ya sabes que yo soy siempre el mismo.

DOLORES. Pues peó pa usté; debía usté variá y sardría ganando.

DON CRISTINO. Con tal que tú me quieras...

DOLORES. ¡Ay, qué grasioso!

DON CRISTINO. Graciosa tú, terrón de sal...

DOLORES. Yéndose. (¡Er pendón der viejo, y es más feo que un sombrero de jipijapa!)

CURRITO. Ziempre está usted ocurrente, don Cristino. Yo me *atarugo* á escape.

DON CRISTINO. Es de nacimiento. Mi madre me contaba que yo le decía flores al ama de cría... Bajando la voz. Esta noche la que me trae vuelto loco es Nieves.

CURRITO. Como que hay que mirarla despacio.

DON CRISTINO. ¡Cuidado que anda bien de *bulle bulle!*

CURRITO. ¡Je, je! ¡Pues para mí que las caderas zon postizas!

DON CRISTINO. ¡Vamos, hombre, quite usted de ahí!

CURRITO. Que zí, don Cristino: fíjeze usted bien.

DON CRISTINO. ¡Quiá! Yo se lo diré á usted luego...

Carmen, después de detenerse unos momentos con Plácido y Reposo y con Juanito y Pepita, vuelve á sentarse donde estaba.

DON TOMÁS. ¡Canario, me vuelve usted tarumba con tanto mirar á todas partes!

VERJELES. (¡Qué suplicio el de adorar al santo por la peana!)

DON TOMÁS. Y á propósito, hombre. Estoy tocando el violón.

VERJELES. ¿Hay novedad alguna?

DON TOMÁS. Con cierto misterio. ¡Gran noticia! Pepe Romero se va mañana á su tierra.

VERJELES. Poniendo las manos, loco de alegría, sobre el tablero y deshaciendo el juego. ¿Qué me dice usted, don Tomás?

DON TOMÁS. ¡Hombre, hombre! ¡No sea usted fullero! ¡El juego era mío!

VERJELES. Como á usted se le antoje... Después de nueva tan agradable... Suspirando con íntimo gozo. ¡Ay! ¡En el tranvía de mi felicidad acaba de entrar un viajero!

DON TOMÁS. (¡Qué cursi es este hombre!) Levantándose. Vaya, se acabó; no puedo estar más tiempo sentado.

ROBERTO. ¿Ganó usted?

DON TOMÁS. ¡Como siempre! ¿Quién se viene conmigo al jardinillo?

DON APOLINAR. Este cura, mi señor don Tomás. Vámonos.

DON CRISTINO. A doña Rosa. (Creo que ha llegado el momento.)

DOÑA ROSA. A don Cristino. (Sí.)

DON CRISTINO. Señoras, señoritas y señoritos: yo propongo que demos una vuelta por la plaza, como anteanoche.

NIEVECITAS. ¡Aprobado!

ROBERTO. ¡Magnífico!

MATILDITA. ¡Admirable!

CURRITO. Me parece muy bien.

VERJELES. Y á mí de perlas.

ROBERTO. Echando sus cuentas consternado. (Se me van las cuatro pesetas en higos chumbos.)

DON CRISTINO. Pues no hay que perder tiempo.

Se levantan todos menos Carmen, Antonio y Lola.

CONCHITA. Vamos, mamá.

DON CRISTINO. A Carmen. ¿Vienes tú también, pimentilla?

CARMEN. No; yo me quedo.

CURRITO. (¡Mejor para mí!)

VERJELES. (Su tristeza mal disimulada me hace temer que no le importo un rábano.)

DON CRISTINO. Dándole un pellizco. ¡Alegra esa cara, tontuela!

CARMEN. ¡Ay, don Cristino!...

DON TOMÁS. Pero, hombre, que siempre has de andar pellizcando...

DON CRISTINO. Mira el otro por dónde sale... ¡Si la he conocido así! Indicando media vara de estatura.

DON TOMÁS. ¡Bueno; pero ahora está así! Indicando la estatura de Carmen. Vamos, don Apolinar; vámonos nosotros.

DON APOLINAR. Vamos.

Se van por la puerta de la derecha.

Don Cristino se entromete en el grupo de las muchachas, las pellizca, bromeando y riéndose, y las empuja hacia la cancela. Doña Rosa invita á irse á las parejas enamoradas.

DOÑA ROSA. Ustedes, tortolitos, á seguir arrullándose en la calle.

PLÁCIDO. Sin dejar los bostezos. Anda...

REPOSO. Lo mismo. Anda...

PEPITA. Mira que vamos á reñir otra vez.

DOÑA ROSA. Dejad eso ahora.

DON CRISTINO. ¡A la calle, á la calle!

VERJELES. (Yo voy á meditar á solas mi línea de conducta.) Vase disimuladamente por la puerta del foro.

ROBERTO. ¿Vamos, niñas?

NIEVECITAS. Carmen, ¿no vienes?

CARMEN. No; no estoy buena...

MATILDITA. Vaya por Dios, mujer.

CARMEN. Divertirse.

NIEVECITAS. (Aquí hay gato encerrado.)

Se van todos por la cancela, charlando animadamente.

DON CRISTINO. Señalando á Antonio y á Lola, que continúan sentados como si nada fuera con ellos. ¡Eh! ¿Y aquellos dos? ¡Jóvenes, que nos vamos á dar una vuelta!

DOÑA ROSA. Andar, andar...

Se levantan y se encaminan hacia la escalera primero, y después hacia la cancela, sin quitarse ojo y sin dejar de hablarse.

DON CRISTINO. ¡Eh! ¡Que no es por ahí! A doña Rosa. ¿Usted no ve eso? Nada, y se va sin sombrero el hombre...

CURRITO. Cogiendo del perchero un sombrero de paja. Este ez el zuyo. Yo ze lo daré.

DON CRISTINO. Aguarde usted un momento, Currito. Hablando bajo con doña Rosa, muy rápidamente. ¿Dónde está Pepe?

DOÑA ROSA. En la callejuela, arrancándose los pelos del bigote.

DON CRISTINO. Voy á buscarlo. Usted queda en avisarnos por la ventana cuándo debe entrar.

DOÑA ROSA. Cabalito.

DON CRISTINO. Pues que sea pronto.

DOÑA ROSA. Lo más pronto posible.

DON CRISTINO. Uniéndose á Currito en la cancela. ¿Vámonos, Curro?

CURRITO. Vámonos.

DON CRISTINO. ¿Qué iba yo á decirle á usted?... Deteniéndose un instante. ¡Ah! Ya caigo... Que tenía yo razón.

CURRITO. ¿Cómo?

DON CRISTINO. Bajando la voz. ¡Que no son postizas!

CURRITO. ¡Ja, ja, ja!

Se van riéndose.

DOÑA ROSA. A Carmen. Espérame tú aquí. Voy á ver qué hacen los del jardinillo. (Hay que atar bien todos los cabos.) Vase muy aprisa por la puerta de la derecha.

CARMEN. Pero qué conspiraciones y qué enredos trama mi tía, y qué empeño tiene en hablarme de lo que yo no quiero hablar... Es capaz de revolver Roma con Santiago, con tal que nos veamos Pepe y yo. Si ella supiese lo que me atormenta, de seguro no lo intentaba. Pero ni presume siquiera el sacrificio que me costaría ver-

lo y oirlo después de lo pasado... Hablar con él... ¿Para qué, si no lo perdono? Me dolió tanto el primer desengaño, que me da mucho miedo del segundo... La misma resistencia que halló el primero en mi cariño hallarían ahora sus palabras... Si él cree otra cosa, ¡buen chasco va á llevarse! No cedo, no: no cedo.

Vuelve por la cancela CURRITO.

CURRITO. (Ni de encargo encuentro una ocazión como esta.)

CARMEN. Estremeciéndose al oir pasos. (¿Quién es?)

CURRITO. Acercándose á Carmen y poniéndosele inmediatamente detrás. (Zeguramente no me aguarda.)

CARMEN. (¿Pues no estoy temblando?... Si parece mentira...)

CURRITO. (¡Mira que zi me dijera que zí!...)

CARMEN. (Pero ¿quién será?)

CURRITO. (Nada, que me *arranco*.) ¿Da usted zu permizo?

CARMEN. Levantándose muy sorprendida. ¡Jesús, hijo, que me ha asustado usted!

CURRITO. ¿Es de veras?

CARMEN. ¿Qué hacía usted ahí detrás?

CURRITO. Riéndose. Verle á usted los pelitos del cogote...

CARMEN. Soltando la risa. ¡Ave María, qué entretenimiento!

CURRITO. ¡Como que zon preciozos!

CARMEN. Muchas gracias, en nombre de los pelitos... Siéntese usted... (Así habrá quien estorbe.)

Se sientan los dos á la derecha.

CURRITO. (¡Qué fina!)

CARMEN. (Primera vez que es oportuno este animal.)

Pausa. Carmen se sonríe. Currito no sabe cómo tomar la embocadura.

CURRITO. La encuentro á usted ojeroza...

CARMEN. Sí; eso ya me lo dijo usted antes...

CURRITO. ¿Antes? No me acuerdo...

CARMEN. Yo, sí; me hizo mucha impresión la frase.

CURRITO. ¡Guazona!

CARMEN. (¡Vaya! ¡Este viene decidido á todo!) Pausa. ¿Cuándo llegó usted de su pueblo, Currito?

CURRITO. Ayer.

CARMEN. ¿Ayer?

CURRITO. Ayer de mañana, zí, zeñora.

CARMEN. Y qué, ¿se ha divertido usted mucho?

CURRITO. Azí, azí...

CARMEN. ¿Lo menos ha estado usted un mes?...

CURRITO. Un mes y un día.

CARMEN. Vamos, como las condenas de los presos.

CURRITO. ¡Guazona!

CARMEN. (¡Y dale!) ¿Piensa usted volver este verano?

CURRITO. Es pozible que vaya á una boda.

CARMEN. ¿Quién se casa allí?

CURRITO. Manolita Crespo.

CARMEN. Ah, sí; la conozco. ¿Es muy amiga de usted?

CURRITO. Psch... regular de amiga.

CARMEN. Lo pregunto, porque iba á decir que me parece un poquito *espesa*.

CURRITO. Algo, algo.

CARMEN. ¿Y quién es el novio?

CURRITO. Zu primo Arturo.

CARMEN. ¿Uno que es tuerto?

CURRITO. Ya no: ze ha puesto un ojo de cristal.

CARMEN. Eso es otra cosa. Ella tuvo antes otro novio, ¿verdad?

CURRITO. Muy turbado. Zí, zeñora... (¡Verá usted zi lo zabe!) ¿Usted lo conoció?

CARMEN. De oídas.

CURRITO. (¡Respiro!)

CARMEN. No sé de él más que lo que me escribió una amiga.

CURRITO. Alarmado. ¿Y qué le escribió á usted, puede zaberze?

CARMEN. (A ver qué cara pone.) Nada; que Manolita había entrado en relaciones con el niño más bruto de su pueblo.

CURRITO. Muy enojado. ¿Zí? ¡Pues que me dispenze zu amiga de usted, pero ezo es gana de hablar!

CARMEN. ¿Por qué?

CURRITO. Porque... ¡porque cualquiera zabe cuál ez el más bruto de mi pueblo!

Sale DOÑA ROSA por la puerta de la derecha.

DOÑA ROSA. (Aquellos dos están muy apenados porque no pueden jugar al tresillo... Avisaré al galán... Al ir hacia la puerta del foro ve á Currito. ¿Eh? ¿Qué es esto? Deteniéndose. ¿Le parece á usted el muy pollino?... Voy á plantarle la boleta inmediatamente.) Acércase de pronto á Currito fingiendo alteración. ¡Curro!

Currito y Carmen se asustan y se levantan.

CARMEN. ¡Ay!

CURRITO. ¡Zeñora!

DOÑA ROSA. ¿Has visto á Verjeles?

CURRITO. ¿Cuándo?

DOÑA ROSA. Después que se marcharon todos.

CURRITO. No.

DOÑA ROSA. ¿Ni has hablado con él?

CURRITO. ¡Zi no lo he visto!

DOÑA ROSA. Pues te anda buscando... En el jardinillo me parece que está... (A ver si me lo pescan.) Entró aquí lívido, descompuesto... Algo le pasa indudablemente.

CURRITO. ¿Zí?

DOÑA ROSA. Sí; corre, corre á buscarlo. Con nosotras no guardes cumplidos... Ello ha de ser para algo muy gordo.

CURRITO. (¡Cuerno! ¿Zi andará la niña esta en el ajo?) Voy, voy... Dice usted que cree que en el jardinillo, ¿eh? .. Con permizo de estedes... (A eze tío voy yo á tener que darle dos *mascás*.) Vase á escape por la puerta de la derecha.

CARMEN. Pero, tía...

DOÑA ROSA. Déjame tú á mí, que yo me entiendo. Vase tras Currito.

Sale VERJELES por la puerta del foro.

VERJELES. (Meditando mi línea de conducta me ha parecido escuchar mi nombre... Se fija en Carmen. ¡Ah! ¡ella sola! ¿Habrá salido de sus labios?... No es posible encontrar ocasión más *calva*.) Acercándosele. Carmencita.

CARMEN. ¿Usted aquí, Verjeles?

VERJELES. ¿Dónde mejor?

CARMEN. Siéntese usted, si gusta.

VERJELES. Ya lo creo... Se sientan los dos á la izquierda. ¡Qué alegre sonrisa!... Es un amanecer de primavera...

CARMEN. (Pues no sabes tú que va á anochecer muy prontito.)

Vuelve DOÑA ROSA por donde se fué.

DOÑA ROSA. (¡Ajajá! Me lo cogen para el tresillo, como yo esperaba. Ya no lo sueltan en dos horas. Le avisaremos al apuesto doncel.) Al ir hacia el foro repara en Verjeles que habla entusiasmado con Carmen y se queda clavada. De pronto, como obedeciendo á una idea repentina, se acerca á ellos dando muestras de agitación, y grita: ¡Verjeles!

VERJELES. Levantándose alarmado. ¡Señora mía!

CARMEN. Levantándose también. (¿Otra vez?)

DOÑA ROSA. ¿Ha visto usted á Currito?

VERJELES. Antes lo vi.

DOÑA ROSA. Digo ahora.

VERJELES. Ahora veía cosa bien distinta...

DOÑA ROSA. Déjese usted de flores.

VERJELES. ¿Pues qué ocurre?

DOÑA ROSA. Que lo anda buscando á usted.

VERJELES. ¿A mí? ¡Pues á mí el que me busca me encuentra!

DOÑA ROSA. No, pues él no lo ha encontrado á usted todavía... Aquí estuvo hace poco. Venía lívido, descompuesto... A la calle se fué echando chispas. Algo le pasa; no le quepa á usted duda.

VERJELES. ¿Y dice usted que preguntaba por mí?

DOÑA ROSA. ¡Como que á eso vino!

VERJELES. Pues ustedes sabrán perdonarme... porque presumo que se trata de algo muy serio.

DOÑA ROSA. Muy serio. Vaya usted, vaya usted...

VERJELES. ¿Dice usted que se fué á la calle?

DOÑA ROSA. A la calle, justo.

VERJELES. Lo encontraré en seguida.

DOÑA ROSA. ¡En seguida!

CARMEN. (¡Camino llevas!)

VERJELES. Hasta luego, señoras mías... (¿Si andaremos á cintarazos por esos ojos?) Vase por la cancela como alma que lleva el diablo.

CARMEN. Pero, por los clavos de Cristo, tía, ¿á qué conduce todo esto?

DOÑA ROSA. Tú te callas. Oye, y si viene ahora otro por el estilo, le dices que lo esperan estos dos en las *Delicias Viejas*... Y aguárdame aquí. Vase precipitadamente por la puerta del foro.

CARMEN. No me cabe duda; entre don Cristino y mi tía tratan de favorecer la entrevista de Pepe conmigo. Bien claro está el juego... ¡Qué obstinación... y qué tontería! Pausa. Pero, ¿será capaz de venir á hablarme? Y yo, ¿debo oirlo?... No, no; de ningún modo... Y por si acaso...

Va hacia la escalera á tiempo que llega PEPE por la cancela, la ve y la llama.

PEPE. Carmen...

CARMEN. Deteniéndose. (¡Jesús!)

PEPE. Carmen... no se vaya usted. Yo se lo suplico.

CARMEN. Muy sorprendida. (¡Se ha quitado la barba!)

PEPE. ¿Quiere usted que hablemos un momento?

CARMEN. ¿Que hablemos?... Yo no tengo nada que hablar con usted.

PEPE. Yo, en cambio, tengo mucho. Hablaré yo solo. ¿Me oirá usted?

CARMEN. No respondo de mi paciencia.

PEPE. Procuraré molestar á usted muy poco tiempo.

CARMEN. Entonces... ya que esto parece inevitable... Se sienta. Después de todo, ¿qué más da? Me haré la ilusión de que llega hasta mí el ruido de la fuente del jardinillo.

PEPE. Sentándose también. ¡Ojalá le parezcan á usted tan gratas mis palabras!

CARMEN. Si lo digo por el caso que voy á hacerles... tonto...

PEPE. (¡Empieza por llamarme tonto!...) Pausa larga. Carmen... Carmen...

CARMEN. No me he dormido, no...

PEPE. (¡Sigue tan burlona la fierecilla esta!) ¿Sabes á lo que vengo?

CARMEN. Sí; lo he leído en los periódicos de hoy.

PEPE. Los periódicos no han dicho nada, pero tú lo sabes.

CARMEN. Entonces, ¿á qué me lo preguntas?

PEPE. Necesito explicarte... Me llama mi familia á Valencia, y no quiero ni puedo irme sin explicarte...

CARMEN. ¿Explicarme qué?

PEPE. Mi conducta contigo.

CARMEN. Puedes ahorrarte la explicación: la sé de memoria.

PEPE. ¿Ves tú? Me juzgas por hechos que... así á primera vista... Pero no es eso, no; yo te diré... yo te diré... Mira: desde la última noche que acudí á tu ventana...

CARMEN. ¿Por qué no tomas la historia desde la primera?

PEPE. ¿Quieres tú?

CARMEN. Desde que celebraste con tus amigos tu triunfo; desde que le dijiste á alguno de ellos: «¡Buen hallazgo de feria! ¡Ya tengo novia para toda la temporada!...»

PEPE. ¿Yo? ¿Pero tú me supones capaz...?

CARMEN. ¿De decir eso?

PEPE. Sí.

CARMEN. Te supongo capaz de pensarlo y de hacerlo...

PEPE. Por Dios, no me ofendas, que no soy tan malo como presumes ni tan necio como te han dicho. Ese chisme ruin habrá salido del caletre de algún envidioso de mi fortuna... de alguno que llamó á tu reja un día y otro día... y se fué con dolor en los nudillos, sin lograr que se asomara á los cristales tu carita salada. ¿No es esto verosímil? ¿Quién te asegura que he sido yo el autor de la frase?

CARMEN. Tu proceder me lo asegura.

PEPE. ¡Qué cruel eres conmigo!

CARMEN. Para corresponderte en todo hasta última hora.

PEPE. Levantándose con vehemencia. ¿Qué dices?

CARMEN. Nada.

PEPE. Sí, sí; no lo niegues, ya que no has podido refrenar esa acusación llena de amargura que se te ha subido á los labios... Tienes razón, tienes razón: ¿á qué voy á disimularlo más tiempo? Confieso que te he hecho objeto de la crueldad más grande... Y el que tú me acuses así, el que así lo

comprendas, me causa un íntimo consuelo, porque me prueba que aún vive en tu corazón el recuerdo querido de aquellas noches en que supimos encerrar toda la dicha de la tierra en el marco de flores de tu ventana.

CARMEN. En tono de burla. Suena bien, suena bien el surtidor de la fuente del jardinillo...

PEPE. Carmen, no te burles... Oyeme, que te estoy abriendo mi alma... Yo no he venido aquí á discutir contigo si soy ó no culpable, como haría quien quisiese menos, ni si merezco ó no merezco tu perdón. He venido á decirte que, á pesar de lo pasado, te quiero más que nunca. Hecha esta declaración sincera y noble, yo te suplico que me creas. No dejes que me vaya de aquí sin una sombra de esperanza... Piensa que acaso, y sin acaso, si me voy así... me iré para siempre. ¿Y no es verdad que es muy triste que tú y yo nos separemos para siempre?

CARMEN. Levantándose. Basta ya. He sido muy débil al concederte esta entrevista. No tengo yo la culpa... Palabras ya sabía yo que no habían de faltarte, porque tu cariño de siempre no ha sido más que palabras y palabras, que por fortuna se llevó el viento. Es todo inútil, como ves. No te creo; no puedo creerte.

PEPE. ¿Pero es posible que dudes de la sinceridad con que te hablo?

CARMEN. ¿Pero es posible que no dude?

PEPE. No te ofrezco pruebas de mi cariño, porque yo imagino que ninguna hay mejor que esta confesión que te he hecho.

CARMEN. Pues ya ves que no basta.

PEPE. ¿No será eso obstinación caprichosa?

CARMEN. Sea lo que sea; no basta.

PEPE. ¿Es decir que el mal no tiene remedio?

CARMEN. No lo tiene.

PEPE. ¿Que dejas que me vaya?

CARMEN. Sí.

PEPE. ¿Que ya no me quieres? Carmen niega con la cabeza. Dilo con los labios.

CARMEN. No.

PEPE. Calla: no lo repitas. Tú crees que merezco este castigo; yo te juro que no. En fin, sea... Acabó el idilio de Sevilla... Pausa. No olvides que te he suplicado...

CARMEN. Descuida; no lo olvidaré.

PEPE. Que he hecho cuanto he podido porque se realizaran nuestros sueños de un día...

CARMEN. Ya, ya.

PEPE. Que eres tú la que...

CARMEN. Sí, hombre, sí. No me olvido de nada. ¡Si vieras qué memoria tengo!

PEPE. Pues adiós.

CARMEN. Adiós.

PEPE. Resistiéndose á irse. Si alguna vez vas á Valencia...

CARMEN. Es difícil.

PEPE. Bien está. Despídeme de tu padre...

CARMEN. Bueno.

PEPE. Y de tu tía...

CARMEN. Bueno.

PEPE. Diles que no he podido detenerme...

CARMEN. Bueno: se lo diré.

PEPE. ¿No me das la mano?

CARMEN. Tendiéndosela sin mirarlo. Sí.

PEPE. Estrechándole la mano con emoción. Al menos seguiremos siendo amigos...

CARMEN. ¿Amigos?... Bien.

PEPE. ¿Nada más?

CARMEN. Nada más.

PEPE. ¡Qué tristeza!

CARMEN. Conmoviéndose. ¿Tristeza? ¿Por qué?

PEPE. ¿Qué tienes?

CARMEN. Reponiéndose y alejando su mano. Nada. Suelta.

PEPE. Adiós, entonces. Vase.

CARMEN. Adiós. Pausa. Corre á la cancela para cerciorarse de que Pepe se ha ido, y exclama con pena: ¡Se fué! Con despecho. ¡Se fué!

Por la puerta de la derecha llega DOLORES y se acerca á Carmen con solicitud.

DOLORES. ¿Qué es eso, señorita? ¿Ha reñío usté der to con er señorito?

CARMEN. ¡Déjame en paz!

DOLORES. Le arvierto á usté que debe usté alegrarse: tan retepiyo es el amo como er moso. A mi Esteban lo he puesto como un reverendo guiñapo, en cuanto he sabío que han comprao ya los piyetes pa irse mañana. ¿Le parese á usté?

CARMEN. ¿Cómo te voy á decir que me dejes?

DOLORES. Asín son tos los hombres. Er mejó debía serví de ferpúo pa limpiarnos nosotras los pies. Por supuesto que pa que mi Esteban no se figure que se me importa un grano de arpiste, ya me he arreglao con ese de la tienda de montañés de la esquina, que me había pedío la conversasión,

y que está conmigo desde hase un mes más fino que un dentista. Usté lo conoserá: uno rubio, güen moso, de Cadi é, con er pelo enrisao, que le disen *Arrope*...

CARMEN. ¿Pero tú te figuras que estoy yo para que me hables de *Arrope*? ¡Véte ya!

DOLORES. Pos mire usté, señorita, es mu güen muchacho: mantiene á su madre, á su agüelo, que está impedío, á un tío carná, hermano de su padre, y ha juntao pa librá de quintas á su hermaniyo er chico.

CARMEN. ¿Quieres irte, mujer?

DOLORES. Es que si usté no fuera tonta...

CARMEN. ¡Que te vayas, te digo!

DOLORES. Güeno, no se enfade usté, señorita Carmen. Yéndose por la escalera. (¿Será infelí la pobre? Con su cara y mi genio... ¡traía yo á tos los seviyanos de coroniya!)

Sale por la puerta del foro DOÑA ROSA.

DOÑA ROSA. Niña, ¿estás sola?

CARMEN. Nerviosa y descompuesta. ¿Sola? No.

DOÑA ROSA. ¿Cómo que no? Mirando á todas partes. Pues ¿con quién estás?

CARMEN. Con usted, tía.

DOÑA ROSA. Mira qué gracia. Se conoce que hay buen humor, ¿eh?

CARMEN. Sí. Muy bueno.

DOÑA ROSA. ¿Y Pepe?

CARMEN. Se fué.

DOÑA ROSA. Muy sorprendida. ¿Que se fué?

CARMEN. Sí, señora; que se fué, que se fué, que se fué.

DOÑA ROSA. Bueno, hija, bueno. Remedándola. Vaya con Dios, vaya con Dios, vaya con Dios.

CARMEN. Eso falta ahora; que se divierta usted conmigo.

DOÑA ROSA. Es que te pones de una manera...

CARMEN. Mejor, mejor y mejor. Y le suplico á usted que no me venga con paños calientes. Esto se ha concluído, se ha concluído y se ha concluído.

DOÑA ROSA. ¡Ea, pues se ha concluído! Hace que se va y vuelve.

CARMEN. ¡Tía!

DOÑA ROSA. (¡Pues no se ha concluído!) ¿Qué quieres?

CARMEN. Que la conozco á usted, que la conozco á usted, que la conozco á usted.

DOÑA ROSA. Pero, hija, ¿qué manía te ha dado de hacer *tres ediciones* de todas las frases?

CARMEN. No se me vaya usted por la tangente. Ya usted sabe lo que quiero decirle. Cuidadito como vuelve usted á insistir...

DOÑA ROSA. ¿Yo? Dios me libre. Puedes estar tranquila.

CARMEN. Sí; porque sería usted muy capaz de llamar á Pepe de nuevo.

DOÑA ROSA. Vamos, mujer, no digas disparates...

CARMEN. Es que aunque lo llamase usted sería inútil.

DOÑA ROSA. Es que no lo llamo.

CARMEN. No me da á mí la gana de que se vaya á figurar que es cosa mía.

DOÑA ROSA. Pero ¿no te estoy diciendo que no

lo llamo?... ¿Quieres que te lo jure? Bastantes quebraderos de cabeza me ha costado ya. Y mira, hablando en plata: después de todo, me alegro de esta solución. Así se hace tu gusto. Más motivos tienes tú que yo para conocerlo, y cuando tú aseguras que es un tarambana...

CARMEN. A buena hora me da usted la razón.

DOÑA ROSA. Más vale tarde que nunca, hija... Voy á ver si tu padre quiere algo, y en seguidita la cama será conmigo.

CARMEN. ¿Va usted á acostarse?

DOÑA ROSA. ¡Ya lo creo!

CARMEN. ¿Será usted capaz?

DOÑA ROSA. ¡Pues no que no!

CARMEN. Me parece muy bien.

DOÑA ROSA. Lo celebro mucho: así dormiré más tranquila.

CARMEN. ¡Tía, tía, tía!

DOÑA ROSA. ¿Vuelta á lo mismo?

CARMEN. ¡Parece mentira que me trate usted tan mal, con el dolor de cabeza que tengo!

DOÑA ROSA. En cuanto te quedes sola se te quita.

CARMEN. Tiene usted razón; porque más vale estar sola...

DOÑA ROSA. Eso: que mal acompañada.

CARMEN. ¡Tía, tía, tía!

DOÑA ROSA. ¡Sobrina, sobrina, sobrina! ¡Que te alivies, que te alivies, que te alivies! ¡Me tienes hasta el moño, hasta el moño, hasta el moño!

Vase rápidamente por la puerta de la derecha.

Llega DON CRISTINO por la cancela, dado á los diablos.

DON CRISTINO. Pero, vamos á ver, ¿qué es esto?

CARMEN. ¿Usted ahora?

DON CRISTINO. Pues ¿qué creías? ¿Que yo me iba á quedar con los brazos cruzados ante una picardía semejante? ¿Tú te figuras que se juega así con los hombres?

CARMEN. Ah, ¿pero viene usted á defenderlo?

DON CRISTINO. ¡Naturalmente! ¡Y á llamarte á ti tonta de capirote! ¡El demonio de la pelusa esta!... ¡Lo que tú tienes son muchos muñecos en el piso alto! ¡Yo no sé las ilusiones que has llegado á hacerte con ese cuerpo de alfiler de cabeza negra, y esa cara de ochavo, y esa nariz que parece un pestiño!

CARMEN. ¡Yo sí que no sé lo que usted se ha imaginado que soy yo para tratarme de esa manera! ¿Quién le da á usted vela en este entierro? Si soy fea ó bonita y si le parezco á usted esto ó lo otro, se lo ha debido usted callar. ¿Le he dicho yo á usted alguna vez que me parece un palillero?

DON CRISTINO. ¿Cómo un palillero? ¡Niña, niña, más respeto á mis canas!

CARMEN. ¡Y si usted y mi tía y el otro y el de más allá se han propuesto volverme loca, se equivocan de medio á medio! ¡Pues no faltaba más! ¡Tengo ya la cabeza como un bombo! ¡No me diga usted una palabra siquiera, porque no lo escucho! Don Cristino trata de hablar. ¡Que se calle usted, don Cristino, que estoy muy nerviosa! ¿No está usted viendo que estoy muy nerviosa? Afligiéndose. Mire usted que es mucha pensión... que ha de hacer una lo

que quieran todos... Y la que lo ha echado á perder es mi tía, mi tía, mi tía, mi tía... Encarándose otra vez con don Cristino. ¿Cómo le voy á decir á usted que se calle? Don Cristino huye de ella. ¡No quiero oir á nadie, ni ver á nadie, ni entender á nadie!... ¿Quiere usted dejarme en paz, hombre de Dios? ¡Déjeme usted en paz, déjeme usted en paz, déjeme usted en paz! ¡Ay qué sinapismo de viejo, que charla más que un sacamuelas! Vase de estampía, lloriqueando, por la puerta del foro. Por la de la derecha vuelve Doña Rosa.

Doña Rosa. ¡Don Cristino!

Don Cristino. ¡Doña Rosa!

Doña Rosa. ¿Y Carmencita?

Don Cristino. ¿Carmencita? ¡Buena la ha hecho usted.

Doña Rosa. ¿Yo?

Don Cristino. Usted.

Doña Rosa. ¡Ay, qué gracia!

Don Cristino. ¿Gracia? ¡Yo no me río!

Doña Rosa. Ah, pues no deje usted de mirarse al espejo.

Don Cristino. ¡Señora! ¿Tengo yo monos en la cara?

Doña Rosa. ¿Qué más mono que usted?

Don Cristino. ¿Sí? ¡Pues no le parecí á usted tan feo cuando le hice el amor en Chipiona; que si no está allí aquel teniente de lanceros, me parece que hay *changa*, señora mía! Y bastante le habrá pesado á usted luego que la deslumbrara el brillo del uniforme.

Doña Rosa. ¡Vamos, quítese usted de mi vista, espantapájaros!

DON CRISTINO. No será sin decirle á usted que su sobrina se ha portado muy mal con mi amigo.

DOÑA ROSA. Como su amigo de usted se ha portado tan bien con ella...

DON CRISTINO. Vaya, no desbarre usted, mi respetable señora.

DOÑA ROSA. Poco á poco. El que desbarra, mi respetable señor...

DON CRISTINO. La que desbarra...

DOÑA ROSA. El que desbarra...

DON CRISTINO. ¿Pero usted cree que tiene más talento que nadie?

DOÑA ROSA. ¡Aviada estaba yo si no tuviese un poco más que usted!

DON CRISTINO. Le suplico á usted que no olvide que estoy hablando con una dama.

DOÑA ROSA. Yo creo que eso quien no debe olvidarlo es usted.

DON CRISTINO. ¿Yo?

DOÑA ROSA. ¡Usted!... ¡cara de pipa!

DON CRISTINO. ¿Cómo cara de pipa?

Sale DON TOMÁS por la puerta de la derecha, llevándose las manos al estómago y con muy mal humor.

DON TOMÁS. ¿Se puede saber qué le han echado hoy al gazpacho?

DON CRISTINO. ¡El otro!

DON TOMÁS. ¿Qué es eso del otro? ¿Pasa algo aquí?

DON CRISTINO. ¡Nada! Tu hermana...

DON TOMÁS. Mi hermana, ¿qué?

DOÑA ROSA. Don Cristino...

DON TOMÁS. Don Cristino, ¿qué?

DON CRISTINO. Tu hija...

DON TOMÁS. Mi hija, ¿qué?

DOÑA ROSA. Lo de siempre: Pepe Romero.

DON TOMÁS. Furioso. Pero, ¡porra! ¿queréis hablarme claro?

DOÑA ROSA. ¿No te digo que lo de siempre?

DON TOMÁS. ¡Ah! ¿Se trata de nuevos enjuagues? ¡Por vida de!... ¿Cuándo vas á hacerme caso, hermana de mis culpas? ¿Aun no estás persuadida de que ese pollo es un matutero?

DON CRISTINO. ¡Tomás, mira lo que hablas! ¡Le has dado una bofetada moral á la persona de mi amigo!

DON TOMÁS. Pues como te descuides te doy á ti otra. Y la tuya no va á ser moral.

DON CRISTINO. ¡Mira lo que dices!

DON TOMÁS. Digo... digo... digo que desde que nos trajiste aquí á ese príncipe ruso no tenemos un momento de tranquilidad, ni se habla más que de él á todas horas. Y Pepe para arriba, y Pepe para abajo, y Pepe en la sopa, y Pepe en la berza, y Pepe... ¡Y ya me hace á mí daño tanto Pepe! ¡Ay! Llevándose las manos al estómago. ¡Y tanto pepino! Porque para mí que el pepino es el que tiene la culpa de esto...

DON CRISTINO. Lo que yo te aseguro...

DON TOMÁS. ¡No quiero oir nada!

DON CRISTINO. ¡Lo oirás, mal que te pese! Quiero que conste que si yo presenté aquí á ese muchacho fué por instigaciones de tu hermana...

DOÑA ROSA. ¡Poco á poco!

DON CRISTINO. ¡Déjeme usted acabar! Y si ahora toma el tren y se larga á Valencia...

DON TOMÁS. Si ahora toma el tren y se larga á Valencia—hablemos claro—tú tendrás un verdadero disgusto...

DON CRISTINO. ¡Sí, señor!

DON TOMÁS. Porque se te acaba el filón de las cenitas en Eritaña, que todo se sabe.

DON CRISTINO. ¡Tomás! ¿por quién me tomas?

DON TOMÁS. ¡Por un viejo chulo! mira este...

DOÑA ROSA. ¡Muy bien dicho!

DON CRISTINO. ¡Señora!

DON TOMÁS. Si no lo fueras no te irías una noche sí y otra no á beber manzanilla con cuatro flamencos tristes y cuatro pindongas.

DON CRISTINO. ¡Tomás!

DON TOMÁS. ¡Cristino!

DON CRISTINO. (¡O te callas ó digo lo de la calle del Espejo!

DON TOMÁS. ¡Dilo y te salto un ojo!)

Quedan mirándose en actitud amenazadora.

Sale CARMEN por la puerta del foro, tranquila y risueña.

CARMEN. ¿Qué pasa aquí? Desde la ventana del gabinete se oyen las voces... ¿Qué es ello, tía?

DOÑA ROSA. ¡Vaya usted enhoramala!

CARMEN. ¿Qué es ello, don Cristino?

DON CRISTINO. ¡Vaya usted mucho con Dios!

CARMEN. Acercándose á don Tomás con zalamería. ¿Me lo dices tú, papaíto?

Don Cristino y doña Rosa se sientan y no cesan de mirarlos y de mirarse llenos de asombro, á medida que oyen lo que se dicen padre é hija.

DON TOMÁS. Ven á mis brazos, hija de mi alma... No hagas caso de ese par de estantiguas...

CARMEN. Ya sé yo que tú eres el único que á mí me quiere...

DOÑA ROSA. ¿Le parece á usted?

DON CRISTINO. ¡Bueno va!

DON TOMÁS. Sigue tú siempre mis consejos, hija mía, y déjate de historias...

CARMEN. Pues ¿qué consejos he de seguir más que los tuyos?...

DON TOMÁS. ¡Bendita seas! Vales un imperio. Tú no sabes la pelotera que he tenido con esas dos visiones.

CARMEN. No te enfades con ellos, papá... Ya ves tú como yo no les digo nada...

DON TOMÁS. Ni yo tampoco: desde ahora los desprecio. En teniéndote á ti, lucerito, ¿qué más quiero yo en este mundo? Digo, ¿eh? ¡Lo que se quería llevar ese bellaco!

CARMEN. ¿Qué bellaco, papá?

DON TOMÁS. ¡Ese... de la tierra del arroz!

CARMEN. ¿Cuál?

DON TOMÁS. ¡Pepe Romero!

CARMEN. Papá, papaíto, por Dios... no te pongas así... ¿Te parece Pepe Romero un bellaco? Yo creo que tú lo miras con pasión...

DON TOMÁS. ¿Eh?

CARMEN. Es lo malo que tiene fiarse de habladillas... juzgar á las personas con ligereza... Pepe es más bueno de lo que parece, papá... Yo te lo aseguro... Lo que tiene, que tú no lo comprendes... porque como apenas has hablado con él... y él ha

hecho cosas... así... un poquillo raras... es claro que no lo comprendes... Pero es muy bueno... no te quepa duda...

DON CRISTINO y DOÑA ROSA. Riéndose á más y mejor. ¡Ja, ja, ja!

DON TOMÁS. ¿Cómo, cómo, cómo?... Déjate de zalamerías y habla claro. A doña Rosa y á don Cristino. ¿Me hacen ustedes el favor de no reirse? A Carmen. Tú, cabeza de chorlito, explica eso.

CARMEN. Si te vas á enfadar también...

DON TOMÁS. ¡Ahora me toca á mí! Otra vez á los viejos. ¡Porra! ¡Me están ustedes poniendo nervioso con su risa!

CARMEN. Lo que ha pasado es bien sencillo. La escuchan todos con interés y curiosidad. Doña Rosa y don Cristino manifiestan al mismo tiempo viva alegría. Don Tomás la mayor sorpresa y alguna inquietud. Me fuí al gabinete con la cabeza loca... sofocadísima... Me asomé á la ventana para que me diese un poco el fresco de la noche... Y, las cosas que dispone Dios, pegadito á la ventana estaba él... ¡Si vieras qué pena me entró al verlo allí... tan solo... tan mustio! Inmediatamente sentí unas ganas muy grandes de perdonarlo... Él... no pudo... ni quiso contenerse... y principió á hablar y á hablar y á hablar... Y yo, figúrate, ¿qué había de hacer más que escucharlo?... Me fué imposible apartarme de la ventana... Luego se cambiaron los papeles y era yo la que hablaba y él quien oía... Y ahora, por último, hablábamos los dos á un mismo tiempo. Y nada más.

DON TOMÁS. ¡Ah! ¿nada más? ¡Pues, hija mía, si te parece poco!...

DOÑA ROSA y DON CRISTINO. Volviendo á la risa. ¡Ja, ja, ja!

DON TOMÁS. En resumidas cuentas: ¡que has hecho las paces con ese bribón!

CARMEN. No te sofoques, papaíto.

DON TOMÁS. ¡Basta de papaítos y de carantoñas!

DOÑA ROSA. Levantándose. ¿Lo estás viendo, Tomás de mis culpas?

DON TOMÁS. ¡No quiero ver nada! ¡Ni á ti, ni á éste, ni á nadie!

DOÑA ROSA. Descuida; ya me voy.

DON CRISTINO. Y yo también. Se levanta.

DOÑA ROSA. Yéndose por la puerta del foro. (A decirle al otro que venga.)

DON CRISTINO. Yéndose por la cancela sin dejar de reirse. (A correr la voz por la tertulia.)

CARMEN. Tú te quedas, ¿verdad, papá?

DON TOMÁS. ¡Yo, no! ¡Yo me subo á la azotea con los palomos, únicos seres que no me dan disgustos!

Esteban, el novio de Dolores, silba en la calle con los bríos de siempre.

CARMEN. Pero ¿te vas enfadado conmigo?

DON TOMÁS. ¡Contigo, con tu tía, con el viejo ese, conmigo mismo, con media humanidad! ¡Uf, qué sofocación! ¡En el verano no pueden pasar más que desastres! Tropezando al subir la escalera. Tropieza, hijo, á ver si te revientas de una vez... Vase refunfuñando. ¡Maldita sea mi estampa!

CARMEN. Tratando de detenerlo. Papá... pero papá... Escucha un momento... Nada, es inútil. Cuando se pone así...

Baja DOLORES muy aprisa.

DOLORES. ¡Ay, señorita Carmen! ¡Cómo va er señorito don Tomás escaleras arriba! ¿Es porque se ha arreglao usté con er señorito Pepe? Sí, ¿verdá? No sabe usté lo que yo me alegro... Y ahí está mi Esteban... Y de seguro viene al oló... Y nos arreglaremos también nosotros... Corriendo hacia la cancela. ¡Josú, Josú! ¡Va á tené que vé la cara de *Arrope!* A PEPE ROMERO, con quien se cruza en la cancela al marcharse. ¡Ande usté pa dentro, que tiene usté más suerte que un durse!

PEPE. Riéndose. ¡Ja, ja, ja!

CARMEN. ¡Demonio de muchacha!

PEPE. Pero, oye, ¿qué me ha dicho tu tía? ¿que tu padre se ha puesto furioso?

CARMEN. No te preocupes. Se le pasará en cuanto entre el invierno.

PEPE. Suspirando. ¡Ay! Me parece mentira que vuelvo á verme aquí, en tu casa, en tu patio, al lado tuyo, en paz y contentos los dos.

Hablan muy entusiasmados en voz baja. Simultáneamente aparecen CURRITO por la puerta de la derecha y por la cancela VERJELES.

CURRITO. A ver zi conzigo *arrancarme.*

VERJELES. A ver si llego en mejor coyuntura.

Ambos se quedan perplejos al ver el grupo que forman Carmen y Pepe, y avanzan poco á poco con gran sigilo en dirección contraria, sin quitarle ojo á la amante pareja.

CARMEN. Cariñosamente. ¡Trapalón!

PEPE. ¿Trapalón? Pero ¿no me crees?

CARMEN. Si no te creyera, ¿estaríamos así?

PEPE. Es que me vuelve loco la idea de que pueda quedar en tu pensamiento una sombra de duda.

CARMEN. Mírame bien y te convencerás de que no queda.

Pepe la mira fijamente á los ojos durante el breve diálogo de Currito y Verjeles.

CURRITO. Tropezando con Verjeles y en voz baja. ¡Hombre! ¿va usted ciego?

VERJELES. También en voz baja. ¿Y usted, cómo va?

CURRITO. A propózito: ¿qué quería usted conmigo?

VERJELES. ¿Y usted conmigo?

CURRITO. ¿Yo? ¡nada!

VERJELES. Pues yo, ¡menos! (Se ha acobardado.)

CURRITO. (Ze ha *echao pa* atrás.)

Siguen su sigilosa marcha sin dejar de mirar á los enamorados y sin ser vistos por éstos.

PEPE. Tienes razón: no queda.

CARMEN. Te creo: te oigo hablar, y te creo; te miro, y te creo... Pero si me equivoco al verte y al oirte y ahora también me estás engañando, no me lo digas nunca... y sígueme engañando así toda la vida.

PEPE. Estrechándole las manos con pasión. ¡Toda la vida así!

Vuelven á charlar en voz baja.

CURRITO. Yéndose por la cancela. (¡Por algo la encontraba yo ojeroza!)

VERJELES. Yéndose por la puerta de la derecha. (¡En el tranvía de mis desdichas acabo de poner el «completo»!)

CARMEN. Al público.

Ya veis que nada hay mejor
que un patio de Andalucía

para borrar en un día
desavenencias de amor.
Si alguna sufriendo está
celos, agravio ó desvío,
yo le ofrezco el patio mio ...
con permiso de papá.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto, 1899.

EL PATIO [1]

(CARTA ABIERTA, QUE DEBÍA SER CERRADA)

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, 18, que es donde está la redacción de *Letras de molde*.

Mi querido Director: Los hermanos Alvarez Quintero, de quien ya sabe usted que soy uña y carne, han recibido una carta de usted en la que les pide cuatro ó seis palabras respecto de la comedia cuyo título encabeza estas líneas. Usted, señor director, se ha olvidado, sin duda, de que los autores de esa comedia son ellos. De no ser así, no se explica su petición de usted, por ser cosa natural y corriente en esta tierra que todo el mundo hable de las obras de todo el mundo menos el propio interesado.

Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, es el caso que leer mis amigos su carta de usted y ponerse á temblar como en noche de estreno, todo fué uno. «¿Quién no le contesta á este hombre?»—se pre-

(1) En el segundo número del semanario titulado *Letras de molde*, se publicó esta carta de *El Diablo Cojuelo*, que no consideramos inoportuno transcribir aquí.—*N. de los AA*

guntaron perplejos y confusos.— «¿Y quién le contesta?»—volvieron á preguntarse más confusos y más perplejos todavía. Y como conmigo tienen entera confianza, y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy su paño de lágrimas en muchas ocasiones y más bueno que una bizcotela, á mí vinieron á contarme su apuro. Yo los oí como quien oye silbar (que es todo lo contrario de como quien oye llover), y luego de serias discusiones, en que estuvo á punto de romperse el hilo de nuestra buena amistad, determinaron que yo cargase con el muerto de la contestación, aunque pidiéndome por la salud de toda mi familia que no lo echase á broma, como acostumbro echarlo todo.

Y aquí me tiene usted con el muerto al hombro, completamente decidido á soltar la carga cuanto antes. A ver qué tal me explico.

Yo sé de buena tinta que ellos este verano, antes de lo de la peste bubónica, se propusieron, entre otras cosas, lo siguiente:

1.° Escribir una comedia de costumbres sevillanas.

2.° Que la tal comedia se titulase *El patio*.

3.° Que tuviera dos actos.

4.° Que estuviese en prosa, aparte la redondilla final.

5.° y último. Que, á ser posible, no saliese un *buñuelo* en vez de una comedia. (Que saliese un *sainete* no les pasó por la imaginación.)

Es claro que, al titularse *El patio* la comedia, al llevar por título el *lugar de la acción*, no podía ni debía ser otra cosa que fiel reflejo de la vida de

la gente sevillana en el patio, ya durante las horas en que burla la vela los rayos del sol, ya cuando se repliega respetuosa para dejar que pasen los de la luna. Y dicho y hecho: para no desairar ni al sol, ni á la luna, ni á las estrellas (no les gusta molestar á nadie), y como tan pintoresco y digno de estudio es un patio de noche como de día, decidieron que el primer acto pasase de día y el segundo de noche. En lo cual me parece á mí que, como se dice ahora, *no estuvieron pesados*. Puede que me ciegue la pasión.

Una acción complicada, laberíntica (me da el corazón que lo estoy tomando muy en serio), ó sin ser laberíntica ni complicada, y apelando á un término taurino, de *muchas libras*, hubiese excluído por completo los *elementos pintorescos* de la comedia. Y claro es que, excluídos estos elementos ó absorbidos por la importancia de la acción, la comedia se llamaría *Los nervios de Carmen* ó *El novio al paño* ó *Las paces inesperadas* ú otra cualquier cosa; pero lo que es *El patio*, no. Y como la comedia que ellos han querido hacer es *El patio*, y les gusta mucho que les salga lo que quieren hacer (esto me consta de un modo indudable), de ahí que imaginaran una acción muy sencilla, inspirada en la índole de los sucesos más propios y corrientes en los simpáticos patios de su tierra.

Si todo lo que ocurre en *El patio* pudiera igualmente pasar en una sala, en un pasillo, en un pajar ó en una azotea, tendríamos que convenir en que mis amigos habían estado á la altura del es-

cultor que se puso á tallar un San Cristóbal y acabó por hacer la mano de un mortero.

Por otra parte, cuanto más naturales sean las cosas que pasen en las comedias, tanto más se parecerán las comedias á la vida, que es de lo que se trata. El interés subsistirá por sencilla que sea la acción que se forje, siempre que haya un poco de arte en la composición. ¿O es que se cree que sin sorpresas, líos, maquinaciones, cartas olvidadas en un manguito ó telegramas puestos en una bota de montar (valga el ejemplo), no es posible interesar á nadie? ¡Aviados estábamos! Imagínese una acción humana; píntense los amores de una mujer, los celos de un hombre, las alegrías ó las penas de todos, algo de lo que sucede en este mundo, en fin, y siempre se conseguirá interesar al público. Digo yo. No estriba el interés en *lo que pasará*, sino en *lo que pasa*. El ideal para mis amigos sería que el público, durante la representación de una de sus obras, llegara á olvidarse de que se hallaba en el teatro. Bien es verdad que para conseguirlo tendrían que empezar por matar á todos los apuntadores, y eso sería un crimen espantoso.

—

En una postdata de su carta de usted, y como quien no quiere la cosa, les pide por favor que le digan por qué le han llamado á *El patio* comedia y no sainete.

A pesar de que esta pregunta está de sobra contestada con lo dicho, voy á satisfacer su curiosidad.

El sainete, en mi concepto, ha de constar de *un solo acto* y ha de ser *genuinamente popular*, respondiendo así á su tradición y á su historia completa. Bien claro lo prueban, entre los modelos del género, los más famosos y queridos del autor de *La casa de tócame Roque*, y los más preciados de nuestros saineteros del día. Ya sé que ahora, por circunstancias que no son del caso, tiende tan castizo género á ensanchar su campo de acción, pero siempre conservando como requisitos peculiares la pintura de costumbres del pueblo y las dimensiones de un acto solo.

Si se escriben sainetes en dos actos, es claro que también pueden escribirse en tres, en cuatro ó en cinco. Y un sainete en tres ó en cuatro actos es lo mismo que un entremés en dos. Y un entremés en dos equivale á poner en una mesa melones en lugar de aceitunas.

Pues bien: si el sainete debe estar y está encerrado en esos límites, ¿cómo ha de llamarse una obra cómica en dos actos, donde se pintan costumbres de una clase que no es el pueblo, y la cual está *sujeta desde el principio á una acción*, por vulgar, insignificante y baladí que ésta sea? Yo creo que no tiene más nombre que el de *comedia*. A lo sumo, podría llamársele *comedia de costumbres*, por más que esta particular distinción obligaría á calificar á otras, que hoy se llaman simplemente comedias, de *comedias de enredo, comedias de caracteres* ó *comedias de disparates*, que también hay algunas.

Finalmente, si el nombre de *comedia* no lo de-

termina la pintura de tipos y costumbres, sino lo abundante y complicado de la acción, el maestro Bretón de los Herreros, el autor de *Marcela, El pelo de la dehesa, Un día de campo, Un tercero en discordia* y tantas y tantas obras más, el padre de nuestro moderno teatro cómico... escribió poquísimas *comedias*. A buen seguro que pueden contarse.

Y adiós, mi querido amigo. Perdóneme si he sido más prolijo de lo que usted quisiera. Ahora me voy á ayudar á los dos hermanos en una tarea que los tiene entretenidísimos. Acaban de recibir *siete gruesas* de chistes y chascarrillos andaluces para las obras que preparan, y los están examinando y clasificando por orden alfabético. Creo que van por la J... Tienen eso muy bien montado. Chistes de primera escena, de segunda, de quinta, de final de acto, etc. Le digo á usted que es una maravilla.

Ya me olvidaba de enviarle las gracias en nombre de ellos por los desaforados piropos que les echa usted en pago del favor que les pide. Afortunadamente, no se *hinchan* con los elogios, y hacen muy bien, ya que no hay nada más fácil que hinchar un autor, aquí donde es cosa tan difícil hinchar un perro.

Mande lo que guste (el periódico entre otras cosas), á su devotísimo amigo y servidor q. l. b. l. m.,

EL DIABLO COJUELO.

Madrid 15 Enero 1900 (siglo XIX).

LAS FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 4 de Diciembre de 1901.

Á LA SEÑORA

DOÑA CANDELARIA QUINTERO

DE ÁLVAREZ HAZAÑAS

SUS HIJOS,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

La poesía no tiene dentro ni fuera, fondo ni superficie; toda es transparencia, luz increada y que penetra al través de todo...

CLARÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA JESÚS	Matilde Rodríguez.
CONSUELO	Rosario Pino.
ROSA MARÍA	Concha Catalá.
ÁNGELES	Lola Bremón.
CHARITO	Mercedes Sampedro.
JULIANA	Antonia García.
SALUD (niña)	Mariquita Santiago.
UNA CHIQUILLA	Teresita Santiago.
VICENTA	Inés Muñoz.
BERNARDO	Francisco Morano.
GABRIEL	José Tallaví.
EL ABUELO	José Vallés.
JUAN ANTONIO	Javier Mendiguchía.
BARRENA	José Rubio.
ROMÁN	Salvador Mora.
RAMONCILLO	Ramiro de la Mata.
MANUEL (niño)	Paquito Mora.
UN MOZO DEL HUERTO	Ramiro de la Mata.

ACTO PRIMERO

Huerto sevillano. A la derecha del actor la puerta de entrada, abierta en una tapia rematada por caprichosas almenillas. En ángulo recto con ella, la vivienda de la gente del huerto, que es de un solo piso, y á la cual cubre un tejadillo en declive hacia el centro de la escena. De esta vivienda se ven dos fachadas: una lateral, de frente al público, y otra principal, de frente á la izquierda del escenario, y que se prolonga hasta el tercer término. En la fachada de frente al público hay una puerta y una ventana con reja, y entre ambas un poyete. Orlando la puerta, una enredadera de campanillas blancas y azules. Sobre el poyete un grupo de macetas de geranios en flor. Las paredes todas, blancas como las campanillas, y todas con zócalo, azul como las campanillas también. En la fachada principal hay una puerta y dos ó tres ventanas sin reja, desiguales; y en los huecos, cubriendo materialmente la pared, las ramas de varios jazmines que se crían adheridos al muro. Delante de la puerta que da frente al público, un par de sillas bastas y muy viejas, y una mesa chica de pino.

Por la izquierda del actor y por el fondo extiende el huerto su lozana verdura, que cruzan y dividen caprichosas veredas. Algunos melocotoneros y perales se yerguen sobre todo; forma la parte más compacta y brillante del fondo un buen golpe de naranjos cuajados de azahar, y aquí y allí destácanse, cada cual con sus galas mejores, la magnolia, la celinda,

el granado, la adelfa, los rosales y las malvalocas. Las lindes de algunas veredas las señalan y forman apretadas filas de macetas de reseda, geranios, verbenas, rosas y claveles.

Cubriendo el huerto todo, el cielo alegre y limpio de la primavera.

Es por la mañana.

El ABUELO está sentado á la puerta del huerto, con sombrero ancho y en mangas de camisa. Es un viejo de ochenta años, muy colorado y con el pelo blanco como la nieve.

Un MOZO DEL HUERTO canta allá dentro, hacia la izquierda.

MOZO. *A la fló de la violeta*
regüerta con er jazmín,
á eso me güele tu cuerpo
cuando te asercas á mí.

Aparece y cruza hacia la derecha del foro, por donde se va, con una regadera llena de agua.

Tiene mi serrana
la cara como una rosa
cuando dispierta por la mañana.

Sale una CHIQUILLA por la puerta principal de la casa y se encamina á la del huerto. Lleva la trenza suelta, y viste trajecillo de percal rosa y mantón claro de espuma, puesto en forma de chal.

CHIQUILLA. Hasta er domingo, y que no farte.

ABUELO. Deteniéndola, al tiempo de irse. ¿Ande vas, chiquiya?

CHIQUILLA. A mi casa.

ABUELO. ¿Y de ande vienes?

CHIQUILLA. De encargarle á su hija de usté dos ramos pa un bautiso.

ABUELO. ¿Cómo le van á poné á la criatura?

CHIQUILLA. Anita Troncoso y Oliva.

ABUELO. ¿Te toca á ti argo?

CHIQUILLA. Sí, señó; si no peleo con mi novio será mi cuñá.

ABUELO. ¿Y tú cómo te yamas?

CHIQUILLA. ¿Yo? Isabé.

ABUELO. ¿Cuántos años tienes?

CHIQUILLA. Dose.

ABUELO. ¿Dose? Te fartan tres.

CHIQUILLA. Por más que ya se pué desí que tengo trese. Los cumplo en Junio y estamos en Mayo...

ABUELO. ¿Trese? Entonses no te fartan más que dos.

CHIQUILLA. Pero dos ¿pa qué?

ABUELO. Pa tené quinse, tonta.

CHIQUILLA. Marchándose. ¡Ay, er viejo!

ABUELO. Oye.

CHIQUILLA. Estoy sorda. Pregunta usté más que la dortrina.

ABUELO. Viéndola ir.

Capuyito, capuyito,
ya te vas gorviendo rosa;
ya te va yegando er tiempo
de desirte arguna cosa.

Flores... toas son flores... La que no es jazmín es clavé; la que no es clavé es asusena; la que no es asusena es rosa; la que no es rosa es campaniya... Toas son flores... de ahí no hay quien me saque.

Sale María Jesús de la casa, por la puerta de frente al público, con una cazuela de berza que partir y arreglar, y se sienta á ello. Es mujer de unos cincuenta y tantos años. Viste un traje de faena remendado y pobre, pero limpio.

María Jesús. Diga usté, padre: ¿usté ha tomao un encargo que ha venío hase poco?

Abuelo. Yo no: lo tomó Consuelo.

María Jesús. ¿Pa dónde era?

Abuelo. Me paese que era pa er convento de la Encarnasión... ó pa er convento der Socorro... ó pa er convento de... Güeno, pa un convento.

María Jesús. Pa este de aquí abajo sería.

Abuelo. Eso es, sí; pa este de aquí abajo.

María Jesús. ¿Y no ha venío nadie más?

Abuelo. Juaniyo er de la Plasa, por jazmines.

María Jesús. Ya podía pagá lo que debe Juaniyo er de la Plasa. En comiendo eyos, que coma una ó no coma les tiene sin cuidao.

Abuelo. No te quejes, mujé; que nunca se ha vendío en este güerto más que ahora.

María Jesús. Señá de que lo hay.

Abuelo. Como que cresen flores hasta en la arberca.

María Jesús. Su trabajo les ha costao á mis hijas.

Abuelo. Y á ti también, no ersageremos. Y no digo que á mí, porque no me gusta echarme piropos.

Llega de la calle Juliana, comadre de María Jesús y mujer de sus años, en lo cual es en lo único que se parecen. Viste á lo popular, pero con cierto lujo y con mal gusto.

MARÍA JESÚS. Contrariada al verla. (¡Vaya! Ahora vamos á tené visita diaria.)

JULIANA. Dios guarde á ustedes.

ABUELO. Venga usté con Dios.

Pausa. Juliana se abanica.

JULIANA. Media Seviya he correteao...

MARÍA JESÚS. (Pos no le digo que se siente.)

Nueva pausa.

JULIANA. ¿Qué hay por aquí?

MARÍA JESÚS. Lo de tos los días: mucha tranquilidá, mucho trabajo... y mu pocas ganas de conversasión. (Y menos con lagartonas como tú.)

JULIANA. Yo voy á hablá mu poco.

MARÍA JESÚS. Yo no lo he dicho por usté.

JULIANA. ¿Y las niñas?

MARÍA JESÚS. Por ayá dentro andan.

JULIANA. Les quería enseñá un corte e blusa que le ha regalao su novio á mi Dolores...

ABUELO. Riéndose. (¡Su novio! ¡Pf...!) ¿Es de raso?

JULIANA. Es de sea.

MARÍA JESÚS. Pos no lo deslíe usté, comadre. No nos vayamos á enamorá de la sea. Ya sabe usté que acá semos pobres, y no podemos vestirnos más que de percá.

JULIANA. Comadre, no se eche usté por tierra, que yo no vengo á pedirle á usté dinero.

MARÍA JESÚS. Ya me hago cargo. Usté tiene to lo que nesesita.

JULIANA. Grasias á Dios, hija de mi arma. Nos cayó la veta, comadre. En güena hora lo diga, pero ni á mis hijas ni á mí nos farta na.

ABUELO. Eso cree usté, señora.

JULIANA. Miste qué peina. Tómela usté en peso.

MARÍA JESÚS. ¿Yo, pa qué?

JULIANA. ¿No le gustaría á usté vérsela puesta á su Consueliyo?

MARÍA JESÚS. Se engaña usté en más e la mitá, comadre.

JULIANA. ¿Es orguyo eso?

MARÍA JESÚS. Eso es comodidá. Como pesa tanto, la que se la clava en er moño tiene que bajá la cabesa pa er suelo, y á mi Consueliyo y á toas mis niñas siempre las verá usté con la frente mu arta.

ABUELO. (¡Arsa con esa, repulía!)

JULIANA. Abanicándose, hecha una pólvora. ¿Sabe usté lo que le digo, comadre?

MARÍA JESÚS. Comadre, usté dirá.

JULIANA. Que habla usté mucho de la frente e las niñas, y que de tanto mirá pa er sielo se van á queá siegas, y que tiene usté toavía cuatro mositas, y que en este mundo cae luego ensima to lo que se mormura, y que no es menesté fartarle á nadie pa sé ca una como Dios la haya hecho... y que en esta *pajolera* casa estoy yo cogiendo un mar de estómago.

MARÍA JESÚS. Dejando la cazuela y levantándose, pero sin perder su tranquilidad y aplomo. Escuche usté, comadre: de nueve hijos que he tenío, ocho han sío mujeres. Una se me murió de seis años—¡pobresita mía!—angelitos ar sielo; dos se me han casao y no saben sus maríos donde ponerlas, porque como son po-

bres no tienen en la casa oratorio; otra está en el Hospitá cuidando enfermos—le dió por ahí, Dios la bendiga; no es por farta e cara, que la tiene presiosa;—y tocante á las cuatro que me quean á la vera toavía, ni las malas lenguas der barrio—y no lo digo por usté—han podío desí de eyas ni esto. Miste que es poco... Pos ni esto. Pa que se me venga usté á mí con peinas de való y con cortesitos e blusa.

JULIANA. Conosía la historia.

MARÍA JESÚS. Y me la sé ar dediyo, ¿no es verdá?

JULIANA. Sólo que siempre se caya usté, no sé si por orvío ó por convenensia, á la viuda de su hijo Migué, que me paese que también está en la familia.

MARÍA JESÚS. Con sentimiento. En la familia está... no pueo negarlo...

JULIANA. ¡Je!

MARÍA JESÚS. Pero no es de mi rama, no es de acá... no es der «Güerto e las Campaniyas». Mi pobre hijo—que por no desmentí la casta era mu güeno y mu honrao, pa que usté lo sepa—la cogió e la caye compadesío de su desgrasia... y como había de salirle güena... le salió na más que regulá... Por eso se murió er pobresito... Y por eso mi Consueliyo, que es leche con asuca, quitó der lao e la mala madre á las tres criaturitas que nasieron. ¿Quié usté que le diga argo más? Porque acá tenemos contestasión pa to lo que usté nos pregunte. Acá no semos como otras que hay que tienen que tapá muchas picauras.

JULIANA. La encuentro á usté mu fantesiosa esta mañana.

MARÍA JESÚS. Pos estoy lo mismo que siempre.

ANGELES y CHARITO salen por la puerta principal de la casa, en traje de calle. Angeles viste hábito del Señor y mantón negro. Charito traje claro de percal y mantón blanco. Ambas lo llevan puesto á modo de chal.

MARÍA JESÚS. ¿Ande vais?

ANGELES. Güenos días, Juliana.

CHARITO. Güenos días.

JULIANA. Vengan ustés con Dios.

MARÍA JESÚS. ¿Ande vais, niñas?

CHARITO. Yo á comprá un carrete y una jaula.

ANGELES. Y yo por una vela pa las tormentas.

MARÍA JESÚS. No tardarse, ¿eh?

ANGELES. Descuide usté, que venimos pronto.

JULIANA. ¿Vais pa abajo?

MARÍA JESÚS. No; van pa arriba.

JULIANA. Le arvierto á usté que no me las voy á comé.

CHARITO. No nos dejaríamos nosotras.

ANGELES. Caya tú... Hasta luego, madre.

CHARITO. Hasta luego.

Al ir á salir, llegan JUAN ANTONIO y VICENTA y se detienen saludándolos. A Juan Antonio se le advierte que es sacristán á tiro de cañón. Vicenta es una criada de la iglesia en que Juan Antonio presta sus servicios. Trae una gran bandeja de mimbres para llevar flores.

JUAN ANTONIO. La paz de Dios sea en esta santa casa.

ANGELES. ¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO. Hola, niñas... María Jesús... Abuelo... Juliana...

ABUELO. Güenos días, amigo.

MARÍA JESÚS. Pensando en usté estaba yo hase poco.

JUAN ANTONIO. Yo estoy pensando en ustedes á todas horas.

CHARITO. Usté es mu fino.

JUAN ANTONIO. Ya saltó la chica. ¿Adónde va por ahí esta parejita de lirios tempranos? ¡Ah! Dirigiéndose á Angeles, que lo turba visiblemente con sus ojos. El padre Santiago está muy enfadado con usted... está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted el padre Santiago... ¡Oh, qué cabeza! He querido decir... el padre Santiago.

María Jesús recoge la cazuela que antes sacó y se entra en la casa. Á poco vuelve sin ella.

CHARITO. Pos no sale usté der padre Santiago en toa la mañana.

JUAN ANTONIO. ¡Je! Qué mala es esta chica... (La mala es la otra, que me roba la voluntad.)

ANGELES. Dígale usté ar padre que ya iré yo por ayí... que ya verá como no me orvido... ¡Ah! Y muchísimas grasias por el agua bendita.

JUAN ANTONIO. Calle usted, por Dios... el agua bendita... ¡eso no vale nada!

ANGELES. ¿Qué está usté disiendo?

JUAN ANTONIO. ¡Jesús! ¡qué animal! El Señor me perdone... Quise decir que es el agua bendita la que debe estar agradecida... ya que usted va á mojar en ella sus... sus... ¡Atiza! ¡qué profanación! No sé por dónde ando...

CHARITO. Mira, vámonos ya, si no quieres que se condene Juan Antonio.

ANGELES. Es verdá; que está desatinao esta mañana.

JUAN ANTONIO. *Desatinasdo*... Vaya, el Señor las *ascopañes*... (¡Adiós! ¡ya empezaron á bailarme las eses!...)

ANGELES. Hasta luego.

JUAN ANTONIO. *Hatas luesgo*... (¡Jesús!)

CHARITO. (Ar sacristán le gusta mi hermana más de la cuenta.)

JUAN ANTONIO. (Si esa mujer se encierra en un claustro... yo me voy á un desierto.)

MARÍA JESÚS. Viendo ir á sus hijas. Místelas, comadre; da gloria verlas á las dos.

JULIANA. A toas las madres nos parese lo mismo.

JUAN ANTONIO. ¿Están mis flores, María Jesús?

MARÍA JESÚS. ¿Se le ha fartao á usté acá arguna vez?

JUAN ANTONIO. ¡Nunca! Si no es eso... sino que tengo alguna prisilla...

MARÍA JESÚS. Pos vamos pa ayá. Encamínase con Juan Antonio y Vicenta hacia el segundo término de la izquierda, por donde se van.

JUAN ANTONIO. Ya sabe usted lo que sucede... Anda, Vicenta. Juan Antonio, la sacristía, Juan Antonio, el altar, Juan Antonio, las velas, Juan Antonio, los ramos, Juan Antonio, á tocar á misa. Y Juan Antonio no tiene más que un cuerpo. Pero los curas no se ponen en nada... Al fin curas... ¿Qué estoy diciendo, santo Dios? El Señor me perdone.

JULIANA. Estallando. Si es muda revienta. ¡Pos no está

mi comadre mu fastidiosa con sus niñas! ¡Jesús! ¡No paese sino que no hay más niñas güenas que las suyas! ¡Ave María!... ¡Este año, er premio á la virtú en los Juegos florales!...

ABUELO. Y usté la reina de la fiesta.

JULIANA. Otras habrá peores.

ABUELO. No digo que no; eso es cuestión de gusto... Usté toavía está en güena edá... y retocándose un poquiyo pué da er gorpe. ¿Por qué no se tapa usté la meya con un grano de arró?

JULIANA. Porque así le hago más grasia á mi marío.

ABUELO. Ah, pero ¿usté está en la equivocasión de que le hase grasia á su marío?

JULIANA. Tanta grasia como mi marío me hase á mí.

ABUELO. Es que Barrena es mu grasioso.

JULIANA. ¿Sí, verdá? No sabe é la que le espera por la úrtima grasia.

ABUELO. Se lo figurará. Tiene fantesía.

JULIANA. Dos días hase ya que no va por casa... ¡Er demonio er viejo!... Por supuesto, que no va á sé ferpa. Lo vi á poné hecho un higo. Aparece BARRENA, que viene de la calle con la pesadumbre pintada en el rostro. Al principio no ve á Juliana; pero no bien ha avanzado dos pasos huerto adentro, repara en ella, se le ponen los pelos de punta, y al oir sus cariñosas palabras echa á correr y no lo alcanza un galgo. Ér se cree que adelanta argo con retardá el encuentro... y lo que hase es dá lugá á que á mí me crezcan las uñas... Viendo á su marido. ¡Granuja, ven acá! ¡A tiempo yegas!

ABUELO. ¡En seguía!

JULIANA. ¡Sidoro! ¿Ve usté como juye? Er que juye, delito tiene... Pero no le vale... Echando á correr y yéndose detrás de Barrena. ¡Sidoro! ¡Grandísimo perro!... ¡Sidoro!...

ABUELO. Sí, sí... Ni con artomovi cogen á Sidoro.

El MOZO vuelve á cantar allá dentro, muy lejos.

MOZO. *¡Qué grandes fatigas!*
¡qué grande doló!
¡qué punsaítas más lentas
le dan á mi corasón!

Viene BERNARDO de la calle. Viste traje negro de americana y sombrero flexible.

BERNARDO. Buenos días, abuelo.

ABUELO. Levantándose. ¡Don Bernardo!

BERNARDO. No se mueva usted.

ABUELO. Si yevo sentao toa la mañana... ¿Cómo van esas murrias?

BERNARDO. Como siempre. ¿Y por aquí, qué tal?

ABUELO. Tos güenos; muchas grasias.

BERNARDO. A usted da gloria verlo. Me da usted envidia. Representa usted menos edad que yo.

ABUELO. Pos véngase usté á viví ar güerto con nosotros, y yo me encargo de ponerlo á usté como nuevo. Esto es una bendisión, señorito. Miste, yo me levanto con er só; me asomo á la ventana e mi cuarto, hago asín... Respirando fuerte. y ya no me hase farta er desayuno. Los olores der güerto metiéndose tos juntos pecho alante, alimentan más que er pan de Arcalá.

BERNARDO. Riéndose. Sí lo creo, sí... ¿Y María Jesús, por dónde anda?

ABUELO. En el *escritorio* la tiene usté.

BERNARDO. ¿Cómo en el *escritorio?*

ABUELO. Ahí en er cuartucho ese ande hasen los ramos. Le yamamos asín, porque un día Charito les dijo á unos ingleses que era el *escritorio*... ¡Je! Y el *escritorio* se le ha queao.

BERNARDO. Pues voy al *escritorio*. Encamínase hacia la izquierda, á tiempo que salen por la puerta principal de la casa CONSUELO, SALUD y MANUEL, ante los cuales se detiene. Manuel y Salud son dos sobrinitos de Consuelo, de cinco y seis años respectivamente. Consuelo viste un trajecillo claro de percal, tan traído y llevado como limpio. Los niños salen dispuestos para ir á la academia. ¡Consuelo!

CONSUELO. ¡Don Bernardo! ¡Dichosos los ojos!

BERNARDO. Calcula tú lo que dirán los míos.

CONSUELO. Los de usté, ¿qué van á desí?

BERNARDO. ¿No te digo á ti que lo calcules? Mira qué buenos colores tienes.

CONSUELO. De trajiná con estos diabliyos.

BERNARDO. Tomándoles la cara á los niños. ¿Son malos?

CONSUELO. Regulariyos son... Los besa.

BERNARDO. ¿Y la más pequeña?

CONSUELO. ¿Luisita? En la cuna la tiene usté; ¿quié usté verla? No hase más que comé y dormí. Paese un gusano e sea.

BERNARDO. Vamos á ver: ¿cuál de los dos es el que se va á venir conmigo á mi casa? A la niña. ¿Vas á ser tú?

SALUD. No.

BERNARDO. Al niño. ¿Y tú?

SALUD. Tampoco.

BERNARDO. Mujer, déjalo á él que conteste.

CONSUELO. En seguía. Esta paese el eco: contesta siempre aunque no le pregunten.

BERNARDO. ¿Cómo te llamas?

SALUD. Salú.

BERNARDO. ¿Salud qué?

SALUD. Salú Campo y Romero.

CONSUELO. ¿Qué más se dise? Para serví á Dios...

SALUD. Para serví á Dios y á usté.

CONSUELO. Besándola. ¡Qué monísima eres, chiquiya!

BERNARDO. Al niño. ¿Y tú, cómo te llamas?

SALUD. Manué.

BERNARDO. Ya está el eco.

CONSUELO. Déjalo tú que él lo diga, Salú.

BERNARDO. ¿Qué edad tiene ésta?

SALUD. Seis años.

BERNARDO. Al niño. ¿Y tú?

SALUD. Sinco.

BERNARDO. ¡Nada! ¡No hay manera! ¿Quieres un perro grande?

MANUEL. *Dámelo* usté.

BERNARDO. Riéndose. ¡Toma, hombre, toma!

CONSUELO. Ya habló, don Bernardo.

BERNARDO. El amigo no quiere gastar saliva en balde. Tú serás un gran hombre.

SALUD. *Dame* usté á mí otro.

BERNARDO. Sí, mujer; ya lo creo.

CONSUELO. Niños, ¿qué se dise?

SALUD y MANUEL. Muchas grasias.

CONSUELO. ¿No es verdá que paresen otras las criaturitas?

BERNARDO. Como que es otra la madre que tienen. Las besa. ¿Se sabe de la suya?

CONSUELO. Más vale que no se sepa, don Bernardo. No hay quien la sujete: es una cabra.

ABUELO. Conque, ¿nos vamos á la escuela ó no nos vamos?

CONSUELO. Andá con agüelito. Dame un beso, Salú. Dame tú otro, Manué. Que seáis güenos.

ABUELO. Vamos ayá.

CONSUELO. Volviendo á besarlos. Cuidaíto con echarse manchas. Hasta luego, gloria.

ABUELO. ¡Déjalos ya, chiquiya!

CONSUELO. A vé si no me compráis chucherías con ese dinero. Salusita, no le dejes á Manué que compre chochos; que luego le hasen daño. Y tú no le respondas á doña Ana. Ea, darme otro beso.

ABUELO. ¡Mujé, que no se van á Filipinas! ¡A la escuela ahora mismo! Se va con Salud de una mano y Manuel de la otra. Consuelo se asoma á la puerta á verlos ir. En seguida vuelve á entrarse en el huerto, é interroga á Bernardo que está pensativo.

CONSUELO. ¿En qué piensa usté, don Bernardo?

BERNARDO. ¡Si vieras cuántas veces me contó mi madre esta escena!... Consuelo hace un gesto de tristeza resignada. Voy á ver á la tuya. Entrase por el segundo término de la izquierda.

CONSUELO. ¡Pobre don Bernardo! Después de echarles un vistazo y cortarles unas ramitas á varias macetas que hay en primer término. ¿Dónde estará mi hermana? Llamándola. ¡Rosa María!... ¡Rosa María!...

ROSA MARÍA. Dentro, muy hacia el fondo. ¿Qué quieres?

CONSUELO. ¿Pués vení?

ROSA MARÍA. ¡Ahora voy!

CONSUELO. ¿Qué hases?

ROSA MARÍA. ¡Cortá las rosas pa Fransisco!

CONSUELO. ¡Ah!

Llegan de la calle ROMÁN y ROMANCILLO, padre é hijo, floreros de profesión. Usan sombrero ancho muy viejo y visten pobremente. El hijo trae dos macetas grandes de latanias, descansando sobre el hombro izquierdo la una y sujeta con el brazo derecho la otra. El padre trae al brazo un canasto lleno de plantas pequeñas. Hablan los dos con calma desesperante, hija de una pereza enervadora. Apenas llegan sueltan la carga y cada uno se deja caer en una silla.

ROMÁN. Güenos días.

ROMANCILLO. Güenos días.

CONSUELO. Hola, güenos días. ¿Qué traemos?

ROMÁN. Na, zino que pazábamos por aquí...

ROMANCILLO. ¿Tiene usté una poquiya e agua?

CONSUELO. Sí. Sentarse. Vase al interior.

ROMANCILLO. ¡Lo que pezan estas *pajoleras!*...

ROMÁN. Poz ¿y estas? Er brazo tengo yo molío.

Pausa. Sale CONSUELO con una talla llena de agua, que se beben entre los dos.

CONSUELO. ¿Quién era er del agua?

ROMANCILLO. Yo: traiga usté.

ROMÁN. No te la bebas toa.

CONSUELO. Iré por otra taya, si acaso.

ROMANCILLO. No es menesté. Tome usté, padre.

CONSUELO. ¿Está fresca?

ROMANCILLO. Está fresca.

ROMÁN. Está fresca. Gracias.

CONSUELO. No las merese. Entra un momento en la casa á dejar la talla.

ROMÁN. Romanciyo.

ROMANCILLO. Qué.

ROMÁN. ¿Quiés hacé er favó de arrascarme en esta aleta?

ROMANCILLO. ¿En cuá?

ROMÁN. En esta de este lao.

ROMANCILLO. Contra la ziya ze arrasca usté mejó.

ROMÁN. ¡Qué flojo eres!...

Romancillo está medio dormido y cabecea. El padre poco menos.

CONSUELO. ¿Paese que hay sueño?

ROMÁN. Este haragán... Sacudiéndolo perezosamente. Romancillo, aspabílate...

ROMANCILLO. Estoy aspabilao...

CONSUELO. ¿Se ha madrugao mucho, Romansiyo?

ROMANCILLO. Desde las cuatro e la mañana estoy en pie. He tenío que dí ar río á cortá unos juncos...

El padre aprovecha la ocasión para descabezar un sueño.

CONSUELO. ¿Argún encargo e ramos?

ROMANCILLO. Zí. Tres ocenas. Aluego pué que mande á mi hermaniya por zarapico.

CONSUELO. Güeno. Ya lo piyó er padre.

ROMANCILLO. Er pobre viejo... Llamándolo. Padre... padre... aspabíleze usté, que nos vamos.

ROMÁN. Zi no estoy dormío...

CONSUELO. ¡Josú! ¿pero es que les han pegao á ustés una palisa?

ROMÁN. Levantándose con trabajo. ¿Qué paliza, mujé? Que en caza zemos éste y yo zolos pa to.

CONSUELO. ¿Pos no tiene usté diez hijos?

ROMÁN. Diez ó doce tengo, pero ninguno da un gorpe en na. Este ez el único que ze mueve argo... Y tampoco ez un tranvía elértrico, no crea usté. Místelo ya dormío.

CONSUELO. ¿Vendió usté las begonias aqueyas, Román?

ROMÁN. Las vendí. A eza zeñora de la caye la Laguna... Y á don Julio le cambié las petunias por unos claveles de arco iris.

Salen por la izquierda y cruzan hacia la calle JUAN ANTONIO y VICENTA. MARÍA JESÚS los sigue. Vicenta lleva llena de flores la bandeja que traía.

MARÍA JESÚS. Le da usté muchas memorias ar padre Justo.

JUAN ANTONIO. Muchas gracias. Buenos días, Consuelito.

CONSUELO. Güenos días, Juan Antonio.

ROMÁN. Hola, María Jezús.

MARÍA JESÚS. Hola, Román.

JUAN ANTONIO. Vamos, Vicenta, que se nos ha hecho tarde.

MARÍA JESÚS. Acompañándolos á la puerta. Y dígale usté ar padre Santiago que ya irá Angeles por ayí...

JUAN ANTONIO. Sí, que vaya, que vaya... (Es mi alimento espiritual...) Hasta otro día. Vase con Vicenta.

MARÍA JESÚS. Con Dios, Juan Antonio. Vuelve hacia la izquierda, por donde se va.

ROMÁN. ¿Mucho trajín, María Jezús?

MARÍA JESÚS. Grasias á Dios no farta. ¿Y ustedes?

ROMÁN. Nos vamos defendiendo.

MARÍA JESÚS. Más vale así. Vase.

ROMÁN. Sacudiendo á su hijo otra vez. Romanciyo...

ROMANCILLO. ¿Qué quié usté, padre?

ROMÁN. Entra por ahí y coge una poquiya e biznaga.

Consuelo oye el diálogo cruzada de brazos y muerta de risa.

ROMANCILLO. Levantándose. ¿Que coja una poquiya e biznaga? ¿Y pa qué quié usté la biznaga?

ROMÁN. ¿Que pa qué quieo yo la biznaga? ¿Vas á hacé los ramos zin biznaga, guazón?

ROMANCILLO. Pero, ¿no hay en caza biznaga?

ROMÁN. ¿Que hay en caza biznaga?

ROMANCILLO. A mí me dijo madre que había biznaga.

ROMAN. Miá no zean cozas e tu madre, que tiene una azaura que... Yo creo que no hay biznaga.

ROMANCILLO. Yo creo que zí. Ámonos.

CONSUELO. (Ay, grasias á Dios. ¡Qué apuro de hombres!)

ROMANCILLO. Volviendo á cargar con las macetas. De jierro paecen las condenás.

ROMÁN. Cogiendo su canasto. Quée usté con Dios, Conzuelo.

CONSUELO. Vayan ustés con Dios; y que descansen.

ROMÁN. Descanzo píe er cuerpo, no ze figure usté. A Romancillo, deteniéndolo un momento en la puerta. ¿Estás tú zeguro de que en caza hay biznaga?...

ROMANCILLO. ¿Otra vé, padre? Un poné que no haya biznaga...

CONSUELO. Viene Romansiyo por eya en un soplo, ¿no es verdá?

ROMANCILLO. ¡Pos claro!

ROMÁN. ¿Tú en un zoplo? ¿No estás viendo que ezo es *pitorreo?* ¡Ajolá haya biznaga!

ROMANCILLO. ¡Hay biznaga, padre, hay biznaga!

ROMÁN. Pa mí que no hay biznaga, Romanciyo.

ROMANCILLO. Pa mí que zí hay biznaga, padre.

Esto último lo dicen ya fuera del huerto, y se supone que llegan á su casa hablando de lo mismo y con la misma variedad de razones.

CONSUELO. Vaya un pá. Y eso que son los dos más vivos e la casa. Los otros disen que pa comé tienen que agarrá la cuchara con las dos manos...

Aparece ROSA MARÍA en el fondo y baja hasta unirse á Consuelo, con el delantal lleno de rosas. Su vestido es análogo al de su hermana. Sobre la cabeza trae puesto un pañolillo suelto, muy echado á la frente.

ROSA MARÍA. Sofocadísima. ¡Jesús!...

CONSUELO. Chiquiya, cómo vienes... ¿Pica er só?

ROSA MARÍA. Achicharra. Paese que estamos en Agosto. Miá lo que me he hecho en esta mano.

CONSUELO. Eso no es na. ¿Qué rosas has cogío?

ROSA MARÍA. Pimpinelas y de te.

CONSUELO. ¿Quiere muchas ese?

ROSA MARÍA. Tres dosenas de ca una. ¿Ande está er canasto?

CONSUELO. Ahí dentro.

ROSA MARÍA. Tráetelo.

CONSUELO. Voy por é. Éntrase en la casa por la puerta de frente al público. Rosa María vuelca en la mesilla las rosas que trae, y se pone sobre los hombros el pañuelo de la cabeza.

En la puerta asoma GABRIEL.

Es un mocito del pueblo, que se roza con el señorío. Viste pantalón claro, «guayabera» de seda cruda y sombrero de ala ancha gris. Usa espuelas y lleva siempre en la mano una varita. Sus primeras palabras las dice dirigiéndose á Rosa María desde la puerta del huerto.

GABRIEL. (Más vale yegá á tiempo que rondá un año.) ¿Hay permiso?

ROSA MARÍA. Pase usté.

GABRIEL. ¿Y perro, hay?

ROSA MARÍA. Está atao. (Este es er de ayer tarde.) ¿Qué se le ofrese á usté?

GABRIEL. A este güerto le disen er «Güerto e las Campaniyas», ¿no es verdá?

ROSA MARÍA. Sí, señó; pero eso ya me lo preguntó usté ayer tarde.

GABRIEL. No me acordaba. ¿Ha visto usté qué mala memoria?

ROSA MARÍA. ¿Ha visto usté? ¿Se pué sabé lo que usté quiere?

GABRIEL. Ya lo creo. ¿Cómo les disen ustés á estas rositas blancas?

ROSA MARÍA. Pimpinelas.

GABRIEL. ¿Pimpi... qué?

ROSA MARÍA. Aqueyo.

GABRIEL. No se enfade usté conmigo, hija.

ROSA MARÍA. ¿Quié usté acabá?

GABRIEL. ¿Tengo yo la curpa de sé tan torpe?

ROSA MARÍA. ¿Es usté mu torpe? ¡Qué lástima!

GABRIEL. Como que hasta ahora no me he dao cuenta de lo bonita que es usté. Miste si hase farta sé arrimao á la cola.

ROSA MARÍA. ¡Vaya!... Trata de irse.

GABRIEL. Deteniéndola. Oiga usté, ¿es que no quié usté despacharme?

ROSA MARÍA. Ar contrario; lo que quiero es despacharlo á usté en seguía.

GABRIEL. Pos vi á darle á usté gusto.

ROSA MARÍA. Usté dirá.

GABRIEL. Yo nesesito un ramo e flores.

ROSA MARÍA. ¿De qué flores?

GABRIEL. De toas. Ar capricho de usté lo dejo.

ROSA MARÍA. ¿Grande ó chico?

GABRIEL. Ar capricho de usté. Es pa un artá que tengo en mi casa.

ROSA MARÍA. ¿Pa un artá?

GABRIEL. Sí; me da por la Iglesia. Como no me quié nadie en este mundo...

ROSA MARÍA. ¡Vaya por Dios! ¿Y pa cuando nesesita usté er ramo ese?

GABRIEL. Yo me lo yevaría ahora mismo.

ROSA MARÍA. Ahora mismo va á sé difisi.

GABRIEL. ¿Por qué?

ROSA MARÍA. Porque no tenemos flores cortás.

GABRIEL. ¿Y esas?

ROSA MARÍA. Esas están vendías.

GABRIEL. Pos mande usté que corten más... y mientras las cortan charlamos usté y yo de lo que se tersie.

Sale CONSUELO con un canasto por donde se fué, á tiempo de oír esta última frase.

CONSUELO. ¿Qué? ¿qué es eso?

ROSA MARÍA. Er señó...

GABRIEL. Güenos días

CONSUELO. Güenos días.

ROSA MARÍA. Er señó, que quié un ramito e flores á la carrera.

GABRIEL. No ersagere usté tanto: á la carrera no hase farta... Con que esté dentro e poco... Digo, si pué sé.

CONSUELO. Sí, señó; ya lo creo que pué sé... Si de eso vivimos... de las flores...

Llega el ABUELO de la calle.

GABRIEL. ¿Está usté segura? ¿No serán las flores las que vivan de verlas á ustés?

CONSUELO. ¿Pa qué nos vamos á meté en averiguarlo? Agüelo, vaya usté con er señó y córtele usté las flores que quiera pa hasé un ramito.

ABUELO. Vamos ayá.

GABRIEL. Yo tenía gusto en que las hubiera escogío aquí esta joven.

CONSUELO. Esta joven no sabe de eso.

GABRIEL. Porque lo dise usté lo creo, pero paese mentira.

CONSUELO. Ahí tiene usté las cosas de este mundo.

ABUELO. ¿Viene usté ó no viene?

GABRIEL. Sí, señó; ahora mismo.

CONSUELO. Usté sabrá que en este güerto las flores son caras...

GABRIEL. Ar revés.

CONSUELO. ¿Cómo?

GABRIEL. Que las caras son flores.

CONSUELO. Grasias; es favó.

GABRIEL. Es la pura. A BERNARDO, con quien se cruza ir huerto adentro. Güenos días, amigo.

BERNARDO. Hola.

GABRIEL. ¿Cómo estamos?

BERNARDO. Bien ¿y usted?

GABRIEL. Pa servirle.

BERNARDO. ¿Por flores?

GABRIEL. Por flores.

BERNARDO. Hay donde escoger. Que usted siga bueno.

GABRIEL. Vaya usté con Dios. Internándose en el huerto con el Abuelo. ¡Josú, qué güerto más bonito! ¡Si esto es la gloria!...

CONSUELO y ROSA MARÍA se sientan junto á la mesilla y principian á cortar flores y á separar unas de otras. BERNARDO se les acerca.

CONSUELO. ¿Quién es ese tipo, don Bernardo?

BERNARDO. Ni él mismo sabe á punto fijo quién es.

ROSA MARÍA. ¡Ay, qué grasia!

CONSUELO. ¿Y cómo pué sé eso? Porque yo sé quién soy.

BERNARDO. Ahí verás tú. Es hombre que se mete hasta en los charcos.

CONSUELO. Eso me ha querío paresé á mí.

ROSA MARÍA. Sí; no es corto e genio, no. Pero tiene ange.

BERNARDO. Sí que lo tiene: es un tipo de gracia. Y suele caer bien en todos lados. Yo lo he visto siempre donde quiera que ha habido una diversión. En la feria de Córdoba, en la de Mairena, en el Rocío, en el encerradero del Empalme... Unas veces vende caballos, otras veces los compra... bulle en dos ó tres cofradías... tiene un puesto de pájaros, cría gallos ingleses, cambia alhajas, jue-

ga... ¡qué sé yo! En fin, un día que estaba conmigo en los toros, se tiró al redondel y pidió permiso para dar el salto de la garrocha.

CONSUELO. ¡Ay, qué mareo de hombre! Ahora me explico que ni ér mismo sepa lo que es. No tendrá cabesa pa acordarse.

ROSA MARÍA. Pos hija, asín me gusta á mí la gente. Esos hombres que no sirven más que pa una cosa son mu esaboríos.

BERNARDO. Tienes razón, chiquilla. Yo te buscaré en Madrid un novio á tu gusto.

CONSUELO. Pero ¿por fin se va usté á Madrí?

BERNARDO. Esta misma tarde.

CONSUELO. ¿Tan pronto?

BERNARDO. ¡Qué más da!

ROSA MARÍA. ¿Y por mucho tiempo?

BERNARDO. No lo sé...

ROSA MARÍA. ¡Ay, Madrí!... ¡Quién se fuera!... ¿Se atreve usté á yevarme en er baú?

BERNARDO. Y en el coche.

ROSA MARÍA. ¡Ajolá!

CONSUELO. Las ganas que tiene esta chiquiya de vé á Madrí. Yo no sé qué se le ha figurao.

BERNARDO. ¿Y tú, no tienes ganas?

CONSUELO. ¿Yo? ¿Pa qué? ¿Qué farta me hase á mí Madrí?

ROSA MARÍA. Esta no tiene curiosidá por na.

CONSUELO. Y tú por to: semos diferentes.

Bernardo las oye encantado.

ROSA MARÍA. A mí lo que me pasa es que me gustaría salí arguna vé de estas cuatro paredes. Oye una hablá de muchos sitios y de muchas cosas

de por ahí fuera, y como to lo ha hecho Dios... le pica la curiosidá de verlo. Porque mi hermana ha yegao á creerse que en viendo er güerto ya no hay en er mundo más que vé.

CONSUELO. Como que me sobra to lo demás. ¿Tú te crees que en Ingalaterra iba yo á está más á gusto que apartando estas flores?

ROSA MARÍA. Mujé, también te has dío á acordá de una provinsia...

CONSUELO. Con la que una tiene más rose, mujé.

ROSA MARÍA. Pos ya ves tú; si los ingleses fueran tan metíos en sí como tú eres, ¿cuándo íbamos acá á vendé claveles á catorse reales?

CONSUELO. Güeno, pos que vengan eyos, pero yo me estoy quieta. Y eyos vienen porque esto es mejó que lo suyo; que te coste á ti. Yo he oído desí que ayí no sale er só más que una vez al año, y que se va en seguía porque la gente se asusta dé.

ROSA MARÍA. Escuche usté, don Bernardo: ¿usté ha estao en China?

BERNARDO. Yo no, hija de mi alma. ¿Por qué me lo preguntas?

CONSUELO. Vamos, tú, cáyate y no seas tonta.

ROSA MARÍA. Porque Consuelo dise que es verdá que hay Fransia, y que hay Ingalaterra... y que hay París... pero que se resiste á creé que haya China.

Bernardo suelta la carcajada.

CONSUELO. ¿Ves tú? Ya se está riendo. Pos me resisto á creerlo, don Bernardo; no lo pueo remediá. Se me ha metío en la idea que es una tierra inventá na más que pa los abanicos.

BERNARDO. Te advierto que yo también tengo mis dudas.

CONSUELO. Ya eso es *chufla* de usté.

BERNARDO. Benditas sean ustedes, que son capaces de distraerme y de alegrarme un rato.

CONSUELO. Desimos tantas tonterías...

BERNARDO. Claro; y yo, como soy tonto, me río con ellas.

CONSUELO. ¿Tonto usté?

BERNARDO. Tonto y medio. ¿No te parece á ti?

CONSUELO. ¿A mí qué va á pareserme, don Bernardo?

BERNARDO. Esto me interesa. Vamos á ver: ¿qué opinas tú de mí, Consuelito?

CONSUELO. ¿Yo?...

BERNARDO. Sí, tú; dímelo.

CONSUELO. ¿Y á usté qué farta le hase?...

BERNARDO. Ahora me hace falta.

CONSUELO. Pos no se lo digo á usté porque se va á poné mu ancho.

BERNARDO. ¡Vaya! Veo que tienes de mí mejor idea que yo.

ROSA MARÍA. Pero ¿usté no tiene güena idea de su persona?

BERNARDO. Al contrario: muy mala.

CONSUELO. ¿Por qué, don Bernardo?

BERNARDO. ¿Por qué ha de ser? Porque no sirvo para nada, porque no hago cosa á derechas, porque no tengo arranque...

CONSUELO. Usté lo que tiene es la manía de no vé malamente más que to lo suyo.

BERNARDO. No es manía; es desgracia: es que

me conozco. Créeme, Consuelito: me falta voluntad, me falta el entusiasmo que á mi edad se siente por las cosas... Nada me atrae, nada despierta mi interés... Pico aquí, pico allá, de todo me canso á los dos días... Me vuela el espíritu dentro del cuerpo como una mariposa, y este constante aletear créete que me cansa... que me rinde...

ROSA MARÍA. ¡Vaya por Dios!

CONSUELO. A mí me parese que no se conose usté tan bien como piensa. ¿Quié usté que yo le diga lo que tiene? Pos una pena que no lo deja respirá. Y yevándola ensima siempre y siempre á tos laos, ¿cómo quié usté que le yame la atensión na de este mundo?

BERNARDO. Veo que discurres infinitamente mejor que mi médico.

CONSUELO. ¿Por qué lo dise usté?

BERNARDO. Porque mi médico, el muy simple, me aconseja que cambie de postura... que me distraiga... que viaje... Tanto machaca que me voy por no oirlo... Pero tú dices bien: llevando en el alma lo que llevo... ¿qué más da que recorra el mundo? Sobre que ahora mi único consuelo está cabalmente en recrearme á todas horas en mi dolor... en vivir del recuerdo de mi madre... en visitar los sitios que más frecuentaba... en dar los pasos que ella hubiera dado... en venir á este huerto, donde no dejó de venir ni un solo día...

CONSUELO. Ni uno solo, es verdad.

ROSA MARÍA. ¡Pobre doña Rosario! Nos quería mucho.

BERNARDO. Las quería mucho á ustedes... y á

las flores. Ya le he dicho á María Jesús que durante mi ausencia quiero que vaya una de ustedes todas las tardes á cuidar las que me ha dejado.

CONSUELO. Yo iré.

ROSA MARÍA. Y yo.

CONSUELO. Iremos un día una y otro día otra. ¿Usté gorverá pronto?

BERNARDO. Creo que sí, que volveré en seguida, mal que pese á mi médico.

CONSUELO. No, pos eso tampoco lo encuentro yo bien... Cuando don Juan lo manda...

BERNARDO. ¿Y qué sabe don Juan?... Con que, niñas, hasta la vuelta.

CONSUELO. ¿Se va usté ya?

Las dos se levantan.

BERNARDO. Para no pasarme aquí todo el día.

CONSUELO. No le doy á usté la mano porque la tengo mojá de las flores.

BERNARDO. Pues te la secas.

CONSUELO. Güeno... Ya está. Tome usté.

BERNARDO. Así me gusta. Adiós, Rosa María.

ROSA MARÍA. Don Bernardo, vaya usté con Dios.

CONSUELO. Que yeve usté felí viaje... y que se acuerde arguna vez de nosotras...

BERNARDO. Eso no me lo tienes que encargar.

CONSUELO. Por si acaso.

BERNARDO. No olvidar las flores de mi madre, ¿eh?

CONSUELO. Usté sí que no tiene que encargá eso.

BERNARDO. Que haya salud.

ROSA MARÍA. Con Dios, señorito.

CONSUELO. Con Dios, don Bernardo.

BERNARDO. Volviéndose un momento hacia ellas antes de irse. Aquí empiezan... y aquí acaban mis despedidas... ¡Qué solo estoy!... ¡qué solo!

CONSUELO. ¡Pobresiyo don Bernardo!... ¡Me da una pena dé! Miá que se ha quedao solo en er mundo...

ROSA MARÍA. Verdá que sí.

Se sientan. Pausa, durante la cual terminan su faena.

CONSUELO. Estas son tres dosenas cabales. Sobran estas pocas.

ROSA MARÍA. Pos aquí tengo yo otras tres.

CONSUELO. Ar canasto las seis.

ROSA MARÍA. Ajajá.

Quedan sobre la mesa varias flores.

CONSUELO. ¿Cuándo va á vení ese por eyas?

ROSA MARÍA. Dijo que ar medio día.

CONSUELO. Entonses me las yevaré ayá dentro ar fresquito. Encamínase hacia la puerta de frente al público y se detiene á la frase de Rosa María.

ROSA MARÍA. ¿A que no sabes tú lo que le está hasiendo farta á don Bernardo?

CONSUELO. ¿Er qué?

ROSA MARÍA. Casarse.

CONSUELO. Hija, ave María; to lo arreglas tú con er casorio.

ROSA MARÍA. A mí me han dicho que le gusta la der que fué sosio de su padre.

CONSUELO. ¿Milagritos?... Pos mira tú, no harían mala pareja. Entrase en la casa.

ROSA MARÍA. Ya se ve que no.

Vuelve GABRIEL con el ABUELO, por la izquierda. Trae en la mano un buen ramo de rosas y claveles.

GABRIEL. Usté ya es amigo mío, y eso de la media caña va á sé al istante.

ABUELO. Güeno, sí; aquí ar lao... Pero que no se enteren mis nietas.

GABRIEL. No hay pa qué... Pasemos de largo... Güenos días, joven.

ROSA MARÍA. Güenos días.

ABUELO. Güervo ahora mismo, ¿eh?

Mientras llegan á la puerta, Gabriel mira atentamente á Rosa María, la cual se hace la distraida fingiendo estar ocupada en algo.

GABRIEL. (Más bonita es que la Virgen der Vaye.)

Se va con el Abuelo.

ROSA MARÍA. ¡Qué descarao es! Por poquito suerto la risa.

GABRIEL. Volviendo á entrar en el huerto, con sorpresa de Rosa María, que instintivamente hace un movimiento como para marcharse. No huya usté de mí, que no hago daño. Miste: tengo capiya, tengo artá, tengo flores; hasta velas tengo; no me farta más que la imagen.

ROSA MARÍA. Pos eso, un escurtó.

GABRIEL. Si viviera er de la Virgen de la Esperansa y la copiara á usté...

ROSA MARÍA. No querría...

GABRIEL. ¿Que no? ¿Pero usté se ha figurao que era siego?

ROSA MARÍA. Interrumpiéndolo. ¿Se quié usté cayá y no echarme más flores?

GABRIEL. Como me yevo unas poquitas de usté...

ROSA MARÍA. Pos conténtese usté con otras poquitas; no sea usté tan rumboso.

GABRIEL. No lo pueo remediá: tengo er rumbo en la sangre.

ROSA MARÍA. ¿Sí?

GABRIEL. Sí. Pa que usté se convensa: por ca beso que usté me dé le doy yo seis ó siete.

ROSA MARÍA. ¡Ay qué grasioso!

GABRIEL. Tirándole de improviso á los pies el ramo de fiores, que se deshace por completo. ¡Grasiosa usté!

ROSA MARÍA. Sobrecogida. ¡Ay!

GABRIEL. Pisa usté y nasen flores. ¡Lo que vale er «Güerto e las Campaniyas»!

ROSA MARÍA. ¡Lo que charla usté, hijo de mi arma!

GABRIEL. ¡Lo que me gusta usté, reina e Mayo!

ROSA MARÍA. ¡Lo que pondera usté, rey de Abrí!

GABRIEL. Ponderasión de lo bonito, usté, Rosa... María.

ROSA MARÍA. ¿Y quién le ha dicho á usté mi nombre?

GABRIEL. Yo, que lo he asertao. Tenía que sé ese: Rosa, usté, y María, que es er nombre e la Virgen.

ROSA MARÍA. ¿Y qué más?

GABRIEL. Que á mí me pusieron Gabrié.

ROSA MARÍA. ¿Y á mí qué me importa?

GABRIEL. Me importa á mí que usté lo sepa.

ROSA MARÍA. ¿Y qué más?

GABRIEL. Aqueyo, como usté me dijo.

ROSA MARÍA. Pos aqueyo quié desí que se acabó er palique.

GABRIEL. Pos se acabó. ¿Más obediente? Dios la bendiga á usté, morena.

ROSA MARÍA. Grasias.

GABRIEL. No hay de qué. Güenos días.

ROSA MARÍA. Güenos días. (Tiene mucho ange.)

GABRIEL. (Pan comío.) Se va.

Rosa María se interna en el huerto volviendo la cara.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

Es día de fiesta. Los trajes de la familia del huerto dan de ello claro indicio. MADRE é HIJAS, y el propio ABUELO, tienen puestos los trapitos de cristianar.—Aparecen sentados ante la puerta de frente al público, en compañía de BERNARDO, el cual se ocupa en retratar á CHARITO en un pequeño álbum de dibujo. ROSA MARÍA, desviada un poco del grupo general, callada y cejijunta, manifiesta en su actitud que si algo le interesa en aquel momento no es precisamente la conversación de su familia. Charito está de pie.

BERNARDO. Charito, no te muevas. Estáte quieta.

CHARITO. ¿Más toavía?

ANGELES. Paese que tiene asogue este demonio.

CHARITO. Ya sartó la beata.

MARÍA JESÚS. Reprendiéndola. ¡Schss! ¡Charito!

ANGELES. Si no le rieran tanto las grasias...

CHARITO. Cáyate ya.

CONSUELO. La que tiene que cayarse eres tú, que te vas gorviendo mu respondona.

ROSA MARÍA. (Si ér supiera er daño que me hase, no tardaría.)

CHARITO. Don Bernardo, ¿estoy bien?

BERNARDO. Hablando estás, muchacha.

ABUELO. Como que si estuviea cayá, no era eya.

CHARITO. Miá er viejo también: no pué con los carsones y tiene gana e chirigotas...

MARÍA JESÚS. ¡Niña!

ANGELES. A esta mona va á habé que yevarla á confesá.

CHARITO. ¿Con quién? ¿con er padre Justo? No, hija mía, que es mu preguntón...

Sueltan la risa todos.

BERNARDO. A ver qué te parece. Le da el album, que va corriendo de mano en mano.

CHARITO. ¿Esta soy yo? Vamos, quítese usté de ahí.

CONSUELO. Trae acá. ¡Ay, don Bernardo, no diga usté que esta es mi hermana!

ANGELES. ¿Sabes tú á quién se da un aire? A la demandera der Socorro.

MARÍA JESÚS. Por Dios, don Bernardo, mi Charito es mucho mejó...

CHARITO. ¿Tengo yo esa narí tan larga?

CONSUELO. Ni esa narí ni na. Usté dispense, don Bernardo.

BERNARDO. Que lo vea el abuelo, que es el que entiende aquí.

CHARITO. Místelo, agüelo. Diga usté la verdá.

ABUELO. La verdá es que te ha favoresío...

MARÍA JESÚS. ¡Al istante!

ABUELO. ¡Que te ha favoresío mu poco!... ¡Je, je!

BERNARDO. ¡Vaya! El fracaso ha sido comple-

to. Yo que tenía mis ilusiones... Dame el álbum, Charito.

CHARITO. Escuche usté: ¿y aqué libro de coplas que iba usté á traerme?

BERNARDO. ¿Cuál?

CHARITO. Digo, ya no se acuerda. Uno que me ofresió usté er mes pasao, antes de irse á Madrí...

BERNARDO. ¡Ah, sí, es verdad! Perdóname. Sobre mi mesa está hace un siglo.

CHARITO. ¡Pos ayí pué quearse!

BERNARDO. Descuida, que mañana te lo traeré. Por cierto que me han dicho esta tarde una copla que no conoces tú.

MARÍA JESÚS. Difisiliyo es eso, don Bernardo.

CONSUELO. Yo no comprendo cómo le caben tantas en esa cabesa tan chica.

ANGELES. Más valía que aprendiera otras cosas.

CHARITO. Sí; orasiones pa no condenarme, ¿verdá? Dígame usté esa copla, don Bernardo.

BERNARDO. A ver si la acabas.

Dices que no la quieres
ni vas á verla...

CHARITO. *Pero la vereita*
no cría yerba.

¡Vaya una vejé!

ABUELO. ¡Pero, señó, si eso lo cantaba mi agüelo... y le desían ya que era antiguo!

BERNARDO. ¿Sí? Pues á ver esta otra:

No quiero querer á nadie
ni que me quieran á mí...

CHARITO. *Quiero andar entre las flores,*
hoy aquí, mañana ayí...

CONSUELO. ¡También es nueva! Está usté mu atrasao de notisias, don Bernardo. ¿A que no rematas esta, Charito?

Tengo enfrente la fuente
de mi deseo,
tengo sé, veo el agua
y no la bebo...
CHARITO. *Mira qué pena,*
tener sé, ver el agua
y no beberla.

MARÍA JESÚS. ¿Lo ve usté, don Bernardo?
ROSA MARÍA. ¿Y esta, Charito?
CHARITO. ¿Resoyaste ya?
ROSA MARÍA. Escucha.

¡Quién fuera y yegara ahora
donde tengo er pensamiento!
CHARITO. *Er sitio no lo diré*
porque no lo sé de sierto.

BERNARDO. ¡Qué bonita!
CHARITO. Más bonita es esta. Escuche usté:

Esta serrana está loca,
loca que la van á atá...
ABUELO. *Que lo que sueña de noche*
quiere que sarga verdá.

ANGELES. ¡Miá el agüelo también! ¿A que digo yo una que ninguno sabe?

CHARITO. ¿A que no?

ANGELES. *Si fueres á confesá*
desaminate primero...

CHARITO. *Que confesión sin desamen*
es leña para el infierno.

ABUELO. ¡Ea! Apuesto cuarquier cosa á que ni Charito ni nadie me remata á mí esta:

Un cuerno en una caye...

CHARITO. *Se hayó un usía...*

CONSUELO. *Y se quedó pensando*
de quién sería...

BERNARDO. *Y hecho una pieza..*

CHARITO. *No quitaba las manos*
de su cabesa.

ABUELO. Cayao pa toa la tarde. Veo que la saben tos.

BERNARDO. No hay quien pueda con Charito.

MARÍA JESÚS. Como que si á mano viene las saca eya.

CHARITO. Tengo tantas en er sentío...

ABUELO. En voz baja. Oye, sácale una á Rosa María, que está mu cayá.

CHARITO. Después de pensar un momento.

Esperando á mi novio
las horas paso...

De tenerme la cara
me duele er braso.

Todos se ríen.

ROSA MARÍA. Verás tú, Charito, verás tú. Se levanta y se va al interior.

CHARITO. A la ventana va á esperarlo. Le ha entrao fuerte.

CONSUELO. Don Bernardo, ¿usté no ha visto á Charito remedá á Juan Antonio?

BERNARDO. ¿Al sacristán?

CONSUELO. Verá usté qué bien lo remeda.

ANGELES. No, no, mujé, que pué enterarse el hombre.

MARÍA JESÚS. ¿Qué ha de enterarse, tonta?

BERNARDO. Anda, Charito.

CHARITO. Yéndose á la puerta. Su entrada es así: «*Buesna tarde...* Todos se ríen, celebrando la fidelidad y la gracia de la copia. María Jesús... Abuelo... Consuelito... don Bernardo... Ángeles... *¿Tosdo bueno* por aquí?... Yo *reventasdo*... Aquel cura es un animal... ¡Huy! ¿qué he dicho? ¡El Señor me perdone!»

MARÍA JESÚS. Es que lo ha cogío to er demonio e la muchacha.

CONSUELO. Es lo mejó que imita.

ABUELO. Esta chiquiya va á sé cómica.

BERNARDO. Tiene mucho salero.

ANGELES. No, pos no me gusta á mí que se burle de nadie.

ABUELO. En nombrando ar ruín de Roma.. Ahí viene é.

ANGELES. Cayarse, por Dios.

Llega, en efecto, JUAN ANTONIO.

JUAN ANTONIO. *Buesna tarde...*

La entrada, con la misma frase de Charito, es una explosión de risa que á duras penas logran contener. Durante todo el saludo sigue la misma disimulada diversión.

ABUELO. Hola, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO. María Jesús... Abuelo... Consuelito... Angeles... Charito... don Bernardo... Cada cual se escurre por donde puede, aguantando la risa. ¿Poraquí *tosdo* bien?

ABUELO. Nos vamos defendiendo. Se va al interior de la casa. María Jesús se va á la calle con su silla.

ANGELES. ¿Y usté, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO. *Reventasdo*, hija. Me ha salido un cura que es un melón... ¡Huy! ¿qué he dicho? El Señor me perdone. Consuelito coge también su silla y se larga á la calle sin poder pronunciar palabra. Charito se va al interior de la vivienda, y Bernardo se mete huerto adentro. Juan Antonio los mira irse un tanto sorprendido. ¿Qué pasa? ¿Qué dispersión es esta?

ANGELES. No sé... no sé... (Luego disen que yo me enfado...)

JUAN ANTONIO. Vamos, que han comprendido que tenemos que hablar de nuestra capillita.

ANGELES. Será eso.

JUAN ANTONIO. ¡Si viera usted qué monísimo está el Niño Jesús con el trajecito de majo!

ANGELES. ¿Lo ha visto doña Carmen?

JUAN ANTONIO. ¡La primera! Y está encantada. Le llama el pastorcito. Al verlo se hizo lenguas de usted.

ANGELES. Una, en su pobresa... ¿Usté se cree que si yo fuera rica no iba á poné la capiya como un ascua e oro?

JUAN ANTONIO. Ya lo está, ya lo está...

ANGELES. Grasias á doña Carmen, que es tan güena.

JUAN ANTONIO. Y á sus manos de usted, que hacen primores.

ANGELES. ¿Le he dicho á usted que doña Carmen corre con mi dote?

JUAN ANTONIO. Con pena. Sí.

ANGELES. Y con mi hábito.

JUAN ANTONIO. Suspirando. ¡Ay! Pausa. El ABUELO y CHARITO, pasan de la casa á la calle riéndose de Angeles y Juan Antonio. Escuche usted, Angelitos: ¿ha meditado usted bastante el paso que va á dar?

ANGELES. Lo estoy pensando desde que nasí, con que ya usté ve...

JUAN ANTONIO. ¡Ay!

ANGELES. Mire usté: mientras mis otras hermaniyas jugaban cuando chicas á los novios, Carlota y yo jugábamos como unas tontas á los conventos.

JUAN ANTONIO. ¿Cuál es Carlota?

ANGELES. La que está en el Hospitá e la Sangre.

JUAN ANTONIO. Ah, sí.

ANGELES. A mí una vé — tendría yo hasta sinco años ó seis—se me aparesió la Virgen de la Esperansa... y no fué en sueños, no, que estaba yo despierta como ahora.

JUAN ANTONIO. Es particular.

ANGELES. Pos güeno, verá usté. Con la Virgen de la Macarena, iba er San Juan de San Lorenso, que fué lo que me yamó la atensión... Y la

Virgen me dijo, dise: «Tú has nasío pa monja; pa resá por la gente mala...» Y San Juan hiso que sí con la cabesa. Yo estaba como er marmo: aqueya noche no pegué los ojos de mieo... Me tuvo que yevá mi madre á su cama, se lo referí to, y desde entonse vengo reinando en lo der monjío...

JUAN ANTONIO. ¡Ay! (Pone una carita de tonta, que me pierde.)

ANGELES. Luego, ya usté sabe lo que á mí me gusta resá, y aprendé orasiones, y dí á las iglesias, y vé las cofradías... ¡Ay, las cofradías!... Las de madrugá, sobre to, me dan un respeto y una cosa... Vamos, yo creo que á nadie le pasa lo que á mí, cuando una mujé ó un chiquiyo se pone elante der Señó der Gran Podé á cantá una saeta... Es un frío tan espesiá er que me entra... y un silensio tan grande por dentro de mí... Yo no sé explicarlo... digo la má de paparruchas...

JUAN ANTONIO. ¡Ay, Angeles! Tiene usted un alma sencilla y pura como el aroma de una flor... y tiene usted un cuerpo...

ANGELES. ¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO. ¡Huy, qué *diparaste!* Perdón, *asmiga* mía... (¡Malo! ¡Ya empezaron las eses!) De lo que yo quiero convencer á usted es de que Dios está en todo... y lo mismo se le sirve entre *la cuastro paredе fría* de un convento, que fregando *plasto* ó que cortando *flosres*... ¿Por qué ha de exigirle á una juventud de rosa fresca, que se marchite, que se aje, que se consuma... sin sol y sin luz?... (¡Estoy hecho un papelucho republicano!)

ANGELES. ¡Juan Antonio! ¿qué dise usté? Un hombre consagrao á Dios y á la Iglesia...

JUAN ANTONIO. Es cierto, sí; consagrado á Dios... Con poco sueldo, pero, en fin, consagrado á Dios...

ANGELES. ¡Pues lo va usté enmendando!

JUAN ANTONIO. No sé lo que me digo, Angeles...

ANGELES. Acercándosele mucho con solicitud y cariño. Pero, ¿qué le susede á usté?

JUAN ANTONIO. Nada... nada... el calor... los nervios... el calor sobre todo...

ANGELES. ¿Quiere usté refrescarse? Vamos ayí junto á la noria.

JUAN ANTONIO. Vamos donde usted quiera.

ANGELES. Y de paso cogeremos unas flores pa doña Carmen...

JUAN ANTONIO. Bueno, sí... (Me siento pecador al lado suyo.) Se encaminan los dos hacia el fondo y por allí se pierden.

ANGELES. Otra cosa que á mí me encanta, Juan Antonio, es er sosiego que hay en los conventos... la tranquilidá. ¡Qué me gusta cuando yo entro en argunos y veo á las madres por entre las rejas aparesé delante del artá como sombras blancas... sin sentí sus pasos!... ¿No es verdá que es bonito?

JUAN ANTONIO. Suspirando desesperado ¡Ay! (¡Pobre Juan Antonio! ¡No es para ti esta mariposa!...)

Sale de la casa ROSA MARÍA por la puerta principal, antes que de aparezcan del todo Juan Antonio y Angeles.

ROSA MARÍA. Ya viene ahí. No me verá esta tarde la grasia. Se sienta hacia la izquierda.

Llega de la calle GABRIEL canturreando distraído. CHARITO lo sigue.

GABRIEL. *Tus ojos y mis ojos*
se han enredao...

CHARITO. Gabrié...

GABRIEL. Deteniéndose un instante. Hola. ¿Qué quieres?

CHARITO. ¿Le pido permiso á madre y nos vamos los tres á dá un paseo como el otro domingo?

GABRIEL. Por mí, desde luego.

CHARITO. Pos voy ayá. Vuélvese á la calle.

GABRIEL. Acercándose á Rosa María. Dios te guarde, paloma.

ROSA MARÍA. Dios te guarde á ti, gavilán.

GABRIEL. ¿Corajito tenemos? ¿A ti te paese medio regulá resibí á un hombre en día de fiesta con esa cara?

ROSA MARÍA. Pos no tengo otra.

GABRIEL. Ni farta que te hase: esa es otra cuestión. De más sabe la dueña de esa cara que pa Gabrié Moreno no hay ninguna más bonita en er mundo.

ROSA MARÍA. Pos la dueña de esta cara es la que yeva dos horas esperándote.

GABRIEL. ¿Dos horas? Sacando su reloj y mirándolo. ¡Mardita sea mi suerte! ¿Parao otra vé? Lo tira contra una silla con rabia.

ROSA MARÍA. ¿Qué hases, hombre?

GABRIEL. ¡Na; que mañana me compro uno de arena! Lo recoge y lo mira de nuevo. ¡Ole! Ya está andando. Se lo guarda.

ROSA MARÍA. Riéndose, á pesar suyo. ¡Eres una fiera, Gabrié!

GABRIEL. Acercándosele mucho. Ten cuidao no te coma.

ROSA MARÍA. Deteniéndolo. Estáte quieto.

GABRIEL. Pos déjame que me siente á la vera tuya. Lo hace.

ROSA MARÍA. ¡No te debía ni hablá!

GABRIEL. Cántame, si quieres.

ROSA MARÍA. ¿Ande has estao? ¿De ande vienes ahora? ¿No ves lo que sufro esperándote, malas entrañas? ¡Ya lo creo que lo ves!... Lo que tiene que sabes cómo te quiero, y te gosas en hacerme rabiá. Estás tan seguro de mi cariño...

GABRIEL. Tan seguro como tú der mío.

ROSA MARÍA. Una mijiya más, ¿no te parese?

GABRIEL. Fijándose en ella. ¿Has yorao?

ROSA MARÍA. Er caso no era pa rei.

GABRIEL. ¡Benditos sean tus ojos, chiquiya!

ROSA MARÍA. Te gusta que yore, ¿no es eso?

GABRIEL. Eso es: ¿á qué vi á negarlo? Soy así: las flores, con rosío, y las mujeres, con lágrimas.

ROSA MARÍA. ¡Gabrié!

GABRIEL. ¿Y á ti, cómo te gustan los hombres?

ROSA MARÍA. Más cabales que tú.

GABRIEL. ¿Pos qué me farta á mí, morena?

ROSA MARIA. Ese coraje que á mí me hase yorá cuando no te veo.

GABRIEL. Estás hablando de memoria. ¿Qué sabes tú de las perreras que yo me tomo en casa?

ROSA MARÍA. ¿Tú? Miente menos y quiere más.

GABRIEL Las dos cosas son imposibles.

ROSA MARÍA. Toa la noche me la he yevao soñando contigo.

GABRIEL. Y yo contigo. Es verdá que á mí no me hase farta que yegue la noche pa eso. ¿Qué has soñao tú?

ROSA MARÍA. Que querías á otra.

GABRIEL. Las cosas e los sueños.

ROSA MARÍA. Y me entró una rabia, Gabrié, me entró un coraje y una pena, que rompí á yorá... y er fuego de las lágrimas en la cara me dispertó. Dice esto clavándole inconscientemente á Gabriel las uñas en un brazo.

GABRIEL. Güeno, mujé, pero no aprietes tanto, que es mentira.

ROSA MARÍA. ¿Y tú, ¿qué has soñao? ¿Pué saberse?

GABRIEL. Que tú no querías á nadie más que á mí.

ROSA MARÍA. Esa es la verdá: yo lo que te pregunto es lo que has soñao.

GABRIEL. Pos eso: la verdá. Y luego, entre otras cosas, soñé también que perdí el espejo, y no podía afeitarme sin é; y tú me dijiste: «Pero, ven acá, pamplinoso: ¿tienes más que mirarte aquí?» Y me afeité mirándome en tus ojos.

ROSA MARÍA. ¡Qué payaso eres!

GABRIEL. ¿Crees tú que no pué sé? Aproximando mucho su cara á la de ella. Fíjate.

ROSA MARÍA. Gabrié, no te aserques.

GABRIEL. Cogiéndola por las manos. Si es pa probá: mírate tú en los míos.

ROSA MARÍA. ¡Suerta!

GABRIEL. ¡No quiero!

ROSA MARÍA. ¡Que hasta las flores ven!

GABRIEL. ¡Que vean! ¡Si no pueo remediarlo! ¡si me arrimo á ti porque tú tiras de mí sin darte cuenta!... Miá que hay aquí olores; miá que se esmaya uno respirándolos... Pos no son na pa mí: el olorsito de tu cuerpo es er que me emborracha, es er que manda en mis sentíos.

ROSA MARÍA. ¡Grasias á Dios que hoy me suena á verdá una cosa tuya! En pensá muchas veses que no eres mío, mío der to, como estas carnes que tan bien te güelen, me abraso de doló y de rabia, Gabrieliyo... Y cuando yegas tú y me dises lo que me has dicho ahora, y yo me lo creo, hago asín... Aspirando con delicia. y me ensancho toa con un gusto... no sé cómo explicarte... hago asín... amos, lo mismo que la tierra cuando ar medio día se suerta el agua e los canaliyos.

GABRIEL. Y qué mala es la sé, ¿verdá, Rosa María?

ROSA MARÍA. Mu mala, Gabrié, mu mala. ¿Por qué me lo preguntas?

GABRIEL. Abrazándola por la cintura. Porque... Sintiendo á CHARITO que en este momento llega de la calle y volviéndose á ella con naturalidad. ¿Qué es eso, nos vamos por fin á dá un paseo?

CHARITO. Nos vamos. Madre me ha dicho que con tá que vengamos pronto...

ROSA MARÍA. Pos arsa, yégate por los mantones.

CHARITO. Ya estoy aquí. Entrase corriendo en la casa.

ROSA MARÍA. ¿Ves tú? Por poquito nos coge...

GABRIEL. Por poquito; pero no tengo yo la curpa.

Vuelve MARÍA JESÚS de la calle, seguida de BARRENA.

MARÍA JESÚS. Entre usté, Sidoro.

BARRENA. Güenas tardes.

GABRIEL. Güenas tardes, amigo.

MARÍA JESÚS. Cuidaíto con apartarse der barrio, ¿eh? Y gorvé antes de que anochezca; no pase lo del otro día.

ROSA MARÍA. Descuide usté, madre.

Sale CHARITO con los mantones.

CHARITO. Toma, Rosa María.

ROSA MARÍA. Trae acá.

GABRIEL. Hasta luego.

MARÍA JESÚS. Vayan con Dios.

GABRIEL. A Rosa María. Anda pa alante, clavé de tres beyotas...

Se van los tres.

MARÍA JESÚS. Siéntese usté, Sidoro.

BARRENA. Yame usté al agüelo también, que quieo que esté presente.

MARÍA JESÚS. ¿También el agüelo? ¡Josús y cuánta seremonia!

BARRENA. Es que er caso lo ersige, María Jesús.

MARÍA JESÚS. Desde la puerta de la calle. ¡Padre! venga usté, que Barrena quié hablarnos.

Se sientan los dos.

ABUELO. Saliendo. ¿Qué has dicho, hija?

MARIA JESÚS. Que Barrena quié hablarnos.

BARRENA. Señó Fernando, siéntese usté á la vera mía.

ABUELO. Con mucho gusto, amigo. Lo hace.

BARRENA. Vamos á liá un sigarro primero, que ar fin y ar cabo jumo es usté, y jumo soy yo... y jumo es to esto. Le da su petaca al Abuelo.

MARIA JESÚS. ¿Y yo, no soy jumo? ¡Lo que cavila usté, compadre!

BARRENA. Comadre, cavilasiones e la desgrasia.

Callan los tres, mientras él y el Abuelo lían y encienden un cigarrillo. Entre tanto, pasan por detrás de ellos hacia la calle ANGELES y JUAN ANTONIO. Angeles va corrida y ruborosa, con los ojos bajos. Juan Antonio, más corrido y apesadumbrado que ella, la sigue maquinalmente á alguna distancia.

ANGELES. (Nunca lo esperé de Juan Antonio... ¡Vaya!... ¡Sabiendo la vocasión que yo tengo!...)

JUAN ANTONIO. (¡Por bruto!... ¡Por bruto!... Sí, porque si el pellizco es en un brazo, no se enfada.)

MARÍA JESÚS. Güeno, compadre, usté dirá; que se viene la noche ensima.

BARRENA. Comadre, es que tengo la boca seca... Miste: der dijusto no pueo escupí. Intenta escupir inútilmente. Na; que no pueo escupí.

ABUELO. Pos fume usté na más, amigo Barrena.

BARRENA. Se me han venío ensima toas las desgrasias juntas, comadre. Hase farta er pecho de un Barrena pa no pegarse un tiro en la sien. Mi apeyío deshonrao; mis hijas... que ya no hay deos pa señalarlas; mi mujé más mala ca día y más fea ca minuto... ¿Quié usté más?

MARÍA JESÚS. A mí me sobra to.

ABUELO. Y á mí lo mismo. Corte usté p'onde quiera.

BARRENA. Eya estuvo aquí anoche, ¿verdá?

ABUELO. Aquí estuvo.

MARÍA JESÚS. Pero me da er corasón que no güerve.

BARRENA. ¿Puso mi apeyío en reículo?

MARÍA JESÚS. Y er suyo también.

ABUELO. Lo que no es verdá es que Juliana esté cada día más fea, amigo Sidoro.

BARRENA. Agüelo, no se *pitorree* usté, que harta desgrasia tiene er que la ve á toas horas elante suya. ¡Mardita sea la hora en que nasí! Pa tirarme ar río he estao esta tarde en er Puente e Jierro con una piedra en ca borsiyo. Mi mujé y mis hijas van á presipitarme.

MARÍA JESÚS. ¡Cuarquiea lo presipita á usté!

BARRENA. El apeyío Barrena siempre ha podío mirarse ar só, ustés lo saben. Güeno: pos yo soy Barrena. Mi mujé es Corrá... Corrá de los peores... Y mis niñas son Barrena y Corrá: pero desgrasiámente, de Barrena tienen mu poco.

ABUELO. En eso estamos tos.

MARÍA JESÚS. Alante.

BARRENA. Miste, comadre; miste, agüelo; la vergüensa no está en casa e Barrena cuando Barrena está en la caye. Y viseversa. Er dinero es mardito: un día yegó una perra mujé á la oreja e la mía, le sopló er sonío de sien duros... y no fué mesté más. Ayí empesó á perdé terreno la vergüensa en mi casa. A medía que se iba el honó, que es cosa morá, entraban por las puertas como-

didaes físicas... Ar prinsipio—voy á desirlo to,—jasta er propio Barrena se hayaba á gusto, porque no se daba cabá cuenta de su desgrasia... Pero aluego vino la reflersión... y ahora, comadre e mi vía, ahora, agüelo e mi arma... Enterneciéndose y lloriqueando. er pan que como lo como mojao en lágrimas, como los gorriones.

María Jesús. Levantándose decidida. ¿Pos sabe usté lo que le digo?

Barrena. Déjeme usté acabá. Mi casa está que no la conozco: ca día me jayo ar dispertarme un chisme nuevo... Mi mujé me trata á trompicones—es verdá que en eso no ha cambiao;— mis niñas me despresian y me pegan toas... jasta la más chica se atrevió ayé á levantarme la mano; la sea de que se visten me quema á mí las carnes na más e de verla; los alimentos que eyas toman se me jasen á mí un núo como una piedra en la garganta; er lujo e mi mesa me pone colorao... me ofende... ¡yo no he visto en mi vía tanto queso junto!... Siento una sé, comadre, que me ajoga...

Abuelo. Es naturá; er queso pie mucha agua.

Barrena. ¿Quié usté haserme er favó de no *chuflarse* ahora con las penas der prójimo? La sé que yo siento es de justisia, agüelo, de justisia... de pundonó... de limpiesa e sangre... ¡de to eso junto! ¿Me quién ustés desí qué es lo que jago yo pa apagarla?

María Jesús. No pué sé más sensiyo, y á eso iba yo antes. Yo vivía en la creensia de que usté tenía tan poca *lacha* como toa su gente.

Barrena. ¡Comadre!

ABUELO. Le arvierto á usté que en esa creensia vive er barrio entero.

BARRENA. ¡Agüelo!

MARÍA JESÚS. Pero si es verdá que usté es un hombre honrao, dos caminos tiene usté pa elegí: ó echá á la caye á la arrastrá de su mujé y á las retunantas de sus niñas, ó dirse usté solo á comerse un cacho e pan duro aunque sea debajo de un paraguas. ¿Lo quié usté más claro? Pos agua e mi noria, que es la más limpia que conozco. Y quéese usté con Dios.

Vase á la calle. Barrena se queda unos momentos apabullado por el chaparrón. Aparece BERNARDO por el fondo, copiando en su álbum de dibujo plantas y flores y variando con frecuencia de punto de vista.

BARRENA. ¿Ha visto usté qué rosiá?... Cuando uno viene buscando consuelo... ¡Na; que va á sé cosa de tirá piedras por la caye!

ABUELO. No se esanime usté, que en este mundo to se arregla, Sidoro. ¿Quié usté tomarse conmigo dos medias cañas e vino duro... y usté verá como sale una solución?

BARRENA. Lo que usté diga, agüelo, lo que usté diga...

ABUELO. Llegándose á la puerta del huerto, y llamando. ¡Consueliyo! ¡Escucha un momento!

Viene CONSUELO.

CONSUELO. ¿Qué hay?

ABUELO. ¿Ande está er vino duro?

CONSUELO. ¿Er vino duro? Vengan ustés conmigo. Entrase en la casa por la puerta de frente al público.

ABUELO. Amos, Sidoro, lo tomaremos ayá dentro.

BARRENA. ¡Qué bien mandá!... ¡qué agrao er suyo!... ¡Bendito sea Dios!... ¡Se le quién paresé las mías!...

ABUELO. Miste, amigo Barrena: esta, y la otra, y la de más ayá, y las de usté, y las der vesino, ¡toas son flores!

BARRENA. ¡Agüelo!

ABUELO. ¡Flores, flores toas! La que no es jasinto es alelí, la que no es alelí es geranio, la que no es geranio es mosqueta...

BARRENA. ¡Agüelo, por la Virgen der Carmen!

ABUELO. Er toque está en er jardinero... en cuidá er güerto mucho... en poné cristales en las tapias pa que no sarten los ladrones... en que haiga perro...

BARRENA. Perro hay en casa; por ahí no va usté malamente; pero ni con la Biblia en la mano me prueba usté á mí que mi señora es una fió.

ABUELO. Arto er carro; yo, al hablá de mujeres, les yamo asín á las que están entre los quinse y los treinta años... Las demás, ya son otra cosa; á sabé: sorteronas, beatas, suegras, brujas...

BARRENA. ¿Y á qué edá prinsipian á sé brujas, señó Fernando?

ABUELO. A la de su mujé de usté, ni año más ni año menos.

BARRENA. ¡Me caso con la Torre el Oro!... Me ha jecho usté reí. ¡Y miste que tengo yo unas tripitas ahora!...

ABUELO. ¿Amos á remojarlas?

BARRENA. Amos.

Entran en la casa riéndose.

Bernardo se sienta de espaldas á la casa, y dibuja. Sale Consuelo por la puerta principal, y al ir hacia la calle, repara en él y se le acerca cautelosamente para ver lo que hace. Al cabo de un rato suelta una carcajada que saca de su abstracción á Bernardo.

Bernardo. ¡Hola! ¿Me estabas viendo? ¿De qué te ríes?

Consuelo. De lo en serio que ha tomao usté esto de la pintura.

Bernardo. ¿Te llama la atención?.

Consuelo. Pos ya se ve. Como que paese que va usté á seguí en eyo... y luego lo dejará usté á los ocho días. No va á sé la pintura más afortuná que otras cosas... Usté no se debe casá.

Bernardo. ¿Por qué?

Consuelo. Porque va usté á renegá de su señora á los tres meses de matrimonio.

Bernardo. Eso le pasa á medio mundo.

Consuelo. ¡Don Bernardo, por Dios!...

Bernardo. Pero, en fin, no pienso guiarme de tu consejo, Consuelito... Me casaré... en cuanto tenga novia... y dinero.

Consuelo. En lo de la novia no entro ni sargo; pero en lo der dinero no yeva usté rasón ninguna.

Bernardo. No es que necesite pedir limosna, mujer; ¿pero adónde voy yo con una tienda medio arruinada y cuatro cuartos escasos que me dejó mi padre?

Consuelo. Si usté arrimase el hombro á la tienda...

Bernardo. Para arrimar el hombro tendría que arrimarme yo; y por no ver el mostrador ni los libros de caja la regalo con dinero encima.

CONSUELO. A vé, don Bernardo, á vé esa hoja...

BERNARDO. ¿Cuál?

CONSUELO. Esa que ha pasao.

BERNARDO. Pasando varias. ¿Esta de las violetas?

CONSUELO. No, no; la de antes. Esa.

BERNARDO. ¿Te gusta?

CONSUELO. Mucho. Es er rosá de filo que hay junto á la tapia, ¿verdá usté?

BERNARDO. El mismo.

CONSUELO. Está mu bien sacao.

BERNARDO. ¿Lo quieres?

CONSUELO. ¿Yo? ¿Y pa qué, si tengo ayí er rosá?

BERNARDO. Me has convencido... y le has dado una puñalada á mi arte.

CONSUELO. ¡Ay, Jesús!

BERNARDO. Siéntate; verás lo que he hecho hoy.

CONSUELO. Obedeciéndolo. Vamos á vé. Se ríe. La verdá es que yo entiendo mucho de estas cosas.

BERNARDO. ¿Que si entiendes?... ¿Conoces esto?

CONSUELO. Esto es un pedaso der jazmín reá. También está mu propio.

BERNARDO. ¿Y esto, qué es?

CONSUELO. La selinda. Y esto que está á la vera, er granao.

BERNARDO. Oye: ¿cómo se llama un rosal blanco que hay junto á la celinda?

CONSUELO. Rosá de virgen.

BERNARDO. Ah, de virgen. ¿Y este?

CONSUELO. Ese me quié paresé er de cobre.

BERNARDO. Me asombra que los reconozcas aquí.

CONSUELO. Tengo tanta costumbre de mirarlos...

BERNARDO. ¿Cuál de los dos te gusta más, este ó el de virgen?

CONSUELO. Los dos lo mismo.

BERNARDO. ¿Y de todas las flores, vamos á ver?

CONSUELO. Ca una por su cosa me gustan toas iguales. Desde que nasí estoy entre eyas... usté carcule... A toas las quiero. Serrando los ojos, por el oló las conozco á toas. Yo creo que si me sacaran de aquí arguna vé, me moría.

BERNARDO. ¿El huerto ya es propiedad de ustedes, no?

CONSUELO. Sí, señó; ar morí er señorito, va ya pa sinco años, se lo dejó á mi padre en agradesimiento. Como mi padre fué moso e su casa toa la vía...

BERNARDO. ¿Y les da á ustedes mucho que hacer?

CONSUELO. Sabe usté que como se hase á gusto, una no lo nota. Er trajín mayó lo tenemos por la mañana.

BERNARDO. ¿Sí?

CONSUELO. Sí. ¿No ve usté que casi tos los floreros vienen mu temprano? Los de la Encarnasión, sobre to, vienen ar sé de día; y ya nosotras les tenemos preparás las flores. Mi madre y yo nos levantamos toavía con estreyas... y comensamos á cortá las blancas, que son las que mejó se ven á esas horas... Y luego, poco á poco, cuando va yegando la luz der día, se van distinguiendo los colores de las otras, y asín que las vemos las cortamos

también. Es una faena mu bonita. Ar prinsipio mira una pa er sielo y no ve más que estreyas... y mira pa er güerto y casi no ve flores; pero apenas va viniendo la aurora, pasa ar revés: no quea ni una estreya ayá arriba y aparese cuajao de flores to esto...

BERNARDO. Sí que será digno de verse.

CONSUELO. A mí me pasó una mañana una cosa que me tuvo preocupá to er día... Figúrese usté que ca vez que cortaba yo una fló, se iba una estreya... ¿No hay pa preocuparse, don Bernardo?

BERNARDO. Me encanta oirte, Consuelito. Sigue, sigue diciendo cosas.

CONSUELO. Eso es; pa luego divertirse usté conmigo.

BERNARDO. Sea para lo que sea... Escucha: ¿á lo que le temerán ustedes más que á un dolor es á las tormentas?

CONSUELO. Ay, no me hable usté de eso... Son una ruina pa nosotros... Yo me pongo más triste... En er mes de Mayo pasao, pocos días después de irse usté de viaje, hubo aquí una espantosa... Yo no sé por qué me acordé de usté mucho... Mi madre se yevó yorando toa la tarde; Angeles prinsipió á resá y á ensendé velas, y Charito metió la cabesa debajo de un corchón porque se asusta de los truenos. Rosa María no estaba en casa. Sólo nos queamos viéndola el agüelo y yo, que somos más valientes. No sabe usté la pena y la angustia que á mí me daba vé á toas mis flores, que no hasen daño á nadie, acobardás con er viento que las sacudía y con el agua que caía mu incliná y mu fuerte... Paresía que les pegaban y las castigaban

por argo malo que habían hecho. Los capuyitos se tronchaban enteros; las rosas grandes caían esbaratás; los claveles daban tos contra er suelo sin espegarse de las ramas; los jazmines se queaban sin una fló... ¡Jesús, no quieo acordarme!... Cuando pasó la yuvia y nos asomamos aquí fuera á vé er daño hecho, nos daba lástima pisá... Y luego, cuando salió er só, con er goteá de toas las hojas, me acuerdo yo que me paresió á mí como que er güerto entero estaba yorando.

BERNARDO. Algo hubiera dado yo por haberlo visto.

CONSUELO. No diga usté eso, que usté no tiene mala idea.

BERNARDO. Y lo que es lo otro no me quedo sin verlo.

CONSUELO. ¿Qué es lo otro?

BERNARDO. La faena del amanecer. Levantándose. ¿Me dejas tú que venga mañana?

CONSUELO. Don Bernardo, usté no está en sus cabales. Se levanta también.

BERNARDO. ¿Me dejas tú?

CONSUELO. ¿Y á usté qué farta le hase mi permiso? ¿No sabe usté que aquí pué vení cuando quiera?

BERNARDO. Mira si lo sé que estoy notando que no salgo del huerto en todo el día.

CONSUELO. Ya se le pasará á usté el arrechucho.

BERNARDO. ¿A que no se me pasa?

CONSUELO. ¿A que sí?

BERNARDO. Oye, Consuelito, un favor que quiero pedirte.

CONSUELO. Diga usté, que si está en mi mano...

BERNARDO. En tu mano está. ¿Por qué no me tuteas?

CONSUELO, Soltando la risa. Cuando digo yo que usté está barrenao...

BERNARDO. Pues á los locos seguirles la corriente. Tutéame.

CONSUELO. Pero ¿qué más tiene el usté que er tú pa el apresio? Y que á mí me iba á dá mucha vergüensa...

BERNARDO. Bueno, pues te hablo yo de usted desde ahora.

CONSUELO. Eso sí que iba á está grasioso.

BERNARDO. ¿Me tuteas ó no me tuteas?

CONSUELO. Se va á enfadá mi novio.

BERNARDO. ¿Lo tienes ya?

CONSUELO. Ya tengo hecha mi elersión.

BERNARDO. Por los clavos de Cristo, no vayas á cargar con un zopenco.

CONSUELO. Duerma usté tranquilo, que no cargo.

BERNARDO. Es verdad que tú eres persona de buen gusto.

CONSUELO. ¡Digo!

BERNARDO. Conque hasta mañana, que vendré á coger flores.

CONSUELO. ¿De verdá?

BERNARDO. De verdad. Y que vendré en carácter: pantalón y blusa de dril...

CONSUELO. Ay, ay, ay...

BERNARDO. Sombrero ancho...

CONSUELO. ¡Josú! ¡Josú! Va usté á paresé uno de nosotros.

BERNARDO. ¿Y qué cosa mejor? ¡Ah! Te advierto que llamaré con una piedra. ¡Pun! ¡pun!

CONSUELO. No será menesté; yo estaré esperando.

BERNARDO. Pues hasta mañana, con estrellas.

CONSUELO. ¿Y si está nublao por casualidá?

BERNARDO. Te miraré á la cara y será lo mismo. Adiós.

Consuelo suelta la carcajada. Bernardo se va.

CONSUELO. Es mu güeno este don Bernardo... mu simpático... La trata á una como si una fuera su iguá... Es mu güeno... Lástima que tenga un venate. A mí, to lo que me dise, no es que me haga grasia, es que me da mucha alegría... Yéndose huerto adentro y suspirando. ¡Ay!... A esta media luz de la tarde sí que está esto bonito...

Queda la escena sola. Pausa.

JULIANA llega de la calle hecha una furia. Viene agitadísima y abanicándose á más y mejor. Tan pronto se sienta como se levanta, dirigiendo cuantas frases dice hacia la calle para meter en curiosidad á los que desde allí la escuchan.

JULIANA. Aquí me cuelo... No quiero escándalos en la puerta... No quiero que luego digan que si fué, que si vino, que si una yeva y trae... ¡Anda! Ya estás aviá, fantesiosa... Me alegro, me alegro, me alegro, me alegro y me alegro... ¡Como me yamo Juliana que me alegro!... En los artares había que poné á las niñas... ¡Toma artares!... No; si era agua bendita la de la arberca... Soltando una carcajada escandalosa. ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué risa me ha entrao!... Este es er mundo, hija, este es er mundo...

Suspirando con las de Caín. ¡Ay! ¡to cae ensima, to cae ensima!...

Sale de pronto María Jesús y se encara con ella.

María Jesús. Pero, oiga usté, comadre: ¿con permiso de quién entra usté en mi güerto? ¿Cuántas veses vaáhabé que echarla á usté pa que no güerva más? ¿Quié usté desírmelo? ¿Quié usté también desirme qué baba es esa que está usté sortando? ¿Quié usté reventá de una vez, comadre e mis curpas?

Juliana. Sí, hija, sí; ¡pos no que no! Si vengo á tiro hecho... ¡Vaya!... ¿Conque las niñas en los artares?...

María Jesús. Oiga usté...

Juliana. ¿Conque con la frente pa er sielo?... ¡Ja, ja, ja!...

María Jesús. Miste, comadre, váyase usté de aquí...

Juliana. Me iré, me iré... cuando desembuche.

María Jesús. Pos desembuche usté pronto—pa no verla más—y suerte usté to er veneno que traiga; pero mírese usté mucho antes e desí tanto asín de mis hijas. Mis hijas son sagrás pa usté y pa to er mundo.

Juliana. ¡Ja, ja, ja! Me da usté lástima... ¡Ahora soy yo la que está ensima!...

María Jesús. ¿Acaba usté?

Juliana. Comadre de mi corasón y de mis entrañas: ¿sabe usté por casualidá en dónde está á estas horas Rosa María?

María Jesús. Pos dando un paseo con Charito.

Juliana. ¿Con Charito?

MARÍA JESÚS. Y con su novio. ¿Qué tiene usté que desí de eso?

JULIANA. De eso, na; pero se conose que ha habío una buya y han perdío de vista á Charito...

MARÍA JESÚS. ¿A Charito?

JULIANA. Sí; porque yo me los he encontrao mu juntos á los dos... solitos con sus pensamientos... y por una caye... ¡ay, qué caye!...

MARÍA JESÚS. ¡Mentira!

JULIANA. Con fruición. ¡Yo! ¡yo! ¡yo! ¡Yo los he visto! ¡yo! ¡Con estos ojos! ¡con estos ojos! ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

MARÍA JESÚS. ¡Mardita sea tu arma! ¡Véte ya e mi güerto, si no quiés que te ajogue ahora mismo! ¡Quítate de mi vista pronto, mala mujé, mala fiera! ¡Qué más quisieas tú, sino que fuera verdá lo que estás inventando!

JULIANA. ¡Inventando... sí!... ¡Ya estamos iguales, ya estamos iguales!...

MARÍA JESÚS. ¡Iguales! ¡Esa es tu pesaíya, condená! ¡esa es tu pesaíya!... Pero, ¿sabes lo que te digo? ¡Que los peores pensamientos e mis hijas los quisiean las tuyas pa dí con eyos á la Iglesia! ¡Véte ya, bicho malo! ¡Fuera de aquí, que manchas! ¡Véte, que me paese que veo ar demonio cuando te veo! ¡A la caye, al arroyo, ande debes está, mardesía!...

Al escándalo acuden ANGELES de la calle, el ABUELO y BARRENA de la casa, y CONSUELO del interior del huerto.

ANGELES. ¡Madre! ¿Qué es esto?

CONSUELO. ¿Qué susede? ¡Juliana! ¡Madre!

MARÍA JESÚS. ¡Fuera, fuera de aquí!

ABUELO. ¿Qué pasa, hija?

BARRENA. ¡Adiós! ¡Nos caímos!

CONSUELO. ¿Qué pasa, madre?

MARÍA JESÚS. ¡A la caye esa mujé! ¡A la caye esta gente mala!

ABUELO. Pero ¿qué ha sío?

MARÍA JESÚS. ¡A la caye!

CONSUELO. Madre, déjela usté, que bastante tiene...

JULIANA. ¡Bastante tengo, sí, bastante tengo!... ¡Ja, ja, ja!... Toas tenemos lo mismo, hija... A Barrena, dándole pellizcos y empellones. ¡Arsa tú pa casa, cobardón! Estás viendo que me insurtan, y no me defiendes... ¡Asín te parta un rayo!...

BARRENA. Agüelo, ¡una camelia!

JULIANA. ¡Arsa pa alante!

BARRENA. Ya voy, mujé, ya voy... no arrempujes...

JULIANA. ¡Quearse con Dios, familia e santas!... ¡Ja, ja, ja! Vase babeando y riéndose con Barrena, á quien no deja de empujar.

MARÍA JESÚS. ¡Víbora!

CONSUELO. Pero ¿qué fué, madre?

ANGELES. Madre, ¿qué ha susedío?

MARÍA JESÚS. Sin atenderlas, y mirando hacia la puerta del huerto, desahoga su ira contra Juliana. ¡Más que víbora!... Te escuese la honra ajena, ¿verdá?

ABUELO. Mujé, ¿quiés contarnos?...

MARÍA JESÚS. ¡Si no te dejo ni limpiá con la lengua er suelo que eya pisa!...

ABUELO. Pero ¿te ha fartao?

MARÍA JESÚS. ¡Iguales! ¡iguales!... ¡Eso quisieas tú, saco e veneno!...

CONSUELO. Madre, tranquilísese usté.

ANGELES. ¡Por la Virgen, madre!

MARÍA JESÚS. ¡Si el infierno lo han inventao pa tirarte á ti de cabesa!...

ABUELO. María Jesús, por Dios...

MARÍA JESÚS. ¡Malos lobos te coman! ¡Te farte la salú mientras vivas! ¡En sagrao no te entierren, por mala! Volviéndose á los suyos y llorando. ¿Habéis visto lo que dise esa infame mujé?

CONSUELO. ¿Qué dise?

MARÍA JESÚS. ¡La mayó viyanía, hijas e mi sangre!

ANGELES. ¿Cuál?

Llega en este momento CHARITO demudada y trémula. Su presencia es una terrible revelación para María Jesús, la cual da un grito de dolor y de espanto al verla sola.

ABUELO. ¡Charito!

MARÍA JESÚS. ¡Charito! ¿Y tu hermana? ¿Y tu hermana, Charito?

CHARITO. Madre, me he perdío de eya...

MARÍA JESÚS. Con angustia y profundo dolor. ¡Ay!... ¡ay!...

CHARITO. No he podío encontrarla...

MARÍA JESÚS. Con arranque enérgico, yendo hacia la puerta. ¡Yo la encontraré!... ¡Rosa María! ¡Rosa María!

ABUELO. Conteniéndola. ¿Ande vas, loca?

CONSUELO. Lo mismo. Madre, no es pa tanto...

MARÍA JESÚS. ¿Que no es pa tanto? ¿Qué saben ustedes? ¡Dejarme que la busque! ¡Dejarme, digo!... ¡Rosa María! ¡Rosa María! Logra desasirse y se precipita hacia la calle llamando á su hija. Cae rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La acción se desarrolla en el mismo lugar que los actos primero y segundo. Aunque desde entonces acá ha transcurido más de un año, sólo se observan en el huerto variaciones leves. Es una noche de verano, clara y serena.

El ABUELO está sentado cerca de la puerta del huerto. BERNARDO llega de la calle.

BERNARDO. Abuelo, buenas noches.

ABUELO. Dios te guarde, muchacho. ¿De ande vienes?

BERNARDO. De dar una vuelta por ahí, buscando aire fresco.

ABUELO. ¿Y lo has encontrao?

BERNARDO. Ni en la misma orilla del río. Como aquí no lo haya...

ABUELO. Siéntate.

BERNARDO. ¿Y Consuelo?

ABUELO. Contándole cuentos á la gente menúa.

BERNARDO. ¿Está la otra con ella?

ABUELO. Sí.

BERNARDO. ¿Más tranquila ya?

ABUELO. Argo, pero no mucho.

Bernardo saca un cigarrillo, le da al Abuelo otro y ambos fuman. MARÍA JESÚS pasa en silencio de la puerta de su casa que está frente al público á la calle.

BERNARDO. ¡Pobre María Jesús! Es otra mujer. Mentira parece que en un año...

ABUELO. En poco más de un año; cabá... Catorse meses hiso antié que levantó er güelo la paloma.

BERNARDO. Y menos mal que ha vuelto al nido.

ABUELO. Porque tú la trajiste...

BERNARDO. No, no lo crea usted. Ella estaba dispuesta á venir. Si algo la detenía era el peso de la culpa, los remordimientos... Cuando yo la encontré la otra noche en la calle, la vi llena de vergüenza, temerosa... asustada... Quería entrar en el huerto y no se atrevía. Al llamarla yo por su nombre y conocer mi voz, se quedó blanca, yerta... ¡Pobre criatura!

ABUELO. Pagando está de sobra su mala partía, no te pienses. Er día y la noche se los pasa llorando como una Mardalena: tiene las mejiyas escardás... Las mirás más inosentes de nosotros le hasen bajá la vista pa er suelo; los consuelos de sus hermanas le punsan como espinas á la pobre; una carisia que le haga su madre la deja helá, sin vía, sin respiro...

BERNARDO. Es claro; en estos primeros momentos... Pero deje usted que el tiempo ande, que ella se convenza de que aquí no se le guarda ren-

cor, de que hasta su madre la perdona, y entonces... Como yo creo que está sinceramente arrepentida... El Abuelo hace un gesto. ¿Usted no lo cree?

ABUELO. Que esté arrepentía sí lo creo; pero eso vale poco, mientras viva ese piyo que la engañó. Ahí está er peligro.

BERNARDO. Pues á mí me ha jurado que antes se sacará los ojos que volver á mirar á ese hombre.

ABUELO. Eso es como si un girasó te jurara no mirá más que pa la tierra. Si está en su naturá seguí ar só por donde quiea que vaya, ¿qué vale er juramento?

BERNARDO. Sin embargo...

ABUELO. No seas inosente, chiquiyo. Mira: tú has visto acá día por día, durante un año entero, er doló contino de esa madre; tú la has visto yorá y más yorá yamando á su hija, con una voz de pena honda que hasta á las flores les daban repelucos... tú lo has visto to y to lo sabes, porque tú con tu labia y con tu sentío eres el único que ha podío consolarla argunas veses... Pos güeno: Rosa María ha güerto y ha comprendío los sufrimientos e su madre; Rosa María la ha visto envejesía y esplomándose por curpa de eya; á Rosa María la han perdonao tos en esta casa, hasta *Lusero,* er perro, que la resibió con sartos de alegría y le lamió las manos... y sin embargo, yo te apuesto á ti lo que quieras á que esa golondrina da mu pronto otro voletío.

BERNARDO. Más sabe usted que yo, pero estaba por apostarle lo contrario. ¿No es ella la primera que al encontrarse sola, rodando por ahí, ha visto como único refugio su huerto? Este ambiente

de paz y de sosiego, esta atmósfera de honradez, ¿cree usted, abuelo, que no han de poder nada sobre su corazón?

ABUELO. Sobre su corasón... y sobre su consiensia, que es lo malo. Créeme tú á mí, chiquiyo; lo que hay que pedirle á la Virgen es que er charrán que la perdió no se le presente.

BERNARDO. ¿Sabe usted si anda por Sevilla?

ABUELO. Por Seviya anda: la otra tarde lo vi en er Duque.

BERNARDO. En ese caso... Hombre, ¿y si lo quitáramos de en medio de alguna manera?

ABUELO. Viendo á CHARITO, que sale por la izquierda de huerto. Cáyate, que viene Charito.

BERNARDO. Charito, buenas noches.

CHARITO. Con tristeza. Güenas noches, Bernardo.

BERNARDO. ¿Qué tè pasa, que traes esa carilla tan mustia?

CHARITO. Que vengo de enterrá er jirguero.

BERNARDO. ¿Cuál? ¿Periquito?

CHARITO. Er pobre Periquito. Se me ha muerto esta tarde.

BERNARDO. ¡Vaya por Dios! ¿Y de qué se te ha muerto?

CHARITO. De está en la jaula, digo yo que habrá sío. Como era tan rabioso...

ABUELO. Pos en dos días yevas tres entierros, mujé. A Bernardo. Er canario de la raya ar lao también *espichó*.

BERNARDO. ¿También?

CHARITO. Güeno, pero ese fué de anginas.

Llegan de la calle ANGELES y JUAN ANTONIO, ella rozagante y alegre

él mustio y abatido. Cada uno trae en brazos una criaturita de pecho, exactamente iguales las dos. Huelgan en absoluto los comentarios.

JUAN ANTONIO. Santas y buenas noches... Abuelo... Bernardo... Charito...

BERNARDO. Buenas noches.

ABUELO. Levantándose. ¿Ustedes por aquí á estas horas?

CHARITO. ¿Habéis visto á madre?

ANGELES. Ahí en la puerta la hemos visto, sí.

CHARITO. Sentarse un poco.

ANGELES. Nos vamos á dí de seguía, sino que pasábamos por aquí y no quisimos pasá de largo.

ABUELO. A Juan Antonio, cogiéndole el chiquillo y besándolo. Dame tú acá este moso güeno.

CHARITO. A Angeles, lo mismo. Dame tú á mí este rey der mundo.

ANGELES. Cuidao con é.

BERNARDO. ¿Qué hay, Juan Antonio? ¿Cómo va esa salud?

JUAN ANTONIO. Medianamente. Diga mi mujer lo que quiera no estoy bueno. Se me va la cabeza... tengo el estómago perdido... las piernas me bailan... pero así, que me bailan...

BERNARDO. ¿Qué haces tú que no lo cuidas, mujer? Porque él te tiene á ti de buen año. Mira qué colores: da gloria verte.

JUAN ANTONIO. Es que ésta por poquito yerra la vocación: le ha sentado el matrimonio bastante mejor que le hubieran sentado las tocas.

ANGELES. En tono de cariñosa reconvención. ¡Juan Antonio!

BERNARDO. Riéndose, y pasándole una mano por la espalda

con familiaridad. ¡Ja, ja, ja! ¡No le gusta que le diga usted eso!

JUAN ANTONIO. Dando un respingo. ¡Por los clavos de Cristo, no me pase usted la mano por la espalda!...—Y que ya ha empezado otra vez con los antojitos... ¿Se entera usted, abuelo?

ABUELO. ¡Muchacha!

ANGELES. No le haga usté caso á este charlatán.

JUAN ANTONIO. A mí se me han puesto los pelos de punta. Sí; porque si da en la flor de traérmelos por colleras, como los palomos... ¡apaga y vámonos!

Todos se ríen de la ocurrencia.

ANGELES. Ruborosa. Verás tú cuando yeguemos á casa, sinvergosón. A Charito. Oye, ¿y Rosa María?

CHARITO. Más sosegá está la pobresiya; ¿verdá, agüelo?

ABUELO. Así así anda...

JUAN ANTONIO. ¡Lástima de criatura! No se me cae de la imaginación un momento.

BERNARDO. ¿La llamo aquí, Ángeles?

ANGELES. No; déjela usté. Yo vendré mañana de día más despasio. Tengo que echá con eya un párrafo mu serio.

JUAN ANTONIO. Mira, mira, no vayas tú á tomar ese tono de abadesa que empleas conmigo... Bastante tiene la pobrecita con lo que tiene.

ANGELES. ¿Tú que sabes? Si eya es capaz de recogimiento y güena condurta, er Señó le perdonará su mala arsión. Dios es mu güeno, pero una debe poné de su parte to lo que puea.

JUAN ANTONIO. Amén.

Se ríen todos.

ANGELES. Vaya, esta noche te ha dao la ventolera por abochornarme. Vámonos ya pa casa. Trae acá mi niño, Charito. Besándolo con efusión. ¡Santito e mi sangre!

JUAN ANTONIO. Abuelo, déme usted á mí el mío. ¡Curita de mi corazón!

ANGELES. Escucha, Charito: ¿cuándo vas á dí por ayí?

CHARITO. A vé si voy mañana.

ANGELES. Ya verás cómo he puesto la capiya.

JUAN ANTONIO. Está preciosa.

ANGELES. ¡Y qué manto er que ha regalao doña Carmen!... Por supuesto, lo que yo he tenío que trajiná ayí, Dios me lo tome en cuenta. Los candelabros e plata de tos los artares, hasía más de un año que no veían la tisa; los doraos tos estaban cuajaítos de manchas e sera; á toas las imágenes las he tenío que lavá con claras e güevo... En fin, aqueyo ha sío no sosegá. Pos en la sacristía, tres cuartos e lo propio. Lo menos cuatro manos e cá he tenío que darles á las paredes. Había ayí unas pinturas medio borrás der tiempo, y no he parao hasta dejarlo to blanquito, blanquito, blanquito.

BERNARDO. ¡Ave María Purísima! ¡Buena la has hecho!

ANGELES. ¿Que si la he hecho? ¡Superió! Vaya usté por ayí y se queará con la boca abierta. Y vámonos nosotros.

ABUELO. Los acompaño á ustés hasta la esquina.

CHARITO. Mañana iré yo á verte, ¿eh? Besa á su hermana y á los chiquillos.

ANGELES. Pos yévate unas flores pa ayá; no se te orvíe.

CHARITO. Descuida.

JUAN ANTONIO. Con Dios, Bernardo.

BERNARDO. Vayan ustedes con Dios.

JUAN ANTONIO. Estremeciéndose. ¡Cuidadito con tocarme en la espalda!

BERNARDO. No tenga usted cuidado, hombre.

Se van el Abuelo, Angeles y Juan Antonio.

CHARITO. Esta hermana mía, metía entre santos y entre curas no se cambia por nadie.

BERNARDO. Y al otro ya no le bailan las eses. Ahora son las piernas las que le bailan.

CHARITO. Vente tú conmigo pa ayá arriba, que tenemos que hablá los dos.

BERNARDO. ¿Sí? ¿Cosa grave?

CHARITO. No deja de tené gravedá, no te creas.

Se va con Bernardo por el fondo del huerto.

BERNARDO. Pues di.

CHARITO. Aguárdate á que nos sentemos junto á la arberca, que es un sitio mu propio.

Queda la escena sola. Pasa MARÍA JESÚS de la calle á la izquierda del huerto, sin decir palábra.

Salen CONSUELO y ROSA MARÍA, abrazadas por la cintura, por la puerta de la casa que da frente al público.

CONSUELO. Anda, sarte aquí, que ahí dentro ahoga la caló.

ROSA MARÍA. Me da lo mismo: estoy que ni siento ni paezco.

CONSUELO. Pos eso no vale. Es menesté que

te sosiegues y que te animes. Güerve á sé la que eras.

ROSA MARÍA. ¡La que era!...

CONSUELO. Siéntate.

ROSA MARÍA. Obedeciéndola maquinalmente. No te vayas tú.

CONSUELO. Tengo que acostá á aqueyos demonios.

ROSA MARÍA. Déjalos un ratiyo más y quéate aquí conmigo. Consuelo se sienta á su lado. No sé por qué, me hayo á tu vera más á gusto que ar lao de nadie. Junto al agüelo, junto á Charito, junto á madre, estoy acorralá, temiendo argo que no sé lo que es... Junto á ti estoy tranquila.

CONSUELO. Pos ya tú ves que acá tos semos lo mismo y tos te queremos iguá, Rosa María.

ROSA MARÍA. ¡Qué sé yo!... Me mira madre de una manera... Yo no sé cuándo me hase más daño: si cuando se aserca á mí y me da un beso, ó cuando la veo pasá por er güerto cayá como una sombra.

CONSUELO. Pa la pobre ha sío un gorpe mortá; eso tú lo sabes... Pa tos nosotros ha sío una pena como ninguna; yo no te sé engañá... Pero eya y tos te hemos perdonao, y ahora lo que queremos es que sea verdá que estás arrepentía.

ROSA MARÍA. ¡Qué güena eres! ¡Si vieras cuánto me he acordao de ti!... Ca vez que ese mal hombre hasía conmigo una felonía, no sé por qué eras tú la única de acá que se me representaba en er pensamiento. Un día yegó á pegarme; me amenasó con abandonarme pa siempre; huyó de la casa;

me dejó sola... Y yo yoré y yoré, y mientras yoraba se me vino á la idea er despego con que tú lo resibiste la primera vez que entró en er güerto, y me acordé también de aqueya tarde e toros en que me dijiste al oído: «Rosa María, cuidao con ese hombre.» Paese que te estoy oyendo toavía; fueron tus palabras... Pero yo estaba siega, siega... no vía na.

CONSUELO. Si no fuera por eso, no tendrías perdón de Dios ni de nosotros.

ROSA MARÍA. Créeme que estaba siega... La tarde e mi desgrasia fué lo mismo: hasta er pensamiento se me segó. Perdí er sentío y la memoria: ni me acordaba de ti, ni de madre, ni de ninguno... No vía más que á Gabrié; pa mí no había familia, ni mundo, ni na: Gabrié por dentro e mí; Gabrié por fuera; mi arma de Gabrié; de Gabrié mi cuerpo... Nunca he sabío lo que es no tené voluntá hasta aqueya tarde. Tú, como no has querío á ningún hombre, no pués comprendé esto.

CONSUELO. Sí lo comprendo, sí; ¿no ves tú que yo estoy acostumbrá á quererlo to de esa manera? ¿En dónde hay na como fartarle á una misma tiempo pa quererse, por tené repartío er corasón ar reó suya?

ROSA MARÍA. Lo malo es cuando se echa er cariño en tierra farsa, como á mí me ha pasao. ¡Miá que darle yo á ese lobo ladrón toda mi persona y tené való de abandonarme!... ¡Quién me lo había e desí!... De aquí de Seviya nos fuímos á Málaga y ayí vivimos una temporá tranquilos y contentos... Lo único que á mí me punsaba como una sae-

ta de cuando en cuando, era la idea de acá... «¿Qué pensaría mi madre? ¿cómo estaría?» Esto cuando yo me queaba sola. En cuanto lo tenía delante se me borraba to: ni madre, ni güerto, ni flores, ni hermanas... Gabrié: su mirá, sus carisias, sus dichos grasiosos... ¡Mardito sea sien veces er nombre que yeva!

CONSUELO. Vamos, mujé, no te atormentes más recordando cosas que ya no tienen remedio... Pasó, Dios sabrá por qué, y na vas á conseguí con repetírtelo.

ROSA MARÍA. No me quites este consuelo, que en él está mi vía. Pensá en eyo, pensá, darle güertas en la cabesa, recordarlo siempre... Er viaje á Málaga; er sarto á Madrí; los primeros dijustos; la vez que me pegó—¡paese que es ahora, según me duele! — su abandono infame; mi vía de luego... ¡Qué vergüensa, Dios mío, qué vergüensa! Véte, Consuelo, véte; déjame, que mi rose mancha, y yo no quieo mancharte á ti... Tú eres pa mí como aqué rosá de virgen que yo cuidaba antes e mi caía.

CONSUELO ¿Te vas á gorvé loca, mujé?... ¡Er rosá de virgen!... Güerve á cuidarlo, rósate con é, que á é no se le ha de pegá na malo tuyo, y lo que á ti se te pegue de é tiene que sé güeno. Levantándose. Y basta e yantina, que vas á ponerte mala y te vas á morí, y no vas á tené tiempo pa gosá de haberte arrepentío.

ROSA MARÍA. Mejó, si me muriera. Se acabó pa siempre la yerba mala: un año e luto... y er güerto como antes.

CONSUELO. Mira, á vé si te cayas. Éntrate por ahí, que esa vista y esos olores te harán mucho bien... Anda, véte. Rosa María se levanta. Yo vendré á buscarte otra vez en cuanto acueste á los chiquetiyos; que estarán las pobres criaturitas cayéndose de sueño. No lo pienses más. Anda...

ROSA MARÍA. Lo que tú quieras.

CONSUELO. Dame un beso. Y te arvierto que esta conversasión se ha acabao. ¿Lo oyes?

ROSA MARÍA. Sí.

CONSUELO. Se ha acabao. Éntrase en la casa.

ROSA MARÍA. Después de llorar un rato en silencio. No pué sé; no pué sé... No pueo viví á la vera e mi gente. Seis días que yevo aquí me han paresío seis siglos... Este cariño con que me pagan er má que he hecho, viene como á agrandá mi curpa... No pué sé... no pué sé... ¡Me voy der «Güerto e las Campaniyas» pa siempre! Hasta los mismos árboles pienso que me señalan... y cuando er viento los sacude se me figura que hablan de mi caía... ¡Me voy, me voy! Mi puesto ya no está aquí: aquí estorbo, aquí daño, aquí soy una planta mardita... Roaré, si es que roá es mi suerte... Llora.

GABRIEL, que viene de la calle, se acerca cauteloso á Rosa María y le habla con voz sorda. Rosa María, vencidos el espanto, la sorpresa y el arranque de odio que le produce la llegada de Gabriel, no escucha al fin sino la voz de su pasión primera, que surge viva al contemplarlo.

GABRIEL. Negra, ¿por qué yoras?

ROSA MARÍA. ¡Gabrié!

GABRIEL. ¡Negra mía!

ROSA MARÍA. ¡Véte! ¿No te habías muerto? ¿No te habían matao, asesino, ladrón? ¡Véte!

GABRIEL. ¡Contigo!

ROSA MARÍA. ¡Conmigo! ¿Tienes való de hablarme?

GABRIEL. Porque no tengo való pa morirme solo.

ROSA MARÍA. Yegas tarde pa que te crea: me has engañao mucho, gitano. ¡Véte, véte! ¡Tú eres mi perdisión! ¡Véte!

GABRIEL. Cuando tú me mires como antes.

ROSA MARÍA. ¡Entonses, nunca!

GABRIEL. ¿Nunca? ¿Vas á sé tan cruél?

ROSA MARÍA. Esa palabra en tus labios es un insurto.

GABRIEL. Pon tú la que quieras.

ROSA MARÍA. ¡Traisionero! ¿Te gusta?

GABRIEL. Me gusta, porque viene de ti; porque sale de esa boca ensendía.

ROSA MARÍA. ¡Mentiroso, farso! ¡Quítate de mi vista! ¡Déjame!

GABRIEL. ¿Y quién te va á mirá como yo te miro?

ROSA MARÍA. Pa engañarme, na más que tú.

GABRIEL. ¿Siempre ha de sé lo mismo? Prueba á verlo.

ROSA MARÍA. Probé cuando hiso farta.

GABRIEL. ¿Es que no sabes perdoná? Porque yo he aprendío á arrepentirme. Cogiéndole una mano. Ven acá, gitana...

ROSA MARÍA. ¡Suértame!

GABRIEL. No te empeñes: si ar fin ha de sé... si hemos nasío pa achicharrarnos los dos juntos!

ROSA MARÍA. ¡Suértame!

GABRIEL. ¿Te lastima mi mano?

ROSA MARÍA. Me lastimas tú... ¡Suértame, te digo!

GABRIEL. Obedeciéndola. Suértame tú á mí el arma, que me la tienes presa.

ROSA MARÍA. ¿Hasta ahora no lo ha estao?

GABRIEL. ¡Hasta ahora no lo he visto! Negra de mi vía, mora de mi arma, ¡mírame como antes!

ROSA MARÍA. Resistiéndose sin resistirse. ¡No quiero... no quiero!...

GABRIEL. ¡Mírame!

ROSA MARÍA. ¿Pa qué? ¿Pa que dentro e un año vengas á desirme lo mismo?

GABRIEL. No; ahora no. He nesesitao separarme de ti pa vé lo que te quiero.

ROSA MARÍA. Yo también he nesesitao que te separes, pa convenserme de que es mu poco.

GABRIEL. Es más de lo que piensas; por eso vengo.

ROSA MARÍA. Con dolor y esperanza: espontáneamente. ¡Ay, si fuera verdá!...

GABRIEL. Lo es: no lo dudes.

ROSA MARÍA. ¿Cómo no vi á dudarlo?

GABRIEL. Yo te juro que es tan verdá como tu cariño.

ROSA MARÍA. ¿Qué sabes tú de eso?

GABRIEL. Porque lo sé lo juro: tu cariño es lo más sierto que conozco. ¿Te atreves tú á jurarme que no me quieres? Responde, morena. Viéndola convencida. Pero no, ¿pa qué? no respondas.

ROSA MARÍA. Rindiéndose al cabo. ¡Gabrié!...

GABRIEL. ¡Rosa María!... ¡arma de mi arma!... ¿Lo estás viendo?

ROSA MARÍA. ¿Pa qué has venío?

GABRIEL. Pa yevarte conmigo otra vez y no dejarte nunca.

ROSA MARÍA. ¿Nunca, Gabrié?

GABRIEL. ¡Nunca!

ROSA MARÍA. Si es pa eso, ahora es cuando quiero que lo jures en cruz por mi cariño.

GABRIEL. ¡Jurao está!

ROSA MARÍA ¡Gabrié mío! ¡No me engañes, por Dios!

GABRIEL. ¡Por Dios que no te engaño!

ROSA MARÍA. ¡Si vas á dejarme otra vez, mátame primero!

GABRIEL. ¡Como mis besos no te maten!...

ROSA MARÍA. ¡Tus besos!... ¡Pensé que nunca más gorverían!

GABRIEL. Vámonos.

ROSA MARÍA. Véte tú.

GABRIEL. Sin ti, no.

ROSA MARÍA. Aguárdame serca; no sargamos juntos de aquí.

GABRIEL. ¿Pero vendrás?

ROSA MARÍA. Detrás e ti siempre: ¡si es mi sino!

GABRIEL. ¿Y tu gusto?

ROSA MARÍA. ¡También!

GABRIEL. En la puerta e la iglesia estoy.

ROSA MARÍA. Ayá iré yo.

GABRIEL. ¿Pronto?

ROSA MARÍA. ¿Me esperas tú y me lo preguntas, ingrato?

GABRIEL. No tardes, paloma.

ROSA MARÍA. Descuida, gavilán. Vase Gabriel rápidamente. ¡Con é... con é!... ¡A sufrí, á pená, á lo que sea... pero á la vera suya, á la vera suya! ¡Madre, perdóname! «¡Güerto e las Campaniyas», adiós pa siempre!... Mi mantón, mi mantón, y fuera de aquí. Entrase corriendo en la casa.

Aparece MARÍA JESÚS por la izquierda del fondo y viene hacia la casa. Cuando va á entrar por la puerta de frente al público, sale ROSA MARÍA presurosa, acomodándose un mantoncillo negro sobre los hombros. La presencia de su madre la desconcierta y la detiene.

MARÍA JESÚS. ¿Ande vas, hija?

ROSA MARÍA. (¡Jesús!)

MARÍA JESÚS. ¿Ande vas ahora?

ROSA MARÍA. A la caye.

MARÍA JESÚS. ¿A la caye, á qué?

ROSA MARÍA. A buscá una cosa pa Consuelo. ¿Va usté á acostarse ya?

MARÍA JESÚS. Sí. Estoy rendía: no pueo con mi cuerpo.

ROSA MARÍA Pos hasta mañana.

MARÍA JESÚS. Si Dios quiere. Se besan con calor intenso de pena y de cariño. Rosa María se va; María Jesús se queda parada viéndola irse. ¡Qué pena de hija, Dios mío!... Rosa caía y manchá de barro, ya nadie pué quererla pa su casa. ¡Qué pena de hija!... ¡Adentro, María Jesús, á yorá por eya!... Entrase en la casa.

Queda la escena sola unos instantes.

Salen por la derecha del fondo BERNARDO y CHARITO, y vienen hacia la casa, ante cuya puerta principal se detienen.

BERNARDO. Ten mucho cuidado, Charito, que estas cosas que empiezan por un capricho son luego las más graves.

CHARITO. No me dará tan fuerte: descuida.

BERNARDO. Por si acaso, bueno es que recuerdes aquella copla que me enseñaste el otro día.

CHARITO. Te he enseñao tantas...

BERNARDO. *De cera son las puertas*
de los amores;
cuenta que á la salida
ya son de bronce.
Y que á la entrada
suelen estar abiertas;
después, cerradas.

CHARITO. No se me orvidará la lersión. Va á irse y Bernardo la detiene.

BERNARDO. Oye otra cosa.

CHARITO. Déjame ya, que son las onse y me estará esperando. ¿Que te parese? ¿le doy calabasas ó no?

BERNARDO. Eso, tú allá; no quiero responsabilidades.

CHARITO. Güeno, lo pensaré de aquí á la ventana.

BERNARDO. Anda con Dios. Y á ver si creces, ahora que tienes novio.

CHARITO. No, que le gusto así. Miá lo que me cantó la otra noche en una fiesta:

¡Várgame Dios, qué dicha
si yo la logro:
una mujé que apenas
me yega al hombro!

Bernardo suelta la risa y ella se mete corriendo en la casa.

BERNARDO. También ésta se va: ya está en camino... Se van todas... cada una á su lugar, á su sitio... como estas de aquí, las que da la tierra, pero todas á alegrar la vida... Pausa. Se sienta. ¡Qué hermosa noche, llena de misterio y de paz!... Calma profunda, hermana de la que voy sintiendo en mi espíritu; por eso la comprendo tan bien... Todo reposa... todo duerme... El temblor de las estrellas es el único movimiento visible... En voz baja. Da miedo alzar la voz. De cuando en cuando, se levanta un airecillo tan leve que ni siquiera sacude una hoja, pero que trae á mis sentidos olores frescos de jazmines y nardos. Seguramente que Consuelito, en su pintoresco lenguaje, dirá de esos soplos que son suspiros de la tierra. Y puede que tenga razón, porque esa mujer habla siempre con la razón del sentimiento, que al fin y al cabo vale más que la otra. ¡Bendita sea mi madre, que frecuentaba este huerto en vida; que me dejó esta herencia de cariño! Acaso sabía el bien que había de hacerme. Los aromas de este huerto se han metido en mi corazón poco á poco... y me han dado la vida...

Pausa. Oyese dentro de la vivienda, no muy lejos, la voz de CONSUELO que canta dulcemente la nana. Bernardo la escucha con deleite.

CONSUELO. *Esta niña chiquita*
no tiene madre;
la parió una gitana,
la echó á la caye.
La echó á la caye;

esta niña chiquita
no tiene madre.

BERNARDO. Es ella durmiendo á Luisilla ¡Qué encanto de muchacha! Tiene llena toda su alma del sentimiento del hogar... Nueva pausa. Vuelve otra vez á suspirar la tierrra... y ahora más fuerte. ¡Qué hermosura de brisa!...

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido..

Sale CONSUELO.

BERNARDO. Consuelito, ¿quieres dormirme á mí?

CONSUELO. ¡Bernardo! ¿Pero estás ahí toavía?

BERNARDO. Y no me voy.

CONSUELO. ¿Qué hases tan solo?

BERNARDO. Esperar á que tú me acompañes.

CONSUELO. Pues ahora no pueo. Voy á buscá á mi hermana.

BERNARDO. ¿A Rosa María? Déjala estar sola, mujer; lo mejor es eso. A ella le conviene la soledad, y á mí que tú te quedes. Siéntate.

CONSUELO. Vaya que sea.

BERNARDO. Pero aquí, á mi lado.

CONSUELO. Ya eso es mucho ersigí. Pides más que un loro.

BERNARDO. ¿Me das esa flor?

CONSUELO. ¿No digo? ¿Pa qué la quieres?

BERNARDO. Para tenerla.

CONSUELO. Si no es más que pa eso, tómala. Yo la había reservao pa mi novio, pero en fin ..

BERNARDO. ¿Te ha salido ya novio?

CONSUELO. Ni me sale. No tengo yo grasia.

BERNARDO. ¿Qué flor es esta, tú?

CONSUELO. Una diamela.

BERNARDO. ¿Una diamela?

CONSUELO. ¿Extrañas er coló? Es que se ha criao junto á un clavé granate, se ha enamorao de é... y por eso ha tomao ese tinte.

BERNARDO. ¿También las flores se enamoran, ó son cosas tuyas?

CONSUELO. Formá te lo digo. Sólo que yo no quiero amores más que de personas, y me yevé er clavé al otro lao der güerto.

BERNARDO. Eso es envidia porque á ti no te ha salido novio.

CONSUELO. Mejó. Hablemos de otro asunto. ¿En qué estabas pensando cuando yo salí?

BERNARDO. En tu persona.

CONSUELO. ¡En mi persona tú!...

BERNARDO. En ti pensaba, Consuelito. ¿Acaso tú no piensas nunca en mí si no estoy presente?

CONSUELO. Ar contrario: más pienso en ti cuando no te veo. Porque cuando te veo, como te tengo elante, no tengo que pensá.

BERNARDO. Y cuando no me ves, ¿qué piensas?

CONSUELO. ¿Cómo voy yo á acordarme? De seguro que no es na malo.

BERNARDO. ¿Tan bien me quieres?

CONSUELO. Más malamente quiero á otras personas, mira tú. ¿Te pasa á ti lo mismo?

BERNARDO. A mí, lo que me pasa es que te quiero á ti como á ninguna.

CONSUELO. ¿De verdá, Bernardo?

BERNARDO. De verdad, Consuelo.

CONSUELO. ¿Tantos méritos tengo yo?

BERNARDO. Para mí, muchos. Pausa. Y ahora, ¿en qué piensas?

CONSUELO. En lo que acabas e desirme.

BERNARDO. ¿Te sorprende, quizás?

CONSUELO. Me ha sobrecogío, no te le niego. Y eso que hay tantas maneras de queré...

BERNARDO. De querer un hombre á una mujer no hay más que una sola.

CONSUELO. Míralo bien, que hay muchas.

BERNARDO. Según...

CONSUELO. Pos según digo yo.

BERNARDO. Si el cariño es de amor, no debe haber más que una sola. ¿Y ahora, me entiendes?

CONSUELO. No me atrevo á entenderte, Bernardo...

BERNARDO. Yo haré que te atrevas, Consuelo... Yo he venido á tu huerto día por día, hora por hora á veces, atraído no sólo por el recuerdo de mi madre y por el encanto de estas flores y de estos frutos, sino también por el cariño que he hallado en ustedes, especialmente en ti, y que ha sido un alivio de mi soledad y de mis tristezas... ¿Estás temblando? ¿Qué te pasa?

CONSUELO. Na: sigue tú.

BERNARDO. Poquito á poco, á medida que este

ambiente se me ha ido pegando al espíritu, hasta transformarlo, todos estos afectos los he fundido yo sin darme cuenta en uno solo: en el tuyo... Tú eres para mí la encarnación de todos ellos; tú eres el huerto mismo...

CONSUELO. ¿Er güerto yo?

BERNARDO. Sí: sus olores están en tu cuerpo, en tus ropas; sus flores en tu cara; su cielo y su luz en tus ojos; su poesía en tu alma, Consuelillo. Estoy enamorado de ti como el clavel de la diamela... Mi alma ha tomado ya el tinte de la tuya... ¿Me mandarás como al clavel á un rincón del huerto?

CONSUELO. En eso estoy pensando.

BERNARDO. Pero ¿me quieres?

CONSUELO. ¿Nesesitas preguntármelo, torpe?

BERNARDO. ¡Consuelo!

CONSUELO. Yo sí que yegué á creerme que me habías arrinconao tú á mí como si fuea un capricho de tantos tuyos.

BERNARDO. ¿Por qué?

CONSUELO. Por lo que has tardao en desirme una cosa que yevo dentro e mí como un farolito desde er segundo día que nos hablamos.

BERNARDO. ¡Y yo sin ver ese farolito! ¡Ciego!

CONSUELO. Mi sueño has sío tú, Bernardo; pero estábamos tan lejos el uno del otro, que ocurtaba mi queré como un pecao pa que nadie me lo afeara. Ni mi madre, ni mis hermanas, ni mi agüelo han sabío adivinarlo en mis conversasiones: es la única cosa que ha vivío en mi corasón pa mí solita. «Si esto pudiera sé... si ér se fijara en mi

persona...» pensaba yo casi toas las noches. Pero luego desía: «¡Como que va á está pa ti, so tonta!».

BERNARDO. Pues ya ves: para la tonta estaba.

CONSUELO. ¡Qué felisidá!

BERNARDO. ¡Felicidad la mía! ¡Ya no estoy solo:ya tengo compañera! ¿En dónde pondrás tú la mano, Consuelillo, que no sea para causar un bien?... Mi casa te está esperando sola y triste: ven allá, alégrala y llénala de vida.

CONSUELO. Tráemela aquí, como tú has venío... Más fasi es que tu casa quepa en er güerto, que no er güerto en tu casa.

BERNARDO. ¿Qué dices?

CONSUELO. Ingrato, ¿ya quiés dejá to esto? ¿Estás tú seguro de que me querrías lo mismo si no me vieras á toas horas entre mis flores? Aquí he nasío y aquí he de viví: si me sacas de aquí, me muero. Ar lao de mi madre, envejesía y quebrantá; ar lao de mis hermanas, que nesesitan de mi sombra; ar lao de esas tres criaturitas que tengo á mi amparo... ¡Ajolá ar morirme me enterraran también aquí, en un rincón, junto á los pájaros de Charito!

BERNARDO. ¡Bendita seas! No seré yo tan cruel que te arranque de lo que tanto quieres... y de lo que tanto quiero yo también. Pausa. ¿Me das un beso?

CONSUELO. ¿Te corre mucha prisa?

BERNARDO. ¡Si supieras los que te he dado sin tocarte!

CONSUELO. Pos vamos á seguí así otro poquiyo e tiempo.

BERNARDO. ¿Mucho?

CONSUELO. Hasta que yo quiera: ¿te parese?

BERNARDO. Tú mandas.

Llega de la calle el ABUELO, á tiempo de sorpreuder el íntimo coloquio.

BERNARDO. ¡Abuelo, déme usted un abrazo!

ABUELO. Obedeciéndolo. Ya está. ¿Se te ofrese otro?

BERNARDO. El otro déselo usted á Consuelillo.

ABUELO. Mejó pa mí. ¿Queréis desirme ahora...?

CONSUELO. Pos blanco y migao...

ABUELO. ¡Ah, granuja! ¿Te quiés yevá la fló más fina de la casa?

BERNARDO. Abuelo, la flor aquí se queda; pero es mía.

ABUELO. Y yo me alegro.

BERNARDO. Y yo me voy, que son las tantas y es preciso dormir.

CONSUELO. ¿Dormí esta noche?

BERNARDO. Para soñar contigo...

CONSUELO. Si es pa eso...

ABUELO. ¿Pos pa que ha e sé, so tonta? Vi á dí serrando aquí.

BERNARDO. Aguarde usted, no me coja dentro.

CONSUELO. ¿Te vas?

BERNARDO. Me voy, pero te llevo conmigo.

CONSUELO. Y tú aquí te queas.

BERNARDO. ¿Me querrás siempre, dí?

CONSUELO. Cuando este güerto deje de dá flores, dejaré de quererte. ¿Y tú?

BERNARDO. Lo que para ti son las flores de este huerto, serás tú para mí. Hasta mañana, Consuelo.

CONSUELO. Bernardo, hasta mañana.

BERNARDO. Abuelo, descansar.

ABUELO. Anda con Dios, mosquita muerta...

BERNARDO. Cierre usted en cuanto salga, porque si no me cuelo otra vez.

Los tres se ríen. Bernardo se va.

CONSUELO. Agüelo, déme usté á mí otro abraso; yo no sé si echarme á reí ó si echarme á yorá... ¡Ay, qué contenta estoy!

ABUELO. Er mosito vale er dinero, ¡pero güena alhaja se yeva! No es por alabarte.

CONSUELO. ¿Oye usté?

ABUELO. ¿Qué pasa?

CONSUELO. Luisiya yorando...

ABUELO. Pos corre á consolarla, no nos dé música.

CONSUELO. Ayá voy. ¡Pobresitos míos, que ya tienen padre también! Entrase en la casa corriendo.

ABUELO. Después de cerrar la puerta. Toas no habían de sé esgrasias y esaborisiones... Dios ha querío que lo mejó der güerto no se lo yeve una mala mano... Y ahora á sortá er *Lusero*... y güenas noches. Desaparece por la derecha del fondo. Queda la escena sola. Óyese á Consuelo, como antes, cantar la nana, mientras baja muy lentamente el telón.

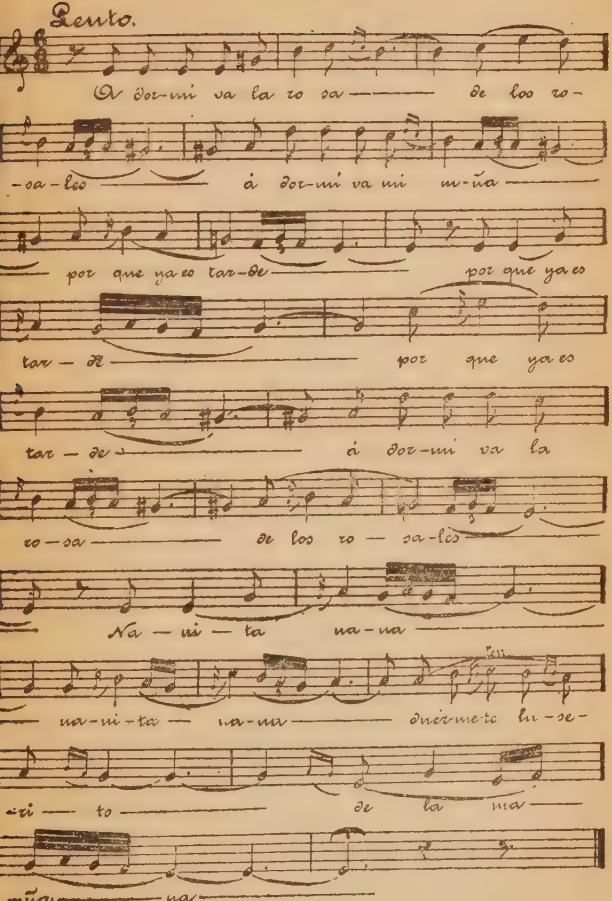
CONSUELO. *A dormí va la rosa*
de los rosales;
á dormí va mi niña
porque ya es tarde.
Porque ya es tarde,
á dormí va la rosa
de los rosales.

Nanita, nana,
duérmete, luserito
de la mañana.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto, 1901.

Nana.


Lento.
O dor-mi va la ro sa —— de los ro-
-sa-les —— á dor-mi va mi mu-ñe —
— por que ya es tar-de —— por que ya es
tar — de —— por que ya es
tar — de —— á dor-mi va la
ro — sa —— de los ro — sa-les —
Na — ni — ta na-na —
— na-ni-ta — na-na —— duérmete hi-je-
-ci — to —— de la ma —
-ñana —— na —

DOS OPINIONES AUTORIZADAS

SOBRE ESTA COMEDIA

A PROPÓSITO DE "LAS FLORES,, [1]

Como no soy de los que al envejecer se aferran á la idea de que «cualquiera tiempo pasado fué mejor», lo cual si puede ser verdad para el individuo es mentira para la humanidad, me complazco viendo que tenemos hoy en España una brillante juventud literaria. Acaso falte homogeneidad á sus gustos, unidad de miras á sus tendencias; quizá no esté todo lo compacta que es preciso para luchar contra lo que debe ser reformado ó destruído; pero son muchos los jóvenes de gran cultura, de criterio independiente, de espíritu moderno y que escriben muy bien: por ejemplo, Martínez Ruiz, Maeztu, Baroja, Marquina, Bueno, Menéndez Pidal, Martínez Sierra, Palomero, Acebal, Carretero, Danvila, Bello y otros de que mi flaca memoria no se acuerda y para quienes el olvido no es ofensa; sin contar los de provincias, que son muchos. Este elemento joven está representado en el teatro principalmente por Benavente y los Quinteros, los cuales, aunque no alardeen de innovadores y revolucionarios, demuestran inspirarse en un sentido artístico

(1) Publicado en *Los Lunes de El Imparcial* del día 9 de Diciembre de 1901.

que difiere notablemente del que hasta ahora ha dominado entre nosotros.

Casi toda nuestra tradición dramática está fundada en la acción, en el interés de lo que pasa en la escena, no en cómo y por qué suceden las cosas, ni en la índole de quién es actor de ellas, sino en los hechos mismos. De aquí nacen errores literarios de orientación y procedimiento que como por herencia se transmiten; de aquí el desordenado amor de autores y público á lo violento, anormal y extraordinario; de aquí que todavía se toleren y aplaudan esperpentos como *La muerte civil* y *La Tosca*. Benavente y los Quinteros en la comedia, terreno para esto más favorable que el drama, procuran y consiguen deleitar; no despertando aquel interés impaciente y nervioso, incapaz de razonar lo que ve, sino con la verdad misma reflejada por cada cuál según su temperamento artístico: Benavente con la ironía, el sarcasmo y la sátira; los Quinteros con la poesía, el ingenio y la gracia; los tres supeditando, esclavizando la fantasía y la inventiva á la expresión sintética de los caracteres, al retrato de los tipos, á la pintura de las costumbres y del medio; haciendo, en una palabra, que la loca de la casa no malgaste en delirios la potencia que ha menester para descubrir los elementos artísticos de que está llena la vida y que sólo mediante la observación se aprovechan. Por dejar á la imaginación este papel secundario, se dice que lo que sucede en las obras de estos autores es poco ó casi nada; que allí no hay comedia: pero recordemos que también se llama comedia á

o que no es sincero, á lo que mañosamente se
urde, á lo que fingidamente se maquina. Huyendo
el exceso de artificio, lo que buscan Benavente y los
Quinteros es la estructura sencilla, los hechos ex-
plicados por los sentimientos, la educación, el me-
dio y las costumbres; ni más ni menos encanto poé-
tico del que ofrece y brinda la existencia; porque
negarlo es pesimismo malsano y pretender au-
mentarlo empeño inútil. Esquivan cuidadosamente
eso que se llama el conflicto dramático, el enredo,
la intriga, la situación culminante, el efecto escé-
nico, los caracteres sostenidos (¡cuando en la rea-
lidad son tan complejos!); en suma, los elementos
de sorpresa ó engaño y estímulos de la curiosidad
que, á despecho de la verosimilitud, alcanzan su
mayor grado de funesta perfección en Sardou.
Combatir aquella tendencia á lo sencillo y natural
que se muestra en *La comida de las fieras*, *Lo*
ursi, *Los Galeotes* y *Las flores*, es favorecer el
predominio de la dramática vieja, que nada tiene
que ver con lo genuinamente clásico ni con lo ro-
mántico, dignos de respeto, y en la cual está con-
denada á insufrible martirio la verdad. Rechazar
comedias porque en ellas lo que sucede sabe á poco,
aunque esté bién, es contribuir á resucitar géneros
que habrán producido ríos de oro, y volverán á
producirlos, porque la credulidad humana es insa-
ciable, pero que andan tan lejos del arte verdade-
ro como las simplezas de Jorge Ohnet y las aven-
turas terroríficas de Ponson du Terrail lo están de
las novelas de Balzac ó de Flaubert. No quiero, al
evitar censurando, traer á plaza nombres de autores

españoles contemporáneos muertos ni vivos, para que no se me tache de irrespetuoso con los primeros ni de parcial contra los segundos; mas no huelga recordar que de cinco ó seis años á esta parte hemos asistido á las tentativas de resurrección de dramas y comedias pertenecientes al género aludido, que *alborotaron* en tiempo de nuestros padres y con los cuales ahora se duermen nuestros hijos. Al escucharlos sentimos pasar por la imaginación y la memoria una oleada de juventud y de recuerdos, pero nos persuadimos de que aquellos dramas y comedias han envejecido más que nosotros mismos: y en arte, lo que envejece no es bueno.

Confundiendo, en mi humilde juicio, el arte con el artificio, se dice que en *Las flores* no hay comedia, y que si la hay, es mala. Guardando respeto al parecer de los que así opinan, algunos amigos, á quienes considero y estimo, procuraré demostrar que hay comedia, y que es buena. Creo que para ello basta recordar á grandes rasgos el asunto, su desarrollo y sus formas de expresión. Ambiente, un huerto cuyos dueños, gente del pueblo, viven de la venta de ramos y plantas en Sevilla. (No creo que sea pecado literario colocar la acción en Andalucía, cuando hemos visto y aplaudido con justicia *La Dolores*, en Aragón; *La charra*, en Castilla, y *Tierra baja*, en Cataluña.) Personas, una madre viuda con cuatro hijas: Charito, niña dicharachera y bulliciosa, hábilmente creada ó escogida para que con su alegría formen contraste los afectos más serios que embargan el ánimo de

sus hermanas. Angeles, tipo dibujado en pocas escenas, pero más concluído, de muchacha que sinceramente ha creído tener vocación de monja: basta, sin embargo, oir el entusiasmo con que habla de vestir al niño Jesús, para comprender que el amor ha de hacerla pronto madre. Rosa María, la mujer apasionada y sensual, confiada y ligera, á quien la hermosura es funesta, y que por ley fatal ha de perderse. Consuelo, reflexiva, bien equilibrada y tranquila; la que cuida como á hijos niños que no son suyos, porque instintivamente desea como centro y trono de su existencia el hogar; la que va rindiendo el albedrío lentamente, casi sin advertirlo, pero segura de que quien la solicita la merece. A estas tres mujeres, descartada la niña, corresponden otros tantos hombres; triple y varia representación del impulso, que es árbitro incontrastable de la vida: en ellos está personificado el amor, que como un efluvio misterioso, trayendo dulcedumbre á unos y á otros amargura, pasa sobre el huerto sevillano. Juan Antonio, el sacristán, que aunque tonto, sabe cautivar á la devota. Gabriel, el Tenorio de bajo vuelo, á quien en su desvarío se entrega Rosa María, porque la pasión, como Dios, ciega á los que quiere perder. Bernardo, bueno por naturaleza, entristecido pasajeramente por un dolor intenso, soñador entre sentimental y alegre, espíritu gemelo, media naranja de Consuelo, que se enamora sin darse cuenta.

¿Qué acción enlaza estos personajes? Primero, la conveniente y necesaria para expresar su índole y su vida: escenas de trabajo, apartando flores ó re-

cibiendo encargos, en las cuales surgen y se muestran los temperamentos y los caracteres; luego, la estrictamente precisa para que anide la pasión en las almas y se enseñoree de ellas; diálogos de amor, unos breves, sobrios, entre cándidos y picarescos, como los de Juan Antonio con Angeles; otros, vehementes y ardorosos, como los de Rosa María y Gabriel; otros, reposados y castos, como los de Bernardo y Consuelo. La madre, admirablemente trazada, es enérgica y vigorosa, larga de lengua y casi de manos, mientras defiende el recato de sus hijas puesto en duda; después, cuando Rosa María se ha deshonrado, se la ve cruzar callada y abatida por los senderos del huerto, porque la que era su orgullo ha necesitado su perdón. Son figuras episódicas, Barrena, el marido sufrido que en una sola escena se pinta de cuerpo entero, y su mujer, Juliana, la comadre de malas hijas y peor sangre, que goza llevando al huerto la noticia de que Rosa María se ha escapado. Secundarios, y creados sólo para dar idea del medio, son también los dos vendedores ambulantes, padre é hijo, gandules y dormilones, que entran en el primer acto á buscar biznaga. Refiriéndose á cómo están trazados, en sólo un diálogo, decía la noche del estreno mi respetable amigo y maestro don Federico Balart: «Estos Quinteros escriben como pintaba Velázquez, á pincelada grande: los dos tíos que tienen tan cerca la biznaga y por no ir á cogerla se exponen á volver de lejos á buscarla, son toda una raza: esa es Andalucía.» Finalmente, el pensamiento de la obra está puesto en labios del

abuelo, que por sus años asiste plácido y tranquilo, sin esperanza ni temor, sin gozo ni pena, á cuanto sucede en torno suyo: «las mujeres—dice—son flores: el porvenir de cada una depende del jardinero, del hombre que le toca en suerte.»

Con toda sinceridad declaro que una obra dramática donde tres parejas de enamorados, por distintos caminos, y según la diferente índole de atracción que los ha unido, llegan unas á la dicha, otras á la desgracia, no me parece comedia exenta de acción. Lo que no hay en *Las flores* es intriga ni enredo: allí no surge calumnia, sustitución de persona, cambio de nombre, *quid pro quo,* ni aventura; nada de eso que exagera ó falsea la representación de la vida ó la imita en lo violento, anormal y extraordinario. Y si lo que en *Las flores* sucede y el modo de suceder me parece más que bastante para que pueda ser calificada de preciosa comedia, aun es mayor á mis ojos su mérito en lo que se refiere á la forma. Las conversaciones son tan naturales, la gracia y la ternura desplegadas tan propias de las bocas donde brotan, las interrupciones tan espontáneas y justificadas, que hay no momentos, sino largos espacios en que la ficción y el escenario desaparecen y se borran, ofuscados y vencidos por el soberano resplandor de la verdad. En los diálogos de amor, ya tiroteos de piropos y respuestas peculiares de aquella gente, ya rumor apagado de palabras que tienen miedo á enfriarse desde el labio al oído, cuando la pasión quiere abrir brecha en el alma, los personajes hablan ese lenguaje á la vez

poético y bajo, natural y afectado, lleno de delicadezas instintivas, sembrado de hipérboles risibles, pero no ridículas, en que palpita y estalla el genio de aquella región, donde hombres, mujeres, frutos y flores, todo, parece producto del ardor fecundo con que besa el sol á la tierra. No es, pues, extraño que allí un modesto tendero como Bernardo, sienta la poesía de una noche estrellada, y como reflejo de su estado de ánimo y de lo que le rodea, sienta venir á sus labios cuatro versos de Fray Luis de León. Menos poética es aquí la Naturaleza, y aquí han salido Hartzenbusch de un taller de ebanista y García Gutiérrez de un cuartel.

Me he permitido hablar de esta obra porque está inspirada en el criterio dramático, en la escuela de naturalidad y sencillez de que soy partidario y que veo en peligro; era para mí deber de conciencia; pero tiene defensor que hará por ella lo que yo no sé ni puedo hacer: el tiempo.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

De una carta de D. Rafael Altamira.

«He leído de un tirón *Las flores*. Mi impresión lisa y llana es ésta: no conozco en nuestra literatura dramática de estos últimos años (y probablemente de muchos más que no son últimos) una obra de más honda, sana y natural poesía. El efecto que me ha producido puedo compararlo al que me produjo *La campana sumergida*, de Hauptmann, en que por encima del símbolo ideal y de la trama trágica, flota siempre, embelleciéndolo todo, el sentimiento profundo de la naturaleza, la poesía de los bosques y de las montañas. En la comedia de ustedes hay una cosa igual, verdaderamente extraña para los *exterioristas* de la literatura: la belleza brota del conjunto y de cada pormenor del ambiente en que se mueven los personajes, más que de estos mismos y de lo que dicen. El *huerto*, las flores que *no hablan*, adquieren la categoría de un protagonista de tal modo, que hasta diré que para un espíritu delicado les perjudica lo que de su belleza dice (admirablemente parlado) tal ó cual personaje. El huerto, la dulce paz que comunica á los que en él viven, y el cuadro de vida doméstica, sencilla, honrada, serena, de aquellas gentes (en el cual la *pasión*, tan sobria y enérgicamente pintada por ustedes, hace el efecto de uno de esos avivadores que los artis-

tas ponen en las molduras para que resalte mejor el claro oscuro ó la línea que les conviene hacer resaltar), son las dos notas fundamentales de la obra. Teniendo toda esa poesía, que penetra hasta lo más hondo del alma, ¿qué falta hace que *pasen cosas* (como dice la gente), más de las que pasan?

Yo me explico, sin embargo, la lucha entablada entre el público con motivo de esa obra. En general, éste es vulgarote y exteriorista. Cuando más, comprende y se emociona por los problemas intelectuales, de ideas (v. gr. en el teatro de Galdós); pero en la poesía de puro sentimiento, cuando es tan delicada como la que ustedes han sabido evocar, en esa, no entra casi nunca.

He visto que la comedia trae un epílogo de Picón. No he querido leerlo, para que mis palabras fuesen eco directo de mi impresión, sin interposición de ningún otro juicio.»

Oviedo 31 de Enero de 1902.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico (2.ª edición).

Belén, 12, principal, juguete cómico (2.ª edición).

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna (2.ª edición).

La media naranja, juguete cómico (3.ª edición).

El tío de la flauta, juguete cómico (3.ª edición).

El ojito derecho, entremés (3.ª edición).

La reja, comedia en un acto (4.ª edición).

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull (6.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela (2.ª edición).

La vida íntima, comedia en dos actos (3.ª edición).

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez (3.ª edición).

El chiquillo, entremés (6.ª edición).

La casas de cartón, juguete cómico (2.ª edición).

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso (2.ª edición).

El patio, comedia en dos actos (4.ª edición).

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos (3.ª edición). Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros (2.ª edición). Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto (2.ª edición).

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos (3.ª edición). Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés (2.ª edición).

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo (2.ª edición).

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo (2.ª edición). Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos (2.ª edición).

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen*, por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Amore al buio*, por Luigi Motta.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

El genio alegre, comedia en tres actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *Anima allegra*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Chiaro di luna*, por Luigi Motta.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

La rima eterna, comedia en dos actos inspirada en una rima de Bécquer.

La flor de la vida, poema dramático en tres actos.

Palomilla, monólogo.

Solico en el mundo, entremés.

Rosa y Rosita, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*

862.59
A47
1910
V.1

862.59 A47 1910 V01

a39001 008134556b